

Tras una envoltura de novela policíaca hábilmente construida, se alza la feroz animadversión de la autora hacia la hipocresía y la coerción social, económica, política y sexual que impera en la Austria contemporánea: un desolado panorama de injusticia e incompreensión que se manifiesta especialmente en las relaciones entre hombres y mujeres. Con voluntad provocadora y un lenguaje repleto de incisos, repeticiones e imágenes sorprendentes, Elfriede Jelinek denuncia un mundo en descomposición.

**Elfriede Jelinek**

**Obsesión**

Título original: *Gier*

Elfriede Jelinek, 2000

Traducción: Susana Cañuelo Carrión & Jordi Jané-Lligé

Editor digital: Blok

ePub base r1.1

## Nota de los traductores

*Obsesión*, de Elfriede Jelinek, es uno de los productos más extremos de toda la trayectoria literaria de la ganadora del Premio Nobel de Literatura del año 2004. En esta «novela de entretenimiento», como reza el subtítulo en su edición original, cabe destacar el compromiso radical de la autora con una concepción muy particular sobre este género literario, que, entre otras cosas, consiste en poner en tela de juicio la naturaleza del acto esencial que lo caracteriza: narrar. ¿Qué narrar? ¿Cómo narrar? ¿Quién narrar?

El compromiso de Jelinek se reconoce en todas las dimensiones de su producto: compromiso con la forma, compromiso con el fondo. Así, la lengua alemana se somete en las manos de la escritora austríaca a múltiples procesos de extrañamiento, juego y experimentación, en un apabullante derroche de recursos. Jelinek aprovecha todo lo que el lenguaje humano da de sí para inundar de palabras esta obra, y sus registros van desde el lenguaje de la publicidad hasta el lenguaje de la filosofía, pasando por el registro coloquial de Estiria, su región, los modismos austríacos, la cita poética, periodística, literaria... Todo ello integrado en un discurso denso, críptico a veces, desbordante, alucinante.

Precisamente una de las características destacadas de la obra de Jelinek es la intertextualidad, que se concibe no con voluntad erudita, sino vital. En el polifónico discurso de la narradora se integran las voces y los ecos que colman su vida, y la de todos: desde el poema hasta la página de Internet, pasando por el tratado de filosofía, el manual técnico, el *talkshow* estrella de la programación televisiva, etc.

El mundo de referencias de Jelinek es sobre todo la Austria contemporánea y su historia reciente. La novela fue escrita poco tiempo después de que en este país se formara una coalición gubernamental entre el partido conservador (ÖVP) y el partido de extrema derecha (FPÖ), liderado por el polémico Jörg Haider, cuyo nombre aparece numerosas veces citado en las páginas que siguen. Otros personajes de la política y de la vida pública austríacas aparecen en esta obra, a veces aludidos directamente con sus nombres y apellidos, a veces de forma mucho más velada. También se hace referencia a escándalos financieros y políticos, así como a problemas sociales acuciantes como la violencia de género o el trato que

reciben los inmigrantes, la progresiva destrucción del medio ambiente, la masiva explotación turística ligada a la especulación, etc.

La traducción de esta obra se convierte, por todo lo mencionado, en un auténtico reto y en un auténtico riesgo. En lo relativo al aspecto formal, hemos intentado reproducir en castellano el carácter lúdico y experimental del lenguaje de Jelinek, su esencia autorreflexiva (ella lo llama «lenguaje hiperrealista», en oposición a la narración naturalista), procurando no alejarnos nunca de las motivaciones profundas que en cada caso concreto hay detrás del «experimento». En lo relativo a las referencias culturales y de actualidad, hemos sido conscientes de lo problemático que puede resultar para el lector en castellano entrar de forma espontánea y natural en el juego de alusiones presente en la obra. A pesar de todo, hemos renunciado al uso de notas a pie de página por varias razones. En primer lugar, porque interrumpirían el fluir de la lectura, que es esencial en este *texto*. En segundo lugar, porque el acceso a esas informaciones es hoy en día relativamente fácil e inmediato para quien desee profundizar más. Y en tercer lugar, porque si bien los ejemplos y los casos concretos a los que recurre Jelinek —mediáticos, ecológicos, políticos...— tienen nombres propios en Austria y por lo tanto son inmediatamente reconocibles para el lector nativo, se trata de fenómenos de carácter universal que caracterizan nuestro tiempo.

Elfriede Jelinek gusta de autodenominarse «autora provinciana», pero su «literatura provinciana» resulta de una atracción irresistible para «lectores provincianos» de otros rincones del mundo.

SUSANA CAÑUELO CARRIÓN, JORDI JANÉ-LLIGÉ

Barcelona, agosto de 2005

# Agradecimientos

Agradecimientos a:

Andreas Marneros: *Sexualmörder* («El criminal sexual»). Elisabeth Pfister: *Unternehmen Romeo, die Liebeskommando der Stasi* («Operación Romeo, las brigadas de amor de la Stasi»).

Ingo Wirth: *Tote geben zu Protokoll* («Los muertos declaran»), revista *profil* (Pau Yvon).

(E. J.)

# I

El gendarme Kurt Janisch vuelve a observar hoy la foto en la que su padre, el coronel Janisch, rendía honores al rey treinta años atrás. Fíjate, ahí sigue estando el padre, visiblemente obligado a retroceder un paso pese a su propio impulso entusiasta por cuadrarse, pero ¿por qué no hay nada ahí que lo detenga? Hay algo blando, indeciso en sus hombros que por otra parte parece empujarlo hacia adelante. Quizás fuese sólo una reverencia ante el monarca añadida involuntariamente, casi a modo de propina, al tantas veces ensayado saludo militar. En el hijo es imposible reconocer ya nada servicial, así de pie delante del armario, con sus ajustadas mallas a rayas, como una piel de serpiente, mientras doma su cuerpo haciendo lentos ejercicios de calentamiento antes de salir a correr. El padre aún paseó su servidumbre, con hombros caídos pero manos firmemente dispuestas, por las polvorientas carreteras comarcales hasta los coches de desguace abollados. Quizás el hijo sea más polifacético y sepa también dar órdenes, su aspecto despierta mi curiosidad: su cara algo angulosa, por la que los pensamientos, que en todas las personas gustan de crecerse, parecen más bien escurrirse espantadizos. Bien. Pero la voluntad ya estaría ahí, ¿para qué va a utilizarla? El barco capea, el semáforo se ha puesto en marcha y está siempre en verde, la sutil diferencia respecto a otros seres humanos se acrecienta.

El gendarme, a todo eso, está completamente poseído por una especie de obsesión que llegó imperceptiblemente pero que al final se quedó, incluso es perceptible para los vecinos (asombro ante los retoños del jardín delantero, ¿de dónde habrán salido? ¿Comprarlos él? ¡Imposible!). A veces alguien consulta en el registro de la propiedad lo que el gendarme intentó camuflar con el libro de la vida. Ahora ha atracado, ha atisbado su objetivo. Ha recogido los remos, ha echado el anzuelo. Las redes: lanzadas. Tal vez al principio había sitio en el gendarme para algo distinto, bello, ¿razonable? Un hombre de buen ver y aparentemente sereno es el gendarme, como nos gusta a las mujeres. Así sí que se puede trabajar. No sólo por conservar la paz en el mundo engañan los hombres a las mujeres como a chinos para hacerlas depender de ellos, cuando en realidad las mujeres bien tienen algo mejor que ofrecer, todo su pensar y sentir, y muchas cosas de lana de colores. Es del todo comprensible que nosotras, especialmente las que, de entre las más viejas, no hemos visto mucho a través de las escotillas de salida del cuerpo, tengamos aun así

que seguir siendo ¡extrañas a nosotras mismas!, nosotras, damas hambrientas de amor, por desgracia no conocemos a ese gendarme (la eclosión de la primavera en la carretera comarcal se muestra directamente ante su coche de servicio y nosotras no estamos ahí) personalmente. No hay cuidado, yo lo haré: para no ponerles a ustedes en peligro su pequeña felicidad amorosa, que, como cualquier otra, descansa sobre un engaño, es mejor que ahora me haga cargo yo sola de la narración. ¡No me interrumpen! De momento, para evitar la guerra entre los cuerpos, ni siquiera veo todavía su función precisa. Ni siquiera esa determinación en el hombre, que ya siento, conoce por ahora su objetivo con exactitud, pero yo sé que lo está buscando desde hace mucho tiempo y que lo va a encontrar en lo más fácilmente corrompible, en el cuerpo humano. Quien se conoce a sí mismo, acto seguido quiere algo del otro, pero entonces los otros también lo quieren enseguida.

Entretanto, por cierto, están los dos muertos, el rey y su conductor y guarda, el padre del gendarme, que en aquel entonces guió orgulloso los briosos coches negros desde la estación central de Graz (la visita oficial había llegado con el ferrocarril desde Viena por el viaducto del Semmering) pasando, como estaba ya previsto, por el puente sobre el río Mur, para más tarde tirarlos sin ningún miramiento en la armería, donde los ricos, ya siglos atrás, habían dejado en depósito sus trajes metálicos. Cómo se puede odiar la vida, piensa ahora mismo el hijo que sobró de la mesa del padre, y gira la cara al viento de las montañas. Allá arriba, a través de la ventana de la buhardilla de su casa, se puede ver un pequeño comedero para reses en el que se hunden hocicos blandos, cuyos propietarios y propietarias caerán muertos más tarde de un disparo, muchos de ellos, salvo las hembras madres, protegidas todavía en esta época del año por su maternidad. Otros están solos. Incluso los animales buscan a menudo, sin razón, la proximidad del otro, y también el gendarme tiene sus amigotes en la fonda y hace sus pequeños negocios adicionales (¡para los relojes y las joyas mejor es mejor la capital de la comarca! Allí no lo conoce a uno tanta gente). Por eso muchos lo consideran un buen compañero, al que pueden comprar más baratas las herramientas de segunda mano o los materiales para la construcción. Pero cuando él recorre honestamente su interior, tiene que reconocer que ahí dentro está tan oscuro que uno no sabe dónde está. No hay que extrañarse entonces de que de vez en cuando, una vez al mes más o menos, tenga que iluminarse un poco con una borrachera aguerrida pero sin objetivo claro. Los compañeros no ven ese lado oscuro en su amigo, a veces tal vez lo intuyan, y a sus mujeres, que tienen olfato para eso y se sienten atraídas irresistiblemente hasta verse reducidas a un montón de brasas, no les quieren hacer caso. A quien le baste leer para conocer, que haga el favor de hacerlo.

¿Me equivoco o aquí se encontró hace años algo que jamás llegó a aclararse?



¿Qué voy a encontrarme si abro este viejo periódico? Un pálido rostro resplandece bajo la hilera más baja de ramas de abeto, como una pequeña luna, la cara está contando algo, pero no puede seguir haciéndolo porque le pusieron una mano pesada en el gaznate, le arrancaron la ropa, los rasgos de la faz se le estremecieron; vías que tal vez de buena gana hubiesen permitido el acceso con sólo haberlo solicitado, se abombaron, se rompieron, mientras se sacudían las raíces del cuerpo, las piernas, y se tiraba de ellas hasta el límite, hasta que la quebradiza tierra se desprendió. Bueno, ¿dónde está ahora la bolsita con el humor que hace un instante, al realizar la denuncia, todavía teníamos? ¿Dónde está el humus para plantar en tiestos? Unos vaqueros, en los que no parece caber nada más, se abren por las costuras, una chaqueta sale volando por los aires, cae desde el cielo de vuelta a la tierra, se convierte en un saco, en contra de su salvaje voluntad, pues no fue cortada para eso, al ir a parar dentro de ella la cara de la mujer. Bien, y dónde hay que dejar sellado que ésta, al principio interesada en tantas cosas, en un futuro sólo va a anhelar el sueño porque ha conocido lo contrario del sueño, la actividad más frenética, hasta en la última radicela de su ser, y ha aprendido a rechazarla rotundamente.

A veces, al gendarme le pone nervioso que los aldeanos ni siquiera lo conozcan, a pesar de que su traje de camuflaje, al que aspiraba al principio, fuese todo bondad y amabilidad, por supuesto, y entonces vuelve a beber demasiado rato, si es preciso a solas. El suelo debajo de sus pies y entre ellos ha sido acariciado, hasta ponerlo demasiado caliente para él, por mujeres a cuyas propiedades había echado el ojo. Un hombre tan enérgico y grande, capaz de provocarlo casi todo. Una mujer escogida, que previamente pasó demasiado tiempo en el escaparate, hasta que fueron demasiados los que la vieron y no se la llevaron, ahora sólo conoce el metro cuadrado que hay frente al teléfono, requemado desde hace tiempo de tanto ir y venir corriendo, así como el camino hacia la puerta y la bonita cama, que fue adquirida para dos en la capital de la comarca, incluyendo nuevas sábanas de satén. Para qué hace falta el resto.

Odiar no es bueno, pero hasta que ustedes no me digan a quién, no puedo decirles en realidad si es bueno o malo. A algunos les da la energía que necesitan, como una barrita de Mars, que viene directamente de Marte, el dios de la guerra, y que se precipita en la figura del hombre hasta que ésta se derrite. Ni siquiera el piloto, con su asiento eyectable, consigue salvarse. Con ese odio, de todos modos, se puede llegar a ser muy viejo. Ahuyenta el tiempo, aunque de todas formas éste sale corriendo en cuanto nos ve. Todo el mundo cree estar entre amigos cuando se encuentra a alguien con apariencia pacífica, investido con un cargo oficial y que desviste mujeres, que después siempre acaban totalmente hechas polvo. Para qué

odiar entonces, excepto en la guerra, que actualmente vuelve a tener lugar y consigue arrancárnoslo todo, y eso es mucho, dependiendo de la saña del adversario, y que sólo se dejaría contener con el mayor amor a la vida y con un telón de acero cosido por uno mismo. No tenemos de eso en nuestro almacén, allí sólo hay dos edredones muy blanditos, por si de casualidad pasa alguien. En cambio tenemos de oferta campos de batalla recíprocos, hasta que el campo que nos separa esté pisoteado. Ahora además, se ha reblandecido a causa de la lluvia y nuestro deseo de la propiedad del vecino. No sirve siquiera para la batalla. Pero el vecino tendrá que ceder igualmente, lo hemos amenazado con la policía si no quita el muro con ese horrible vallado que nos estropea las vistas. Con la franqueza, el trabajo y la alegría con que el gendarme engaña a los demás va a engendrarse ese amor a la vida que los otros sienten por él, aunque de ese producto queda poco en stock. Las llamas ya se alzan con ahínco en la Gameboy en la que se simula nuestra propia vida. Pero ¿qué es esa terrible cara que nos devuelve la mirada desde allí? No hay cara nuestra ninguna que devuelva la mirada al gendarme, que sueña dulcemente con el poder y la gloria, pues este hombre, injustamente, todavía no nos interesa. Cuando haya conseguido el plan de ejecución de obras de nuestras conexiones y nuestra casita y nuestras viviendas de propiedad, esto podría cambiar rápidamente. ¡Confío en conseguir que lleguen ustedes a conocer por lo menos un instante de felicidad de ese hombre! Pero lo dudo, para empezar ya ni me gusta. A menudo me echan en cara que me quede ahí como un pasmarote y abandone a mis personajes antes incluso de tenerlos, porque, dicho abiertamente, enseguida me resultan insulsos. Tal vez precisamente ahora que el servidor del Estado se inclina ante el plan de ejecución de obras ajeno que ha robado, tal vez ahora sea más feliz que nosotros. ¡Y qué más nos da!

Mucho me temo, de todos modos, que sólo en el caso de que se le hablara en nombre de la República, nuestra comunidad de los vivientes se preocuparía de él, y eso puede tardar mucho. El tiempo muerto lo lleno yo con mi inútil canto. Lo que haga falta, pero a muchos no se les concede la capacidad de ser la alegría de la huerta, a pesar de que las campanillas blancas, sí, estamos en primavera en estos momentos y eso nos alegra mucho, extiendan sus pequeñas garras excavadoras por el suelo, como si quisieran absorberlo, antes de que tarde o temprano lo mismo les suceda bajo una suela de zapato. De hecho Kurt Janisch se pregunta a veces a sí mismo de dónde vendrá esa oscuridad (para la que, gracias a su profesión, tiene cierta carta blanca, y que, cada vez que uno piensa: ¡ahora sí se ha ido al traste la bombilla!, todavía se vuelve más y más oscura. ¿Quién deja las persianas bajadas por la noche? ¡Sólo aquel que por la mañana va a temer la luz del día!). Él no cae en la cuenta. En realidad, los padres no lo subestimaron, pero tampoco lo estimularon a hacer nada, ni siquiera a simplemente mantener en forma su físico, muy

apetecible desde bien pronto, ya llegará alguien y lo subirá en el coche, una chica maja quizás. Seguro que alguien va a necesitar a esta figura fantasmal, luminosa y con pelo rizado, y al mismo tiempo robusta, para la que el ser humano nada puede hacer, pero sí el gendarme, pues la entrena regularmente. Dios se la ha dado junto con su mandato, para que el ser humano, ante su aparición, de nuevo olvide la obediencia. Especialmente las mujeres dedican mucho a su aspecto, y de este modo obedecen a una industria dispuesta a todo, cuyos productos constantemente se contradicen los unos a los otros, ¿por qué si no habría tantos? El gendarme rara vez reflexiona sobre sus actos, de los que nosotros habremos de ocuparnos, prefiere quedarse en la superficie, por donde se pasará el peine, dejando surcos tras de sí en la fuerte cabellera de pelo rubio oscuro como martillos en la roca. El peine ha sido humedecido previamente, por lo que la cabeza tiene aspecto como de lluvia, de la que uno naturalmente se hubiese resguardado. El gendarme ya ha conseguido escalar por sí mismo hasta un rango muy alto, e incluso su hijo adulto ya tiene un buen puesto, aunque no como director de destacamento de policía, donde desgraciadamente entraría en conflicto con el cargo de su padre. Sí, y además yo quería añadir otra cosa: el hijo también tiene ya una casita, qué bien, aun cuando todavía no le pertenece del todo, la obtuvo a través de una renta vitalicia. Pero la vida que por el momento sigue siendo propietaria de la casa, por desgracia e inesperadamente ha seguido viviendo, con desigual suerte, pero en general bastante bien, aunque al principio parecía más bien una ruina: una vieja dama que sólo sale raras veces, aunque la encargada de sacarla a diario a pasear sería la nuera del gendarme, uno no puede hacerlo todo solo. Tampoco se la puede matar todavía, p. ej., con hojas de lirio de los valles, sería demasiado pronto, empezaría las habladurías en esta comunidad estrechamente delimitada, y las turbas se aglutinarían formando un emparrado difícilmente penetrable (¡aunque bien cargadito de uvas!), un seto impenetrable que, como una red, protege al principio al malhechor para acabar después, si es que éste no se quita la vida, entregándolo a la justicia. El hijo del gendarme tiene una mujer que se debe a Dios y a la Virgen, y que cada domingo temprano y cada día al anochecer se ofrece en sacrificio incruento ante el tabernáculo. Así la educaron, y ella ha acordado con su voluntad continuar haciéndolo libremente, sin la coacción de las monjas, que la fueron puliendo para que ella algún día pasara por la puerta del cielo. Hace diez años dio a luz, un niño, sentido y objetivo únicos del matrimonio. También desearía una niña, también desearía poder ser un poco más. Sobre que haya que cambiarle los pañales a una mujer vieja Dios no ha dicho nada. Por eso tiene la mujer joven una cabeza tan dura, las opiniones de la Iglesia son lo más inamovible que existe, ya puede la vieja estar sentada hasta la noche en su propia mierda, o hasta que se pudra, que ahora nos vamos a la misa de la tarde, tendrá que aguantar hasta el momento de ir a la cama, la vieja, no la Iglesia, ésa hace ya mucho más que aguanta y ni siquiera necesita

pañales. Pues ella toma y toma y jamás suelta lo que consigue tener. A lo mejor lo hemos aprendido de ella, no, eso lo sabíamos ya antes. Y el hijo, digamos de una vez cómo se llama, Ernst Janisch se llama, tiene a su vez un hijo, Patrick, pero la mitad de la mujer y siete octavos de la revieja pertenecen a Dios. Dos litros se traga ésa tranquilamente a diario, y hay que dárselos, de lo contrario chilla; eso conlleva una gran cantidad de excreciones cuando uno no puede ir al váter porque está situado en la planta de abajo, donde viven actualmente los hijos del gendarme, donde se utiliza mucho más. La vieja no se lo imaginó así cuando puso indirectamente su destino en las manos de una persona con puesto oficial. Pero lo que aquí escribo no pretende ser ninguna investigación. El diagnóstico, «Cirrosis hepática incipiente», es igualmente definitivo, creo. Cuando Dios acabe con el último octavo de la vieja, él mismo estará tan ausente que no reparará ya en nada y pasará por alto a muchos malhechores. Da igual. Esta casa entonces pertenecerá por completo al hijo del gendarme, por fin, entonces ya no compartirá nunca más, nada, ni siquiera con este Dios, para cobrar ya estamos nosotros. Este Dios recibe nuestros pecados, con eso ya tiene bastante.

Ninguno de todos esos prometedores bienes que están en perspectiva, son considerablemente más de los que yo podría enumerar aquí, está en estos momentos pagado del todo o merece la pena o, al menos, está realmente en perspectiva, con la excepción de la renta vitalicia de la vieja, que, de no suceder algo grande y hacer el Señor un milagro, parece que va a sucumbir a la eternidad o a lo que sea. Para esta infinita bienaventuranza, de todos modos, la nuera del gendarme ya ha abonado una suculenta paga y señal, concretamente en forma de pedazo de hijo, que todavía es un niño, especialmente grato a Dios. Dios le raspa el alma en la confesión, el cura se la escudriña en busca de sucios pensamientos y le dice, después de haberse hecho una paja en la oscuridad del alma, su lugar preferido, que el hijo debe colocarse al final de la cola de los niños, donde se le pueda alcanzar fácilmente; es una cola de silbidos y puñetazos la que el cura recibe una vez por semana en la misa infantil, y a la que devuelve para casa, una vez usada la palma de la mano, cuando alguien charla o chismorrea verdades desagradables. ¿Esos fardos no serán más bien hipotecas en el camino de un hombre aún joven, que urgentemente necesitaría tales hipotecas para quitarse de encima algo de peso? Para él incluso las cortinas son ya una decisión revolucionaria: sólo necesita lo imprescindible, dice siempre, es decir, la casa y el terreno. Por lo demás, el montador, el ingeniero es tacaño y su padre lo es aún más. Su mujer debe adornar el jardín delantero con esquejes que ha arrancado en secreto de las macetas del vivero, como si eso no sucediese constantemente a gran escala en el mundo y no fuese una advertencia para nosotros. ¿No querrá este hijo de Dios conservar la casita pero deshacerse de la mujer y del hijo? ¿Tan pronto le ha durado toda su fidelidad? ¿Si

no hace tanto que tiene familia! ¡Quizás vengan más niños! Lo sabremos o no, dependerá de que yo pueda expresarme de forma comprensible y de que no confunda continuamente a los personajes, hasta ahora no parece que vaya a ser así. ¿A santo de qué habré empezado yo con tres generaciones? Bien mirado se trata incluso de cuatro. Bueno, pero no aparecen todos a la vez, y además todos son lo mismo. ¿Acaso todos nosotros debemos subirnos al mismo barco? ¿Qué opinan ustedes? ¿Quién no querría por lo menos una pequeña casa en exclusiva? Podría viajar por debajo de los puentes y cruzar las autopistas, pero la casa siempre estaría pacientemente esperándole en casa.

El hijo del actual gendarme está empleado en Correos y Telégrafos como instalador de teléfonos y reparador de averías, fue a un instituto de formación profesional, cuyos graduados se autodenominan ingenieros y en todas partes están solicitadísimos por la industria, sobre todo por los consorcios de telefonía, que andan como locos por nuestras voces y salen como setas por todos lados, aunque pronto sólo habrá uno solo. Para consolidar y proteger su posición en la vida, el hijo se dirige una vez por semana, con una determinación que parece que le va a acarrear más beneficios de los que le proporcionan sus propias seguridades, a su oficina bancaria situada en la plaza mayor, con la cabeza gacha a la espera de réplica, impasible, inamovible, pero con las manos suplicantes, casi levantadas con indecisión, así es como hay que ir al banco que le concede a uno los créditos hasta que uno haya perdido toda seguridad, y al final, mudo, tan sólo pueda, implorante, extender las manos, que se quedan donde están. Ser rico se basa en conocer con exactitud lo que se tiene y lo que se podría conseguir. ¿Por qué la Iglesia no hace en realidad nada para los suyos, que con tal ahínco llenan de carne sus edificios? A la Iglesia le da igual si la gente acude o no, además, por lo general, está siempre cerrada, menos durante la misa, donde la sagrada eucaristía, desgana, cumple con su cometido en su cuartucho. Podría suceder, por ejemplo y sin ir más lejos, que piadosas sirvientas parroquiales como la nuera del gendarme, en su quehacer desinteresado al servicio de la comunidad, pudiesen averiguar más rápidamente que los demás qué casas han quedado libres. ¿Por qué no? ¿Por qué no son ellas las que heredan? ¿Por qué hereda entonces un sobrino de Linz que en su vida ha visto por dentro una iglesia, ni la casa de su tía en los últimos años? ¿Y por qué no somos todas actrices pudientes, vamos a casa y desmaquillamos nuestros deseos, para poderlos tener más grandes al día siguiente, y más bellos, y para tener que estar especialmente descansadas de modo que no se nos vea nuestra vida y podamos mostrarnos libremente en la revista? Por suerte son más bien pocos los crímenes violentos que se producen en nuestro país. ¡No se van ustedes a creer qué pocas personas hay que no tengan en absoluto ningún pariente! Son siempre otras las que se disfrazan de viudas permanentadas, y al final tienen un hijo lejos, que se ha

colado a tiempo, pero que en el momento decisivo cambia el rumbo de los acontecimientos, los cuales, por su parte, la mayoría de las veces también se han colado como quien no quiere la cosa. ¡Qué tontería! Ahí regresa el hijo, precisamente de Linz o, por mí, de Recklinghausen, Alemania, o de Canadá, donde se le creía desaparecido en la fundición de una acería o bajo un gigantesco montón de madera, y la ternera asada y la casa le están esperando, sin que él haya hecho nada por conseguirlo. Contra el testamento se esgrimirá ahora un pesado sable, un segundo, ¡zas!, ¡impugnado! Tal vez la Iglesia sólo exista para hacer entrar en razón a las personas mayores, que de todos modos se han de morir pronto, y convencerlas para entrar todavía a tiempo en su carpa y representarles con gracia el oscuro abismo del infierno. El cielo son siempre los otros cuando nos arrebatan bondadosamente nuestra propiedad. El infierno está en nosotros. Es mejor que herede la Iglesia enseguida y no que acabe en manos de sus estúpidos empleados.

El hijo del gendarme permanece inmóvil en el sillón de las visitas del director de la sucursal bancaria por miedo a delatar algo, involuntariamente, con el lenguaje de su cuerpo, que ni siquiera él mismo comprende del todo, algo, aunque sólo sea una insignificancia, sobre sus propiedades reales o presuntas, lo que el banco no tiene necesariamente por qué saber. ¿Qué es lo que pretende con esa chuleta? Lo que haya en ese papelucho no me interesa lo más mínimo. Sólo cuenta la firma, y lo que está encima de ella. Sólo entonces la verdad tiene además validez legal. Hoy este banco tendrá noticia del aumento de sueldo previsto que se dio a conocer en una carta informal. Se trata únicamente, desde luego, de una situación provisional para este funcionario, pues pronto van a ser sus propiedades más abundantes que los granos de tierra de una verdura recién arrancada del huerto, gracias a la que uno se ahorra un poco en la compra. La mujer se lo arranca directamente de su corazón, en el que ya no habita nadie, pues hace años que el hombre arrancó sus raíces de allí. Sí, esta casa es un feudo, dice Dios y piensa el cuerpo del ser humano, varias casas tampoco harían de mí un caballero, piensa el gendarme, que conoce a uno de esos hombres de hojalata de un libro de cuentos y leyendas de la comarca. A la hora de acaparar, el hijo ya es tan diligente como el padre, y pasaría por encima de cadáveres si la gente no muriese antes voluntariamente, aunque, en algunos casos, sea demasiado tarde. Si supiera Dios nuestro Señor, para quien erigieron casas en vez de que Él mismo tuviera que robarlas, cómo se las arreglan sus hijos de Dios... ¡y encima solos!

La rabia que a veces se esconde tras una sonrisa de satisfacción puede hacer acto de presencia de repente, y precisamente por ello con mayor eficacia, cuando la vieja vida que tiene parte en toda renta aparece espontáneamente en el pasillo, al lado de la puerta del váter, que no es su parte, ella forma parte, de una vez por

todas, de la buhardilla, allá arriba. Esta vieja tiene la cabeza muy dura, pero el mango de plástico de un destornillador con muchas pequeñas puntas intercambiables dentro, por decirlo de otra manera, con sus miembros permutables en el interior, no es precisamente de algodón. Es bien duro, aun no siendo mortal. Los santos a veces ceden y conceden, pero esta cabeza no. Miren, aquí tenemos en efecto, a decir por la forma, un hematoma en la sien que forma parte de ella. ¡Que la vieja se esté cayendo siempre...! Acércate otra vez, viejo montón de mierda, vas a ver qué miserablemente puedes llegar a sangrar detrás de los geranios de alegres colores de la repisa de la ventana, que dan hacia afuera para que no se pueda ver lo de dentro. Ayer los espectadores del banco irritaron a este hombre de forma inadmisibile con sus miradas, y está muy furioso, ¡ajá!, otra vez está en el sillón del director de la sucursal, ¡este mes vamos a ir otra vez muy justos de dinero! ¡Éste se habrá pasado con las hipotecas, los cambios y los créditos con moneda extranjera! A Janisch jr. le parece como si estuvieran pinchando con pequeñas ramitas a la fiera que lleva dentro. Pero si efectivamente saliese, serían los primeros en echar a correr gritando. Le dice al director de la sucursal: a mi mujer se le va a romper el corazón si no se le permite poner en el sótano una boutique de géneros de punto. Para ello, en el sótano hay que hacer reformas, desagües e instalaciones y demoliciones, todo dependerá de los efectivos disponibles que usted y su banco me entreguen hoy, de lo contrario voy a ser todavía más impuntual que hasta ahora en los pagos, y entonces ya puede irse usted con la suma entera a freír monas, porque entonces no van a recibir nada. Sí, la señora Eichholzer vive todavía y esperemos que mucho más tiempo, en efecto, mi mujer cuida de ella, y la Iglesia no va a venir a controlar a mi mujer tan sólo por una anciana incontinente. De todas formas, mi mujer ve cada día la iglesia por dentro. Jijiji, jejeje, mi mujer sería para Dios nuestro Señor como un libro abierto, si es que él tuviera necesidad de leer, pero él escribió el Libro de los Libros, por lo que no necesitará ningún otro en toda la eternidad. Y además, de todos modos, ya lo sabe todo. ¡Jajaja! Y: no se preocupe, a todo esto ya le hemos echado el ojo a la siguiente casa, aunque con la última y sus reformas ya nos hemos pasado. Se trata de poder ofrecer garantías suficientes para las hipotecas de la primera. Podemos adquirir una cadena entera de hogares propios, uno asegura siempre al otro (serán auténticos palacios una vez acabemos con ellos), aunque no sea legalmente y no sepamos muy bien cuáles. Ya sabemos con qué vamos a hacer la copia de seguridad: con el dinero del banco, con su dinero, querida comunidad de bancos hipotecarios, de cambio, de cotización, sí señor, conseguiremos casas y hogares y alquilaremos o arrendaremos negocios en su interior, pintaremos las ventanas, vitrificaremos los suelos, encargaremos armarios empotrados, colocaremos las baldosas, las dejaremos por ahí tiradas o las pisotearemos de rabia porque no sale el dibujo que nosotros queríamos, de ninguna de las maneras. El sentido de estas casitas pobladas de organismos será que cada modelo previo podrá

ser tomado como garantía para el posterior. ¡Qué! ¿No es una excelente idea para revitalizar nuestra economía y para liquidar el excedente de seres vivos? En caso de corazón frágil, incluso se pueden tomar bulbos, p. ej., los de los queridos lirios del valle, como ya hemos mencionado, son de sobra conocidos, y encima la paciente se mostrará entusiasmada cuando le mechamos el queso a las finas hierbas con ellos y se lo untamos en el pan. Jojojo, jojojo. Muchísimas gracias, ahora me voy a tirar adelante con las obras. Ya verá lo bonito que queda cuando esté listo, al fin y al cabo va a seguir siendo suyo todavía un tiempo, querido banco, la confianza es buena, el control no puede ser mejor, seguro que no lo comprenderán hasta que haya colocado la primera piedra para la ampliación de esta casa de propiedad ¡hasta la buhardilla! Si no confían en mí, simplemente pongan una moneda pequeña en el portalámparas y entonces ¡den la luz!

A veces los bancos observan demasiado tiempo antes de retirarse por su camino tortuoso. Hasta que el director de la sucursal pierde su puesto y el deudor, que tiene que hacer su penúltimo viaje, se transforma en un montón de despojos que se lamentan porque han tenido que vender hasta su coche, que todavía estaba entero, el único amigo que se ha mantenido fiel a su lado, porque ya no le llegaba el dinero para gasolina. Ahora el deudor debe intentar por sí mismo verter luz sobre su oscuridad para ofrecer una buena imagen ante el empleado del banco. Todo eso con sus escasos recursos, para que el plazo, cuyas articulaciones crujen todas ellas, vuelva a ser estirado en este banco de tortura. Y todos observan cómo uno negocia desesperadamente, cómo uno realiza esfuerzos a diario que acaban en catástrofe y salen en los periódicos si uno no se lo toma con calma. Mientras tanto una casa se volatiliza. El director de la sucursal tendrá que echarle dinero otra vez o todo se esfumará; o el recurso de casación examinará cada una de las miguitas que los niñitos hayan colocado para marcar el ancho camino cada vez más escarpado en cuyo final se encuentra la más bonita de todas las casas, la casita de chocolate, donde espera la bruja, donde dedos gorditos se mueven desesperados en el aire, en realidad ya listos hace tiempo para la sartén, ¿cómo es que la bruja no ha puesto la mesa todavía? Porque aún quería más guarnición. Visita al mundo de los cuentos de Estiria, distrito policial Mürzzuschlag: de lunes a viernes, de 8 a 12 horas. Pues así son la realidad y sus sueños, ¿no? ¿Por qué no revientan los seres humanos, si no es de rabia? Deberían haberse ido al carajo mucho antes. Por ello el plazo no se estirará, ahora menos que nunca, hasta la semana sin viernes, de eso puede estar seguro, Sr. Janisch, aun cuando su padre sea un miembro respetado del club este, cómo se llama, ah sí, el club de la gendarmería y el club deportivo de la gendarmería y el club canino de la gendarmería, donde todos juntos, tras la sesión de entrenamiento con manguera, acaban reventados en la taberna amorrados a la espita de cerveza, quiero decir, que acaban los ejercicios como es debido.



Recientemente, con ocasión de la intervención en una catástrofe, pudimos presenciar un caso extremo, cuando las llamas de aquel incendio lo devastaron todo, y en el centro de la ciudad de K. una hilera entera de vigas para el tejado y todo el mobiliario de las casas se fueron a pique (¡y encima picadas!) con un balance total de pérdidas que llegó a sumar más de treinta millones de chelines, ¿y cómo llevaron a cabo estos hombres su peligrosa intervención?, al lado de la gendarmería, 29 unidades de bomberos de la región, ¡qué!, ¿le parece poco? Y todos los incendios provocados en las casas de campo por niños y medio niños, ¡qué!, ¿es eso menos que poco? Los niños son la sinrazón en persona. Sólo por mor de su padre le prorrogamos una última vez, señor Janisch jr., quién sabe si algún día tendrán que sacarnos las castañas del fuego, hemos leído que el responsable de las investigaciones sobre incendios de la dirección de policía, donde su padre está destinado, pudo determinar que la causa del incendio fue la puertecilla oxidada de la chimenea. El ser humano se mueve, ¿quién cuenta sus pasos? Nadie, no tendría sentido, aquél a quien Dios quiere mostrarle su favor, le envía una casa unifamiliar desde el cielo procurando que el nuevo propietario se encuentre exactamente debajo. Las deudas se nos van a comer a todos, eso si antes no nos convertimos todos en animales.

Sobre los trabajos de desescombro tras el desprendimiento de rocas del pasado otoño no queremos ni empezar a hablar, tenemos que cerrar de una vez por todas este capítulo, aunque estamos muy enganchados. En esa ocasión incluso los estudiantes de gendarme ayudaron durante cinco días en los trabajos de desescombro, por no hablar de las toneladas de pelo en la tierra que hasta hoy nadie ha sabido explicarse. En aquella ocasión incluso tuvimos que recurrir a las unidades del ejército federal, ¿verdad? Los terrenos incendiados el año pasado, mientras tanto, ya han pasado a ser sólida posesión de nuestro banco. Eso no es motivo para estar en contra de los bancos o de los judíos, aunque se trate de una bonita tradición entre nosotros, sencillamente ya no hay terreno alguno que le pertenezca a nadie, y punto. El principio de causa y efecto, como la OTAN mantuvo todo el tiempo durante la guerra de Kosovo: ninguna causa y grandes efectos. Imagínese, allí incluso hay gente que, en el más tenebroso e impenetrable de los retorcidos mundos, pretende abrir una bricotienda, es increíble, mientras gigantescas masas les pasan por delante a toda velocidad con agudos silbidos, directamente por las fronteras este y sur, donde viven gentes que uno desprecia, cuya lengua uno no habla, cuyas leyes uno desconoce, pero donde todo cuesta la mitad, ¡todo eso que uno se ahorra! Y además uno se puede hartar de postres, y beber e ir a la peluquería por el mismo precio que aquí uno compra un par de panecillos. Las gentes al otro lado de la frontera, durante demasiado tiempo enterradas en vida en un oscuro Estado, todavía no saben cómo hacer negocios, y nuestra luz va a necesitar un par de años

luz más para llegar hasta ellos. Por eso hacen sus propios negocios, que son al mismo tiempo la mar de eficaces, e incluso llenan los depósitos de gasolina hasta reventar. Nuestro banco, de todos modos, lo sabe todo de antemano mucho mejor, inspecciona la nueva casa, que le recuerda a todas las que ya hay, sólo que ésta ya se desmorona en vida, y encima les arrebató a los nuestros los muebles del suelo. El propio banco deberá apañárselas para mantenerse con los pies en el suelo que el deudor todavía tiene que empeñar. Qué lástima que haya concedido ese último crédito, esa penúltima promoción, pero ¡qué se le va a hacer! Ahora todo ese bonito dinero ya está invertido, pero ¿en qué? ¡En nosotros no! A nosotros ya nos miman. Aquí no pasa nada por lo que yo estuviese dispuesta a acariciar a nadie para obtenerlo, ni siquiera en la cabeza.

Resumiendo (lo malo, si breve...): Janisch hijo, padre a su vez, a quien incluso su propio hijo ya acicala con gusto cuando hay que ir a la batalla en el estadio de fútbol blandiendo la bandera, ha despojado ya al banco de una pequeña pero importante parte de sus riquezas, para lo cual le ha endosado al director de la sucursal un par de cajas de vino y un par de mentiras gordas, que habrá que hacer desaparecer con más alcohol aún, nos vemos en el bar de siempre más tarde. Iremos con el primogénito de la estirpe, no, nuestra estirpe no va a desaparecer jamás, para ella hemos fundado un partido y a todas las demás les deseamos lo peor, mientras nosotros nos lo montamos, murmurando, con nuestros propios jueguitos. Éste es mi último argumento, que está demasiado impaciente como para ponerlo aquí ahora sobre la mesa. Por todos lados se lanzan pullas contra ese partido ya veterano, pero votarlo, lo votan todos. Pongámonos cómodos nosotros también. Kurt Janisch (el actual jefe de la empresa Birlacasas e Hijo) se mata currando y todavía ha cogido dos trabajillos más de guarda jurado en la pequeña ciudad. Fue el padre quien se los procuró en su momento. Aquí, donde las generaciones se suceden sin rechistar, efectivamente la tradición cuenta para algo. Y también el hijo, Ernst, el copríncipe, le ha traído al banco una botella para brindar más tarde, al banco, que físicamente tiende ya de por sí a la opulencia porque le quita los intereses moratorios a los árboles de Navidad ajenos, que, como un espejismo, sólo lucieron una semana, y luego los devora. El banco se lo puede tragar o no. A él le da igual. Al fin y al cabo ese dinero también se lo habían tragado, para casa no nos vamos, antes habría que tener una casa para eso, y ahora el dinero se ha esfumado. Y la casa todavía no acaba de estar ahí, o sea, podría decirse que sí está, pero se ve tan ausente... como si quisiese largarse de inmediato y hacer una pausa para el café antes de que los intereses hayan empezado a rendir de verdad. Una vieja chillona en un agujero en la buhardilla consigue que uno no sea precisamente aclamado por la opinión pública, y eso debe cambiar. No debe extenderse el rumor. De hacerlo, llegaría la fecha del vencimiento, el lugar de depósito iluminado, donde todo debe acaecer y

donde los demás despojos ya esperan a ser recogidos. Ésta no debe ir a la residencia, mejor se queda aquí y produce réditos hasta que sólo sea una momia crujiente y transparente que por la noche intenta matar con montones de harina a las ratas que bailan por encima de los fogones, porque quieren atacarla y ella no tiene nada más a mano que ese polvo blanco con el que ella se hace una masa en secreto, jajaja, el vino está bueno.

Raiffeisen extiende la mano también, ¡no! ambas manos, y en medio: nuestro cuello. No es de extrañar que a esta paciente institución le sigan contando una y otra vez, bajo la falsa apariencia de nuevas riquezas que jamás existieron, oscuras historias siempre nuevas, todas ellas inventadas, afortunadamente. Uno de éstos tiene deudas con nosotros, pero no se muestra dispuesto a pagar, y ¿qué hacemos entonces? Nos sentamos en los cómodos sillones acolchados de nuestras respectivas filiales, nos divertimos y observamos alegremente las cerezas confitadas encima del espumoso relleno (¡hecho de batido de aire corriente!) de nuestras demandas. Y entonces miramos hacia fuera por la ventana y fijamos la vista en el interior de la pastelería, y allí están los verdaderos pasteles. Más tarde, repletos de colesterol, en la tumba, estaremos mejor. Pero es ahora cuando debemos contagiar optimismo, mientras que el banco todavía tiene que aprender a tratar a los jóvenes cuando éstos tienen deudas por valor de varios sueldos anuales futuros con cuatro compañías de teléfono distintas. Nos regimos por valores más sólidos, dice Kurt Janisch y dice su hijo Ernestito. De modo que una torre de bronce encima de la casa unifamiliar, ¡qué guapo!, eso sí sería realmente chic, la casa aparentaría más, ¿por qué no nos ponemos manos a la obra enseguida? Eso: la torre nos la ponemos también. Pero las botas camperas para la ocasión mejor las dejamos. A buen entendedor...: cada mes el banco exige algo. El capital siempre está únicamente en perspectiva, y nunca hay a mano un telescopio para que podamos verlo más de cerca y más grande de lo que es. ¡Pero todo va a cambiar! Llegarán nuevos tiempos para estos laboriosos, respetables y eficientes que algún día también querrán hacerse con el poder, ya han esperado lo suficiente y se han reunido en un movimiento que, como un huevo frito petrificado en el aire, desea por fin añadirnos a nosotros, sí señor, justamente ¡A NOSOTROS!, como juguete, como guarnición grasienta a un asado más grasiento todavía. Yo no nos votaría a nosotros, seríamos demasiado vagos para todo, a nosotros nos seguiría solo guerra porque no comprenderíamos nada. Algún día tal vez aprenderá modales este partido, aunque en realidad eso no es necesario, porque el gran capital que valora eso algún día se subirá de todos modos a ese tren, aunque dubitativo aún, sin importarle quién lo conduce y hacia dónde, pero mantendrá siempre un pie en el suelo, el capital, para poder saltar a tiempo y así buscarse otro conductor de locomotora. ¡Se ve que el capital no conoce a nuestros Janisch! Con ellos hubiese funcionado desde el principio. Marx también habría

escrito de otra forma, algo mejor, si los hubiera conocido. En realidad, Janisch & Co. no han constituido empresas constructoras durante suficiente tiempo, aunque miembros similares del partido sí, y todos juntos se han dado de bruces contra el suelo. Las empresas tuvieron que ser absorbidas, una lástima realmente. ¡Ahora los señores Janisch van a intentarlo con otra cosa! Por fin quieren cometer sus propios errores, pero siempre aquellos que otros también cometerían si tuvieran ocasión de hacerlo. En realidad todas las propiedades humanas de esta comunidad de correligionarios van a ser atadas con un cordel, y ese fardo nos caerá estrepitosamente a la cabeza, como si lo estuviera viendo. Bueno, pronto coleccionarán personas, las casas ya las tienen. ¡Ya verán ustedes, ya!

Estábamos con el capital: pero éste en primer lugar desea ser arrebatado a pobres ansiosos para ser dado a continuación a otros pobres ansiosos. El hijo del gendarme, sin embargo, lo necesita ahora sin falta y de inmediato, para entregarse en el club, junto a su padre (se trata del club austríaco de la cuenta-ahorro-vivienda, que ha reproducido a todo color en su boletín fotografías de residencias de la nobleza británica, o por lo menos de casas de médicos de provincia austríacos, casas de campo renovadas, hechas de vieja y bonita madera envejecida noblemente sin pintura. Por supuesto queremos hacer llegar este bonito número a nuestros ahorradores, ¡después de haberles quitado sus miles de millones! Más adelante ahorrarán todavía mucho más estos austriacos/as. ¡Intereses por debajo del uno por ciento! Nosotros nos hemos pasado a las acciones y a pesar de ello ya no podemos dormir. Si Dios ha hecho al hombre a su imagen y semejanza, ¿por qué no debería poder el hombre diseñar su casa a imagen y semejanza del palacio de Buckingham?), al pasatiempo de coleccionar casas y terrenos. El director de la sucursal, por su parte, también tiene un pasatiempo: la especulación. Los difíciles tiempos venideros le han advertido de ello. Es un hombre intrépido y juicioso. ¡Ese pasatiempo que les han regalado a ustedes sí que es bonito! Otros tienen que ir a jugar al tenis o ir a morir o ir a hacer footing, y más concretamente tienen que fallecer los propietarios legales de las propiedades vecinas, para quienes su propiedad al principio resultaba propiamente un asunto muy propio, y yacían colindantes como dos lugares de paz para ser unidas por fin en una apacible superficie habitable, lo suficientemente grande como para permitir la entrada a un gendarme y a su hijo, pero no para sendas familias, de las que vuelven a estar hasta el gorro. Al principio se habrían muerto si no las hubiesen podido conseguir, a las familias, las mujeres y los niños. Y ahora les parecen un estorbo, porque sus pretensiones se han hecho mayores, y los niños por desgracia también. ¡De golpe necesitan mucho más! El ser humano va creciendo gracias a sus pretensiones, y es tan estúpido que tiende a la brutalidad cuando tiene otras nuevas. Por desgracia nosotros seguimos ahí, una especie de élite que coloca sillas de jardín en sus

balcones. Por favor, un poco de paciencia. Una cosa después de la otra, una casa después de la otra, una mujer después de la otra, un contratiempo después del otro, para finalmente echarles mano, por los ya escasos pelos, y que así bramen. Y arrancarles la piel de paso. ¡A eso le llamo yo arte militar! Al fin y al cabo, los seres humanos mueren de todas formas, que no cunda el pánico, sus casas se quedan ahí, a menos que estuviésemos en Kosovo, donde sería al revés, aunque bueno, en realidad allí no queda nada de nada. Nada de nadie. El que puede se quiere largar. Bueno, algo hay que hacer con los seres humanos para que no se oxiden. Todo ese tiempo es necesario para que puedan poner sus pertenencias a salvo antes de que llegue la guerra que los soñadores mucho antes ya han añorado. ¡Pero si ya lo sabían! Dónde está el coche de carga, el tractor, el caballo, ahora habrá que subir la cuesta. Antes de que las pertenencias se deshagan en migajas, por Dios, vamos a cogerlas nosotros, si no es que lo hace otro. La posesión sin dueño no soporta en sí ese vacío, desea volver a pertenecer a alguien. Allí arriba hay un corcel bajo un tractor porque ambos querían pasar a la vez por el paso fronterizo. Algunas pertenencias son demasiado grandes para cualquier medio de transporte. Si no se pone al volante uno mismo y lo controla todo hasta en el último detalle, aunque sea para meterse en la cuneta, otro se lleva lo que a uno le pertenece. A veces, si no es el volante mismo son los impuestos, y si no un pariente lejano con el que uno no podía contar porque jamás había oído hablar de él. Estos dos hombres, padre e hijo Janisch, que en conjunto causan la mejor de las impresiones, sobre eso no hay queja, el uno como gendarme, el otro como domador de líneas telefónicas, que para alcanzarlas hay que trepar hasta la punta del alto mástil, han encontrado un bello *modus vivendi* para que la propiedad se les arroje a los pies jadeante como un perro cansado. Pero es mejor que nadie venga de visita, de lo contrario, el perro da un salto y muerde dando a entender que sólo a nosotros nos pertenece:

Les hacen la corte a las mujeres. En realidad ambos. Pero especialmente Janisch padre, el gendarme. Eso se dice pronto, pero en esta ciudad y en este país ya ha hecho infelices a muchos seres. ¡Qué! ¿Hubiesen reparado en ello? Preferentemente mujeres que tengan casitas o casas unifamiliares en la población vecina. Estos expedientes femeninos deben ser conducidos y aconsejados íntimamente, aunque no se llame por su nombre lo que los Janisch hacen. Unen el ocio con el negocio. Eso.

Qué suerte hacer salidas laborales y tener una jornada flexible que le permita a uno de vez en cuando ir a dar una vuelta con el coche. Los maridos de estas mujeres deberían fallecer lo antes posible o incluso no haber existido nunca. Algunos hijos tampoco deberían haber estado nunca ahí. ¿Quién puede saber algo así (que, llegado un momento, una dama debe retirarse, de lo contrario, hay alguien

de más en su propiedad) si no es un gendarme, policía, cura, vecino, instalador o bien el tendero pertinente, que, por su parte, también le ha echado un ojo a ese vacío que en su ánimo se va poblando cada vez con más ladrillos hasta que a uno le pesa el corazón? Pero en el comercio al por menor sólo cuentan las ganancias y no las acciones. Esta caja de frutas tropicales no debe volcar, la ligereza y la naturalidad con que la venenosa araña saltadora roja, qué digo, si se llama araña errante, puede saltar hacia afuera podría provocar tales muecas en los semblantes que merecerían ser declarados atracción turística. El tendero no recuperará jamás el ojo que ha arriesgado. Así son ellas, las mujeres, siempre el mismo perfil para la brigada de amor y el más global de los proyectos globales, frente al que la contaminación medioambiental o la paz mundial son una inmundicia: el matrimonio. Eso es lo que quieren todas. Mujer y matrimonio, la combinación perfecta, sobre todo en el campo, donde hay pocas posibilidades de esparcimiento y uno se harta de ellas rápidamente. Le sigue la vida conyugal. Ninguna mujer puede decir a eso «muchas gracias, yo paso». El tendero tendrá que vender sus plátanos en otra parte y repartir sus cajas en otros sitios, para él la puerta se ha cerrado. No tiene la más mínima idea de para quién está abierta esa puerta, pero para alguno tendrá que ser. No ha visto a la mujer detrás de la puerta desde hace semanas. La sobrina que viene de Krems al fin y al cabo conseguirá algo con lo que no habrá contado, concretamente lo obtendrá cuando llegue el fin de la tía. Jamás se saldará la deuda de los alimentos que el honrado tendero le llevó a la anciana. Otros fueron más rápidos y estuvieron antes allí. También los vecinos comisquean con gusto, incluso deshechos. Hurgan en la basura. Lo que llega a tirar ésa, ¡si todavía sirve! Los humanos se roban los unos a los otros, primero por convicción, más tarde por amor. Se presentan primero como vecinos y se transforman de inmediato en amigos, es decir, en ávidas bestias, como en nuestros queridos Balcanes, que ya conocemos mejor que nuestra sala de estar de tanto que salen en la pequeña pantalla, por lo menos cuatro veces al día, donde los vecinos todavía eran vecinos pero dejaron de serlo. Nuestros propios vecinos espolean a los apocalípticos corceles para conducir a esta marea amenazante, rociante, goteante de hombres y mujeres mayores hasta la cama de su cuarto, donde a menudo el televisor no llega. Si uno no se anda con cuidado, puede suceder que vaya a bañarse y, probablemente aturdido por el Anafranil, se ahogue en la propia mierda. Robar no es tan fácil, a menudo es un duro trabajo, de lo contrario lo haríamos todos, ¿no?

Los dos Janisch, en eso sí estamos de acuerdo, quieren, enseguida o cuanto antes, conseguir una casa completa o varias casas a cambio de nada, en realidad no tienen nada más que: nada. Así que los inmuebles deseados deben añadirse a los que los Janisch ya poseen. Para ello tendrán que modificar primero el camino de algunas mujeres, mucho me temo. Con el primero se empieza, con el último se

acaba. Otra vez tendremos un grave accidente por alcance, ¡un momento!, ¡los gendarmes acudirán enseguida! Y siempre seremos nosotras las culpables. El señor gendarme apunta todo esto en su bloc y hace las fotos correspondientes a tempo. Los destacamentos de policía rurales, por razones de recorte presupuestario, tienen asignado un personal realmente escaso. A menudo hay que tomar gente prestada que uno puede despistar fácilmente. Cuánto tiempo requiere conquistar a semejante mujer o a otra, se preguntarán ustedes. Primero hay que llevársela a la cama y después dejarla en bragas. En el campo, a algunas todavía les entra sentimiento de culpabilidad si tienen una relación extramatrimonial, así que les promete una matrimonial, no hay más que apartar del camino un par de obstáculos de carne, sangre y huesos. No se alteren, ¡antes de ustedes hay un par más en la cola! También a ellas hay que introducirles un rabo, cuántas veces creen que se puede en un día, ya no somos tan jovencitos. La dama debe pasar como mínimo un año en libertad condicional, período durante el cual sólo podrá sostenerlo y mirarlo, su contenido al fin y al cabo todavía lo necesitamos para que esa otra no alimente sospechas. En medio, una confesión liviana y todo arreglado.

Todo esto depende un poco del espesor del cabello, del carácter y de lo que uno tenga en el monedero o en la jaula, no sólo de las propiedades. Hasta que los caballos de potencia que tenga el pajarillo, animalito, estén agotados. Es verdad que las mujeres suelen agradecer que les sigan dando marcha, cuando el trajín de la vida, las risas, los gritos, empiezan a amainar. Así que sólo hay que cuidar, por lo menos durante un tiempo, de las inversiones, durante las horas de servicio hay que seguir pasando con el utilitario, como por casualidad, por rutas y rodeos diseñados por uno mismo, ¿todo en orden, señora mía? Hace un momento tuve un presentimiento terrible, pero por suerte sólo fue uno. Hacía tiempo que no tenía ninguno. Vaya, hombre, alguien llamaba a la puerta. Lo investigaremos, sólo déjeme pasar, represento a la Administración, por lo que en todo momento puedo ser usado sin problema igual que ¡una servilleta de papel! No se avergüence, puede usted comer incluso con los dedos, ¡cuidado!, si no, se me escapa el rabo tan sólo con mirarla, observe cómo gotea, un segundo, sería mejor que saliera de la alfombra, pero su suelo de Melan es terriblemente duro, aunque yo conozco cosas más duras, ¿lo está viendo aquí y ahora? Sería mucho mejor si nos dirigiésemos ya mismo a su cuarto. En el recibidor me lo monto rapidito, pero en el cuarto me lo saco entero, no hay cuidado, no va a estar ahí apocado, ni me dará gatillazo en el momento menos esperado sólo porque esté usted demasiado seca por dentro, con él siempre funciona, da igual dónde, lo conozco bien. Sólo con verla a usted, se pondrá a pleno rendimiento, enseguida se plantará como un soldado en medio de la habitación y acabará con todo, ¿qué es lo que quería decirle antes? Los pantalones nos los bajamos ya mismo (¡oh! por favor, descuide, ¡siga, siga!). ¿Cómo? ¿Se quiere poner

encima? La opinión pública tiene sus exigencias respecto a nosotros, ¡pero no tan grandes como usted! Bueno, como usted quiera, yo no me asusto, pero preferiría en el colchón, no pasa nada si no has recogido, ¡ya pondré yo un poco de orden dentro de ti! En cualquier caso, ahora vas a recibir lo absoluto, lo que has estado esperando todo el tiempo, es bastante largo, pero, dado el caso, te cabría en el bolso, si es que fuera desmontable. Es verdad, las mujeres a menudo son modestas porque tienen una vida dura. Pero jamás había usted visto algo tan apetitoso como yo, ¿verdad? Y conmigo también se divertirá, no soy amigo de la tristeza, soy amigo de la risa y de la broma. Por mí se puede desnudar ya en el recibidor, tratémosos otra vez de usted de cara a la galería, tan sólo voy a cerrar la puerta y me preparo para volver a mirarla, esta vez sin ropa interior, puede tardar, ¿cómo?, ¿no la habrá comprado expresamente para mí? ¡Vaya, qué honor! Entonces, por mí, déjesela puesta, da lo mismo, de todos modos te comprendo tan bien como comprendo el hambre y la sed que hay en mí, o mi pasión por las casas, sobre todo por la tuya, a la que tendré que llamar cuando quiera entrar. ¿No nos avisó ayer de la presencia de una marta golosa en la parte delantera de su casa, buena señora? Oh, ¿no era usted? Debe tratarse de un error, o bien de la mofeta de al lado, que se ha acercado a sus matas de grosellas. ¡Qué animal más grande y pestilente! Mira bien mi magnífico campeón, hace rato que te está esperando, yo lo sujeto bien ahora para que lo puedas acariciar, si no, huirá de ti corriendo. Antes te puedes mirar esta bonita revista que te he traído, ahí puedes buscar el trabajo que te apetezca. No, no es un catálogo de jardines. Todo lo que tú desees, él te lo hace. Yo no voy a parar a este pequeño animalote. Juégate lo que quieras, enseguida lo habré traído. En realidad me correspondería una buena renta por todo lo que les meto a las mujeres. Venga aserrar y cepillar y lo que sale de ahí dentro después es siempre lo mismo. Aunque tiene otro aspecto, no sé, más pequeño, me da la impresión.

Y todas las estúpidas excusas para que la pareja de patrulla no se dé cuenta de lo que pasa. A ambos, a él y a Kurt Janisch, les late con fuerza el corazón. Pasan con el coche lenta o rápidamente. Hay que prestar atención al más joven, por unos instantes son una pareja. Un brazo roza al otro mientras la gente sigue su camino alegremente porque esta vez sus infracciones han pasado desapercibidas. Al compañero se le erizan los pelillos del antebrazo por un momento, después vuelven a alisarse, por favor, no vuelvas a rozarme, Kurt, o si lo haces que sea sin intención. Y la pareja se aleja hacia otro lugar. El compañero, un joven padre de familia, no sospecha nada, pero a la vez sospecha algo, por lo que habrá que taponarle la boca, no sin dificultades, apretándole bien fuerte en la bolera del club deportivo de la gendarmería. Pero no poniendo la propia boca encima de la suya. De hacerlo, ésta se activaría enseguida. Sí, si tú me dices ven, lo dejo todo o algo así, y hoy te quiero más que ayer, y menos que...



Bueno. Lo que yo les diga. Por desgracia con las mujeres hay que hablar muchísimo, pero de un modo distinto, para que tengan un éxtasis erótico. Los deseos, por supuesto, no deben mantenerse ocultos (¡nada de nada se mantendrá oculto jamás!), si no, más adelante, no podrán ser satisfechos como tales deseos ocultos. Sólo hablar hace libre al ser humano, gracias a ello el ser humano puede preguntar a otros por el camino y dirigirse así hacia otro sitio. Hablar también es el pasatiempo de muchas mujeres. Raro es que tomen asiento, seguro que no lo hacen para ser discretas. ¡Démosles, pues, una razón para gritar! ¡Qué maravilla cómo les arranca las palabras de la boca! Pero es mejor cuando uno logra metérselo antes en esa boca que de lo contrario siempre está hablando. A él no tiene que ayudarlo nadie, tiene permiso, puede exigir y lo hace profusamente también. Muy bien, sigamos nosotros también adelante y pongámosle el rabo allí donde tiene la lengua. Como un chupa-chups, para chupar, así por lo menos las mujeres se tranquilizan, porque no quieren hacerle daño a uno con esa necesidad de asistencia social que tienen. Un segundo, no, puedo oír un gemido, recorre una cara desencajada como las nubes recorren un paisaje azotado por la tempestad. Por desgracia un gendarme no gana mucho y encima sigue teniendo una mujer en casa, de la que se ha ido distanciando arduamente. En cualquier caso, mientras le alargan a uno la mano hasta la bragueta, la conversación todavía sigue viva. En esos casos, las mujeres pueden convertirse en auténticas atracciones, afanarse semanas enteras a cambio de un instante, esperar años enteros a que llegue el siguiente, que les den consuelo y esperanza; cuando por fin hay una fresca erección lista para la tan ansiada como descuidada y desintencionada prestación, toda la espera, tan inútil, porque el ser humano florece cual álamo y se apaga cual colilla, se olvida. Y es que hay que conocerlas bien, a las mujeres, ahí está todo, ésa es la clave. Incluso los políticos deben hacerlo también, aun cuando sólo sea con palabras, nosotros, como hombres, es más probable que lo consigamos con hechos, de vez en cuando algo nuevo, y nuestros hechos en realidad ¡son lo último de lo último! Un verdadero acto de amor, cuando en estos momentos uno debería estar haciendo otras cosas, y mejores. A veces hay que suspender incluso el footing. El gendarme coge entonces su coche privado, se trata al fin y al cabo de una buena obra: a esa dama de la bocacalle, junto a la guardería municipal, hoy le escuece de nuevo, es la orina, ¿qué?, ¿hace tres semanas que se la tiró por última vez? Jamás habría dicho que ya hace tanto tiempo, ya va siendo hora de dejarla frita. Lo que desea ésta es que la tumben boca abajo sobre el colchón y la abran rápidamente, para uso instantáneo, porque hace tiempo que está cerrada para todo y raramente tiene ocasión de que la abran de par en par y además la lubrifiquen. Para que no se oigan tanto los chirridos de las bisagras (¡el cajón secreto del armario no se abre tan a menudo!). Al lado hay niños pequeños, montones de ellos.

Con las mujeres básicamente se puede hacer de todo, como si hubiesen armado una gorda y hubiese que castigarlas. Y lo que todavía no se ha hecho con ellas es lo que más les gusta hacer. Eso a los hombres les viene muy a contrapelo, como sentarse al piano y no saber tocarlo. Pero así ha de ser, el ocio viene con el negocio, la desvergüenza con la práctica, la reprimenda no viene nunca entre otras cosas porque no se la espera. Se da antes precisamente. Más adelante ya es pasado y uno no está en condiciones de discutir sobre eso con la próxima mujer, aunque también querrá saberlo con detalle, lo que sea. Con las mujeres ni siquiera lo obvio es evidente, hay que explicárselo y mostrárselo después de haberlas dejado patidifusas dándoles con un mango duro en los pechos y en el sexo. ¡Oh, no debería haberse tomado la molestia! Soy obediente, también sin que me haya traído esos bombones, los hay aquí en el súper Mercurio de aquí al lado, al que viene gente desde muy lejos con alas en los pies, seguro que más baratos que allí donde usted los ha comprado. Pero pasado un tiempo ya saben lo que les espera antes de empezar, y abren ya con el batín transparente que han comprado por catálogo, o sin él. Con algo de entrenamiento incluso la edad carece de importancia, aun cuando uno desearía entrenar con alguien más joven. Pero las habituales por lo menos son modestas.

Todo esto cuesta tiempo y dinero a hombres como Kurt Janisch, pero a cambio pueden deponer en muchos lugares sus muebles viejos y, con suerte, cambiarlos por un tresillo; por favor, aquí en mi interior hay mucho espacio todavía, los niños están fuera o ya se fueron de casa, ya le abro el cuarto trasero para que no le cueste tanto. También le puedo hacer una habitacioncita de mí misma, si lo desea, enterita para usted, ¡qué!, ¿qué me dice? ¡Estoy entusiasmado porque precisamente esa habitacioncita, en realidad la casa entera, es justo lo que deseaba desde hace tiempo! Primero le damos un repaso a fondo, ¿de acuerdo?

Estos hechos, a los que tiene que recurrir uno cuando se queda sin habla y una mujer no quiere firmar algo precipitadamente sin haberlo leído antes, revierten sin embargo en más tiempo (cuando la mujer por fin está muerta) y dinero todavía, una buena inversión. Esto no funciona sin los esfuerzos que hacen el funcionario y su hijo, el empleado, que siendo aún tan joven se muestra ya tremendamente polifacético. Una polifaz, una multicabeza de Jano, inflada con vitaminas producidas artificialmente para que ya nadie pueda reconocer con claridad sus facciones, eso, una cabeza así es la que lleva el joven sobre los hombros. Sólo tienen que mirarlo, si alguien ha sido dotado con la capacidad de despertar agrado ése es él. El hijo es también muy mañoso y puede hacer muchos otros trabajos con las manos además de simplemente instalar líneas. Sin embargo, para él su padre está por encima de todo, y el padre pasa por encima de cadáveres que en vida fueron

guarnición para su carne. ¿Por qué razón el gendarme y el hijo no tienen más que deudas? ¿Por qué razón han vuelto a perder todo lo que tenían? No lo sé. El padre nos puede aconsejar, el padre se ocupa de todo y cuida de nosotros, con lo que no debemos perder de vista lo nuestro. En realidad no me creo que ésta vaya a ser la primera vez en la historia de la gendarmería en la que uno de sus representantes haga un negocio tan bueno con la bondadosa muerte, que, como sabemos, siempre busca a los suyos, jamás a extraños. La muerte busca a los que ha señalado antes. En eso se parece al leñador. Normalmente los funcionarios públicos adiestrados en el servicio de armas sólo matan a disparos a sus familias, y eso solamente cuando es necesario porque ellas quieren abandonarlos. En cualquier caso a ellos les quedan después las casas y los terrenos. Pero sólo pueden disponer de su pequeña azotea, y precisamente ahí es donde disparan también. Si llegan a vivirlo, y no acaban consigo mismos en el intento, entonces se disparan en la cabeza.

Nonono, qué barbaridad, estos dos hombres se han especializado en la muerte. Y el legado de la muerte es un almacén repleto de cosas que uno ya no tiene que comprar porque forman parte de la herencia. Y algo así sucede, ante los ojos de todos nosotros, en el campo, cerca de una pequeña ciudad que vibra de celo y peligro y actividades lúdicas y deportivas, donde todos se conocen, de la pista de tenis o del juzgado, adonde se acude cuando, después del juego, como suele pasar, uno se pelea con rudeza y muchas blasfemias, y de donde uno es igual que sus conocidos. El tiempo que tarda en encontrar otros mejores. La región está delimitada por un final abrupto. Después ya sólo vienen la autopista a la izquierda y la autopista a la derecha. La pequeña ciudad es como un estanque en el que por un lado entra el agua y por el otro vuelve a salir. Dejar atrás esta región es un trabajo comparable a una travesía fluvial sin caballos de potencia. Las cortinas se abren puntualmente, se intercambian miradas, a uno le devuelven peores miradas a cambio de mejores o a la inversa, menudo negocio, y nadie emprende acción alguna para subsanarlo. Los lugareños pueden ser emprendedores, pero raramente llegan a ser empresarios.

Todos los seres humanos tarde o temprano están muertos, ése es su destino común. Por otro lado, no es como en la ciudad, donde a veces uno no se da cuenta enseguida de que alguien ha muerto. Más a menudo de lo que uno cree, el médico forense es el único que acaba viéndolo a uno, ¿para qué arreglarse entonces? Y en un bloque de pisos de la ciudad, ¿quién le contaría a uno dónde acabó el viajero cuyo correo ya ha formado una montaña en el buzón? ¿Dónde está semejante caballero, dónde está su guarda y dónde hay siquiera algún guarda que lo proteja a uno? Los policías y los gendarmes siempre saben dónde queda algo libre, su puesto no les llovió del cielo precisamente, tuvieron talento para ello y gustan de

acomodarse en nido ajeno, del que expulsan a los otros como el cuco, ¡rápido!, ahora estamos atados y tenemos que desatar una cinta y desanudar un nudo. La muerte es el destino de los seres humanos, pero la vida que la precede desgraciadamente está llena de ellos. ¡Diríjanse con toda confianza a la policía! ¿Pero quién sabe de verdad algo sobre estos defensores de la ley que tanto gustan de ladrar, cuyo comportamiento insolente ya lo dice todo de ellos y de quienes sin embargo jamás hay que reírse abiertamente, porque de hacerlo uno la pringa y se lleva por lo menos un par de tortazos? Las consultas hay que hacerlas con suficiente altivez, eso lo sabe la gendarmería, que siempre lo sabe todo; y casi en la mitad de las casas hay una mujer completamente sola que anhela dejar entrar a cualquiera, si llegase de una vez, ya seríamos por lo menos dos, y la muerte quizás se una a nosotros más tarde. Esto sí que es acogedor de verdad. Antes de que uno pueda prometerle nada a la mujer (supervisión de las instalaciones, limpieza del desagüe, búsqueda del animal de compañía desaparecido, etc.), un algo acasono has visto se le acurruca a uno en el hueco de la mano, una cabeza con pelo suave, y uno se juega a penaltis con ella si quiere ser agarrada por delante o por detrás. La charla corre por las líneas provocando interferencias, todavía no se le llama prolegómenos, todo llegará, y es un engorro porque podría oírse en el vecindario. Entonces uno mira a la cohabitadora, ¿todo bien? ¿Se vuelve a cerrar el agujero o todavía sigue abierto como una boca que grita porque ya no tiene costumbre de ser claveteado, arrojado sin miramientos, y ni siquiera empastado como es debido? La cabeza sólo empieza a pensar a quién le pertenecen realmente la casa y los muebles cuando está prácticamente abierta del todo. Ahora me pertenecen a mí, le susurra el gendarme a un oído, había perdido la cabeza cuando lo dijo, pero al fin y al cabo sólo lo oye una, así que siempre puede negarlo. ¿Tienes algo en contra? Ningún corazón es cordial cuando entra en una casa sin vigilancia, y entonces uno desearía otra parte del cuerpo con más aguante. Las mujeres son de una naturaleza tan sensual, es increíble. Lo que llega a ocurrírseles y la de lugares donde quieren hacerlo, uno tiene que tener en la cabeza un mapa como los de los misiles de crucero para tener esas ideas; en la bañera o en la mesa de la cocina, eso aún, pero en el suelo, en el rincón donde está el crucifijo, cagondió, con lo estrecho que es y la de polvo que hay, Dios no quiso que follásemos a sus pies como gusanos, que Él, como a todos nosotros, hizo del polvo, y ni siquiera puede ver bien porque está allá arriba ¡bien clavado! Y cómo hay que limpiar todo después, eso también es un problema. Los rollos de papel de cocina son la solución, algunos sin embargo usan esponjas acartonadas por la porquería o estropajos del fregadero. Los productos de limpieza a veces, ya al entrar, le miran a uno en actitud convidadora desde el lugar donde la mujer desea ser abierta, los médicos esconden a veces sus instrumentos, las mujeres los muestran siempre con descaro y desvergüenza. Todo. Lo que tienen. La muerte consigue sacarnos de nuestras casillas. Eso no es nada para las mujeres, que nunca

se salen de sus casillas, aunque en realidad preferirían que las sacaran para siempre. El amor consigue que ellas puedan alojar mucho en su interior. Pero en estos momentos la muerte es mucho más fuerte. Ya veremos qué pasa.

Pelo por todas partes, también en la palma de la mano del cadáver pegado a los restos de sangre, yo diría que se trata de restos de pelo teñido de color artificial y permanentado de un ser humano de sexo femenino, y que este sexo ha podido ver y vivir mucho antes de morir. El experto en teléfonos y el gendarme tal vez hayan instalado una especie de válvula de guerra, bueno, creo que en general les gusta dar caña, pero públicamente tienen que controlarse un poco, el uno como servidor del Estado y el otro como empleado. Por algún lado tiene que salir la bestia, y en la mujer suele encontrar poca salida. Más tarde sale uno a correr. A algunos les entra después mucha hambre, se abrazan, se lamen por todas partes, pero las pupilas ya se mueven intranquilas por encima de una cabeza que practica un comportamiento condenable y que tal vez se avergüence un poco al hacerlo, las miradas van por delante de las personas. Ya menean el rabo antes de que alguien pueda ir a buscar el bastón de ciego adecuado. Dicho sea de paso. ¿No estaré mirando ahora con demasiada seriedad? ¡Vaya, no era mi intención! Siempre con decisión en la mata de pelo, que en realidad no puede frenar los golpes. Echen un vistazo rápidamente al pasado, ahí podrían ver, gritándoles sin ningún recato, a gentes llenas de vida que ya estarían prácticamente muertas si su forma de conducir hubiese tenido consecuencias, a un hombre serio, padre de familia también, porque han cometido alguna infracción de tráfico, sísísí, los automovilistas, en los tiempos en que todavía eran alguien y se filmaban películas sobre ellos, ¡siempre los automovilistas! A veces también los ciclistas, pero a éstos ya los pisotean suficientemente sólo por existir. Mujeres solitarias, muy cuidadas pero no tan jóvenes ya, intentan pillar todo lo que se mueve y lleva pantalones, aunque ellas mismas también los llevan. Pero eso no les basta y a veces consiguen unos aperitivos de regalo, carne con la que ya no habían contado, pero que sin embargo sí cuenta ahora con ellas. Hum, ¿estará ya pagada la casa? Una mujer muy arreglada va esta semana por segunda vez a la peluquería y se hace las uñas con un esmalte muy especial, algo así normalmente llama la atención; mucho mejor de lo que podría hacerlo un poeta, su cuerpo da a entender con estos signos que siente un anhelo y que por fin sabe de qué.

A continuación suenan unos golpes varoniles en la puerta, durante la ronda de vigilancia de la rotonda junto a la caja de ahorros, allí está la farmacia y nosotros vivimos justo delante, y en el próximo instante hay que abrir sin ropa, a pesar de que apenas hubo tiempo de vestirse para cubrir provocativamente todas las curvas que hoy en día se exigen. En caso necesario hay que lubricar su perfil después del baño o recauchutar por completo después de un accidente. Tampoco importa que

incluso los motores estén trucados y los chasis estén totalmente rebajados. Los alegres colores relucen de nuevo en la cara, en las manos y en las uñas de los pies que es una maravilla. También nosotros somos alguien, como siempre dijimos a voz en grito, hasta que ya no éramos nada ni nadie, y nadie pensaba ya en nosotros.

A todo esto, un gendarme observa cómo y quién cae en su bloc de ejecuciones. Tiene cierta idea sobre cómo podría conseguir que esa mujer proclamase públicamente entre jadeos y gemidos su satisfacción. Con una mujer con la que han saltado chispas, primero la aparta a un lado y se permite expresiones que resultan evidentes, y sólo dos días más tarde, aunque la situación ha sido del todo obvia y el número de teléfono claramente ha cambiado de propietario, la dama ya pasea nerviosa de arriba abajo y de una ventana a otra, se olfatea los sobacos para ver si aún huele y se unta de cremas. Hoy tiene que venir, si no, ahora mismo estaríamos sentadas ¡en un tren en dirección a Viena para ir a visitar a una vieja amiga! De repente le escuece, se le mete en la cabeza la idea de que su vida no puede haberse acabado, puesto que para este final todavía hay alguien que quiere entrar, no importa quién. La muerte llega suficientemente pronto. Una dirección es anotada donde el gendarme también anota el número y el importe de la multa, ya nos lo miraremos con calma en los próximos días. Donde hay una alcoba, se puede entrar. Sobre todo las mujeres solas y decepcionadas de mediana edad le dan inmediatamente a cualquiera, sin fijarse demasiado, la llave de su casa, ya saben, al abrirlas, ya no hay mucho movimiento dentro, pero con unas barridas hechas con determinación, algo que la mujer aún desconoce podría arremolinarsse en su interior y convertirse en una ocasión grandiosa. Este señor tiene experiencia y práctica, aunque no precisamente en las tareas de la casa, pero si a cambio se puede obtener una casa, ¡sarna con gusto no pica! Incluso abrazarse a un cobertizo de madera y restregarse contra él hasta que salten lágrimas de resina. ¿Qué verá éste en mí, con lo atractivo que es y pudiendo acceder a otras más guapas y más jóvenes? Pero ¿y por qué no? Pero ¿y por qué no yo? Venga, adelante con la pregunta, aquí está el pedido con el manojillo de especias y el cuadernillo ¡donde podemos anotar nuestras compras!

En otras ocasiones, cuando el automovilista quiere agradar a la policía, basta con extender la mano y a uno le van cayendo los billetes uno tras otro. En cambio, el carné se puede quedar en casa. Uno puede levantar el disco y con simples movimientos de los dedos dirigir a las personas, casi como un asesino. Algo único en la Tierra. Éste es el mejor oficio del mundo. ¡Pongamos cara de interés y pongámonos además las gafas! Fíjate: el abuelo sigue rindiendo honores en la foto, de la que ya no va a salir nunca más, del mismo modo que jamás en su vida salió de esta región, fíjense qué bien lo hace en la foto, sí, el señor de la izquierda, no el de la

derecha, ése es el rey, ¿es que se ha parado el tiempo? No. Nadie se queda parado. Ahora andando, ¡fuera!, ¡al aire libre! Como si el abuelo hubiese sabido entonces que le hacían una foto, venga, hombre, seguro que lo sabía, ahora lo estamos viendo, exacto, lo vemos a él en la congelación icecream del momento, la mirada concentrada de la obediencia, ¡endulzado!, ¡embellecido!, ése es él, el abuelo, ¿lo ves?, aquí, delante del rey, firme ante el monarca, a quien nunca va a conocer más a fondo, tal como hoy sabemos, a pesar de que tal vez hubiese sido interesante, quién sabe qué persona tendría algo que decir a qué otra, por desgracia casi siempre en una lengua extranjera. Nadie lo sabe. Creo que esta frase, a pesar de haberla escrito yo personalmente, no es cierta. Yo, por ejemplo, a juzgar por las figuras que me invento, no tengo nada que decir, adelante con los giros idiomáticos, y venga otro y otro más hasta que se retuerzan debajo de mí por el dolor o tal vez porque no disponen de espacio suficiente. ¡Este nervio idiomático nunca deberían habérmelo sacado sin anestesia! El rey no se parece a ningún conocido. El rey es siempre aquél a quien uno no va a conocer. Puede tener buen corazón, es consciente de ello, mientras que otros ni siquiera necesitan una conciencia. No se lo pueden permitir, y algo más barato tampoco nosotros podemos permitirnoslo. Un hombre flaco con traje oscuro, el rey, no le hace falta quedar siempre bien en la foto, ¡ya aparece en demasiadas fotos!, y en su época, en los años setenta, las fotografías de él y su delgada esposa mediterránea en el salón de peluquería del pueblo aparecieron copiosa y gustosamente en las revistas. Un buen lugar para colarse en la fantasía de las mujeres, que con gusto fantasean, especialmente cuando están sentadas en estas sillas blancas acolchadas y con engreimiento creen estar así más bonitas, y para plantar en ellas anhelos en rojo rosado o rosa petunia. Las engreídas son más fáciles de conseguir, esas tranquilas engreídas que miran a otras por encima del hombro, pero que en secreto, a solas, no toleran medida alguna y sus cuerpos se escapan desmesurados a todo control cuando uno les corta las pequeñas cepas con que se agarran desesperadamente a sus propiedades. Y las coloca en el empleo vitalicio, que sin embargo pueden perder en cualquier momento. Pero en ese caso hará ya tiempo que se habrán perdido a sí mismas y ya no sabrán quiénes son y cuánto tienen aún en el banco. Ya no tanto como antes.

En el salón de peluquería, un gendarme llamaría más la atención que un rey, a no ser que una clienta hubiese aparcado mal, en tal caso, ella y su peinado, un producto semimanufacturado, se convertirían en el centro de atención. El gendarme sería bondadoso pero justo. Llega a un acuerdo y dispone un entorpecimiento de la acción judicial para poder satisfacer todos los deseos secretos tras las persianas, también aquellos que no se pueden mantener en secreto, aquellos que más bien se le meten en la cabeza como perros curiosos pero a los que enseguida, tras los jadeos, se manda afuera sin el rígido bastón de cobranza porque

están tan mojados y poco apetecibles que no apetece acostarse con ellos. Pero existe un dominio señorial que ofrecer y alguien dice muy bajito: ¡ven! Y entonces él va. Si bien las mujeres no consiguen un rey para la mesita de noche donde están las revistas ilustradas, a lo mejor sí consiguen al servidor del Estado, que en todo momento debe estar preparado para servir al rey. Las cosas de palacio van despacio. El rey aparece en la foto totalmente relajado, desenfadado y amistoso. Yo diría que a esta mujer la han ajado con esa permanente y por eso se ha enfadado, si me atreviese y no me hubiese prohibido mirar siempre con mis ideas desde lo alto del corcel hacia abajo. El padre del gendarme podría seguir viviendo hoy, tal como era entonces. Aquí las vidas siempre vienen por duplicado o repetidas veces. Están una al lado de la otra, como las casas, una igual a la otra, eso a mí no me afecta. Las vidas se corresponden entre ellas, pero a menudo no corresponden a la persona a quien fueron entregadas, como pasa con la ropa. Las más de las veces no hay incidencias, como si hubiese habido que repartir demasiada vida entre demasiadas pocas personas, de las cuales cada una recibe más que de sobra de exactamente el mismo destino, sobre el que ahora vertemos cuidadosamente un barril que hemos abierto previamente. La madre del actual gendarme, sin ir más lejos, tengo la impresión de que ha existido una y otra vez, como si la mayoría de las mujeres de aquí fueran como ella, conozco por lo menos a unas cuantas y se las podría ofrecer a quien las quiera. Aunque ya sé, ustedes escogerán otra cosa, pero en ese caso esperemos que por lo menos la guarnición sea la adecuada. Con qué entusiasmo observaba la señora Janisch estas fotos por aquel entonces, con qué elevación interior, por cierto, exactamente en la misma peluquería de la plaza mayor, entonces los sillones eran verdes y más duros. Luego la señora Janisch incluso se compró la revista para poder dejarle ella también a su familia algo en herencia. Eso fue cuando todavía podía andar erguida. Hagamos como si fuera hoy: observa, pues, y vuelve a observar como si el rey y su marido pudieran esfumarse antes de poder figurar ella junto a ellos, y todo eso mientras enrollan su pelo en rulos muy finos, lo untan y lo calientan, un buen asado, se puede oler antes de que esté listo, (¡y cada lavado de cabeza igual! Todo en la vida es química y apesta precisamente a eso...), y ella, la mujer del gendarme, intenta destacar con su vestido, como si fuera de la misma seda moteada que el de la reina y no hubiese sido confeccionado detrás de una ventanilla anónima debajo del pelo crespaado que, por favor, debe ser igual que el de su Majestad en la foto. Eso es desgraciadamente imposible. Eso, ni siquiera nosotros, poetas, podemos conseguirlo. En su lugar, a las personas que buscan consejo les daremos un estropajo metálico para la cabeza y algo absolutamente imperecedero e incomparable de poliéster, nailon y otras fibras sintéticas. Tampoco está nada mal, pensado para la eternidad, a no ser que uno le prenda fuego, pero lo dicho: ¡distinto! La eternidad no lo quiere y lo devuelve barato porque está usado. Esta reina fue un modelo para muchas mujeres de la



época y desencadenó pasiones imitadoras precisamente porque no era bella, así como todos nosotros tampoco lo somos. Pero, también ella, una mujer cuidada y apetecible, a este respecto no hay nada que decir. Aquí sobra cualquier crítica de nuestra parte. Quien no tiene belleza en su cuenta, necesita aún más la ropa y la peluquería para poder imitar la belleza con el máximo acierto antes de echarse a la calle con este nuevo vestido y tener que volver enseguida por culpa de las vergonzantes carencias. Al contrario, a veces incluso hay que añadir algo: casa y bienes. No hay razón para admitir también invitados a los que entonces hay que atender con la propia carne porque en casa no hay nada más. A este respecto conozco personalmente a una o dos mujeres viudas y solas a punto de jubilarse que consiguieron llegar en su aparición pública mucho más lejos de lo que estaba previsto para ellas. Y a pesar de ello fueron superadas por otras más jóvenes. En el último momento. Le daré al gong. ¡Gooong! Se acabó el tiempo. Todo tiempo se acaba alguna vez. Lo he dicho a menudo y lo seguiré diciendo todavía más a menudo porque es muy injusto que el tiempo pase y que yo me tenga que quedar siempre ahí. Dura tanto como uno vive, la propia vida es en realidad la unidad de medida del tiempo. Enseguida viene la próxima, que ya no le pertenece a uno. O sea que hay que coger las riendas con decisión durante la propia. Está claro y transparente como el caldo que los hombres han preparado detrás de sus recién limpiadas ventanas. ¿Quién va a comerse todo eso?

Detrás de las responsabilidades y de los informes del gendarme vuelve a acechar hoy algo —aún no puedo ver exactamente de qué se trata—, cuando arrastra a los borrachos de las mesas del hostel, los golpea, examina a sus víctimas rápida y superficialmente pues las hemorragias internas al fin y al cabo no se ven, y después llama a los servicios de emergencia porque la víctima por supuesto se ha golpeado a sí misma y a su no muy valiosa cabeza. La víctima calla porque ha perdido el conocimiento, y de todas formas tampoco tiene ningún poder cuando lo recupera. No está permitido matar a nadie, ésa sería la condición convenida de palabra, sólo está permitido meterle la cabeza, con sus orejas y la vital nariz y la (para la vida) esencial boca en una bolsa de plástico que no sea transpirable. Ésa es su naturaleza. Un sinpapeles tiene derecho a dejar de respirar, no tenemos nada en contra, por favor, eso es sólo cosa suya. Al fin y al cabo se trata de su vida. Hasta en la capital de la comarca hablan de las variadas brutalidades de este destacamento de gendarmería, y además ríen y ponen una cara determinada, cara cómplice. Nunca hay nada que se pueda demostrar. Aunque el homicidio conlleva consigo cierta conmoción, una gravedad interior que le hace a uno olvidarse completamente de sí mismo porque se ha metido de lleno en la otra persona. Sólo tienen que preguntarle a un asesino, que ¿no se lo va a decir a ustedes! Porque debería estar permitido matar, sobre todo: porque podría hacerse, por eso las mujeres le tienen a

uno por inigualable, porque no conocen a ningún otro que sea capaz de eso. Les gusta apiñarse alrededor de los criminales, el gendarme es consciente de eso, una vez detuvo a uno, ni siquiera le dejaron ponerse los zapatos después de haberse cargado con una pistola a su mujer y de haber herido de gravedad a su hijo adolescente. Pero algo así, conseguir a uno como ése, es como acertar en la lotería, aunque no sea con el primer premio, porque en el campo a la gente le gusta matar, lo practican de hecho con los animales, pero sin ruido, hay casas en las que de madrugada aparecen cinco fiambres y nadie sabe por qué. Y es que la gente tiene pocas distracciones (el juez de instrucción, informado de que el autor del crimen está en posesión de un arma de fuego y de que podría hacer uso de ella, ha filtrado enseguida esta noticia bomba, él conocía el fregado de otras veces, pero el hombre, de fregar nada, y además, entre otras cosas, había disparado al comando especial Cobra de la gendarmería. Muy saludable no es que sea). En la mayoría de los casos, el asesino acaba en prisión y lo desactivan, a su familia la ponen fuera de circulación, pero el asesino no por ello pierde su valor, ni su corazón atormentado que ahora muestra abiertamente. Sí señor, lo veo: muchas mujeres ya le escriben bonitas cartas de amor. A las mujeres el gendarme las ha tenido llorando en dos o tres ocasiones delante de su mesa de guardia, mientras él, nervioso por no tener suficientes dedos, tecleaba en la máquina un atestado. Algunos criminales no hacen más que llorar, todo el rato, pero arrepentirse ¡eso jamás! Quizás le ayudará en la tarea esta propietaria, en cuya pequeña vivienda pronto, digamos dentro de unos quince años, cuando ya haya pasado al régimen abierto, este criminal se sentará a la mesa. Colaborará como el que más, le promete a ella, estrujará su conciencia con las manos hasta que le salga el jugo. Qué pena que lo pillaran. Durante el proceso, el asesino aprovechó las alegaciones para disculparse, bondadoso y afable, ante su víctima, pero la víctima estaba a esas alturas enterrada desde hacía tiempo y ya no lo pudo oír. ¡Qué interesante este hombre! Habría que intentar aprender de él. De otros sólo puede aprenderse que en el lago Toplitz ya no hay más planchas estereotípicas de los nazis escondidas y que uno puede ahogarse si a pesar de todo continúa buscándolas. En tales circunstancias hay que acordonar la zona que rodea el lago en tanto que zona prohibida. Y así lo hace la gendarmería. Tres o cuatro años más tarde, con ayuda de una cámara de televisión subacuática se puede, si hay suerte, encontrar otro cadáver más. Como, por ejemplo, la muchacha de dieciocho años, desgraciadamente ya esqueleto, en el bosque, o el aprendiz con los dieciséis años todavía sin cumplir, desgraciadamente en el agua poco profunda y por ello todavía intacto, en el lago, en el lago. Seguro que volveremos allí.

El gendarme jamás se disculparía, ¿para qué se es alguien? Las mujeres esbeltas, que han hecho mucho por su figura, se exceden incluso un poco y suben cada día a las montañas o bien se suben en casa por las paredes porque alguien,

alguien muy concreto, no las llama. El gendarme sólo tiene que echar la zarpa, pues en el coche todos cometen en algún momento algún error; el que crea que no lo ve nadie, se equivoca. Con gusto se dejan las mujeres conquistar por el gendarme, ellas, que desde hace ya tiempo ven alejarse, a su pesar, su desvaneciente buena figura, de la que ahora otra, más joven, sin encomendarse a nadie, se ha apropiado, y la luce desenvuelta como si le perteneciese. También ante mí acaba de hacer aparición ahora una figura, creo que la Virgen María, pero desgraciadamente yo era otra muy distinta. ¡Ay, Dios!, por culpa de eso acabo de saltarme este stop que lleva ahí plantado veinte años. Por haberme girado a ver a mi rival. Toda mujer se olvida alguna vez de sí misma. En realidad, ahí no hay de qué acordarse. Uno no debe atar largo a nadie, ni que sea un asesino, una vez lo haya conseguido capturar, y debe coger el cabo de la cuerda con firmeza. Es por ello por lo que los asesinos de mujeres en general son tan apreciados por las mujeres. Porque se han especializado en mujeres. Se consumen en prisión y durante ese tiempo no pueden consumir a otras mujeres. Pero seguro que hay otras razones para ello. En todo caso, los asesinos en un principio son inofensivos. Después de que alguien haya desactivado su detonador y estén bajo arresto policial. Ahora disponen de un montón de tiempo para buscar amigas por correspondencia, que al poco se personarán donde estén ellos pensando que han sido invitadas. El comportamiento del criminal encerrado, que por ahora no puede dedicarse a su profesión, se convertirá entonces en puro deleite, ni más ni menos que del mismo modo que un cordero acostumbra a deleitarse con un lobo. Gracias a Dios yo no respondo por esas mujeres. Ellas, por su parte, sí son responsables de sus hijos, a quienes el asesino puede matar en cualquier momento, en cuanto quiera y tenga la posibilidad de hacerlo, pues gozará de ese fatal régimen abierto. Mejor si no se lo hubiesen concedido. Pero fue tan bonito, ¡más bonito que nunca! Nosotros, yo y esa mujer, juramos que la próxima vez ya no lo habría hecho, seguro. Con esto él se ha vuelto a ganar una partida gratis con el cuchillo; es culpa de ustedes, señor capellán de la prisión y señora directora de la prisión y señor psiquiatra de la prisión. ¡No lo habría dicho jamás de este asesino completamente rehabilitado! ¡Si el hombre siempre ha sido una excepción! Al aire libre, a las mujeres ya no les apetece tanto ver al asesino. Ahí las tentaciones serían demasiado grandes. ¡Qué bien que el hombre esté aquí dentro ahora! Un chico de trece años acaba de darle al interruptor, un largo rastro de sangre esparcida conduce directamente al suelo, donde va a recibir más de veinte cuchilladas. La madre, sin embargo, llora más por el criminal que por su chaval, así le produce más dicha el llanto. Al fin y al cabo tiene otros hijos, exactamente iguales a éste, aunque de distintas edades. Apenas se nota si falta uno. El asesino resultará acribillado a balazos en su huida, pues además aún quería degollar a una monja en una capilla. Le ha tocado al que no debía, llora ahora desconsolada la mujer que lo quería. Hijos todavía podría tener, pero a un hombre como ése no lo consigo ya en

mi vida. Hay tan pocos que sean como él... precisamente por eso me gustaba tanto. Prevalece la creencia de que primero hay de encerrar a alguien para que ese alguien, por lo menos desde la prisión, le conceda importancia a uno. En realidad, no tiene nada más que conceder, así que mejor concedámosle nosotros el perdón. Pero desviémonos a esas florecillas de mírame ¡y tócame! que quieren ser cortadas a toda costa, y el destino por sí mismo lo hubiera conseguido como pronto en cincuenta años. Por favor ¿qué ha hecho ese hombre después de todo? Diecisiete años atrás hizo picadillo a una joven maestra con el cuchillo, ¡y qué!, hay más maestras que asesinos, que son animales raros y asustadizos, aún salvajes. No de los de comer en el pesebre y girar la vista asustados hacia los otros pesebres en el bosque, al lado del estanque o bien en el sótano con el aparato de fitness. Para demostrar su añeja e inocua mansedumbre, al hombre, este señor que ahora está muerto, lo que más le gustaba en prisión era llevar medias de señora, quizás para en el futuro poder meterse mejor en la piel femenina. Si tiene parientes que creen en él o que lo quieren, lo siento, ahora me toca a mí.

Las mujeres destacan en su perfumada lana suavizada como si ellas fueran lo principal y no cosecharan con los hombres más que éxitos al ofrecerse para el deleite, sin pedir remuneración a cambio, engalanadas, para la gala, con jerséis y camisetas y pañuelos. Y en realidad a lo sumo son el postre, si es que aún queda algún rincón en el estómago del señor. Ellas no lo saben. ¿Entonces por qué alimentan a los asesinos de ese modo? Yo, en su lugar en la mesa, no lo hubiese hecho, antes me hubiese comprado un perro, con lo agradecidos que son los animales, más que una persona a la que conozcamos. No entiendo nada al respecto. Me imagino: los asesinos ejercen una tierna hipnosis, algunos examinan y analizan a sus víctimas durante meses. Se toman la molestia de colocarles anillas de hormigón y lanzarlas, junto con las víctimas que cuelgan de ellas, al fondo del río más cercano. El ser humano no es más que algodón, un vacío. El asesino, con suerte, consigue una nueva visión de la esencia del ser humano, una ventaja a su favor que a nosotros poetas nos costará alcanzar. Los seres humanos es que son arena: ¡hay tantos como granos de arena en la playa! Qué sé yo... Apenas ha cometido uno un crimen, que ya se le acercan nuevas víctimas corriendo, incluso vienen desde los países vecinos como una flecha (hay putas en Viena, en la Baja Austria, en el Burgenland, Chequia y California, y en todos los sitios las estrangulan con su ropa interior de un modo muy original. El señor U., con quien he mantenido correspondencia sobre cuestiones políticas y humanas, ha aprovechado esto y cuando vio que era el único hombre en unos cuantos kilómetros a la redonda y que las mujeres no eran más que basura, bueno, entonces fue él mismo quien atendió a sus demandas, ofendido por sus miradas, pues no se trataba de aristócratas, que es lo que a él más bien le hubiese correspondido. ¿Cómo iba yo a poder saberlo? Sea

como fuere, no consiguió cautivar mi alma, al contrario que las almas de otras). Por ahí vuelve a aparecer una, apenas puedo seguirla, es veinte años mayor que el joven señor L., un caso bien distinto, un envidioso que hoy es culturista y de este modo se ha procurado por fin un cuerpo completamente nuevo, se ha transformado en otro, en el sentido estricto de la palabra; pues bien, el señor L., eso es, le disparó con su arma de repetición prestada en plena cara a su primo, a su novia y a la madre de ésta, que de todas formas más adelante ya no han necesitado su cara. El señor L. no se ha podido hacer una nueva cara, simplemente se ha hecho mayor, como todos nosotros. ¿Adónde iremos a parar? Bien, ahí viene ahora una mujer de Alemania que podría ser un sustitutivo materno para el asesino, pero mejor que fuese sólo su amante, porque no hay tantos lugares donde uno no pueda hacer comparaciones, y aquí ha encontrado ella uno de esos lugares. Es la prisión, es el establecimiento penitenciario extraordinario para violadores de la ley prácticamente hundidos. Así se lo imaginan las mujeres: ¡por una vez pescar a un hombre que valga la pena pescar! ¡Pero después no hay que soltarlo, eh! Me temo que lo que van a pescar es un resfriado. En primer lugar, sin embargo, las martiriza la capacidad del asesino de mantenerse distante. Cómo añora uno los raros momentos de ternura, cuando las capas que envuelven el núcleo se derriten y sale a la luz el dulce corazón de mazapán y guirlache: altamente explosivo, ¡se lo garantizo! Hagan la prueba con una bolita de bombón Mozart, y se darán cuenta de dónde está la diferencia. Para eso vive esta maternal mujer, a quien este hombre, dicho sea abiertamente, a veces sigue encontrando un poco insulsa, todavía. ¡Qué suerte! Sigue cumpliendo condena, ¡el condenado! En el fondo esta mujer sólo habla de sí misma, y ése que la está escuchando, por su parte, no puede hablar con nadie más, aparte de las otras noventa y cinco amigas por correspondencia, de las que la mujer, sin embargo, no sabe nada. El asesino sólo quiere salir, lo que no sorprende a nadie que conozca de cerca al criminal y a las mujeres que lo visitan siempre. Fuera estaría a salvo de ellas. Tan sólo esta mujer que continúa hablando todo el rato sólo de sí misma quiere escoger fundamentalmente el camino inverso: contra el gentío en la ventanilla, e incluso aquí dentro, detrás de las rejas, que simbolizan el mundo, que la vea este joven salvaje, una existencia que está en juego y que a pesar de ello sigue jugando y, a ser posible, que la acaricie con las manos y la admire como alguien que uno nunca ha visto y que sin embargo conocía de siempre. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que la mujer será el exterior. Un lugar que no está previsto para ella, a menos que ella fuera realmente presentable. Es de Bottrop y en estos momentos se ha establecido en Austria para rivalizar con mujeres más jóvenes, para ello lo dejó todo colgado, incluso su ciudad natal, donde trabajaba de secretaria de dirección, una ciudad que jamás se permitió miradas calientes hacia ella. Ésa era su última baza, ahora ya no hace baza ninguna. Lo juro, ¡no hablaremos nunca más de esa mujer! Ha sido un ejemplo para nada y para nadie. Bien, ahora me he vengado de ella, sólo

que no sé para qué. El preso se embolsa el premio completo. A las queridas mujeres de nuestro señor les gusta arrastrarse completamente hasta estar cerca de él, al que han escogido ellas solitas (mientras que, p. ej., Dios estaba ya antes, siempre ya antes, desde el principio). Aun siendo el señor veinte o treinta años más joven, ellas toman literalmente la prisión por asalto. Prácticamente se encaraman a ella con las garras recién esmaltadas, que se romperían como cristal al agarrar con fuerza. No para proponerse ser mejores y así mejorar al criminal, sino para ser para él, que no tiene elección, primero la madre, después la amante y después: todo lo demás. Después de conocerse más a fondo. Claro. Madre es desde luego lo mejor (las mujeres parecen no saberlo porque se obstinan en no querer ser madres). Por lo menos hasta que les hayan cortado la cabeza y la hayan expuesto en el escaparate de su tiendecita de ropa interior. Mientras existan curiosas en el mundo van a pararse delante del escaparate y creer en el amor, que estaría mucho más bonito con esta preciosa combinación de encaje, diría yo. ¡Y encima esto! ¡En medio una cabeza cortada! Por cierto, ¿tienen ustedes idea de por qué es tan frecuente que los matricidas les corten las cabezas a sus madres? Bien podrían abrirles los vientres e inspeccionar las matrices de las que ellos, los hijos, salieron, para luego arrancárselas, ¡digo yo! No lo entiendo. Podrían contentarse con matar, pero se toman la molestia de cortar la cabeza como Salomé, que a pesar de todo no tuvo que ensuciarse sus dedos. A veces incluso meten la cabeza de Medusa en el triturador de verduras, si tienen uno, lo que sólo demuestra su falta de pericia técnica. Jamás pudieron ir a la universidad, de haberlo hecho lo habrían sabido. ¡Pero alto! Vuelta al principio, éste sí ha estudiado, Economía (pero de física de los cuerpos sólidos ¡ni idea!), y entretanto lo ha retomado, tengo entendido, lo de estudiar. Por suerte vuelve a estar completamente sano, ya hace un año del suceso, por lo menos. ¡Me alegro tanto por él!, me alegro de que esté fuera de nuevo, y ahora, por de pronto (hasta que tenga una nueva novia, que se parecerá a su madre), ya podrá ser rehabilitado y sabrá hasta dónde se puede llegar con audacia. ¡Hasta el periódico! ¡Oh, qué bonito sería llegar tan lejos!

Sí. Se llevarán a los asesinos a casa, donde éstos, ya a los pocos días, asesinarán a los hijos de la mujer, por lo menos a uno, ya lo dijimos, desgraciadamente siempre lo dijimos todo y no nos guardamos nada en la manga, que es bien larga. Si los asesinos hacen lo que hacen es porque no desean empezar una nueva vida, y si lo desean, en ese caso, solos o con otros. Pero jamás con aquellos que ya tienen. Sus almas quizás quieran ser humanas, pero la razón quiere otra cosa, quiere lo que todos queremos pero no osamos. Todos nosotros deberíamos odiar la vida corporal, pero sólo este gendarme, entre otros que no conozco, la odia realmente. Sólo que uno no se da cuenta enseguida porque a veces bromea y se ríe y canta canciones acompañado del acordeón.

Como nunca viene, al amor se le supondrá siempre en otros andurriales, darle caza y pronto convertirse en la cazadora cazada. ¡Andando! Ponga usted también un asesino en su vida, o por lo menos mantenga antes correspondencia con él para que la expectativa crezca, p. ej., con este navajero con sus medias de señora que tanto le gustan, ¡seguro que usted tiene a montones en su armario! Pero no, ése no, ¡ése ya está muerto! El hijo de trece años con el tiempo no hubiese hecho más que masturbarse con las medias puestas, piensa el gendarme, que ha seguido el caso, por el periódico y por la tele; él también ha oído hablar de este tipo de casos truculentos, pero apenas sí ha sido testigo de alguno. Está investido de un cargo que le sienta muy bien. ¡No está mal! La gorra, la pistola en la pistolera. ¡Genial! ¡Qué buenorros que estamos! Apenas volviese a estar fuera el criminal, piensa el gendarme con malicia, le volvería a dar una paliza a esta mujer que lloriquea ante su máquina de escribir por un simple matón de motel que la mandó tres semanas al hospital y que ahora suplica un permiso de visita para verlo. ¡Si su torturador jamás le va a permitir que escriba la novela de su vida! Bueno, en cualquier caso no en mi máquina de escribir. ¡Yo paso! Pronto se podrán adquirir ordenadores personales capaces de almacenar todavía mucho más en la memoria, hecho que podrá ser recordado a las mujeres en caso de necesidad cuando de nuevo se encuentren ante uno con el rostro destrozado. Y eso que el derecho de devolución quedaba descartado. El propio asesino, que apostaría más por la realidad que por los sueños, sería el autor de la novela de su vida. Para hacerse famoso. Las mujeres son peores, sin haber sido malas realmente, envejecen pronto y se descuidan fácilmente, a menos que se les preste atención. Entonces florecen y sonríen soñadoras. Para conseguirlo (¡que les presten atención!) serían capaces de todo, incluso se arrodillarían ante el presidente americano y se meterían en la boca su miembro con todos sus rasgos secretos que ni siquiera se enseñaron en la tele. No vamos a necesitar una cama para eso, pero por desgracia un juez sí, y el juez es la nación entera. ¡Eso sí sería fuerte! ¡Todas las miradas puestas en mí! ¡Así sí que aguantaría! Lo que en realidad tienen todos los asesinos, sin excepción alguna: ambición y afán de protagonismo. Si se les permitiera ir a casa, se sentarían enseguida ante el piano aun sin saber tocar ni una nota, sólo para que se les escuchase.

Deberían detener y encerrar a los hombres para poder protegerlos de las mujeres, piensa el gendarme, que ya se lo sabe todo o por lo menos en los últimos tiempos ha oído hablar de ello o lo ha visto en alguna parte. Ya sacará sus propias conclusiones. A las mujeres las apresamos, hacen como si las idolatrásemos, piensa el gendarme. ¿Por qué no al revés? ¿Por qué razón no deberían venerarnos a nosotros y muy especialmente a mí? No puede ser tan difícil. ¡¿Qué significa eso?! Incluso yo lo lograría, ¿verdad? Bien, ahora la vida se ve por una vez ante un verdadero desafío, esto ya no es ningún juego, y uno se proclama a sí mismo

vencedor. Uno debería detener a las mujeres que podrían verse afectadas antes de que se las asesinase, piensa el gendarme. Al tacto le damos terreno de ventaja por ahora, en el fondo no les gusta a las mujeres, ellas prefieren la mano dura y nosotros ya tenemos suficientes todoterrenos, que en la gran batalla callejera entre la zona peatonal, el complejo deportivo y el centro comercial caen en nuestras redes o en los polígonos industriales, donde la hace unos años floreciente industria nacionalizada se encuentra hoy por los suelos e intenta alejarse arrastrándose, pero se lo impide una cadena que el sindicato le ha atado a los pies para evitar la huida de capital al extranjero. Los parados tienen que seguir día a día el duro ritmo de la cotización en bolsa. Falta de ritmo y de tacto, pero no de talento, es todo lo que necesita un asesino. ¡Eso nos pasa también si nos miramos bien al espejo! Los curiosos rondarán por el lugar del accidente, el gendarme se sube a la barrera y por fin es libre libre libre. El lago descansa en silencio. Ahí ya hay una que está involucrada en el accidente, tiene vivienda de propiedad, y también es libre aun cuando no en asuntos sexuales. Una libertad la suya que no sabe valorar bien, prefiere mucho más el cautiverio de un hombre y no ser responsable de ello. Y ésa de ahí, ésa tiene incluso una vivienda unifamiliar (VUF) enterita, a pesar de ser una única persona. En estos momentos grita grita grita como sólo gritan los ciudadanos que desde hace mucho no tienen a disposición un interlocutor para hacerlo. Vaya. Sencillamente no se corta de berrear así. Más bien ha sido siempre comedida y se ha comedido con decoro. Pero ahora se deja llevar. Este corazón exige precisión, ¿se trata realmente sólo de ella, sólo ella, la mujer, la única, o bien hay rivales? Quien busca al gendarme debe primero llamar a su puerta, pero a menudo los colegas lo mandan a uno para casa. Todos somos, quien más y quien menos, unos mandaos, pero a paseo no nos gusta que nos manden.

Hay que conocer el secreto de cómo mantener a las mujeres bajo control. No hay que ser médico necesariamente para abrir en canal a los seres humanos, pero sería preferible serlo si se quiere descubrir en la barriga la serpiente que antaño nos tentara, el mal donde quiera que se encuentre: médico, psiquiatra, cirujano y anestesista, todo a la vez querría uno ser como hombre. Incluso poseyendo para ello únicamente este órgano considerablemente largo y poderoso, el escalpelo, que no se enrosca ni ronronea cuando quiere entrar, pues no se trata de un berbiquí. ¡A machacarse toca!, sin siquiera antes haber echado una ojeada al solitario callejón sin salida por si alguien aparece en el momento más inoportuno. El coraje crece con el apetito. La mujer vociferante junto a su automóvil, que ha perdido un tornillo, enmudece de repente y fija su mirada en el uniformado como si viese por primera vez a un ser humano vivo. El rímel corre por las mejillas de su cara cincuentona, da lo mismo. La cara no debería tolerar tanta comida, pues parece un poco hinchada, pero también da lo mismo. Abajo en el lago, en la orilla del valle, junto a la mujer y



el gendarme, se extiende el paisaje al lado de la carretera nacional. Han quitado los escombros del desprendimiento, también el pelo que curiosamente se encontró dentro, esos mechones de pelo gordos, nadie ha entendido qué es lo que hacían allí. Al fin y al cabo no importa qué se abraza o a quién, lo principal es que pueda tocarse cuando llegue la ocasión.

Hay luces encendidas en algunas casas, donde viven viudas y otras mujeres solas. Sus caras se asemejan a salones jamás pisados que esperan a que alguien dé la luz para no tener que seguir haciéndolo ellas mismas. Sus órganos braman. Si hiciese falta, ellas mismas llegarían a matar para que por fin alguno se les acercara. Por desgracia, algunas son expulsadas del árbol de la vida antes de tiempo. Con tal de que sus sentimientos de pasión no se echen a perder sin haber sido usados, se suben en sus coches y salen para conocer a alguien. Para por fin ser recolectadas como cosecha, por el tráfico o por sus guardas. No morir y no conducir demasiado deprisa. ¡No cometer fallos ahora! ¡Cincuenta años de integridad se consumen en un instante! A este gendarme alguien tiene que hacerlo rico, de lo contrario, se acabó. Con la ternura de un hipnotizador, a las mujeres hay que ponerles la mano en la nuca o en el cuello, enseguida echan la cabeza hacia atrás como los caballos, muestran la dentadura y se ponen tan mojadas que les chorrea espuma por todos los orificios. Nadie ve cómo sueñan con el amor perdido. Todos ven cómo se afanan por uno nuevo, que por ahí llega ya. Qué bien que al final me haya montado en el coche. ¡Oh, tú, coche japonés de color claro y gama media, tú, que fuiste visto en el lugar del crimen! La lengua se muestra en la boca abierta y desea verse aporreada por otra lengua, ¿dónde está ahí el límite? Los labios desean permanecer un rato en el lugar de los hechos e intercambiar más caricias, como si todo sucediera igual que en las novelas por entregas; hojalata a cambio de collares de oro, anillos y brazaletes, al igual que se daba oro a cambio de hierro, ¿dónde está ahí el límite? ¿Dónde tiene el cuerpo su límite? Esa nostalgia: mujeres que observan desesperadas su propio estado, que calculan una distancia, pero que ya no pueden regresar por su propia voluntad a tierra firme para alcanzar un estado más agradable. No se descarta el matrimonio más adelante. Como si no pudieran dejarse ir porque lo único que tienen es a sí mismas. ¿Por qué se regalan entonces con avidez? Apenas si pueden esperar para imponerse del todo, para ofrecerse a las manos de extraños sin que una asistente de veterinario televisiva haya examinado la valla de la casita, las ventanas enrejadas de la vivienda (para que el animal no se nos arroje encima), donde la gente, en general ruda, suele aterrizar. No importa dónde caigan, si duro o blando, lo importante es que lleguemos, nos pringuen de moco, tengamos pañuelos de papel a mano y sujetemos con fuerza el tallo antes de que la flor, en incipiente germinación, se vuelva marchita. Antes incluso de haber brotado correctamente. Todo igual que siempre. Más vale prevenir que curar, p. ej., después de una

operación de cáncer. Una gran oportunidad, aspecto autoritario, la pistola, un uniforme que anuncia a su señor porque le precede por un calibre de aproximadamente 9 milímetros como la obediencia que uno cree generar en la mujer. ¡Qué raro que a otras les cueste tanto! Alguien aparta las cortinas, con sus pesas de plomo, con ayuda de crema lubricante (desgraciadamente todo lo que entra, sale, todo lo que sube, baja), estira el cuello para mirar cómo desaparece por una bocacalle al lado de la droguería, sin mirar una sola vez hacia atrás. Y eso que una se quedó con su interior rosa con destellos azules, al que sólo se accede por un paso estrecho, pero por el que él llegará, él, el único, tan bello con sus bolas fruncidas adornándolo, aunque a él no le hacían falta, como ya se ha visto. Tú, fantástica eres tú, se pudo oír claramente, sólo hace tres semanas de eso y se oía de una boca por encima de un mentón anguloso, y mientras tanto una mano hojeaba por debajo y a veces se encaramaba más arriba, donde pellizcaba y arañaba y con la carne daba palmadas y aplausos, qué maravilla. ¿Era cierto lo que se sintió entonces? Después ya no lo saben seguro, vuelven a estar ávidas cuando abajo la puerta se cierra de golpe, y por eso quieren volver a tenerlo una y otra vez, para después poder comprobarlo todo con calma. ¿Están el dinero en efectivo, las joyas, los bienes inmuebles? A su vez, esto es más importante para el hombre, y una buena bañera también sería ideal ahora, medita el gendarme, que acaba de ensuciarse y quiere deshacerse del olor a perfume a toda costa. La mujer no lo espera en casa ni lo huele porque no se atrevería a hacerlo. Este hombre me pertenece ahora sólo a mí, con él puedo hacer lo que yo quiera, piensa la víctima mientras aún puede pensar. Mientras aún está en su sano juicio. Entretanto hay otro hombre muerto, en él se encuentra Anafranil y Euglucol, medicamentos que bajan el nivel de azúcar y suben el ánimo, pero de esto último ya no tiene nada. La autora del delito era mujer y recurrió a fármacos no autorizados. A un deportista no le hace falta eso. Por lo demás, la mujer a menudo es como una muerta porque no sabe cuándo y cómo tiene que moverse en la cama. El asesino se sienta encima de ella y la conduce a placer por los alrededores, un conductor suicida que jamás ha cambiado de dirección. Un fantasma. Viaja por ahí con los muertos, incluso se ha sentado encima de ellos, ¡imagínense! Tiene el coche lleno a rebosar de cadáveres, donde los ha metido sin meter mucho bombo, tan ricamente duermen ellos debajo y detrás de él, ¡nada de despertar a los muertos! El asesino puede hacer despertar un sentimiento. Pero él debe ser frío. No se puede permitir ser modesto.

Kurt Janisch (me resulta penoso decir nombres, ¿a ustedes no? Suena tan estúpido, pero ¿cómo hay que llamar a las personas si no?), el gendarme, siente siempre los jugosos colores a su alrededor en cuanto despierta por la mañana, pero no le dicen nada. Sin embargo, enseguida se siente apremiado a salir al jardín delantero, donde las flores florecen llenas de promesas, por ejemplo de una mujer, a

la que uno puede ir a recoger con flores. El gendarme es un seductor de las montañas y colinas de la región, donde por supuesto se permite a las gentes vivir, aunque hay poco espacio para ellas. La gente queda encerrada entre las montañas al igual que un niño en una cuna. Se establecen sin remedio desde los valles hasta lo alto de las colinas, donde las residencias de verano se despiden del mundo cuando llega el desprendimiento, y todos se abalanzan a las restantes como buitres, pues los de fuera quieren movimiento. El sueño del gendarme se parece a los senderos del monte. Hay muchos.

Por qué me viene esto a la cabeza ahora: ayer Kurt Janisch soñó con una pareja de osos que hace mucho tiempo fueron jóvenes, una foto amarillenta los muestra en su juventud, estaba previsto ubicarlos en un zoo de montaña de la zona, muy cerca, pero prefirieron meterlos en una osera, donde, a pesar de todo, y aun estando entre rejas, alegraron durante años a los forasteros. Tras una larga y grave enfermedad, ambos osos han muerto ya, a edad avanzada, uno detrás del otro. Cuando las fotos se arrugan y se vuelven amarillas, se aprecia el paso del tiempo. La muerte se desliza imperceptiblemente sobre la vida, a las fotos de los alegres oseznos se les superponen los viejos y cansados animales, con pieles sarnosas. Ay, el suave pelo de los hombres, ¿por qué me conmueve de ese modo? Sus árboles crecen hacia el cielo, pero llega el gendarme y los tala si representan una amenaza para su cargo, Señor Director de Misiones de la Brigada. Sí señor, también llevamos a cabo misiones de seguridad, y, desde hace poco, nuestros perros van cubiertos con paños amarillos en sus misiones, para que los podamos distinguir enseguida y para que no cubran impunemente a ningún extraño, los animalitos, qué buenos, ellos y sus hocicos rastreadores. Los dóberman se ponen malos muy a menudo. Los pastores belgas aguantan un poco más. Pero los pobres osos ya están muertos.

Ahí está el lago artificial, un estanque de aguas muertas que es plano como toda agua debido a la presión constante ejercida por Dios sobre su superficie, oscuro y a la vez abierto, ante nosotros, como un valor imposible de estimar. ¡Ay, si por lo menos el agua de ahí dentro no estuviera corrompida biológicamente! Pero el lago, por desgracia, no es una oscura piedra preciosa engastada en montañas que de vez en cuando arrojan sus nervios, las varices acuosas de las rocas, y despeñan sus propias pendientes, totalmente empapadas, el hombre y sus crímenes tienen la culpa, sí sí, los desprendimientos: todo se desprende de las pendientes por encima de sus caderas, los pantalones de la montaña, la suela de la tierra, este verde empapado, saturado, que ya no se puede aferrar ahí. Por desgracia ha llovido mucho esta primavera. Algunos caminos, en los que había coches aparcados, quedaron sepultados, ¡madre mía! La gente ya no puede abandonar su lugar de vacaciones y queda a merced de los lugareños, que tienen que trepar hasta la cima de sus buenos modales para poder soportar durante mucho tiempo a los forasteros. Ya durante el invierno se habían entrenado para matar con los aludes. Los nativos y su nieve indígena, hija una y trina del agua. (Entretanto el agua tiene ya otra forma). Este vivo milagro de la naturaleza lo ejecuta todo en un abrir y cerrar de ojos. Ahí viene un muro de hormigón entero hecho de nieve, ese artículo de deporte tan querido, aunque discreto (está por todos sitios en cuanto llega), que cae del cielo las veinticuatro horas del día y nadie, excepto los deportistas, le hace el menor caso, a menos que todavía tenga puestos los neumáticos de verano. Y esa nieve se convierte de repente en piedra, en hormigón, al que atormenta un dolor de barriga y por eso ha de evacuar, encima de todo. Tenemos que tragárnoslo en la televisión a pesar de estar más interesados por el pequeño fútbol. A lo que íbamos, el lago. Le falta el detalle decisivo: hay vida en él. Las truchas pasean por el río Mürz, evitan el embalse, mueren antes en un anzuelo o en los lodos de la central eléctrica cuando ésta abre demasiado deprisa las esclusas, ya lo he dicho en otro sitio. No entiendo aún el mecanismo con detalle, pero sea como fuere, los peces mueren a centenares. En un santiamén. En toda formación rocosa y en toda clase de suelo existen pozas y cavidades en las que el agua encaja bien, pero en esos casos su composición no les sienta nada bien a los peces. Ya habrían dicho algo sobre los problemas si hubiesen podido hablar.

¿Por qué se ha emborrachado tanto precisamente esta agua y con qué para acabar tan corrompida? Por lo sebosa que se está poniendo, parece que le administran una alimentación muy poco sana. Empecemos con un suministro de 10 mg de sustancias nutritivas al año, pero aumentemos la dosis cada año en un dos por ciento, así el lago sufrirá un ataque de nervios porque creerá que tiene que soportar todavía más y hace mucho que ya no tiene nada de hambre. Pero en estos momentos no puedo ver siquiera qué alimentación ha recibido, vamos, ¿de qué se alimenta en realidad? ¿Quién puso el ciclo en marcha hasta que algo se irguió, se enderezó y se estiró y después se levantó y se marchó sin arreglar el lecho? No veo en ningún sitio comida para el lago, ésta no es ni mucho menos una región de agricultura extensiva, es una región de explotación de ocio extensiva. Si algo tiene que corromperse que sea el ocio, pero no este lago.

Pronto cae la sombra de la tarde sobre las aguas, que se acuclillan en su poza. No tienen un origen tectónico o volcánico, ni se deben a la erosión o acumulación, sino simplemente alguien excavó con dinamita una poza grande en el suelo para poder tirar los escombros de la construcción de la carretera nacional, y más tarde otro pensó que era mejor llenarla de agua. Fíjense, otras aguas han sido creadas incluso por el viento, esa nada en el aire, también el hielo puede fundirse y generar aguas. Esta agua, sin embargo, ha sido vertida, pero sin una cadena de alimentación, no, ésa no ha sido añadida, (es decir, los consumidores y los productores dentro de esta biocenosis no vienen y no se van, sólo permanecen, pero vean ustedes mismos:) allí hay dos, tres botes de remos, pueden ustedes pagar en la fonda situada al otro lado de la carretera, donde además les proporcionarán los remos correspondientes. Y después echen un vistazo al interior del agua, nadie se lo va a impedir, pero los elementos del decorado bajo el agua no están acompañados de peces, caracolas, microorganismos, sino que esta guarnición consta tan sólo de plantas, plantas, plantas, verdura al fin y al cabo, lo pueden ver a simple vista, macrofitos, organismos vegetales; su voz sonará como amortiguada a través de un parque de seres vegetales vivos, si se adentran, las lenguas vegetales les acariciarán cual ramas de árbol, pero yo de ustedes me lo pensaría dos veces antes de meterme allí. Si no saben nadar, ¡que les hagan antes una última foto! O sea, esta agua no tiene pinta de agua. ¡Simplemente por la forma que tiene de agarrarse al cuello cuando ustedes lo único que quieren es practicar un deporte acuático! Esta agua sencillamente no es tan ecológica como ustedes. Incluso si la evitan y se asoman por el borde del bote les dará la impresión de jalea, gelatina, toneladas y toneladas de plantas acuáticas, nódulos, rizomas, me pregunto cómo pueden siquiera intentar una fotosíntesis cuando el agua es completamente impenetrable para la luz. Fíjense: allí flota una rama quebrada. Está ya medio hundida, como si estuviera petrificada y fuese demasiado pesada para el agua, que la trata rigurosamente y la succiona hacia abajo.

Estas plantas en realidad no deberían estar ahí, y en unas aguas más sanas no las encontraríamos, por lo menos en cantidades tan gigantescas. ¿Ha sido el perverso clima el que lo ha hecho? ¿Se ha precipitado hacia arriba algo que, extrañamente dada la juventud de este agua, ha trepado hasta la superficie y cuyas propiedades químicas a decir verdad nos remiten a un agua mucho más antigua? Capa superior apenas translúcida, ¿verdad? ¿Debido a la larga permanencia en el fondo de especial interés para la dinámica de las aguas subterráneas? ¿Qué? ¿Nada de aguas subterráneas? ¿Simplemente vertieron el insípido jugo desde arriba y después tiraron la manguera a la basura?

Por el agua navega en estos momentos un bote, de la misma manera que el amor navega en el ser humano y no sale ni del sitio ni de sí mismo. Incluso de los pueblos se puede ir uno cuando quiera. El bote se ha buscado a sus personas y ahora se aleja deslizándose sin chapoteos ni salpicaduras, ya no se sorprende por nada, pues se ha acostumbrado a esta agua, que precisamente parece tener ese espesor especial, un peso específico distinto al del agua normal. Casi parece que sea sólida, siendo esto lo contrario al agua, una copia de un bloque de agua original, aunque el original no se va a conseguir nunca de esa manera, pero ¿qué es lo que quería decir con esto? Da igual, mejor que no lo diga, pues para hacerlo necesitaría páginas que después seguro que echaría en falta en la vida, y justamente las páginas más bonitas. Bueno, pues es agua pero no lo parece y no se percibe como tal. Si uno quiere nadar, mejor que vaya a Kapellen, donde hay un estanque para nadar que, se lo prometo, es la amabilidad en persona, con sus caravanas al lado, los niños que gritan, que se levantan hacia el azul del cielo con sus alas-flotador en los brazos, por todos lados el colorido del placer por descubrir. Bueno, en esta época del año, es todavía muy pronto para bañarse, el agua está demasiado fría. Sin embargo, al lago yo lo llamaría, p. ej., el Apenasdescubrible, pues resulta difícilísimo llegar hasta él para descubrirlo. No le impone a uno su presencia este cubrimiento casi negro, que debería iniciar un ciclo vital del agua, pero sobre el que ni siquiera las precipitaciones parecen caer de manera perceptible. Es como si cayeran frenadas, como encima de una esponja. Se trata sencillamente de una superficie oscura junto a la carretera nacional, justo antes de la circunvalación local, donde desde hace algunos años, por fin, ya no hay que frenar. Yo freno también por los animales, dice este coche, que no puede hacer nada por iniciativa propia. Al suelo le quitaron primero el material para la carretera y luego le devolvieron agua barata. Ni siquiera ustedes lo consentirían. Imagínense que tienen ustedes ahí un pasillo donde colocar armarios y, de repente, en lugar de eso se les viene encima la bañera llena y los sepulta bajo su cavidad húmeda. El autobús se adentra un poco en el lugar, pero por la vieja carretera vecinal hay que continuar a pie, despacito, a partir de ahí, el autobús da media vuelta, tiene que ocuparse de la carretera nacional. En la

población ya se puede mandar a los niños de cinco años al tendero, como mucho podrían ser atropellados por un cochecito para niños. ¡Ahí está la casita donde para el autobús! Construida en estilo rústico como una casita de chocolate, parecida a un pesebre para los comederos de las reses, de manera que no destaque tanto en el paisaje; un mueble que, aunque al aire libre, no es en ningún caso un mueble de jardín; yo no iría tan lejos para sentarme cómodamente bajo las miradas curiosas de los vecinos y poner mi rostro al sol. Da igual, el rostro no ganaría nada con eso. La casita con sus banquitos es más bien un mueble profesional que acoge gente durante un intervalo breve, sobre todo escolares, aprendices y gente mayor que no dispone de coche y tiene que desplazarse a los pueblos de los alrededores, por un lado hasta Mariazell y por el otro hasta Mürzzuschlag, no consigo quitarme de encima esa región desde hace siglos, que, como yo, es la discreción en persona, aunque también una atadura. Se pega a mí como yo a un ser querido, si es que lo tuviera y hubiese ocasión apropiada para ello.

La cuestión es: ¿cómo puede describirse un paisaje acuático como el del lago sin conocer realmente su lenguaje? Me resisto ante ese carácter inofensivo con el que esta agua aparece públicamente, pero no me sirve de nada, hace como si no pudiese enturbiarse, y a mí de hecho tampoco me perturba. Esa dúctil Nada, con terror petrificada, en la que los diestros remos se sumergen, aunque al rozar la superficie los abandona de inmediato su destreza, se vuelven torpes, temen la nueva inmersión, que podría llevarlos hacia delante, bueno, ¡no entiendo nada! Como si por eso se les pusiera la piel de gallina, apenas sí pueden moverse en esa gelatina, en esa jalea, no pueden darse la vuelta, quieren detenerse, se rinden a ese pastel de agua permanentemente helado en el que se introducen como si de un cuchillo para tartas se tratase, conducidos por la mano torpe de novios campesinos invisibles y ruidosos; las mujeres, como ninfas, sobresaliendo entre toneladas de enaguas bajo las que aparecerán enseguida unos pies fangosos y toscos que repartirán puntapiés a diestro y siniestro. Pero incluso éstos se ahogarán en el espeso cañizal de la orilla, y el pie se quiebra en el zapato mientras los verdes árboles quieren acariciar su dolor. Pero el agua no lo permitirá. No va a contarles a ustedes nada más agradable que yo, ¡no me digan que no se lo he advertido! Pero ¿por qué han vertido precisamente agua en esta hondonada de escombros? Si incluso la propia agua se ahoga en sí misma aquí, sin soltar ni un solo grito. Esta agua no es un miembro dinámico del movimiento medioambiental, es un agua estática y estúpida que simplemente está ahí.

Más allá de la carretera, al sol, como protegida por bonitas manos de cualquier sobresalto: la fonda, adornada con la blusa de geranios del traje regional, y su correspondiente jardín, ¡encantador! Desde aquí, el camino hacia el lago parece

más largo de lo que es, es un camino de la luz a la oscuridad, al frío, a la humedad, donde cuesta tanto esfuerzo respirar que parece que uno tuviera que pagar expresamente por ello; y a los niños se les prohíbe casi siempre que se suban al bote. Yo diría, y lo repetiré más veces aún, porque tal vez así es posible imaginarse algo generalmente vinculante: el color del agua va del verde oscuro al negro, como mucho verde, como mínimo negro. Bajo su superficie se mueve el pelo de la vegetación, la floresta muerta se arrastra hasta allí, las plantas empapadas de verde se doblan con la corriente que no se ve, la superficie aparece serena, pero a la vez no muestra serenidad ninguna. En la orilla opuesta a la fonda asciende escarpada una pendiente rocosa, los jóvenes abedules, alerces, abetos rojos, el arce en la orilla escarpada (sin estaca de contención alguna, aunque su colocación allí hubiera sido razonable, para evitar que toda esa salsa fuera a parar un día al agua sin saber lo que allí le espera, estúpida y sin conocimiento, pero básicamente maligna de entrada, como corresponde a la naturaleza) no pueden verse reflejados. ¿Y por qué no? Sencillamente porque allí siempre hay sombra. Este lago no se encuentra nunca en la zona de radiación de la luz solar, ésta es su desgracia y la de los turistas, pero al menos los árboles de la orilla montañosa deberían poder verse reflejados. ¿Por qué no lo hacen? ¿Por qué son tan vagos? Esculpido en la roca, un pequeño sendero por el que a menudo se ven excursionistas. No se nos escapan, la canción dice así: adelante o hacia atrás o caer en el olvido. Estas gentes no se mueven por el insondable mundo de los ricos. A menudo se trata de familias con niños pequeños que no pueden alojarse en un hotel porque lo echarían abajo en un santiamén. Pero mayormente se trata de jubilados, cuya senectud les regala todo el programa televisivo, ya que no tienen que levantarse temprano. Las pocas casas de huéspedes que hay aquí son realmente económicas, la comida es buena y los ingredientes de producción propia, sí señor, este paisaje ha sido transformado enérgicamente, le han arrancado la rica bio-alegría para no tener que comprar aparte la fruta y la verdura abonadas de forma natural, a las que la mierda animal esparcida expresamente se les sale por las orejas. Los propios animales también están de oferta, criados personalmente, y sacrificados como mucho de seis en seis en el pequeño matadero comunal. No ocurre como en las grandes carnicerías, donde diez polacos despedazan y machacan sin piedad cualquier bicho viviente, pues, en comparación con su propia vida, los animales aquí lo pasan en grande, y, al fin y al cabo, animal o humano, ¡qué más da! Lo importante es hartarse de comer antes de que el cuchillo llegue a la mano y vuelva a marcharse, no hay nada como penetrar bajo la piel y en la carne, ¡adentro! ¿Disponen ustedes de talento para ser felices? ¡Pues no lo desperdicien bajo ningún concepto aquí!

Ahí van otra vez dos, no, tres, equipados con pantalones de montaña, botas y bastones, por el estrecho sendero, por el que en caso de necesidad también podrían



ir con botines, pues el terreno no ofrece dificultad ninguna. Pero peripuestos como es debido para estas ásperas montañas, así es más divertido y tampoco es mucho más caro. Se trata de ese tipo de gente que se vestiría conveniente y cómodamente (para poder darse la vuelta a menudo) para la tumba, aunque, eso sí, a un precio módico para el cielo, para que en cualquier caso se les permitiera la entrada. Bajan sus miradas hacia el estanque, que se traga el sol como si en él hubiese de forma perpetua un eclipse solar, y la superficie oscura les parece una nocturna carretera comarcal en la que se producen encuentros. Otros prefieren no encontrarse a nadie. Lo entiendo, yo estaría más bien en ese grupo. Bien, éstos ya se han marchado, pues ya no los veo. El agua está tan fría, que uno la podría sacar del lecho chorreando y volvería a echarla allí de inmediato nada más ver con detalle lo que ha pescado. Esta agua no caería jamás a la superficie terrestre en forma de precipitación, antes se precipitaría sobre alguien hasta matarlo, alguien que estuviera esperando una mejora del tiempo desde hace por lo menos una semana. El frío, al fin y al cabo, bajo una forma extraña, amorfa. Si el agua fuera hábil, huiría su propio pie montaña arriba. Todo esto no es tan profundo, pero las plantas trepadoras y la carroña le arrastrarían a uno hasta ese fondo, que prefiero no imaginarme. Aquello debe de ser indescriptiblemente fangoso, oscuro, helado, desolador, por decirlo de algún modo, un lugar donde las aguas yacen sin sentido, pero sin embargo incesantes, con una parte de su memoria sin regular por la convención alpina, que invita a las sustancias contaminantes a que, por favor, no se dejen descargar aquí, y con la otra parte al acecho, probablemente acechando su propio terrible despertar. Ni siquiera una vez, jamás, he visto patos en su superficie, el sebo los agarraría por la cola y, graznando, se verían arrastrados miserablemente bajo la superficie, así me lo imagino, pues yo aprecio a los animales y no quiero que sufran malas experiencias. Bueno, evidentemente ellos mismos tampoco quieren. No se posan jamás, según creo, en estas aguas, que parecen petrificadas por el terror, porque fueron vertidas aquí y no ahí delante, donde tendrían todo el sol, al otro lado de la carretera, donde está la fonda, aunque incluso allí, no importa el sol que haga, refresca pronto debido a las montañas circundantes, y hay que ir a buscar chalecos y chaquetas. Allí los patos están en los platos. Un pequeño embarcadero, pero ¿para qué? Si nadie pasa por aquí. Bueno, quién lo iba a decir entonces, cuando se buscaron las voces más solícitas y se repartieron los remos y se entrenó la paciencia sin límites al declararse pérdidas en los primeros meses. A veces, aquí se ven o se oyen niños, que, de repente, sin embargo, enmudecen y clavan sus miradas en el agua, tan distinta a lo que se les había prometido, una cara que, tras un examen más detenido, se descubre como una mueca horrible, una red en la que uno quedará enredado. Nada de alegres y coloridos bañadores, pelotas de agua, flotadores de animales, botes hinchables; nada de eso le ha sido concedido a este lago, no recibe diversidad y por tanto no ofrece diversidad ninguna. No puede ponerse espumosos vestidos

que se alcen susurrantes, pues esta agua metálica no se deja remover ni conmover. Me parece una simpleza atribuirlo a la completa falta de radiación solar. Por lo menos los solariums tienen de eso a montones y no por ello las personas se vuelven mejores. Van a esos lugares para meterse en magníficos ataúdes resplandecientes, sólo aquellos que quieren cambiar por sí mismos el color de su piel, como mínimo. Pero en su fuero interno saben que siempre van a permanecer como han sido creados. El que caiga ahí al agua... no gracias, como diría alto y claro Franz Fuchs, el fabricante de bombas y cuádruple asesino de gitanos de Gralla, a sesenta y cinco kilómetros de aquí, para ahorrarse el bien merecido proceso y poder disfrutar tranquilamente en su celda del tiempo necesario para ello. No puede gritar más fuerte que sus bombas. De todas formas no lo oigo, y encima ahora está muerto. Se colgó. Esta agua está empapada de sí misma, suena paradójico, pero es cierto, en la medida en que algo puede ser cierto. Por decirlo de alguna manera, es doblemente agua y por ello nuevamente sólida, un éxito nada despreciable para un elemento sediento de conocimientos y que desea seguir formándose, a pesar de las pocas posibilidades que se le ofrecen para ello. Se puede dar más de sí si uno se esfuerza, pero en el empeño debe uno tener siempre los pies en el suelo, que casi siempre yace horizontalmente. El nivel de agua, que no quiere estar de pie y mide la horizontal, también lo sabe, por Dios, eso es falso, con ese aparato también se puede medir la vertical. Creo que esta agua se ha agriado (también podría haberse edulcorado), porque nadie parece pelearse precisamente por convertirse en su compañero de juegos, aventura y diversión! Ha sido rechazada, así que se retira ofendida a su habitación. Incluso a la madre de esta agua, un muro de contención realmente bajito, de nueva construcción, mirando desde aquí a la derecha, en cuya superficie todavía no ha crecido la habitual vegetación menor, retoños de abedul silvestre, pequeños sauces llorones, hierbas mezcladas con diente de león, cantidades de hinojo y fáfara y acanto (¿o son lo mismo?), sólo se le permite acceder a esta agua tras golpear repetidamente la puerta, agua en la que de forma evidente se engendran cosas espantosas, que en forma de resistentes e indestructibles plantas enredaderas y acuáticas y algas destruyen cualquier otra vida. Aquí sólo está permitida la vida sin vida. ¿Quién me separa con sus alas el cielo? Aquí ya llegan los primeros candidatos a la sala, las cornejas, que están en todas partes, pero precisamente en las orillas de esta agua no. Así que parece que nada más puede vivir aquí. Una colosal insignificancia, ¿quién puede soportarlo? ¿Qué puede llegar a descubrirse ahí dentro? Tal vez haya tres mil especies diferentes de plantas acuáticas ahí dentro, pero yo no las conozco, es decir, vida impulsiva e indestructible, no deseo tener que contar esas especies, en ese caso debería inclinarme o bien entregarme por completo espontánea e irreflexivamente a esta agua, y jamás he hecho nada parecido.

¡Oh, qué bonito! El sol sale justo ahora a dar otra vez un corto paseo por la orilla escarpada. Tan corto, que la oscuridad con la que tengo que ser castigada inmediatamente después me parece aún más oscura. Más allá del lago vuelven a encenderse por un momento las ventanas de la fonda, deben de ser, pues, alrededor de las cinco, la hora en la que el sol, en esta época del año, sin gracia alguna cual bebé durmiente, pero ¡qué se le va a hacer! es así, se levanta, paga y comienza a abandonar el jardín de la fonda, un comienzo que también lo vuelve a abandonar a uno. De todos modos, la mayoría están sentados dentro porque es que afuera todavía hace demasiado fresco. Algo parecido le sucede a la carretera comarcal, a la que también, aunque sea sólo de forma efímera, le gusta hacer amistad con los neumáticos de los vehículos; se acoplan brevemente, podrían ser amigos, pero entonces desaparecen, el siguiente, por favor, para que el caucho pueda desgastarse y desfallecer. Esos neumáticos sólo dejan tras de sí un aliento o un muerto, totalmente aplastado, también animales muertos, gatos, serpientes, erizos, conejos, incluso venados o ciervos, que en esos casos se ven arrojados a un lado de la carretera y acaban tirados en el bancal, bacanal a su vez para hormigas y gusanos. Pronto desaparecerá el sol por completo. Se levanta el viento. El agua en el lago (yo, por el contrario, me doy cuenta de que ¡sigo aquí incansable en mi afán señalizador!) apenas se riza, las alegres olas bien podrían alegrarse un poco más. ¿Se han quedado petrificadas por el terror? ¿Callando para sí que no tienen un tierno, bondadoso rostro que puedan levantar para mirarse las unas a las otras y para examinarse? Deseo saber más sobre la fonda, pero no deseo tanto ver la cocina, no antes de comer, y después, menos aún. Sin interrupción van pasando por delante los excursionistas, los raros y misteriosos metales de que están hechos los artilugios deportivos de los ciclistas emiten señales luminosas al sol, sus traseros no pueden despertar deseo alguno de examen, desaparecen demasiado deprisa para nuestras miradas. ¿Qué más? Por allí delante se sigue hacia los manantiales alpinos (con la bicicleta un cuarto de hora, a pie depende), trasvasados a las cañerías de agua de los altos manantiales de Viena, una atracción que merecería ser visitada, pero que ya no se puede ver. Antes del trasvase constituían un bonito destino para una excursión, ahora por desgracia el agua se queda siempre en casa, y la casa, de acuerdo con sus exigencias, ha sido construida de piedra y hormigón y qué sé yo qué más, ¿cañerías de cerámica?, y, como todo lo que está siempre en casa, deja de ser interesante para todo observador. Se la oye bramar, se la oye correr y hacer de todo, pero tampoco aquí se puede ver reflejo alguno, ni alegría desbordante, ni nubecillas arremolinadas de espuma en el vaho irisado, ni carreras alegres por entre las piedras, ni manar rugiente desde la tierra, ni sentarse en la casa de hormigón y rociar con espuma. El agua se encuentra tranquilamente trasvasada en las cañerías, y en la ciudad llega a nuestros vasos y pucheros, ¿por qué entonces esa sensación de estar haciendo algo malo? ¡Yo pondría el grito en el cielo si en su lugar tuviera que

beber las aguas freáticas de la hondonada de Mitterndorf!

Bien. Las familias se van poniendo lentamente en camino hacia sus casas. A los niños pequeños se los empotra en sus cochecitos, se estrechan las manos, se busca el lugar de aparcamiento y, levantando la crujiente gravilla, éste se abandona; lo vivo, que de todos modos cuesta tanto conservar unido, tiende a separarse para siempre. Aquellos que logran no separarse se atan en pequeñas haces que pronto volverán a destrabarse, apenas si pueden esperar, las parejas, los transeúntes, los parientes se clasifican y libremente se instalan en sus lechos-rompecabezas, donde se les debe encajar razonablemente junto con sus aficiones, a menudo poco habituales. Natación, tenis, esquí, senderismo. Le han echado un vistazo a la región o bien viven directamente en ella y por ello sólo tienen que recorrer pequeños trayectos, casi siempre en bicicleta, para volver a casa. Pero las bicicletas de los nativos, cuyas costumbres consisten en necesitar siempre lo que sus visitantes ya tienen, esos cacharros son distintos. Son objetos sencillos que no van pregonando a los cuatro vientos raras ambiciones deportivas, igualmente no están en condiciones de competir en este aspecto. Las mountainbikes y sus divertidos propietarios con sus divertidos atuendos son como los dedos de una mano al moverse, los unos no pueden hacerlo sin los otros. Hay muchos y ligeros, nos dicen ¡con Dios! a nosotros los viandantes antes siquiera de habernos visto. ¿Qué sucedería aquí si la gente empezase a buscar todo eso, para empezar entre las ofertas especiales, en los almacenes de la capital de la comarca? Pero los hijos de los aldeanos les han chupado a sus padres la sangre con ahínco para conseguir imitaciones de bicis de carreras y por ello se les zurra (mucho más a menudo que a los niños de ciudad), pues se ha invertido muchísimo en ellos. Los cuerpos encima de las ruedas de los adultos están bien enfardados, a veces incluso en su Dirndl, el traje regional, limpios, a pesar de que cada día se ven más pantalones cortos y chándales cubriendo los cuerpos de las gentes de montaña. Tiempo indigno, ¿para qué empujas a tus habitantes y hacia dónde los empujas, si no existe lugar alguno hacia donde puedan encaminarse? Pero ustedes no se equivoquen, aun cuando yo intente una y otra vez tales equívocos para ponérmelo más fácil, también hay muchos que se alejan en la lejanía hacia lugares en los que yo p. ej. jamás estuve. En realidad, de todos modos, nunca he estado en ningún sitio, no porque allí pudiese acecharme algún tipo de pecado, sino porque prefiero pecar en casa, donde Dios incluso me predice en la tele con antelación el tiempo, despacio, para poder escribir si la culpa correspondiente va a merecer la pena. Pecar basta, no hace ninguna falta llevarse sorpresas encima.

Así pues se guarnece a los niños con el botín que sus parientes les han endosado o bien que ellos mismos han mendigado. Si alguien ha perdido frente a

ellos el dominio sobre sí mismo, su llanto alcanza hasta al lago, pero no más lejos, el lago es el límite. Se lo traga todo. Ya lo he dicho antes, pero aun así es algo que taladra mi cabeza de forma insólita: normalmente a los niños les encanta juntarse a las orillas de las aguas, chapotean, buscan guijarros y se los tiran a la cabeza, se salpican los unos a los otros, se suben a las colchonetas o a las colchonetas que se han disfrazado de animales, y otean a lo lejos como fascinados hacia donde tales animales se hunden, a veces en silencio, o hacia el último camino por el que los botes han escapado en un último intento de hacer algo de gimnasia encima de las olas. Estos niños suplican que les inviten a un paseo en bote, o mejor en un patín acuático, que jamás puede zozobrar, hay tres aquí, pero no parece que los hayan usado nunca. En sus respectivos fondos se empantana algo de agua, turbia, fangosa, pesada, ¿cómo ha llegado hasta allí? Para haber sido un agujero es demasiado poco, para tratarse de los permisivos juegos de los bufones de agua, desbordados de alegría, es demasiado. Los botes han sido claramente descuidados, de eso estoy segura, pero ¿por qué cuidarlos y atenderlos cuando es evidente que nadie quiere subirse a ellos? Probablemente chirrían cuando uno acciona los, cómo se llaman, donde uno pisa en el armonio, no son fuelles, es una especie de rueda de plástico con paletas o algo parecido, acciona esas cosas y entonces el bote se mueve hacia delante a trompicones y frenazos, ¿qué tal si engrasaran de una vez los duros rodamientos? Si se dispone además de un volante, uno puede imaginarse al frente de un bote de competición con el que podría sufrir una desgracia. Eso ya les ha pasado a algunas personas, esposos, padres mundialmente famosos. A los hermanos más pequeños se les puede meter miedo con palabras maliciosas diciéndoles que el bote seguro que va a hundirse enseguida, porque ya no puede mantenerse a flote, y que qué suerte que yo sepa nadar, pero tú aún no, ¡jódete! Se puede hablar sobre todo eso, pero aquí nadie lo hace, sería superfluo. No hay que hablar sobre cosas que normalmente sólo resultan fiables por escrito, pues las gentes de aquí no son muy de fiar. Prefieren comprarlo todo fiado. Es cierto que los niños del jardín de la fonda a veces recorren los pocos metros que hay hasta el tobogán y los columpios, con los que al fin y al cabo podrían catapultarse directamente hasta la pila de compost — donde las gallinas escarban y en esta época los pepinos y las calabazas se introducen, además, en los zapatos de los niños — si se dan maña y quieren arrastrar a sus padres a los anuncios de la tele primero y más adelante a la lavadora, pero siempre vuelven enseguida. Conocen de sobra a padres como éstos, aplastados, animados y siempre alegres, que lavan ininterrumpidamente, mejor que los propios, que sólo disponen de un poco de tiempo para ello, aunque con este detergente apenas lo necesitan, en un abrir y cerrar de ojos está todo listo, sin hacer nada. El televisor está cerca también, está en la cocina office. Tal vez simplemente es que los padres les han prohibido a sus hijos cruzar solos la carretera nacional, pues para ir al lago tendrían que cruzarla. No, no

hay manera, sigo sencillamente sin comprender algunas cosas de este colosal lago, bueno, tan grande tampoco es, en realidad es más bien pequeño comparado con el lago Baikal, que, sin embargo, ya no es lo que era. Los padres podrían acompañarlos, ¿no? Y seguro que no se mostrarían tan duros como para prohibirles a los niños la travesía, es muy barata y con el paso del tiempo fue abaratándose todavía más. Para todo hay solución, pero la del lago la desconozco personalmente, creo que es una solución mineral, pero no se conocen más detalles. La del lago es una visión nada agradable. Al principio todo el mundo se alegró de que aquí también tuviésemos algo así, tan bonito y misterioso, tan sublime, eso atrae a los forasteros y les rinde continuos placeres y, a veces, incluso los últimos honores; pero después enfermó y de repente ya nadie se alegraba. ¿Y por qué no echa alguien dentro un buen y acreditado alguicida? Sospecha: si bien las algas desaparecieran, el lago tendría que tragarse encima todos esos herbicidas, cuando él, con su delicado estómago, ya antes no podía tolerar nada: las aguas estarían más muertas que muertas. Incluso la ventilación artificial, si nos la pudiésemos permitir, sólo traería éxitos a corto plazo, porque una vez el agua empieza a respirar, quiere respirar cada vez más hasta que se piensa que es una persona. El agua es así de pretenciosa, no hay nada que hacer. Por eso es mejor dejarla con su desequilibrio, ¿no? Si el lago se muere, entonces podemos hacernos uno nuevo al lado, eso, justo al lado, no, mejor ahí delante. ¿Qué pasará entonces? Muchos estarán en contra. Y río abajo está la gran presa para la central eléctrica local, ahí ya no cabe nada de nada. Ahí el agua tiene que trabajar y no tiene tiempo para juegos ni juergas. Y por diversión no vamos a hacerle al mundo otro agujero dinamita, digo yo.

Es raro para unas aguas que inducen a la mayoría de la gente a la observación casi involuntaria, pero eso bien podría causarle a uno molestias de todo tipo, me vienen a la cabeza los estragos causados por los desprendimientos y las inundaciones que la pasada semana pudimos seguir hasta el último detalle por la tele y que ahora siguen en el margen devastado de la carretera, después de que las catástrofes, por su parte, hubiesen perseguido pueblos y aparcamientos enteros, e incluso tuviesen éxito en la persecución de un hostel entero, ¡glups!, en el que las camas de los huéspedes ya esperaban, pacientes, casi improductivas, abiertas como libretas de ahorro, pues la temporada ya casi había empezado. Y así una cosa detrás de la otra. Sin embargo, también se podría pensar en algo de diversidad deportiva cuando se ve agua, se podría bajar del coche, coger del techo la tabla de surf y andando que es gerundio. Con las carreteras y las bicicletas hacemos exactamente lo mismo, nos hacemos amos y señores de nuestros artilugios deportivos y la naturaleza poco a poco se va hartando, nos sigue con el punto de mira y nos acosa, su dedo casi aprieta ya el gatillo, pero como nos movemos tan deprisa, nos pierde continuamente del visor. Por suerte para nosotros, pues al fin y al cabo somos

nosotros los que tenemos que echar a correr. Bueno, en este caso, sin embargo, la naturaleza sí que nos ha pillado. Cada rincón, cada punto de esta agua ha dejado algo en lo más profundo de la montaña y ahora ya no lo encuentra. Probablemente ha sido escupido algo de la ferrosa roca roja de Estiria, que no quería volver a llenarse, pues deseaba disfrutar algún día por sí misma de la panorámica, y si se hubiera de llenar, que no sea con agua, sino con vino, por favor, o cerveza, ¡no seamos tan tremendistas! Hagamos pues un agujero totalmente nuevo en un sitio totalmente distinto, para perforar del todo el Semmering con túneles, aunque también allí nos saldrá al encuentro el agua, que ya estaba allí antes y tiene derechos previos. No nos invita a quedarnos y enseguida salen algunos que ya no quieren el agujero. Agua en la roca, ¡tengan la bondad de evitarlo la próxima vez, por Dios! ¡Pongan mejor el agua en esa sartén, donde puede que la necesitemos! Los defensores de la naturaleza interpretan sus alegres papeles cómicos, y algún día también ellos desaparecerán de la superficie de la tierra, debajo de la cual, con gran esfuerzo, ¡son tan pequeñas las manos!, los animales van a volver a excavarlo todo de arriba abajo.

De esta agua no brota ninguna voz que nos acaricie o nos regañe, incluso los improprios de un padre de familia, las quejas de una madre sobrecargada, los gritos de un abofeteado me resultarían más agradables que esta alma del agua, estos ojos del agua que me miran fijamente, estos labios del agua que desean devorarme, en fin, ¡sí que se han puesto el listón alto! A todo esto, peso sesenta kilos.

Está oscuro y hace más frío ahora, de la gravilla esparcida que quedó del invierno se levantan nubes de polvo cuando alguien pasa por encima, y a nadie le basta ya con estar ahí, todo el mundo desea la calidez de las cocinas office y de las tabernas. Las gentes han abandonado la libertad de la naturaleza y, como si no tuvieran otro refugio, se han retirado a la no-libertad de sus familias. Se sirve la mesa, las bicis y los skateboards y las botas de montaña se han de quedar fuera o en el sótano. Los padres de familia, con una inercia estudiada, se sirven el asado, un último y desesperado recurso, ayudado de un todopoderoso vino doble, que los debe resucitar; es sorprendente que no pierdan toda esperanza. La naturaleza, que nos trató duramente, también descansa de vez en cuando. Llamamos así a todo lo que debe quedarse fuera, y la naturaleza se ha conglomerado en un bloque de oscuridad, frío, viento de la sierra, arroyo de montaña, piedra y continuidad (sí, las plantas, con la unidad vegetal que les es propia, ¡casi podríamos poner la hora mirándolas!) que devoramos nosotros y otros animales. El exitoso recopilatorio Naturaleza, cuántas cosas podría yo describir ahora tan sólo mezclando viejas descripciones, no importa qué, siempre suena bien, ¿no? ¡Buenas! Adelante,

querida comparación entre lago de la montaña y diamante engastado en las montañas, qué bien te conozco, ¡échate ahí mismo!, ¡no, encima de los dedos de mis pies, no! Los bancales de fresas y las escuadrillas fluviales de peces, la espesura de los criaderos de abetos, donde por desgracia todas las ramas de abajo han muerto, mutantes subvencionados por la oficina de turismo para que los excursionistas puedan ver mejor las setas en el suelo, pero tampoco las hay allí ya, pues se han ahogado bajo medio metro de pinocha como Salomé bajo los escudos de los soldados. Probablemente una experiencia trascendental también, aunque para mí no significaría nada. En estos momentos, como no estamos dentro del lago, no vemos lo siguiente: la línea de almacenamiento, es decir el nivel de agua al que ésta desaparece por el desagüe, las estacas de contención, pues para el afianzamiento de la orilla no se puso ninguna en el suelo, esta orilla más bien se formó cruelmente a base de piedras, que cruelmente se le arrancaron a la roca tras roer el cuerpo de la tierra; por lo menos se colocó un biombo de juncos delante, o tal vez éste consiguió llegar hasta ahí por su propio pie, un bosque caminante, y hay más: el cantazo, que son precisamente esas piedras de cantera vertidas y toscamente aplanadas, que a veces pesan toneladas, cubiertas por ese cañizal de verdes cuerpos boligrafoides. ¿Qué vive debajo del agua? Miremos. Debajo del agua ya no vive nada. ¡Es inútil echar todavía más muerte!

Con rostro aterrorizado, como si en medio de la oscuridad viese además el fin del mundo ante sí, una figura (varón, 54) está de pie junto a la orilla, sólo una. Las demás figuras de la zona se han recluido, para la protección de su especie, en el programa «Austria Hoy», o bien para la conservación de su especie, da igual, en todo caso se han recluido en sus casitas. La figura, creo yo, ha obrado hasta ahora con total premeditación, al contrario que la naturaleza, que toma lo que puede obtener y da lo que tiene. Sólo que en ella dar y tomar es uno. La figura se ha fijado el propósito de no afrontar esta vez sus hechos cara a cara, se lo puedo asegurar porque a estas alturas ya lo sé todo sobre la figura. Esto es lo bonito de mi profesión. El hombre ha envuelto su hecho, con poco cuidado porque tenía prisa, en un plástico verde, como los que se usan para cubrir las heridas recién abiertas de las obras públicas, para que el agua no eche a perder el caro y húmedo hormigón, pero estas cosas no son nunca del todo impermeables. Y ahora además se desea exactamente lo contrario de lo que normalmente se espera de ellas: agua, por favor, ¡vaya pasando! El paquete debería volverse pesado con rapidez, no como la tierra, que más bien debe volvérselo a uno ligera. Por el color y la forma del paquete no se puede adivinar qué es lo que contiene. No parece nada muy grande, pero tampoco es pequeño. Con esto ya saben ustedes tanto como yo, es decir, todo, pero eso tienen que agradecermelo ustedes únicamente a mí: pues yo le he colgado a ese paquete unas banderillas, cascabeles, bocinas e intermitentes, para que ahora todos sepan de



verdad qué hay dentro. Pero cómo puede uno decir todo eso en la obra de su vida, orgullosa y engreída, ante la que uno, encima, quiere desfilarse al trote y echar al aire las plumas del tocado capilar antes de que sea el viento el que lo haga y no se pueda hacer ya nada para evitarlo. En cualquier caso, uno debería poder decirlo mejor, mucho mejor. El paquete es pesado. El hombre tiene que empujar, apretar y arrastrar con todas sus fuerzas. El agua debería hacer finalmente su labor de descomposición en el paquete, o puede hacer lo que le venga en gana, por mí como si sólo quiere devorar; a este hombre de aquí en el fondo también le da igual. Creo que su comportamiento es hasta tal punto intrépido, que parece que quisiera, que deseara que: ¡Este paquete debe ser encontrado lo antes posible! Y entonces ¿por qué lo esconde? De hecho lo podría poner al lado mismo de la carretera nacional, el efecto sería el mismo. No. Modernos tiranos que de antiguo han conquistado el derecho de autodeterminación para ellos mismos y para su detritus rivalizan entre sí para echar inexorablemente ahí basura. Tal vez se daría entonces el efecto contrario, puesto que nadie quita nunca nada de en medio. El paquete podría seguir estando allí dentro de tres años. No sería por culpa nuestra. ¿Por qué entonces el hombre no sonríe con alegría anticipada? Al fin y al cabo, en el interior de ese plástico, lo digo aunque sea completamente superfluo subrayarlo, hay un bonito pedazo de cuerpo, de una mujer. Un segundo, voy a comprobarlo otra vez, sí señor, un hombre no es, es exactamente lo que me había imaginado. Una mujer. Un hombre sería más pesado. Se necesitarían cómplices y un río atrevido y distinguido, que, una vez acabado el trabajo con él, se lo llevara consigo hacia abajo. Una vez conocí personalmente a un asesino que había ahogado a otro junto con otro en un río de verdad. El hombre que ven ustedes aquí sigue teniendo el rabo tieso, casi siempre lo tiene así, ¡qué bien!, casi como un esquiador en la curva donde casi se sale pero consigue maniobrar, así lo tiene él hasta reventar y sin querer encoger, ¿qué le queda al hombre todavía por hacer con él? Ya ha hecho todo lo que era posible. No ha servido para nada. Incluso ha intentado construir encima de él, pero esta base tal vez podría venirse abajo de forma inesperada y, en el trayecto al sótano, uno tendría que mirarle brevemente a una persona a la cara por lo menos una vez, y no al culo o a los pechos o a las piernas. Para lo cual tendría que haber buscado en primer lugar la imprescindible tranquilidad. Nadie debe poder observar el momento en que uno se horroriza ante sí mismo hasta la muerte. Los corazones de las mujeres son a menudo de una despejada amplitud, para que uno pueda hacer en ellos marcha atrás cuando desee largarse, pero con el coche, que a menudo es lo más importante en una relación — en los anuncios matrimoniales de los jubilados incluso es obligatorio—, no se consigue llegar nunca hasta su interior, desgraciadamente el coche siempre tiene que quedarse fuera, a menos que uno esté en el bosque, entonces hay que aparcar primero; pero apenas este hombre se ha introducido furtivamente en uno de esos corazones que ha estado buscando, vuelve

a mostrarse de nuevo totalmente impasible, o mejor, frío, en todo momento indiferente tanto a lo presenciado como a lo acontecido. Lo bello no le conmueve, puesto que todo lo que encuentra bello tiene que estar irremediadamente muerto. Cuánto habría podido reírme de él con sólo haberlo deseado. Cuánto habría podido asustarme. Este hombre ríe raras veces. Si se mira alguna vez al espejo, parece cómo si no se acordase de sí mismo, tal vez porque ansia de tal modo los bienes materiales que en primer lugar, como castigo, tendría que hacerse una foto de sí mismo. Y en su sed de propiedades se olvida de sí mismo, a veces de repente, pero nunca jamás se olvida de cuál es su deseo. Cuando le preguntan, responde correctamente, incluso con inteligencia, agudeza ¡eso es!, para después volver a sonreír amablemente, la pregunta incluso permanece un rato en su cerebro para que pueda observarla con detalle o para, antes de dar la respuesta, cambiar de opinión o esquivarla. Tal vez pueda sacarle ventaja a la eterna pregunta de su mujer acerca de los valores eternos — vida o muerte, banco o sillas en la cocina, sofá o sillones acolchados—, ¡Kurt, por favor! Tal vez responda por fin a esas preguntas, tantas veces se las han formulado (bueno, no tenemos una excavadora para sacar los muebles viejos de la cocina, ¡eso cuesta más que comprar nuevos!). Para que también su oscura alma pueda levantarse y estirar las piernas, como la nuestra después del cine, donde se espabiló por última vez. Incluso las plantas sienten más que él, se lo aseguro, ellas, p. ej., prestan atención a la música, como pone en esa revista que la mujer de este hombre, floricultora, trajo ayer a casa, ¡qué desperdicio! Él hace bien muchas cosas, otras, sin embargo, mal, duerme, se levanta, un niño grande que todavía no ha aprendido nada, ni siquiera chiquilladas, pero es que no le afecta historia alguna, ninguna canción, a lo sumo manuales de instrucciones de uso y planes de ejecución de obras y extractos de cuenta que le demuestran que se ha extraído dinero de su cuenta recientemente y que los tres últimos alquileres han quedado pendientes. Ahí justamente veo algo, pero no digo nada de momento, sobre su trabajo, que él hace muy bien, aunque siempre con un pie en la ilegalidad, lo que en su profesión es práctico (uno conoce a criminales y a criminales a tiempo parcial) y desde luego muy habitual. Nada que se salga de las obligaciones del día a día. Él es lo que es, ¡no!, le falta algo. Le falta por completo una dimensión entera, y es la dimensión de que, aparte de él, también existen otros seres humanos. Eso es igual que si ustedes supiesen qué hora es, pero no qué año, qué mes, qué día, se trata de unidades que, aunque extrañas, a regañadientes sostienen en sus manos nuestros plazos vitales. Les suplicamos que los traten con cuidado. Se trata de unidades superiores que se pueden aderezar un poco con ayuda de los condimentos de la vida, pero va a ser imposible deshacerse por completo del regusto amargo. El hombre, por lo que veo, es absolutamente normal, pero habla siempre con una especie de voz infantil que le sale bramando desde el interior, y siempre sólo para sí mismo (cuando era niño todavía podía sentir algo, fue una

época bonita, todo estaba en su sitio con el patinete, la bici, la pelota, los caramelos, más de cien, qué niño más mimado y rico, para nada un niño malo o feo, ¡al revés!, ricitos de oro. Qué rico, para ir acostumbándose a lo inevitable, es decir: el dinero gobierna el mundo), y con un vocabulario, sin embargo, que es muy limitado. No importa, pues el hombre siempre sabe lo que quiere decirse a sí mismo. O bien, venga con la foto, dónde la habré metido, ah sí, ahí está: como si de una figura recortable se tratara, a la que se le pueden enganchar sus ropitas, el uniforme, los vaqueros, el bonito traje para el propio entierro, el traje regional para los domingos o el encuentro de la gendarmería en el baile de carnaval, las mallas de correr para nada, pero a nadie se la ha ocurrido jamás que a los seres humanos también se les puedan enganchar sentimientos o que el amor pueda clavar la mirada con empeño, aunque pinchar ya no creo que pinche, ¿no? ¿Es que no va a poder iluminarse más esa querida mirada? A este hombre le falta sitio, no importa para qué. Necesita espacio, no importa dónde. No podría decir por quién malgastaría algo. Qué raro que las personas no manifiesten hacia él desconfianza alguna, sino todo lo contrario, que a menudo pongan al descubierto ante él sus intimidades más profundas, tal vez porque intuyen que de lo contrario se marcharía antes de que una tuviese tiempo de quitarse la ropa, de tumbarse en el sofá y de mostrarse sin nada encima. Corrijo: sueños sí tiene este hombre, pero están enganchados en una o varias casas o viviendas de propiedad, por lo que no se puede disponer libremente de ellos en cualquier momento. Bueno, ya tiene una casa, más bien: una casita, su mujer la aportó al matrimonio y por eso conserva y mantiene a la mujer que va con el lote, aunque sea por un precio desproporcionado. Vaya, veo que otras casas se van poniendo en estos momentos a su alcance, el hijo, p. ej., paga por la suya una pequeña renta vitalicia, más pequeña que la vida de cierta mujer mayor a punto de morir de hambre a causa del alcohol. Pero también tendría que ser posible sin necesidad de esa renta. Afortunadamente el ser humano muere, pero las paredes por las que se arrastra se conservan.

Sin vitalidad alguna, de todos modos, tampoco se va a ningún sitio, precisamente los cuerpos más decrepitos y achacosos se aferran a la vida con una energía sorprendente; este hombre no se conforma con nada, siempre quiere más y más y no devolver nada jamás, pero en adelante se ha de girar la tortilla. Ahí está la gran montaña, quiero decir, el gran montañero (desgraciadamente cada vez tiene menos tiempo para las montañas, que cada vez más a menudo se quedan para lo último. Además allí no hay terreno edificable, sólo soledad consternada por los peñascos), delante de las tiendas donde sólo se compra lo más barato, delante de la fonda donde el abstemio y deportista no pide más que una fanta o un granini, a los que luego, por debajo de la mesa, les echa algún licor (licor que nunca paga, pues siempre va a tomar algo en calidad de autoridad). Nos las estamos viendo con esa

prolongación secreta de nosotros mismos a la que todo le viene llovido del cielo, porque es ahí donde le toca, como movido por la fuerza de la gravedad, delante de la parada del autobús, donde el automovilista no coge el autobús, sino mejor a otra persona, ante la oscuridad que él rompe con una linterna de bolsillo, pero sólo cuando es absolutamente imprescindible. También las pilas cuestan dinero. Y él aquí siempre conoce el camino, incluso a oscuras, cualquier piedra, cualquier claro en el bosque, donde no tendrá que tratar con cuidado ni a nada ni a nadie cuando se sienta a la mesa puesta de una mujer.

¿Qué llega por ahí desde las alturas? Son ellos, son ellos, sí, una y otra vez, los escaladores, los excursionistas con sus mujeres o con otras. De todos modos, eso depende de dónde nos encontremos, por supuesto. ¿Quién roza con sus pasos una pradera de flores y deja a la pradera indiferente? Es increíble que haya tantísimas mujeres, especialmente desde que, como los hombres, ellas también conducen, por lo que podrían aparecer en cualquier otro sitio además de aquí, su casa. Se ven arrastradas a la ciudad y al campo, a la capital de la comarca y a la carretera comarcal, y también es increíble que sean todas tan distintas. Y ahí se descuelgan sobre ese hombre apenas lo ven: están colgadas de las cuerdas, él las corta para que bajen, o bien no, pronto brillan como muebles lustrados bajo sus manos. Sí señor, y después se quedan solas y pringadas, jodidas, que no jodiendo, ya lo estoy viendo a esta distancia. Han caído al menos cinco piezas en los últimos dos años. No es demasiado, lo sé, pero se necesita tiempo para ocuparse de ellas, pues hoy en día exigen calidad para sentirse satisfechas. Restregarse en la pared de una casa mal encalada o húmeda no les basta: después de haberse estado reservando tanto tiempo para el hombre adecuado, la casa debería además pertenecerles. Pero sus coches tampoco les permiten hacer algo así. Ni limpiarse los neumáticos sucios en alguien ni que alguien se permita hacerlo con ellas. Los coches pertenecen también a muchas mujeres. Muchos coches pertenecen a mujeres. Es como volverse receptáculo, debieron pensar cuando escogieron ese coche en su color preferido y encima tuvieron que esperar. Una se abandona, la cama para ello ya estaría ahí. Se la ha comprado adrede, junto con el colchón ortopédico, para alguien muy especial, que deberá yacer allí donde nunca ningún otro yació antes. Y todo eso se sabe de antemano después de haber hablado con él una sola vez, en la carretera polvorienta, donde se le hizo ofrenda del carné de conducir y de los papeles del vehículo, a un hombre totalmente maravilloso e irrepetible, nunca antes se había visto a nadie semejante, y una supo: ¡sólo ése! Y ¿por qué?, pregunta la vendedora del DÍA, con la que, en el par de años que una lleva en el campo, ha charlado varias veces, de dentífrico, jabón y productos de limpieza. No lo sé. Es la respuesta. El funcionario de pelo rubio oscuro, algo chaparro pero con aspecto musculoso, tiene fama de solitario, una fama contra la que él en realidad nunca ha hecho nada. Un hombre

que esconde sus sentimientos detrás de su aspecto robusto, pero que a la vez es capaz de mostrar pequeñas flaquezas. ¡Qué tierno por su parte! Él superó sin esfuerzo las barreras con las que hasta ahora yo me había defendido, dice esta mujer a la vendedora del DÍA, que no la entiende y quiere irse de una vez a su casa. Pero cuando a uno acaba de sucederle algo tan maravilloso, de pronto se ve asaltado, y ése es el inconveniente de las personas solitarias, por una avalancha kilométrica de problemas y sospechas, como si uno fuera el paisaje mismo, que espera ocioso lo que le va a cubrir en forma de aludes, de derrumbes y desprendimientos de piedras. Uno acaba en el agua en lugar de ser agua, que puede viajar por todos los lugares, aunque por desgracia bajo una condición: ¡exclusivamente montaña abajo! Es mejor, pues, quedarse en casa para poder atender el teléfono, o sencillamente llevarse el teléfono, que sabe tocar la tocata para órgano en re menor de Bach que le han enseñado. Tan sólo tienen que llamarle a uno.

Los milagros se topan con uno, entra un ángel y parte en dos con su estocada lo que separaba a dos seres, ¡y entra, entra!, por ejemplo, lo más querido, que no es milagro en absoluto, pues el ser humano parece hecho a medida para el amor. Pero las apariencias engañan, muchas veces sólo lo parece. Al contrario, Dios nunca quiere el bien de los buenos, se descoyuntan —aunque la coyuntura es buena y ellos sí aman— incluso más rápidamente que los demás, nosotros, con nuestra vulgar y triste vida, y a los buenos después ya no se los reconoce, cuando las costuras de sus órganos genitales se abren y el serrín, que antaño les confirió al menos un poco de forma, sale a borbotones. Incluso la madera se sentiría afectada por tal vivencia, la cola le chorrearía por el cuerpo porque nadie recompone a estos tiernos amantes, que no quieren más que olvidarse a sí mismos en el amor, esta vez mejor los refuerza desde el principio con algo de madera contrachapada para que por fin también puedan sostenerse en pie por sí mismos y puedan aguantar en esa posición un poco más de tiempo. El ser humano, pese a todo, ya nunca vuelve a ser el mismo que fue, tan sólo una hora más tarde ya no lo es. Miren ustedes, se lo mostraré: este milagro le ha sucedido a esa mujer de allí, y a aquella de allá también, creo, y a aquellas cinco que hay allá juntas también, pero a aquella de allí el milagro le ha dado mucho trabajo, a esta mujer retraída en sí misma, tranquila, tímida ¿reconocerían ustedes en ella a una mujer que se ha mudado expresamente al campo porque las personas que en la gran ciudad podían acercársele demasiado, ¿para qué las invitaba expresamente si no?, la mortificaban, las más de las veces sin quererlo ni saberlo? Esta mujer es demasiado delicada, ahora mismo se estrangula a sí misma el corazón y estrangula el mío también. Ese hombre que está frente a ella se dedica ahora mismo de pleno a su carrera como amante. Ya ha avanzado un poquito en ella, precisamente hasta allí, donde la pastelería, donde lo conocen y

adonde precisamente por eso no le gusta ir. Pero esta vez no quería contrariar la soledad provinciana de la mujer, la relación es aún demasiado joven y la mujer ya está suficientemente agitada por ello, le ha dejado que ella imponga su voluntad: ¡mostrarse en público con el hombre! ¡Por fin! Eso es muy importante para ella. De modo que ahí están los dos juntitos. A este hombre, por su parte, jamás le había sucedido nada semejante, aunque en el magnífico palacio en el que el diario *Kronenzeitung* encierra nuestro pensamiento diariamente pueda leer adónde conduce: el amor. En una progresión. Hasta el matrimonio. Hasta la muerte. La mujer del gendarme se lee revistas enteritas sobre este asunto, de principio a fin. El hombre se reafirma en su duro trabajo, que se puede llevar a cabo con perro y/o motocicleta, pero el perro sólo puede llevarse en el coche, o bien hay que renunciar a él por completo. El hombre se reafirma en el clima correspondiente, que hasta hace poco era exclusivamente cosa de hombres. Llueva o nieve o luzca el sol, da igual, lo han hecho los hombres, se queja esta o aquella mujer ante el tribunal de las causas perdidas, instancia que ella preside. El hombre en eso es diferente, no tiene ni idea de qué le está hablando ella, en esa mesita de café, la rompedora, que tan bien se ganaba la vida en la ciudad y que continuamente evitaba los vínculos estrechos por miedo a la decepción, según pretende, la pretenciosa, pues una y otra vez fue cayendo: en el olvido, en el olvido como la piedra en el camino. Así dice esa triste cancioncilla de Carintia, pero no me sé más. Aunque debería sabérmela, ya que pronto el mundo entero será Carintia, y entonces habrá castigos terribles si uno no se sabe de memoria estas bellas cancioncillas. Pero ¿qué viene buscando esta mujer aquí, donde nadie la requiere? ¡Él la requiere, claro! Le importa un rábano lo que ella diga. A él le importa lo que ella tiene. Se abre a ella, la millonaria, ¡pero no!, no se trata de millones, hagamos un cómputo aproximado y volvamos atrás: eso no basta ni ahora ni nunca. Lo único que hace falta, está claro, es su propiedad, pero ella la utiliza todavía por ejemplo para, saliendo desde allí, explorar la región a través de libros, su extraña flora alpina y su fauna, y luego acomodarse en el sofá con una copa de vino y un libro y hacerse arrumacos. No, Kurt, hoy no te necesito, hoy prefiero estar a solas, pero llámame, claro. Si él no llama, se sube por las paredes. Esta región, ya que hablamos ahora de su belleza, jamás recibiría la atención que se merece si no fuera bella. Nadie se ocuparía de ella, aparte de los escasamente ataviados turistas, que de todas formas están por todas partes, y con respecto a los cuales la mujer, por su parte, se siente superior (entre los turistas también hay algunos que verdaderamente se sobrecargan de ropa, justamente no conocen la justa proporción). En el carácter apacible del hombre, en principio no hay, aunque se lo calle, sitio ninguno para mujer ninguna. Pero para una casa siempre, claro, aunque conforme a las leyes de la naturaleza sería mucho más grande: si vienes en son de paz, bienvenido a este solaz. El amable trato ya está servido en el plato, hoy ella tendrá que hacer otra vez de mantequilla. Seguro que lo

hace bien. Esta mujer sería mucho más pequeña y manejable que la casa, eso podría demostrarlo ella si el gendarme la observara con detalle de arriba abajo. Y en la casa habría además sitio de sobra para su jovialidad, su mountainbike y sus pasatiempos, que son pierde-tiempos. Es mejor que pase el tiempo con ella: sí, observen ustedes mismos, yo a él también lo describiría así antes de dejarme pegar. No es un hombre de orden, pero sí ordenado, no por metódico y limpio, sino por vacío y hueco. Han puesto los muebles pegados a la pared para que el cuerpo de él se deje tentar más fácilmente por los tantas veces, gracias, estudiados movimientos, con los que no deberían dañar el mobiliario más de lo estrictamente necesario. Llegado el momento, uno va a querer quedárselos, ¡qué duda cabe!, junto con la casa. Como mucho que se hunda la cama. Uno ve ante sí a un ser humano de pie y de repente es una mujer. Se la ve yendo de un lado para otro, chillando, llorando, suplicando porfavorporfavor porque él hoy quiere marcharse muy pronto. Se la ve haciendo muecas para cautivarlo, ahora enseña los dientes. Lo amenaza. ¡Qué raro! Otra vez estamos en su casa. ¡Si hace un rato estaba preparando café tan tranquilamente!, aunque nosotros hace un rato lo hemos tomado en la cafetería y ahora esperamos con expectación el cursillo intensivo de ternura y confianza que se nos prometió y para el que ya dimos la paga y señal: dos seres humanos que no pueden siquiera olerse y que sin embargo no se separan. Por motivos diferentes. Con el tiempo cogerán alas y se alejarán volando porque seguro que no consiguen de ninguna otra forma librarse el uno del otro. Por lo menos uno de los dos debe irse para que el otro pueda quedarse. Pero para qué todo ese trabajo en la cocina, si la mujer luego le arroja toda la taza hirviendo — ella no acaba de comprender lo que es sacrificarse por completo, prefiere sacrificar comida y bebida — a la cara, ¿para qué tanto hacer hervir y borbotear nada más que agua? Y además ahora tendrá que volver a limpiar sola el café y comerse sola la sopa. No era en absoluto necesario tirarse los platos a la cabeza, pues no tienen la culpa de nada. Después de esta escena tan ruidosa, la mujer, no apaciguada pero bien educada, se permite preparar un ágape más contundente, esta vez quizás algo exótico, con rodajas de piña y especias que han traído expresamente del Nas chmarkt vienes hasta aquí, ¿te apetece, Kurt?, no, él no lo conoce y no quiere conocerlo. Ahora es él quien no quiere, prefiere poner en práctica su poder de atracción. Por favor por favor, come algo, después vendrán los postres, ¡entonces te arrastraré personalmente conmigo! ¡Espera! Se le ocurre una idea muy buena: le ofrecerá al hombre que acaba de rechazar su oferta y que al mediodía ha preferido consumir su alimento, disfrazado de bratwurst y huevo frito, en casa con su mamá, le ofrecerá, pues, comida de una forma nueva, nunca vista por estos andurriales. Se va a desbordar de tanta felicidad, como un manantial digno de un muro de contención, pero que por ahora va a tener que esperar. Y va a servirla, no se lo van a creer ustedes, bueno, tampoco es que sea tan original: vestida únicamente con su nueva y cara ropa interior de Palmers, que ha ido a la

ciudad a comprar para la ocasión. ¿No es una idea deslumbrante para una aparición deslumbrante? ¿No se trata de un cambio para sus ojos, obligados a presenciar en las grises carreteras cosas mucho peores, a menudo además mezcladas con sangre, golpeadas y molidas? ¿Qué más desea el señor? Su aparición en escena, que tendría que haber ensayado antes para no provocar en el hombre esa risotada espantosa que aparecerá aquí de inmediato en una entrega aparte, seguramente lo habría convencido si él hubiese querido dar crédito a sus ojos. Tras escuchar a la propia voz interior, podrían esparcir un poco la comida por encima del cuerpo mezclándola con sus propios fluidos, para poder lamerlo todo después ahí mismo. Por ninguna otra razón. Una mujer no sueña con ese tipo de cosas, lo ha leído en algún folleto informativo y desde entonces cree en el efecto de su cuerpo, moderna, segura de sí misma y económicamente independiente como es ella para superar todos los retos corporales (otras, para ello, tienen que devanar a diario varios kilómetros de cinta del destino), no importa lo que le metan a una en la boca entonces, a veces incluso en forma de puño cerrado, ay ay ay.

Y entonces de repente se despierta, como p. ej. hoy, sonámbula como ha sido, ciega como fue, en la escalera de la casa. Un poco de sangre le mana del vientre. ¿Qué le habrá metido dentro esta vez, más grande que un sopapo, más pequeño que un tractor? ¿Tal vez el cuello de la botella de cerveza? ¿Qué habrá sido? Y su ropa está justo a su lado, derramándose por los peldaños, en un orden incorrecto, algunas prendas incluso no están. La puerta además ahora está cerrada por dentro, ¿no lo he dicho antes?, ¿lo habré olvidado? ¡Pero bueno! ¿Quién se encuentra ahora en el piso, en la casa, ambos de ella, por supuesto también la planta baja y el sótano con sauna y bodega y esquís y aparatos para sus pasatiempos? Completamente desnuda se ve la mujer ante la puerta de su propia casa arrodillada en su desdicha, una esponja de ropa hecha trizas que se ha empapado en algo apretada contra el pecho, su ojo mirando por el ojo de la cerradura. ¿De verdad está ahí dentro con otra o es un fallo de la vista, que yerra o se excede? ¿Cómo se ha atrevido con una tan joven? ¡Y además en mi propia casa! Tengo directamente ante mí lo fundamental y no puedo negarlo de ningún modo, pero tampoco puedo hablar sobre ello. Creo que el hombre no sabe hasta dónde puede llegar con la mujer. ¡Tan lejos desde luego que no! Pero a pesar de eso, ahí está. Aunque él preferiría coger un coche veloz. El papel de ella será el de copiloto.

La mujer piensa: es que no puede ser verdad que ahora, sí, en este preciso instante, aporree su trompeta dentro de una jovencita, una criatura aún, es increíble; ese instrumento me pertenece sólo a mí, sólo a mí. Aunque apenas sepa cómo tengo que sujetarlo. Pero conmigo en cualquier caso está en mejores manos y mejor atendido, pues ya he escuchado en directo a muchas orquestas famosas o me las he



tragado enlatadas, e incluso las he dirigido personalmente, recostada cómodamente en la butaca, pues aunque no renuncié al plan de estudiar la carrera que yo quería, al mismo tiempo hice la carrera de piano, que concluí con un examen específico, a ver quién puede decir lo mismo. Algunos dicen haber visto cómo yo simulaba tocar un concierto de piano de Beethoven, mientras que en el plateado limpiaparabrisas metalizado se encontraba Alfred Brendel, que se movía a tempo con empeño y soltura. Las personas mienten. No puede ser de ningún modo que este hombre sin ni siquiera haberme probado. Tal vez no sepa qué tiene en mí, y que unas heridas como éstas o parecidas a las que él me hace pueden marcarle a uno para toda una vida. No dibujan ninguna bella imagen de mí. Me gustaría tener una más bonita. Puedo imaginarme manteniendo a raya a obstinados pretendientes, pero no a él, ¡el único! Al que he esperado durante cincuenta años. A él, no. Con él jamás haría algo así. ¿Me ha repudiado incluso antes de saber lo bonito que podría ser lo nuestro? No, no puede ser. Para compensarlo, tal vez mañana me permita arrastrarme por el suelo ante él. Para que de una vez por todas entienda que también podría entrar a través de mi puerta siempre abierta por arriba, por abajo y por los dos lados, son los lados buenos, y es que estoy recién enamorada de él, escucha, ¿qué llega ahora de fuera? Precisamente ahora. Esperemos que nadie. Nadie debe verme así, desnuda, sangrando y con la ropa hecha un asco. Esperemos que no sea un colega suyo del mismo turno que se presenta sin avisar. ¿Gritos fuera? Exacto, soy yo la que grita, ¿de verdad soy yo misma? No suena bien. Eso suena a alguien que quería caer en sus fauces y en lugar de eso, seguramente de rabia, pero ¿por qué?, fue arrojada por las escaleras de la casa, donde hace frío. El correspondiente cuerpo va a poder conservarse bien con este frío. Hace ya tiempo que lo confitaron y lo apresaron en la propia casita de cristal, una pequeña y dulce Blancanieves en el ataúd de cristal, en cuyo interior por desgracia todos pueden mirar. Esto y mucho más, más que un ataúd, esa última casita, es lo que la ropa hace en el caso de las mujeres. ¡Para qué queremos a un hombre!

Ésa de ahí está, me parece, ávida de propiedades, aunque la propiedad le fue siempre negada, la muy tonta, y ahora vuelve a estar de camino, hacia la ventana del pasillo, tal vez desde allí consiga volver a entrar en la vivienda. Pero para hacerlo antes debería salir un momento afuera, donde todos le clavarían la mirada. ¡Mejor que venga él! No va a ir ella adrede. Se va a enterar. Debería escogerla a ella antes que a la otra, que ni siquiera ha terminado su formación como comercial. Eso la mujer ya lo traía consigo. Seguro que él no va a dejar que le endosen, en lugar de todas mis propiedades, cualquier otra cosa, algo más barato, piensa la mujer, y menos aún esta criatura a medio hacer. Preferirá a una mujer completa. Ésa es su oferta, se sostiene por sí misma, también podríamos hacer una más pequeña, que después no podría sostenerse tan bien. Podríamos vivir en una buhardilla y no

caber en nosotros de felicidad, aunque no cabríamos en tan poco espacio: una suerte, porque la habitación nos mantendría tan juntos que no nos podríamos caer, estoy tan enamorada, qué suerte que existamos tú y yo al mismo tiempo. ¡Pero si aquí no cabe nada! Yo tengo mucho más espacio, tengo una casa entera donde podemos instalarnos cómodamente. Eso no funciona. El que se ve obligado a dar es más pobre que el que da por propia voluntad. Ojalá que esta noche se acabe pronto y pueda terminar ya este sinsentido de aporreos y golpes en la puerta. Sus fuertes rodillas y las mallas de correr: el estampado no le queda bien, pero las rodillas le quedan bien una vez se ha quitado el pantalón. Y luego, y luego, señalando mi cuerpo, ¡no!, no indicarle a él dónde está la puerta, eso ya lo he hecho demasiadas veces, a pesar de que no nos conocemos hace tanto, sino tímidamente (lo que en general no se valora en absoluto, todo el mundo quiere mostrar enseguida lo que tiene y cuál es su especialidad, y qué es lo que puede ofrecer. Me lo imagino señalando su corazón sangrante, así como nos lo muestra Jesucristo tan correctamente, a menudo provisto además de una corona de espinas muy mona como accesorio, más dos o tres gotas de sangre como indicación añadida: ¡Está ya en las últimas!) indicarle dónde está colocada esa estúpida puerta en realidad, es decir, ¡en MI casa! y adonde no es oportuno entrar como Pedro por su casa con otra, que encima es mucho más joven. Bien, ahora tenemos a todos los miembros al completo, tenemos también un cuerpo como refugio, no es muy nuevo ya, pero ojo, a oscuras todavía vale. Acaso él no se da cuenta. Con lo enamorada que estoy. Asimismo se puede reconocer una estela de los ojos en el espejo del recibidor, pero no es ninguna imagen evidente o clara. Por qué el hombre sólo se percata de las mujeres cuando los cuerpos abren violentamente su boca y gritan gritan gritan. Tengo que quitarle esa costumbre. Todo irá bien. Él no lo soportará. Se tapa los oídos. No puede registrar ni un único buen tono, ni siquiera uno, por ejemplo, en la comida. No es nada musical. En realidad es maleducado y grosero. Nadie lo ha educado. Obviamente no puede oír tampoco esos gritos. O hace ver que no puede. Sólo ve gritos cuando la gente los deja caer de su boca ante él, pero los gritos de esa gente le son indiferentes. La mayoría de las veces, la gente se encuentra directamente frente a él o a su alrededor, pero jamás detrás de él, el gendarme quiere tenerlos siempre en su ángulo visual. Algunos están desesperados, señalan a sus parientes calcinados en el pequeño turismo y se les saltan las lágrimas, que le dan a él directamente en la cara. Las carreteras, todas ellas un baño de sangre, un engendro de sangre, como si la gente hubiese sido engendrada sólo para eso, para ser descuartizada en la carretera. En otros tiempos se pagaba entrada para eso y no existían las carreteras. Él es duro. Todo lo que venga de esa mujer va a: ignorarlo, por la sencilla razón de que tampoco la ve cuando no quiere verla. En eso debería cambiar un poco, piensa ella. Todo irá bien. Él ha visto demasiado ya, y aunque no hubiese visto demasiado, esta mujer hubiese sido en todo caso demasiado para él.

Todas sus puertas están siempre abiertas de par en par, acaso no se da cuenta, hay corriente, debería cerrarlas de una vez. ¿Se apodera del gendarme algo parecido al miedo? El hombre hace ya mucho que sabe lo que hay en la parte trasera de la casa de ella, no hace falta forzar nada, aunque no hace mucho que conoce a la mujer. A pesar de todo podría decir con los ojos cerrados dónde se encuentran todos los objetos del mobiliario, que han de proporcionar comodidad a personas como ella, pero que en lugar de eso se aferran como cuerdas alrededor de sus miembros hasta que se paga el último plazo. Creo que esas puertas van a permanecer abiertas eternamente, con ese marco de pelaje sarnoso con el que se han cubierto provisionalmente para que, inmediatamente después del primer timbrazo, al abrirlas, no se las reconozca como puertas. Es como si no hubiesen estado nunca cerradas, puertas, sí, podría contar mucho sobre ellas; un hombre, cuando llega el momento de jurar, es ante todo un hombre (esto no es lo único que no es de cosecha propia. Auténticas personas vivientes ya han dicho algo así alguna vez y continúan diciéndolo, cuando se las deja, palabra de honor), ninguna de las muchas que ha habido hasta ahora en su vida ha llegado a expresar jamás el deseo de considerar a este hombre como un ser familiar o amistoso. Aquí, en este lugar, nadie ha tenido que abandonar el bachillerato antes de tiempo porque nadie lo ha empezado. Aquí, en este lugar, nadie ha renunciado a una carrera para verse colmado de otro modo, para lo que no se necesita ni dinero ni posición. Las posiciones se las puede inventar uno, o aquí, en la revista, también hay algunas, siempre son las mismas, sólo las personas tienen que cambiar. Con ilustraciones y con fotos. Pasado un tiempo, sin embargo, aquí todas las mujeres han intentado deshacerse del hombre lo antes posible, del mismo modo que uno recobra la alegría cuando la visita por fin se va con la música a otra parte, aunque la música no hace falta que se la lleven. Se les conoce demasiado bien. Son como uno mismo, sólo que diferentes.

Aquí pues, aquí, en la fría escalera, una antigua traductora y secretaria con idiomas y con un pluriempleo como pianista, procedente de la entonces salvaje y perversa ciudad, apoya la cabeza en las manos y llora. Sabe en cuántos idiomas se puede implorar y en qué tonos, conoce muchos, pero también debería saber que los tonos de nada sirven cuando no se quiere escuchar ni sentir o no se tiene ningún receptor para ellos, ni siquiera en un empaste dental preparado para detectarlos. Esta mujer no puede llegar a ser entendida. No hay nada que la pueda ayudar. La pregunta que a todo esto casi se nos olvida, pese a haberla formulado a menudo, dice así: ¿por qué de repente está cerrada por dentro la puerta de la vivienda, exactamente por allí por donde se mete la llave? ¿Y por qué no cierra la llave de repuesto? ¿Porque no hay modo de meterla? No. Porque está afuera, delante de la casa, debajo del felpudo, adonde no podemos ir. Además tampoco cerraría si al otro lado hay un compañero suyo. ¿No se puede decir de un modo más sencillito? Bueno,

yo no puedo. ¿Y por qué sigue esperando la mujer y ahora además ha obligado a su cuerpo a esperar junto con ella? ¿Para quién hace todo esto? Libremos al cuerpo de sus barreras y abrámonos nosotros mismos por completo: yo puedo llegar a entender que el amado no puede ir con la chica a su casa, donde está su mujer, después de todo he leído suficientes novelas sobre el tema y sobre cosas desagradables de ese estilo. Por favor, ven a verme y tráeme algo bonito, le dije, qué descaro, ¿no?, después de que él estudiara con atención mis papeles en la carretera comarcal como si hubiese cogido entre las manos un *texto* legal y se lo hubiese traído a la gente personalmente para tirárselo a la cabeza. Todo fue como esculpido en piedra. Él reflexionó largo y tendido bajo su casco protector. Por mí, bien podría haber cogido de inmediato en una mano una vara y en la otra mi trasero, porque yo me había portado realmente muy mal en la conducción, de verdad (no respeté la preferencia de la carretera del distrito, pero realmente no venía nadie, por ningún lado, y al que vino ni siquiera le rozó mi mirada). El gendarme dudó, me observó fijamente como si sus ojos fuesen dogales, si lo sabré yo, así empiezan las relaciones, aunque sólo sea la de uno con el propio cuerpo, una que tampoco se había tenido antes. Y después agarró mi brazo, me agarró a mí por el brazo. Durante la intensa discusión conmigo, cogió distraído mi brazo con una mano. Pero ya entonces esperaba yo la otra mano, venga va, cuándo llegará. Así que le dije: lo que deberías traerme cuando vengas a verme es, ante todo, ¡tú! Sí, sé siempre tú mismo. Me gustas tal como eres. Eres mi príncipe azul. Alto, fornido, rubio, de ojos azules y pareces un vikingo, sólo que algo más bajo. Irradias en mí una atracción erótica muy fuerte. Además tú eres para mí el clavo ardiendo que tanto he añorado, eso es, ahí está y por mi parte ahí puede quedarse si quiere. Qué bien haberte encontrado primero en la carretera, después haber aceptado mi multa, y, tras haber fijado una cita, tanto la hora como el lugar, en el que yo me encontraba con la mirada baja, situada exactamente bajo mi moderno corte de pelo rubio caucásico, tras haber fijado ya una cita, como digo, haberte reencontrado en un restaurante con terraza en la capital de la comarca, a los ojos de los otros clientes como por casualidad, y de ese modo haberte encontrado definitivamente, por mi parte ya para siempre. Bueno, voy a coger aire, ahora me gustaría por una vez fijar mi precio por metro cúbico. Se puede dar por hecho que voy a ser yo quien dé el tono, al fin y al cabo he visto casi todo el mundo y además he entendido la mayor parte. Sin embargo no contaba yo con que tú no prestases la más mínima atención a mis tonos. Has traído una cinta métrica, ¿qué quieres hacer con ella? Ya va siendo hora de vallar el espacio restante, o sea el espacio que necesito antes de que tu trasero pueda tocar por primera vez mi tronco de roble (la cama está hecha precisamente de eso, totalmente artesanal, es de lo más saludable y flamante, ¡pero sin llamas, claro!). Por qué no sigues. Otras veces seguirán hasta que me sienta mejor. Una última chispa de razón sigue todavía acompañándome, ahora hace estallar mi rabia, se produce un incendio sin llama

que consume velozmente mis pareceres y opiniones. Lo sé, lo sé, debería ir al mismo paso que esas muchachas, florecillas cortadas, cosecha de hogaño, que apenas acaban de empezar a usar tacones, pero no puedo. Tú ya eres abuelo, ¿no? El día de San Valentín este año ya ha pasado, no me trajiste flores ese día. ¿Quizás nada pueda reemplazar la experiencia? Bueno, la mía sí. En el caso de las mujeres, mucha experiencia puede verse reemplazada en cinco minutos por juventud, sin dificultad ninguna. Y eso que tú tampoco eres joven ya. Por otro lado: cuando deseo algo, ni el mismísimo centro de investigaciones para la paz sería capaz de rescatarme de la guerra conmigo misma, que en ese caso empezaría de inmediato. Puedo luchar, joder, hablen conmigo y lo verán. A ese hombre no debería amarlo, pero lo amo. Así va pasando el tiempo. Es la cruda realidad. Ni cartas, ni postales, ni llamadas, ni separación, ni aparición, ni compromiso matrimonial, simplemente nada va bien sin él, sólo la reluciente e hiriente nada de la muerte, que no va ni bien ni mal, sino que viene, se acerca, en lugar de mantener la distancia. Pero todavía tengo tiempo, quizás el mejor. Según las estadísticas, a mi edad la distancia de seguridad con respecto a la muerte asciende a 38 años, tal vez un poco menos. Le suplico que me deje escribirle, pero su mujer jamás ha visto que nadie le escribiese, aparte del banco. La mujer, temiendo que se hubiese vuelto a pasar un plazo de reintegro, abriría la carta y la destriparía. Y cuando lo acoso, entonces se va, ya lo hizo una vez, sencillamente se largó, vamos, que sabe de qué va el juego. El desengaño vendrá a mí y se quedará conmigo. Pero antes querría venir un par de veces más e irme para volver a sentirme bien en casa. Ahora más que nunca. Quién coño soy yo.

Me cuido mucho cuando lo amo, pero cuando algo es demasiado, es, para mí por lo menos, demasiado. Él simplemente ni se acerca después de haberle pedido que algún día me deje ser su mujer. Mi pánico me conduce a estados de agotamiento cada vez mayores. Al cabo de tres semanas vuelve, y o intento, a la desesperada, darle clases de inglés o francés (!), que pueden serle útiles en el futuro, cuando las automovilistas extranjeras quieran preguntarle algo. Pero él sólo desea descansar tranquilamente, sin pensar, se deja inducir sólo al movimiento imprescindible, el que va a la bragueta, que conoce con los ojos cerrados, igual que un perro joven, sólo que el perro no necesita ninguna. Creo que es esa mezcla de amodorramiento y atención lo que me atrae de él, como si un escritor inocente e ingenuo se obligara a escribirme una y otra vez cartas guarras. Más allá de lo corporal, ese hombre no hace nada de nada en mi casa, nada de reparaciones, aunque mi casa constantemente precisa que fuerzas corporales las lleven a cabo. Pero él vuelve a escucharme, cuando ya casi es demasiado tarde, tal y como lo participo, como si sólo existiera yo en el mundo, y entonces siempre me coge del brazo o por el hombro o por las caderas y me mira y yo me dejo arrastrar de nuevo.

Hasta que llega la sequía, pues yo jamás pregunto por nada ni cuestiono nada y ya le estoy prestando otra vez dinero. Tampoco le pregunto nada a él. A quien hace preguntas tontas, el administrador de correo del amor le responde: host not known. Siento un escalofrío, caliente y frío, una cosa detrás de la otra, cuando hace un determinado gesto al cogerme que podría describir si no fuera indescriptiblemente bonito. Mi descripción ya estaría pasada al día siguiente, como las mercancías caducadas, pues él haría entonces algo totalmente distinto que yo no habría esperado y que sería mucho más bonito aún. A veces es tierno y atento, semanas enteras he estado esperándolo, y entonces soy yo la que se pone hipernerviosa y me tengo que tomar un tranquilizante en polvo. Pero cuando él me agarra por el brazo, inmediatamente podría solicitar mi tutela, no importa dónde, bueno, yo por lo menos se la concedería de inmediato. A cambio, mi héroe, cuando le viene en gana, me vuelve a arrastrar por la casa cogiéndome firmemente del pelo, que de tanto teñirlo ha empaldecido y ya no es tan fuerte, aunque le seguiría tocando a mi brazo que lo agarrara con cariño. Así empezamos siempre. Sigamos. Un día ese hombre me arranca de cuajo la entrepierna de los pantalones, aunque ese día me apetece cariño y ternura, y me manosea groseramente ahí abajo. Me adapto a él por completo, pero mientras tanto quiero que se respete por lo menos mi dignidad como persona. Anhele enseguida las violaciones contra ella cuando no me pone la mano encima. Yo prefiero lo otro, pero no me atrevo a decirlo, porque entonces él querría además repetir guarnición hasta hartarse. Eso pasa cuando, como yo, se confía en el amor, que es lo que deben hacer todas las personas. Pero antes debería uno untarse bien para no quemarse con este sol. A veces es como un niño malo y revuelve en mi organismo de mujer, donde todos los órganos, espero, se quedarán en su sitio hasta la vejez, aunque eso no se puede saber de antemano. Colgando sueltos, abriéndose y cerrándose ligeramente y haciendo bolillos entre ellos, con su permiso voy a presentarles a mis órganos, tienen derecho a todo, también a retirarles a ustedes el permiso de conducir o a extenderles una multa orgánica. Bueno, cuando él está ahí —apenas me salen las palabras—, con él los órganos se levantan de inmediato, sin saber aún para qué se les requiere, ellos en cualquier caso están preparados. Yo tal vez no lo esté todavía, a quién le importa. Se ponen firmes como antaño hacían los niños en el colegio cuando oían pronunciar su nombre y el maestro aún tenía autoridad. Como un número uno. Los labios de mi vulva palmorean apenas son rozados por él, sólo por él, a pesar de que esas pequeñas contraventanas y todas sus sensaciones yo querría cerrarlas tras de mí, pero frente al mundo. Sólo sienten algo con este hombre. No las entiendo. No entiendo por qué. Tampoco me entiendo a mí misma. A pesar de todo: por lo menos mi cuerpo habla otra vez conmigo, qué suerte que no sea demasiado tarde ya, qué suerte que tengan ustedes que callarse mientras leen. Díganse los ustedes también a su radio y a todos los soportes de sonido, uff, están ya exhaustos, ¡también sería

una buena idea para ellos! Qué precipitado que el hombre se vaya cuando apenas acaba de llegar, ¡si ni siquiera me ha mirado un momento! Aparte de mi agujero no ha visto mucho de mí este eterno turista espeleólogo. Y si hubiese reflexionado un poco más, tal vez hubiese podido decirme algo muy distinto de lo que realmente me ha dicho. Desagüe en el baño, el grifo del agua caliente en la cocina, también el calentador tiene algo, todos ellos tienen algo, también yo tengo algo que habría que omitir o conceder. Tengo un anhelo. Seguro que él lo podría arreglar todo, para algo es aficionado a las chapuzas. Pero no lo arregla. Antes tendría que transferirle la casa entera, después ya veríamos. Eso es demasiado pedir, ¿no les parece?, pero bueno, yo no tengo hijos ni los voy a tener. Estoy sola.

Bien, así que envolveré en un enigma el porqué a pesar de todo estoy contenta, sí, soy feliz si él está cerca de mí y me mete un solo dedo, con calma, para calmarme, para él solito pero por supuesto un poco también para mí, ¿no?, en el coño, como a un bebé el chupete, pero a él no habría que sacudirlo tanto, que se le caería la cabeza. Pero que él, apenas ha medio terminado la faena y yo vuelvo a querer más, mucho más, incluso estoy resuelta a bramar en serio otra vez, pero que él, como digo, con toda mi belleza, sobre la que hace un par de días se corrió sin siquiera mirar a quién o a qué le daba, bien, que él hoy, sin más, hace un instante estaba la mar de tierno, pero al momento... me eche por la puerta y por las escaleras, eso realmente no lo había visto yo jamás. Ese hombre tiene un buen par. No me lo puedo creer, tampoco había oído nunca nada parecido. No estaba yo preparada para esto. Mi rostro está desencajado y yo totalmente trastornada. Todas las piezas encajadas en su sitio dispuestas a abrazarlo y va y ahora esto. Ni siquiera una caída mortal. Sólo un desliz. Ahora ya está lejos. No, espero que ese monstruo, el maravilloso, todavía esté ahí, y me permita observarlo a través de la puerta con una menor, vamos, no me va a permitir ni siquiera eso, aunque precisamente eso me haría mucho daño. ¿Quiere ponerme más celosa aún? Esperemos por lo menos que mañana vuelva, mi corazón que es el tuyo, o seaaa, su corazón que es el mío, y que me deje lavar su camisa después de haber eyaculado sobre ella, esta vez para variar, (en principio parece que obstinadamente sólo evita correrse dentro de mí. Parece que en eso le bastó con ver mi permiso de conducir para darse cuenta de que a mí me gusta ser la conductora. Tengo que quitarme esa costumbre. Dice la amante que ha conocido a alguien fantástico. Y eso que con tanto gusto le cedería a él la dirección. Pero conducir conduzco yo, que para eso es mío el coche), y haber tenido que ponerse una camisa limpia, la del uniforme. Aunque todavía esté ahí, yo ya estoy esperando a mañana, pues volveremos a estar de nuevo completamente solos. Hablará conmigo de todo, con calma. Incluso un animal tiene más derechos, ¿no es cierto? Pero el animal no lleva bragas que quitarle, y eso no tiene ni la mitad de gracia. ¿Qué me queda de mí si nadie me releva de mí? Él tiene servicio. Con

previsión, los gendarmes han organizado los relevos con antelación. Así que le toca al turno siguiente, que en colaboración con los motorizados tiene inmediatamente que hacerse cargo de los alrededores y soportar de todo. Ellos, por su parte, jamás muestran piedad con los vencidos.

¡Joder!, de repente mi gendarme está en la puerta, no me había dado ni cuenta. Ha abierto la puerta así, sin más. Ya está. Ahora, chicas, podéis volveros a poner la ropa. Así de rápido va. Algo parecido dice el gendarme, o lo piensa, porque no hace falta que lo diga. Miraré a vuestro lado, dice, a ver si hay algo allí, y miraré más allá de vosotras porque allí nunca encuentro nada. ¿Quiere alguien succionar mi lengua otra vez, hasta el fondo de la garganta, así como os gusta, aunque a mí me duele mucho? La lengua en realidad debería estar en vuestra garganta, allí mi pobre y ultrajada lengua estaría mejor que conmigo. Eso es lo que pensáis, ambas, ¿verdad? Qué alegría si por fin alguien me quitara los órganos, estoy ya harto de ellos. Pero vosotras queréis encima que me encargue de los vuestros, con lo que los tendré por partida doble. Me llegarán hasta la coronilla. El gendarme piensa: no me siento aliviado. Me siento abatido. Tengo la estúpida sensación de que en cualquier momento podría caer sobre mí el control intelectual, y luego suceder algo de lo que más tarde ya no pueda acordarme. Ese permanente donativo de orgasmos femeninos que tengo que hacerlos ¿no es también una acción canibalesca, vuestra con respecto a mí, mientras vosotras sencillamente os tumbáis y esperáis? ¿Por qué deseáis tanto pertenecer a un caballero, y por qué os sorprende el riesgo, sobre el que ninguna compañía aseguradora os ha alertado, de arder después como una cerilla? (¿Quién que lo haya llamado por su nombre lo había oído antes hablar de esa guisa? Este hombre calla las más de las veces, algunos creen que no sabe hablar siquiera, este putero que disfruta comiendo asado de cerdo. Pero ni el jersey que le ha tejido su Penélope le cabe. Destino, acaso no tienes otro hilo, y tampoco el color me gusta nada, pero la mujer piensa: ¡ahora ya sabe que he pensado en él!). No existe apenas un ser más grosero y brutal, pero cuando se emborracha, como siempre tenaz y tranquilamente, entonces se vuelve casi amable. Casi incluso da una impresión distinguida, pero también entonces sigue marcando su propio ritmo, golpeando, siempre en carne ajena, con su aplicada mano-batuta. Pero a veces, raras veces, le brota el habla de dentro, así como si nada, como ocurre con muchos de los que son especialmente taciturnos: una característica casi femenina del abandonarse, como si pudiesen producirse desencuentros entre sus obscenidades susurradas, arrojadas, si él no las libra a tiempo de la prisión de su cuerpo, para que ellas puedan convertirse en reincidentes y así de paso ganarse un poco de castigo.

Así que él abre la puerta. Abre la boca, y entre sus labios y los míos se



producen de nuevo roces violentos, constata la mujer en el mismo instante en el que se producen, pero ya es demasiado tarde: me deposita en el suelo, se limpia superficialmente por abajo a sí mismo de sí mismo, y las gotas de sudor se le deslizan por la comisura de los labios y las sienes, mira, ahí vienen más gotas por la frente y las alas de la nariz. En realidad no necesita el miedo que a veces siente, pero aun así es éste quien siempre lo encuentra, así de fácil. Sólo a mí me contó una vez, ya muy bebido, que teme ser comido vivo por las mujeres. No le gusta besar, de lo cual yo he sacado mis propias conclusiones: tengo que protegerlo. En caso extremo, de sí mismo. ¡Qué lástima que tenga que decírselo expresamente! Por lo menos conmigo no necesitaría ningún miedo para excitarse, le dije, conmigo no le hace falta miedo ninguno. Yo, ahora que lo conozco, tampoco tengo miedo. Él se refiere a otra cosa. Es mejor que las mujeres lo teman. Es fantástico hasta qué punto está equivocado. ¿Cuántas personas existen que deseen que no quede nada de ellas? Creo que pocas. La mayoría desean que algo les sobreviva, aunque sea la despreocupación con la que se sientan al volante o sus logros en el arte, el empeño y la industria. Prefiero no decir nada del pudor, ya hay otros que hablan de él bastante alto. El pudor quiere, por favor, quedarse más, quiere escribir sobre sí mismo, todavía quiere contarnos algo. Esto es más bien raro. Su dueño, sin embargo, quiere levantarse ya de la mesa de la fonda, al fin y al cabo ya no queda nada de comer. Desea ir a buscar unas partes púdicas distintas a las mías. Ajá. Traduzco las palabras del gendarme a lenguaje civil: sólo hay que manosearos y lameros sin interrupción, dice. No podéis dejarlo a uno en paz. Para ello recurrís a todo, para ello os transformáis en mi instrumento. O bien os transformáis en otro instrumento cuando doy a entender que lo prefiero y que lo sé tocar mejor: en zumbidos de violín. También os enseñaré los sonidos de la flauta. ¡Qué! ¿A los *strippers* a los que habéis ido a ver con vuestras amigas, excepcionalmente sólo para señoras, jijiji, jujuju!, les metéis en los slips billetes grandes que luego echaréis en falta? ¿Así que os habéis olvidado ya dos veces? ¿Cómo coño se llama ese grupo de *strippers*? The Noséqué. No, no The Kennedys. Y esos chillidos, siempre esos chillidos terribles cuando os juntáis unas cuantas, que yo en el fondo siempre interpreto como la expresión de la soledad más remota. Dónde si no podríais meter más ruido que en la nada, o no, más bien lo contrario. Mujeres. Vuestra debilidad es: vosotras no podéis, como yo, estar a solas con vosotras mismas. No me puedo imaginar otra razón por la que habríais de desear precisamente a alguien como yo. Y al momento volvéis a elevar esa especie de griterío que odio, y justo para llevar la contraria cuando nosotros, los hombres, queremos abandonaros. Porque creéis que no volveremos; griterío otra vez, griterío, sin embargo, esta vez, por suerte para mí, procede del otro extremo de vuestro cuerpo y por ello no puede desgarrar las pequeñas cavidades de mis oídos. Depende, de todos modos, del extremo de vosotras sobre el que me esté agachando en esos momentos.

El gendarme conoce la expresión tocar el instrumento gracias a la banda local de instrumentos de viento, que ensaya en el depósito de mangueras del parque de bomberos. Por eso tengo todo el derecho a usarla, de lo contrario habría acabado mal, de lo contrario habría tenido que recurrir a algo como manubrio y paja o como piedras y propio tejado. O tendría que haber escrito una guarrada, lo cual no hubiera hecho con agrado. Señor barón de Prinzhorn, del FPÖ, se lo prometo: las revistas de contactos continuamente juegan con esas palabras, que tienen otro significado del que les atribuyen, así que ¿por qué no lo dice directamente?, ¿por qué no empieza por decimos lo que quiere, señor Prinzhorn? Apoderarse del país entero y darle por el culo, ¿no?, bueno, el destinatario de estas palabras es una especie de niño, afortunadamente un niño adulto, que no sabe lo grandes que son los sillares de construcción que ha arrancado de la cantera de juguete que le regalaron por su cumpleaños. Incluso el ensimismado puede decírselo al aislado, al desaparecido, y de nuevo el uno desoirá al otro. Podría continuar días y días callada bajo esta persona, piensa la mujer, aproximadamente lo mismo que duró originalmente su período de desarrollo defectuoso, que probablemente sentó sus bases en su infancia, como me indica un manual de psicología que me he comprado en la librería por 340 chelines austríacos y que he consultado luego en el metro, bueno, calculo que: va a durar tal vez hasta que cumpla setenta, las hormonas después se van dirigiendo hacia otro sitio, hacia la extinción o ni siquiera eso. Este hombre no conoce piedad, con nadie. Es, digámoslo así, un adepto a sí mismo que apenas tiene motivos para explotar de justa alegría, por ejemplo, con gritos de aliento del tipo: soy el maestro indiscutible de vuestros sensibles órganos, que aquí y ahora describiría como aceptables pero no como algo especial. Eso vale para las dos, Gerti y Gabi, y dispongo de muchas comparaciones posibles y de otras muchas posibilidades de las que no puedo echar mano. No conduce a nada, siempre acaba en el ataúd. Como mi mamá. Se acaba como objeto, más o menos así siento mi cuerpo, que en cualquier momento puede reventar bajo mí mismo si no me bajo rápidamente la bragueta. Por eso precisamente funciona tan bien. Porque sólo así lo domino, mi cuerpo es un digno adversario, incluso para mí mismo es: imprevisible. Me busco para él una sólida base antes de que ocurra algo atroz y la foto fija, que me he hecho yo mismo, se tuerza. Para no poder ser engullido por el vacío que me rodea. Siempre tengo que largarme, pero las propiedades, dado el caso, podrían retenerme. Son lo que mejor evita que me caiga a esta poza de serpientes, que se sacan a pozales y que van colgando por los bordes. Ése es el pozo con el que sueño tan a menudo. Ni idea de quién me ha enterrado ahí. Puesto que soy yo quien sueña con ellas (¿de verdad era yo mismo?), quizás las serpientes muertas encarnen un exceso de propiedades que ha sido confiscado. Pero el pozal tiene un agujero, todo el estiércol líquido chorrea por abajo y sólo quedan las serpientes y me señalan el paraíso, pero los árboles frutales pertinentes debo plantarlos yo mismo, a ser

posible. O bien encontrar a alguien que ya tenga algunos: nunca se tienen bastantes propiedades, precisamente aspiramos a lo más difícil, es el sino de la humanidad, y por encima de todo querríamos librarnos del resto de la humanidad para arrebatarle todo lo que tenga. Bien, mujeres, nadie sabe jugar como yo encima de vosotras. Yo lo decido todo: cuándo, cómo y con qué frecuencia. Soy el mejor que jamás habéis tenido y jamás habrá ningún otro. Soy muy consciente de mis cualidades, siempre lo digo: soy un mago.

El gendarme tiene que entrar otra vez en Gabi, que a veces adolece de la abulia de un niño que ya lo tiene todo. Hoy, sin embargo, me desea a toda costa precisamente a mí, piensa el hombre. ¿Qué soy yo para ella? ¿Tal vez el gamberro con hoyuelos en sus carnes que ella constantemente desea morder? Si quiere también puede moverse ella solita debajo de mí. Incluso deseo mirar cómo lo hace. Bien. Ya se ha vuelto a terminar la cosa. La Gabi tiene que irse, su madre siempre la espera para la cena. Claroclaro. Está bien. Que ya se va, Gerti. Fíjate, ya está saliendo por la puerta y ni siquiera te dirige la mirada, pero luego, un poco más tarde, yo volveré a dirigirte mi campeón, el despreocupado, ya está poniendo morritos y silbándote una canción, aunque está agotadísimo, adiós. No temas, volverá a esperarte, pero ahora no, hoy ya no puede más. Sé comprensiva, por favor. Ya no soy tan joven. Bueno, vale, pues hoy. Más tarde. Lo juro. Quizás mucho más tarde. Problemas y riñas evita el chavalote, que, como parece creer, yo mismo me dejé crecer expresamente para ti, problemas y riñas evita, pues, como un partido político al completo, eso me lo ha confiado antes, antes de escupirle como es debido a la Gabi, el muy pillito. Ajá. Por eso felicitas a la Gabi. ¿Que se largue? No seas mala. ¿Y a mí no me felicitas? ¡Y eso que me he pasado el rato trabajando! ¿Eso no cuenta? ¿Ya has recuperado la voz? ¿Y para eso la necesitabas? ¿Para gritarme con ella de ese modo? ¡Espera y verás! Enseguida vuelvo y te sacudo con el sacudidor de la alfombra. Tu voz la he puesto antes con la mía, me la habías cedido libremente, de todas formas yo no necesitaba la mía. Eso es. La voz ha estado conmigo, tú me la has dado, allá afuera no tenías por qué gritarle a ella de ese modo. ¿Cómo? ¿Que yo también he gemido? ¿Por qué tendría que haberlo hecho? Ya me tomo al pie de la letra lo de que ésta es tu casa, lo he oído ya por lo menos quinientas setenta veces ¡Que ya lo sé! La casa no tendría palabra alguna que decir aunque pudiese hablar. Más bien me daría a mí su palabra. Y sin armar tanto escándalo al hacerlo.

Bueno, si lo quieres ahora a toda costa, pues será que lo quieres, ¡qué le vamos a hacer! Aunque yo he dicho claramente más tarde, pero tú no escuchas, tú no quieres oír, tú quieres sentir: antes de darme por vencido, le volveré a pegar una buena fregada al piso. Tu sótano es lo único que no hemos probado todavía. La cripta de tu cueva, que has pregonado como tu tesoro más preciado. Moverse nunca

es malo, por eso al fin y al cabo emprendí este viaje. A ti además te voy a enseñar paciencia, porque pronto te voy a volver a hacer esperar horas, días. Sólo porque casualmente me encontré a la Gabi de camino, tal vez ella me estaba espiando, ¡y yo qué le voy a hacer! Pues eso. De repente estaba otra vez al lado de mi coche, como caída del cielo, no la había oído llegar para nada, de golpe estaba ahí, como casi todas las mañanas, cuando hace como que se dirige a la parada de autobús y después se esfuma conmigo, y quería subirse al coche fuera como fuera. Yo también estaba allí. ¡Qué le voy a hacer! No era el momento indicado. No le tocaba a ella. ¡Qué culpa tengo yo! Ah sí, ya sé qué es lo que más te gusta. Mira lo que tengo entre los dedos, y está todo húmedo, dejando de lado un dolor que me sorprende que exista, pues ya no siento apenas nada cuando lo hago. Siempre me quedo estupefacto: eso tuyo de ahí abajo sigue rodeado de un bosquecillo muy espeso, como el de una jovencita. El bosquecillo es delicioso y excitante, aunque no para mí, pero tiene una ventaja. Ahí es donde me escondería si pudiese. Me imagino que ahí detrás se esconde algo oscuro, más grande, inquietante, un terreno en obras, un agujero mal tapiado por el que temo precipitarme. Cada vez que salgo de ahí dentro me alegro, después de haber dejado pasar ese agujero por encima de mis labios. Si no fuera por la casa..., que una y otra vez se cierra sobre mí, como dos piernas, y yo estoy a buen recaudo. Al final no ha valido la pena desnudarse. Te observo: antes ya estabas desnuda. Tú verás. ¿Por qué te arrancas del cuerpo la ropa en cuanto me ves? Es más, ¿pretendes degradarme con tus apelativos cariñosos? Sería mucho más fácil si por una vez permanecieras vestida. Ni caso. Tú misma tendrás que mantener abiertas las puertecitas de tu sexo si quieres que venga de visita. Tal vez más tarde vuelva a ti. Ahora no te miro a la cara, te miro un poco más abajo. Ahora te digo la verdad a medias: es por tu casa por lo que pago todo este precio, pero no subiría más. Quizás un poco sí. Conmigo no funciona lo del patinaje artístico, incluso siendo más imprudente que tú. No funciona. Soy demasiado rápido para ti, pues tengo que sobrevivir cada día al tráfico en las carreteras, que ya es rápido de por sí. También existiría sin mí. A menudo estoy en otra parte. Quiero alejarme de mí antes de estar realmente conmigo. ¡Cómo querría alejarme de ti! Pero no me atrevo a alejarme del todo. Aunque tu casa no puede salir corriendo detrás de mí. Eso sólo lo puedes hacer tú. Sólo cuando esté muerto van a dejar mis órganos de ser utilizados en vosotras las mujeres. Por fin estaréis tranquilas. Yo entonces también estaré tranquilo. Me da miedo que siempre tengáis que andar sobándome, precisamente cuando lo que yo deseo es vivir cómodamente en mí y disfrutar. Sois a la vez perezosas y veloces. Mirar solamente ya no os basta desde que descubristeis vuestros cuerpos. Ahora queréis confiscar también los cuerpos de otros. Quién sabe quién os lo habrá metido en la cabeza. Sólo sois porque yo soy. Eso. Como si fueseis doctoras que juegan a los médicos conmigo, que me administran líquidos, pero que siempre me descuartizan, y a cambio me sacan una

especie de alimento elemental que vosotras necesitáis para algo que mezclado en vuestros pucheros se cierne sobre mí. Me disuelvo en vuestras manos siguiendo vuestros deseos, o no, en realidad no lo deseáis, pues la próxima vez queréis tenerme a mano rápidamente, pero, creedme, eso mismo quiero yo. ¡Eso es lo que yo quiero! Quiero marcharme. Vosotras sólo queréis que os den marcha. ¡Yo realmente sólo quiero marcharme! Le tengo cierto apego a esta peligrosa situación en la que caigo una y otra vez: que vuestras manos me pellizquen, me acaricien y finalmente me descuarticen en pequeños trozos y después me recompongan de nuevo. Con eso crece inusualmente mi apetito en toda su magnitud y vuelve de inmediato a vosotras. Como si quisiera verme aniquilado. Desaparecer, ¡qué bello es deber desaparecer! Vosotras tan sólo gritáis: ¡aquí, otra vez aquí! ¡Presente! ¡Como mujer! ¡Presente como mujer que soy! ¡Este sitio está ocupado! ¡Por mí! ¡El vuestro por vosotras, hermanas! ¡El mío por mí! Mírate la barriga, Gerti; ya no te la quitas con el footing, y eso que estaría bien correr los dos, así estaríamos juntos, aunque no tiene por qué. Mantendríamos una distancia prudencial. Tu figura tiene problemas de figura. Mírate a ti misma y tus caderas, no deberían llegar hasta ahí, deberían estar más cerca de ti, no estaría mal que por cada lado estuvieran unos cinco centímetros más cerca de ti. Venga, Gerti, ¿no quieres nada o quieres por lo menos el dedo, con el que en realidad tendrías de sobra? Puedes decirlo tranquilamente en voz alta. ¡Dímelo en voz alta y clara, si es que lo quieres! Silencio. Ahora hablo YO. Y hablo como mujer. Quiero poder decir algo alguna vez ya que tengo que estar escribiendo todo el rato, pues decir lo increíble forma parte de todo esto: de ese dejar caer la mirada y mojarse los labios y mover la melena con que nosotras las mujeres queremos decir algo a los hombres, siempre lo mismo, y ellos ya saben el qué. Ya están demasiado cansados para anticipar lo que queremos, y además conceder anticipos les resultaría demasiado caro. Nosotras las mujeres siempre queremos lo mismo. Y después volvemos a quererlo.

Cierta mujer es, por maldad, por supuesto, dura al tomar y más despiadada aún al dar. No se le puede dar la espalda porque entonces se pone dura y lo arrastra a uno consigo. Y cuando eso no funciona, recurre a sus argumentos. Esta mujer, sin embargo, está y seguirá estando blanda y flexible. Se derrite. ¿O está dura para molestar a alguien? Su agua está poblada de organismos inferiores, e incluso tolera esas pequeñas tricomonas que le han llegado también vía gendarme. De su parte rarísimas veces llegan regalos. El doctor le ha recetado algo para tratarlas: pero su pareja también debe tratarse, señora. Se niega. No quiere ningún tratamiento, ya tiene un tratamiento oficial. No tiene síntomas. Señor Janisch, no debería usted jugar con algo así. Si lo hace, se lo irá usted pasando una y otra vez a su tropa entera de mujeres y después ellas a usted, si es que usted no lo tenía previamente, jajaja. El gendarme no siente nada. Debe de ser muy primitivo, ¿no? ¿Acaso siente algo?

¿Será necesario que se estrelle con la motocicleta? ¿Será necesario que se arranque la mandíbula inferior? La mujer le hace tomar en consideración que más adelante también podría ser perjudicial para él, que él ya está ahora infectado y que inevitablemente va a infectarla a ella otra vez una vez ella se haya tratado médicamente pero él no. ¡Venga, va! A mí nada me hace daño. Soy un animal. Además de sacarles lo tierno a las mujeres luego hay que arrancarles el resto. Esta mujer de aquí no sólo tiene abierta la puerta de par en par, sino que ha puesto además un poste indicador allí donde en realidad no hace falta ninguno, sobre todo cuando ella le mira a uno de esa manera como si tuviera la salvación eterna que sólo Dios promete, y ése tuvo que dejarse clavetear en serio para conseguirla; esa salvación, pues, la reconoció esta mujer en este hombre apenas hubo entrado él por la puerta de la calle. Así que se le ha tirado a los pies, no, no la puerta, ésa se le ha cerrado solita. A veces el gendarme mataría de pura rabia a esa mujer. Entonces ella saca a pasear orgullosa sus saltarines derechos (¡por supuesto sobre él!) por todo el pueblo. En aquel entonces, justo cuando la había acabado de conocer, la cosa fue así: estaba ella delante de él, como caída del cielo, en la calle, avergonzada, algo empapada de sudor porque llevaba prisa, y eso que era más bien el coche el que hacía toda la faena, delante de la puerta del conductor, preparada para, a partir de ese instante, devolverle a su mirada, la del gendarme, una cara dichosa, y no apartar la vista ni siquiera en momentos de máxima tensión, y con el rabillo del ojo desnudarlo por abajo, dejando al descubierto el cada vez más marcado rabo, para que él, bastándole una sola frase, te quiero, le saltase a las manos. El gendarme mientras tanto tuvo que esforzarse mucho durante todo el tiempo para no pegarle en la cara. El *texto* con el que la había cortejado lo llevaba escrito en sus pantalones de gendarme con letras algo majestuosas (el precio no lo llevaba. Consultar el precio en la tienda). Ahora él se lo tiene que procurar de nuevo cada día, a ser posible varias veces. Con ese órgano que tiene esa estupenda cara roja, algo sudada, y que a ella le gusta tanto que ya no lo suelta. Esa mujer ha ido madurando para el hombre hasta convertirse en toda una cooperativa de construcción de viviendas que procurará vivienda de por vida. En propiedad, sin embargo, sería mejor. A este respecto hace oídos sordos, pero aun así gira la cabeza hacia él. Le siguen las reformas de la propiedad, y a esto se le añade enseguida todo lo demás, sin pedirlo, ¿quiere muebles?, pues tome. ¿Me desea a mí como moqueta? Encantada. Ésa es la mejor oportunidad de tumbarse que jamás haya existido. Sólo conseguirá esta casa si con ella se queda además la alfombra y todo el mobiliario. De regalo. En caso contrario, lo perderá todo, y la calma reinará a su alrededor porque tendrá que pasar la noche al aire libre. No oirá nada hasta que lleguen los otros animales salvajes, pero ya será demasiado tarde. Sin fundamento alguno, este hombre teme algo a diario, y el banco además se lo recuerda también, dies irae. La sencillez de su comportamiento y su perseverancia probablemente hay que atribuirles a las deudas

con el banco. Que esa mujer tenga que chorrearle a uno por todos lados cuando se pone caliente... Que uno tenga que danzar al ritmo que esa exigente dama le marque... que al final acaba tomando lo que se le ofrece, no importa qué, aunque muchas veces le lleve la contraria y diga que quiere más. De ella se puede esperar mucho más todavía. Pero una vez puesta en marcha, ya es imposible pararla a tiempo, enseguida está ya hirviendo de amor y deseo por ese maravilloso hombre, qué detalle más bonito, ¿no les parece?

Así que mejor me quedo en casa y espero que mamá me prepare un gulasch, ¡pues no faltaba más! En casa puedo pedir que me hagan lo que yo quiera, pero a vosotras las mujeres, que queréis ser inflexibles y no perdonar nada, hay que leerlos los deseos directamente en los ojos antes de no satisfacerlos y de volveros a clavetear, hasta el día en que las tablas del ataúd le sepulten a uno. Jesucristo, en una situación bien parecida, como decíamos, fue expuesto en la cruz, en la galería Gólgota, ¿saben ustedes dónde está? Y eso que a vosotras las mujeres os conozco al dedillo, casi como Dios. Siempre lo mismo. Así que prefiero masturbarme, precisamente desde el miércoles. Desde ese día he vuelto a descubrir un método completamente nuevo durante mi insomnio diario de horas y horas. Confieso que a veces no puedo introducir mi órgano por nada del mundo, es imposible. Todas las veces siento miedo ante esa operación, lo reconozco, a veces ese miedo es demasiado grande. Por mi profesión, tengo acceso a imágenes espeluznantes de personas aplastadas, como alternativa también quemadas, que anteriormente eran admiradas por alguien, me imagino yo, pero que ahora han tenido que renunciar, involuntariamente, a su forma. Creo que esas imágenes no me gustan sólo a mí secretamente, y cada mañana husmeo sin querer su apreciado y delicado rastro. Tal vez nos llegue algo hoy. En ese caso tendré un buen día. Lo que más me gustaría sería acariciar delicadamente la piel hecha trizas, los cuerpos triturados. Se lo juro, al final mi madre estaba tan enferma (le dijo el gendarme a la mujer que, enmarcada por la puerta de su coche, apareció hace dos semanas, a una mujer que al cabo de tres minutos ya deseaba ardientemente estar casada con él. Los cursos de idiomas se pueden aprobar, pero a ese hombre, sin embargo, como ella bien sabe, no conseguiría probarlo jamás. Sólo es un gendarme de pueblo, obviamente se sentirá halagado por su interés, etcétera etcétera, todo llamado por su nombre, etiquetado y archivado), tan enferma estaba mi madre, no se lo puede ni imaginar. Un par de semanas más tarde la mujer lo equipara a Dios y ella misma se pone enferma de amor, porque él no puede protegerla de sí misma. Se abraza a sí misma como un ahogado al agua. De nada sirve. Él la puede utilizar como quiera. Todo lo que hayan podido leer sobre órganos se encuentra reunido en estas víctimas del tráfico, aunque por desgracia no son las adecuadas, es decir, los órganos sí serían los adecuados, pero los lugares que ocupan son incorrectos. ¿Me los han tirado al

asfalto precisamente para que me dé un banquete? Lo pregunto sólo por lo mucho que me gustan. Amasijo sangriento. El ser humano es basura. No obstante, el hombre se ha convertido en un ídolo para la mujer, no el hombre en general, sino sólo éste al que quiere. Es una forma de enaltecimiento, como el de la iglesia, de servidumbre en todos los campos, que si bien ella disfruta como si fuera un vino tinto añejo y bueno, cada vez resulta más peligrosa. ¿De dónde salen de repente los trozos de vidrio en la boca y en la mano? Algo así sólo funciona si una relación tiene que resistir los flujos y reflujos de la mar, por lo menos a lo largo de veinte años, para que uno pueda hacerse una idea del mar humano, cosa que Dios prohibió por principio. Sólo su imagen puede tener validez. Sólo él puede pronunciar la sentencia. Pero pasa el tiempo, irremisiblemente llega alguien distinto, y además hay otras muchas mujeres. Si la relación no resiste, entonces el que se ha entregado y abandonado del todo se hunde y deja de existir. O bien se inicia entonces una nueva relación, que dura hasta que uno muere. Pregunte a su médico o farmacéutico, o vuelva a leer el prospecto, pero esta vez con atención, no sea que solicite algo que ¡no le vaya a ir bien!

El gendarme, sin embargo, conoce otros cuerpos. Se los puede imaginar siempre, en el momento que quiera. De buena gana le vienen a la punta de la lengua. Habla como si él mismo ya se lo hubiese perdonado todo, pero ¿qué? Las mujeres no saben lo peligroso que es en realidad, y si lo supiesen se lanzarían con más ahínco aún contra las peñas poderosas y algo rollizas de su cuerpo, se arrojarían contra él hasta que su pequeño bote naufragase contra una resistencia que no habría visto, pues estaría enterrada muy hondo, debajo de la espuma de las mujeres. A este hombre todas querrían presentárselo a sus amigas, incluso a sus madres, incluso aunque éstas se hubiesen instalado en Mallorca o Bali o aunque ni siquiera las tuviesen ya. Pero el gendarme impide hacer cosas con ellas y otra gente, y sobre todo lo impide en el caso de esta mujer y de Gabi. En el caso de ambas. Son sus niñas problemáticas. Él es un gran misterioso. Pese a todo, siempre se van contentas, el gendarme consuela a sus clientas, después de que ellas, a menudo incluso los domingos por la tarde, mientras supuestamente él se encuentra en la reunión de alcohólicos organizada por los bomberos voluntarios, se le han subido a la mesa, limpietas y apetitosamente tiernas, calentitas, espolvoreadas de harina con su ropa interior y sin nada, las manos tapando los senos (qué raro que siempre hagan ese gesto, sólo lo hacen con el gendarme, involuntariamente, como si él pudiera verles algo. Si en realidad las conoce hasta lo más recóndito. Pero algo, en algún momento, parece haberles despertado desconfianza) y después han vuelto a bajar de la mesa de la cocina o del sofá. Y yo soy el que siempre se tiene que quedar quieto, no, no soy el alimento, dice el gendarme Jesucristo a sus adoradoras María y Marta y a sus pecadoras María Magdalena etc. y en general a su pueblo, encerrado como está en



su cajita, rodeado por la corona aureolada (no, de repente no se llama Jörg, como se le conoce en este país sólo porque se le venera tanto). Yo soy siempre el que come, y aquí, tengan, he aquí mi cuerpo, tomad y comed también todas vosotras de él, ¿a qué viene tanta pasión? Ni idea. No veo nada especial en él. A esta mujer, que puede estar contenta de que me haya dignado a venir y de que le diga algo, aunque sólo sea para confiarme a ella completamente confiado, aunque ella no lo haga, le digo descaradamente: por ejemplo, la Gabi, ¿te has fijado bien en ella?, 16, camiseta y vaqueros y chaqueta con cuello smoking y botas negras de media caña, no le hace falta nada más para ser seductora. ¿Por qué siempre te pintarrajeas tan rojos los labios, Gerti? ¿Te parece bonito? A mí por ejemplo no me gusta. Esos harapos con los que te emperifollas para que no te miren bien por abajo, por Dios, no me molestan en absoluto. Pero tampoco te sirven de nada. De todas formas desaparecen, es lo primero que hacéis desaparecer vosotras, y además deprisa, puesto que ya sabéis en qué orden os los habéis puesto. Sólo al comprar ropa nueva y zapatos sois más rápidas aún. Creo firmemente que la Gabi está colgada de mí, ¿no te parece, Gerti? Con lo buena que está, uno se la comería con envoltorio incluido. Mientras tanto tú espera en la escalera, Gerti, no lo digo por rabia, es más práctico así: lo mejor es que esperes en la escalera del sótano. Así te refrescas un poco. Te hará bien. Sísísí, la escalera te pertenece a ti también, lo sé. Pero ahí nadie te molestará, y como tú prefieres que no te molesten...

El amor no rompe barreras, como se suele decir, más bien las construye, para que las personas aprendan a esperar detrás y no estén siempre dando inútiles golpes a las rejas de hierro. Mi primer plato por supuesto eres tú, Gerti, siempre, siempre, no te preocupes, en tu casa y sólo en tu casa es donde la cubertería de plata y la lencería de mesa están tiradas por ahí y se aburren, tan solas. No nos gusta tener invitados. Y tu casa nos rodea con acogedor ademán sólo a ti y a mí, y también, si se quiere, a todas tus propiedades, ¡adelante!, una casa que no tiene guarda ni, por suerte, tampoco heredero. Por la presente solicito el puesto que esta casa saca a concurso. Se puede llamar a la puerta, ¿quién entra? Los cuerpos vagan en masa, a veces desearía abrirlos y estudiar a fondo lo que hay dentro. Pero entonces, en el último instante, me ayuda siempre Dios nuestro Señor, que me retiene, o no, según si está en casa o no (y a quien con ocasión de mi último momento preferiría no tener cerca, pese a todo, después de haber tenido que observar tantos últimos momentos en la carretera. O sea, en ese estado, medio quemado en un Honda Civic, preferiría no ser visto por nadie, ¡ni que fuese Dios mismo!), y lanza con toda su furia, p. ej., este Volkswagen Golf contra ese camión de ahí, en la foto a la izquierda. Sería interesante observar al microscopio la carne abierta, todas esas pequeñas bacterias monísimas pululando por ahí al cabo de tan poco tiempo. Llegado a un punto, está tan descompuesta que ya no puede hacerse más pequeña. Se corta en lonchas y se

pone al microscopio. Uno va de viaje con los cuerpos, que sufren, lejos de todo, también de mí, una avería en el coche o el avión y tienen que comer seres humanos, si no hay nada más. Ésa es mi fantasía preferida. No, Gerti, tú no eres ningún obstáculo para ello, de ninguna de las maneras. No me voy a tener que cortar los dedos con tus bragas, las bragas misteriosamente siempre desaparecen antes. Prefiero morir a estar sin casa y protección. Quiero ser el guarda de todo, ésa es mi obligación, por eso escogí el oficio de gendarme. Entonces me frote con fuerza las manos, escupo en ellas diligentemente y una y otra vez me abro camino, como si fuera la primera vez, en ti, preferiblemente por la puerta de atrás, así no tengo que ponerte una toalla en la cara. Prefiero esa entrada, que en realidad es una salida, a pesar de que avanzar por ahí sea algo más costoso. Entonces pienso en otra cosa. Eso no lo puedes haber notado de ninguna de las maneras. ¿Por qué gritas ahora de ese modo si el sargento todavía no ha llegado para bramar sus órdenes? No importa. Por lo menos en ti no me puedo perder, pues tu casa, mi necesidad más perentoria, está siempre a nuestro alrededor y juega, probablemente de puro aburrimiento, con sus queridas escaleras retorcidas que tú has pulido con cera de abeja y están tan bonitas, sí, y las barandas también, estar ahí como un pasmarote es el pasatiempo de esta casa. De hecho, aparte de a ti no tiene a nadie a quien pertenecer. Hace tiempo ya que quitaste de en medio las marcas que el antiguo propietario había dejado, con el convencimiento de que ese camino no lo iba a recorrer ya nadie más. La casa antes era vieja, ahora es nueva. Un joyerito. Sólo desorientados por todas partes. Bueno. Ahí estoy yo ahora y te pongo una multa y me pongo al lado enseguida. Tranquilamente, porque así tú lo deseas, te esbozo el rabo bajo la bragueta, ¿lo ves? Es como una estatua, pero no de la Virgen, ¿no? Preferiría enseñárselo a otra persona. Estás encantadora, miento, a pesar de tu edad. Creo que eres orgullosa. Bueno, en cualquier caso, ahora ya no. No me grites así al oído, no me tienes que vender nada, igualmente voy a darte hasta que haya terminado, no importa lo que grites ni que lo hagas en un tono muy alto, y en el último momento lo saco, ni idea de por qué, el cucú bien sale del reloj y no sabe la hora que grita a lo largo de horas y horas, quiero decir, cada hora. También puedes retorcerte debajo de mí, mirarme a la cara tanto como puedas, aunque estés boca abajo, y puedes seguir gritando tanto como quieras. No, no va a venir nadie a quien hayas podido llamar. A lo sumo se extrañará alguien que pase por delante de tu casa y te conozca. No está invitado a estos esponsales, ni tampoco tus amigos y parientes, de los que esperemos que ya no quede ninguno, razón por la cual no han sido avisados. Me imagino que vengo solamente yo y me devoro a mí mismo en una especie de picadora de carne y me como. Sólo yo puedo existir, y también yo deseo desaparecer, pero siempre sólo en mí, no en ti, eso tenlo por seguro. A ti ya te conozco al dedillo. Aquí no quiero quedarme más tiempo que el imprescindible. Miras desde tu elevado marco financiero. Por cierto, me gustaría conservar ese

marco. Ya he consultado en el registro de propiedad los acuerdos marco para ver si por casualidad fuese posible, sí, todo es tuyo, sin hipotecas, y así, por razones evidentes, voy a poder seguramente continuar hojeándote un poco. Qué interesante. Disfruto sólo lo que puedo ver porque no siento nada. Por ejemplo, tu nuevo papel pintado. Me gusta y tranquilamente puede quedarse, por lo menos se queda tranquilo. Afortunadamente no tengo que sentirlo, sólo verlo.

Por supuesto el hombre jamás habla en voz alta de estas cosas, él habla, como ya dijimos, muy poco, pero creo que piensa lo suyo, por lo bajo, ése es el mejor método de pensamiento, únicamente la televisión no lo ha captado todavía y nos coloca su sintonía al lado para que nosotros, siempre golosos, vayamos sirviéndonos un puñado más de nata a la realidad, y otro más y otro más antes de echarle un zarpazo enérgicamente. Ya nos arrepentiremos cuando nos sintamos mal. Vaya por Dios, así que el Kurt Janisch quiere perderse en sí mismo, no en el otro porque eso ¿le asustaría? No lo percibo todavía. A fin y al cabo, ¿querrá tal vez digerirse a sí mismo? Tal vez le gusta imaginárselo así. Tal vez piensa que de ese modo podrá ceder de sí mismo lo menos posible. ¿Por qué entonces se abalanza siempre encima de otras personas, que no pueden evitarlo? Así empiezan siempre los antropófagos. Primero quieren comerse a sí mismos y después acaban siempre siendo otros los que le dan el gusto al cuerpo. Y si los cuerpos están por ahí, por ejemplo, de excursión en la tele o el vídeo, entonces, si hace falta, empiezan por las almas mismas, y a tamaño natural. Y ya emana de esos cuerpos, a menudo por fuerza mayor, excremento y lluvia dorada, a veces por miedo a que algún día haya que pagar por ello en lugar de ser moneda de pago. Aquí tengo las cuentas exactas. El hombre, con todo lujo de detalles y sin que se le replique nada, dice: piénsateme como el más infeliz de los seres humanos y al mismo tiempo como el más feliz si es que tienes que retenerme aquí. Y cómo iba yo (sí señor, ¡yo!) a expresarlo sino con este par de tímidas frases con las que casi hubiese construido un diálogo entre nosotros, pero sólo casi. Podría haber construido puentes de concordia si antes no se me hubiese derramado todo el mortero. El banco no me concede ya ningún crédito más, al contrario, el banco quiere que le devuelva los antiguos créditos, y además de golpe. Este hombre, al igual que sus pensamientos, que no reposan lo suficiente para poderlos pensar hasta el final, tal vez por casualidad, tal vez de forma planificada, se libraré más adelante de la prisión, pues no se le reconocerá como el que es. A todo esto, ha tomado el camino directo hacia la bancarrota personal. O tal vez no. Sólo yo lo sé todo porque lo he expuesto ex profeso en colores de acuarela, ¿no está diluido de forma insoportable?, como que lo digo yo. ¿O ha pasado exactamente así? Y además se lo digo a ustedes, aunque no nos conocemos en absoluto, con mi palabra, que endoso a su inseguridad, hacia la que los he conducido, como un carrito de la compra, y así este hombre ya puede, con la

música de sus palabras, entablar relaciones conmigo, con nosotros, y ustedes pueden formular sus quejas de aburrimiento mientras leen esto, pero no a mí, por favor. En lo que a este problema respecta, no voy a estar yo ahí para echarles una mano. Tampoco a mí misma. No estoy en ningún sitio. Ya me gustaría a mí hacer otra cosa que pasarme el día leyendo.

A otras personas ya les estalla la risa. Pero aquí yace auténtica dinamita, en el dueño de un extenso macizo de músculos, al que primero habría que subirse. Quién puede hacerlo. Quién quiere hacerlo. Nadie sabe mucho de él. Sólo yo afirmo de momento que es material explosivo. Y, con todo su peligro, lo que este excursionista de riesgo coloca en el suelo del ser femenino es un simple palo, pero el palito se las trae. El hombre, en el fondo, no necesitaría esa varita mágica, se encuentra a gusto siempre y en todo lugar, y además encuentra el paso adecuado. Andar todavía puede él solo. Puede que se encienda la mecha, puede haber estallidos y que los escombros vuelen muchos metros por los aires, sólo tienen que preguntarle ustedes, aquí a la entrada de este lugar, al lago artificial, que ¡tampoco se ha hecho a sí mismo tal como es! Uno quiere estar tranquilo, quizás incluso se avergüenza de que a su alrededor se levanten espumeantes olas de un metro, los taludes subacuáticos, el pelo pubiano del lago, que ondea suavemente, se encrespa como un zapato afelpado lanzado a un peluche de lana; hay algo entre los dientes que uno tiene que sacarse con esfuerzo, sorbe el contenido denso de una mucosidad suave que tal vez está hecha de sustancias nutritivas, o tal vez no, pero en el fondo uno no quiere comer nada de eso, preferiría escupirlo, ¡que otros se alimenten de eso! Tiene lugar un sermón de la montaña. Son demasiados los que quieren comer y le arrebatan al hombre los fundamentos de la vida, y esta mujer o ésa debe devolvérselos: moriré por dentro si este hombre se va para no volver, como una región entera que ha tomado demasiados nitratos y fosfatos, piensa la mujer. Él puede hacer conmigo lo que quiera, pero no debería hacerlo. Esta carne, por ejemplo, está tan fría... ¡brrrr!, es que ha estado sazónándose desnuda durante media hora en la escalera que va al sótano y casi ha tenido que invernar, ¡no exagere! El sol no acaba de poder penetrar en los muros de la casa, pero no, sólo a la mujer le ha parecido tan largo como el invierno, pero no ha sido más de media hora, eso como mucho. Quizás la Gabi también tenga el sueño de su vida, que sin embargo no consiste en hacerle valiosos regalos a un gendarme, sino más bien en recibir ella misma esos regalos. Cómprame esto, cómprame lo otro, así es con la Gabi constantemente. ¿De dónde voy a sacar yo para comprarle todo eso? Da igual. En cualquier caso, los jóvenes aún tienen flexibilidad, le saltan a uno a la boca apenas les ha quitado el envoltorio. Sus cuerpos se siguen confundiendo demasiado a menudo con los destinatarios, no leen el remitente ni la letra pequeña, no tienen ninguna experiencia y así empezamos otra vez con los llantos y berreos. Si apenas son unos críos, que nos quieren volver a

ver y asimismo ir a la pastelería, ¡delante de todo el mundo!, ¡un sábado por la tarde! Absolutamente todos quieren eso. ¿Qué cara pondrá mamá, ambas mamás, qué cara pondrán los peluches que se han quedado en casa? Si lo supiésemos... Los días no cuentan. Las semanas no cuentan. Sus visitas espaciadas. El tiempo transcurre de otro modo para los jóvenes. Los mayores se ahorran todo eso porque no conduce a nada. A ahorrar han aprendido en tiempos más duros, y dónde están ahora. En ningún sitio. En tierra de nadie. No saben que los tiempos más duros acaban de empezar. Esta joven debería darse cuenta de que ese cuerpo lleva escrito otro destinatario, que en estos momentos se abalanza sobre ella como el lobo que finalmente ha encontrado una pierna de cordero en el frigorífico. Y el segundo cuerpo que vemos aquí también se siente atraído por el hombre, y desgraciadamente por el mismo, y desgraciadamente ese cuerpo tuvo que quedarse fuera. No se puede hacer nada. Por lo menos el cuerpo de ahí afuera no está atado. De ilusiones, soledad y aislamiento también se vive. Y además obtener inseguridad en uno mismo y sumisión, dicen nuestros expertos de sobremesa arrugando los morritos, y usted señora Senger, famosa asesora sobre cuestiones sexuales, también ¿verdad?, en su pequeña columna periodística, donde la han encerrado para mayor seguridad, para que a ser posible no nos lo diga además personalmente. Habrá entonces uno que se irá enseguida, nada más llegar, ¿y quién será? Correcto, Kurt Janisch. Qué horror para esas dos mujeres, ejemplares únicos cada una a su manera, tener que pasar por algo así. Y por ello tampoco pueden darnos ejemplo a nosotros. No dan nada. Tal vez tendrían mucho que darnos, pero no lo hacen, prefieren dárselo a otro. Pero tampoco quieren irse. La confusión que reina a menudo en seres muy jóvenes aún, que le miran a uno con ansia porque en el fondo prefieren tener el último videojuego o los últimos pantalones cortados por abajo, ¿se le puede llamar confusión en realidad? ¿No será más bien resolución? Estos jóvenes son inconscientes y ansiosos a la vez, pero suelen poner buena cara con la esperanza de conseguirlo antes. A este respecto yo no puedo decir nada, no sé qué hacen ni en qué momento. Como no sé lo que hacen ustedes en este preciso instante. Esa confusión de la juventud deriva a menudo del hecho, como se puede leer aquí y en todas partes, de que demasiadas familias han sido destruidas porque papá, o cada vez más frecuentemente mamá, se ha largado, y eso me cuenta exactamente el mismo periódico, aunque a través de otra figura, la imponente figura de un sacerdote llamado Paterno, a quien ya escuché ayer, pero ayer su voz decía una cosa muy distinta y su mano escribía una cosa muy distinta. Lo más divertido y agradable, sin embargo, al igual que lo más triste y horrible, suele resultar, por desgracia, la mayor estupidez, a pesar de que este periódico ya lo ha dicho de esa u otra forma. Por lo menos la otra forma de aquí no lo ha hecho. Esa ha dado a conocer una receta de bizcocho, mmmmm, ¡qué bueno ha salido otra vez! ¡Ay! Si esas enseñanzas para el cuaderno de enseñanzas de la escuela de la vida se me

hubiesen ocurrido a mí antes que a la señora Gerti Senger y al padre August Paterno, ¡antes de haber abierto el nuevo periódico! Yo también habría podido escribir aquí esas enseñanzas. Así pues, estar están, sí, pero en otro sitio.

Una no cosecha más que palos en la vida y encima ¡aún quiere que le den de palizas! La descomposición normal con ayuda de oxígeno es a veces, en el caso de la chica joven, de la que ya hemos hablado, como en el caso de este lago, del que también hemos hablado ya, sencillamente imposible a veces. Respirar, por lo menos, debería poder hacerlo uno solo. ¿Pueden oír los estertores? ¿Ese extraño ruido? La Gabi tiene asma, diagnostico yo de forma tajante, pues ya he oído ese ruido en algún otro sitio y en una ocasión lo tuve yo también, la mitad de mi familia lo ha tenido ya, y la Gabi puede tener un ataque en cualquier momento como siga excitándose así. El hombre acaba de explicarle que a partir de mañana no la puede llevar al trabajo en coche porque su mujer lo ha descubierto todo. Mentira, porque a su mujer le daría lo mismo, ella tiene su jardín y sus manualidades y sus series familiares en la tele. Una mentira necesaria, pues a la otra mujer, a la Gerti, no le daría lo mismo si llegase a saberlo. ¡Pero si ya lo sabe, señor Janisch! Debería darle igual, sin embargo, porque tampoco iba a poder hacer nada. Cuando ella le habla del tema, él reacciona ofendido y afirma: un hombre lo necesita porque es distinto a una mujer. Él ya se lo ha pagado todo a ella por adelantado, con su sexo, que en el hombre no miente jamás. Con lo que a menudo no presta a su dueño ningún buen servicio, digo yo para mis adentros. La Gerti debe alegrarse y estarse tranquilita. Pagaría sus propios regalos, a precio multiplicado, me vuelvo a decir para mis adentros, por ejemplo este ramito de genciana temprana de un azul implacable que el hombre, a regañadientes, pues para qué tanta belleza si no se puede comprar nada a cambio, le ha cogido en la montaña. El ramito no tiene precio para la Gerti, pero aun así intentará soltar algo por él. Por su parte, la Gabi parece no querer soltarle los huevos, se lo digo a mamá, ni siquiera tengo dieciséis años: ¡él pasa! Es legal para la mujer, pero para un hombre con otro hombre no será legal hasta más adelante, así lo quiere la naturaleza y así lo quieren las leyes de los hombres, que se han apoyado en la naturaleza pero que se siguen sorprendiendo de que sean los hombres los que cedan y fracasen y no las leyes. A partir de mañana se acabó, Gabi, ¿entendido? Te vuelves a coger temprano el autobús o el tren. Estoy hasta las narices. Si ustedes me preguntan, se trata de una explicación demasiado torpe para una muchacha que de buena gana se deja llevar por el novio oficial a la discoteca del pueblo de al lado y una vez allí sencillamente desaparece. ¡La jodimos! Precisamente ahora que necesita oxígeno tan urgentemente. Por eso ha salido de casa. Según ella, el oxígeno estaba fuera, donde ella lo podía tomar.

¿Qué tiene que ver el padre, que ella ya no tiene, la madre está separada, con

todo esto? Nada tiene que ver el padre con todo esto. Tan sólo que él, por supuesto, le prohibiría salir de casa. Ahí está la Gabi tirada por el suelo y moviendo la cabeza de un lado para otro e intentando expirar. Qué hago, está completamente ida y tampoco se la puede sujetar sin más a la alfombra para que no se excite y solamente inspire. ¡Vamos, Gerti, ayúdame por una vez! Bueno, Kurt, eso es pedir ya mucho de una. Tanta juventud, decididamente eso es ya demasiado, y el aire aquí dentro es además muy escaso para eso, creo, porque nada de eso puede descomponerse rápidamente con hongos y bacterias. Llévatela enseguida, a su casa, ¿me has oído!? Lo mismo pasa con la naturaleza: ella se encarga, previsoramente, de cultivar sus propios cuerpos dañinos, pero también ellos son hijos de la naturaleza y le ayudan con ahínco en su trabajo.

Con qué facilidad se puede tener un accidente, y entonces lo buscan a uno en calidad de gendarme, aunque en calidad de ser humano ya está presente, cuando se intenta sujetar de algún modo una cabeza como esa, que no para de dar latigazos, para que no acabe de caerse del todo. Se está sacudiendo de aquí para allá como una manguera hinchada y embravecida en el jardín, en algún lado debe de haber un agujero, se oyen unos sonidos guturales muy raros en la garganta, por encima de la clavícula. Todos esos aspavientos de la manguera. Y sólo porque nadie la sujeta. Quien no quiere escuchar, tiene que sentir. Cuando escuchan, los seres humanos se calman, para no perderse nada. En el amor, sueltan entonces lo que previamente retrataron y retuvieron de personas extrañas y que colocaron ex profeso para ellas en una tira de celuloide o algo así, algo magnético en cualquier caso, para crear esa eternidad que el deseo parece ser que desea. Otros prefieren el cambio. Eternidad. Eso piensa todo el mundo de una foto, sin embargo es fácilmente inflamable. Que uno mismo lo sea también... Quién lo diría. Lo enviamos todo de inmediato a la revista austriaca de contactos, la foto, la cinta, tal vez la cojan, tal vez sepan quiénes somos. Esperemos que no, pues somos los candidatos del FPÖ para el concejo municipal de Tümitz o Gloggnitz, de un sitio de éstos, vaya. ¡Lo que sufrirá esa gente cuando está sola, sin que nadie la acoja! Miradas extáticas, bocas sonrientes, poses excitadas que en realidad deberían haber sido excitantes, sí. No quiero ser arrogante, y tampoco tener la culpa de nada. Las mayores, como van ya a lo grande, por lo menos se están quietas y le abrazan a uno a lo sumo con desesperación, porque mucho más no van a poder sacar, con las pinzas de dos piernas, sí, el menda es el terrón de azúcar de en medio, el hombre en un caso extremo aún puede soportar algo así. Ha aprendido a trabajar. Es albañil en su tiempo libre, también carpintero y propietario de chalés. No importa lo que uno esté haciendo, siempre es posible pensar en otra cosa mientras tanto, dice él, lo mejor es pensar en lo bien que se quedará uno cuando acabe lo que tiene entre manos, y la puerta acabada de pintar, o acabada de decapar y recién pintada, se haya cerrado detrás de uno y uno

mismo se encuentre: dentro, por fin dentro. Sí, eso le gustaría. Pues nadie en este mundo entiende que alguien se quiera encerrar tras de sí y tras el mundo, que ya no haya nadie, ni siquiera uno mismo. Y justamente para ello sin falta hace falta lo siguiente: casa y hogar propios. Donde no pueda entrar nadie. Sólo tú, Jesusito de mi vida, llevado a la cruz de forma muy poco llevadera, para que tampoco tú nos armaras ningún lío. Nada se puede recluir tan absolutamente como algo que le pertenezca a uno. Nadie se puede excluir tan absolutamente como otros seres humanos, sobre todo aquellos que creen que el matrimonio, esa prisión, es la prueba de amor más grande de un hombre hacia una mujer, y viceversa, eso es, entonces, ¿cuándo nos casamos, cuándo te vas a divorciar? Una cosa detrás de la otra, pero por favor, siguiendo el orden correcto. El matrimonio, así lo espera esta mujer, estabilizará nuestra relación, lo que ni siquiera conseguiría el sótano del lóbrego edificio del juzgado si llegase un terremoto de intensidad 7,9. Pero ante el juez lo primero es el poder ejecutivo. Esperemos que no venga el ejecutor. Aun cuando les suene macabro que en el fondo únicamente desee morir, pese a tener que ser altruista, resuelto y rápido en mis reacciones al regular tráfico en la carretera y estar a la altura de las modernas exigencias, POR QUÉ. Pregunta el gendarme sin saber tampoco qué decir. ¿Por qué debería ser el amor de Gerti hacia Kurt Janisch algo distinto a la infeliz relación con cualquier otro? No tengo ni la más remota idea.

Bueno, ¿oyen ustedes ese estruendo inhumano o no lo oyen? En estos momentos se adueña del hogar entero, donde incluso un piano reposa y tiene que recibir tratamiento a diario para que no se ponga malo, este piano de cola de la vivienda de la ciudad, que aquí se esconde desesperado en un rincón y aun así casi ocupa la habitación entera, con todo, se le cae por los suelos el tono, incluso estando en reposo, pues el clima aquí es riguroso y sencillamente demasiado húmedo. Eso es lo que venderemos primero. La sala de estar: solícitamente se conservan y escuchan CDs y programas formativos, el universo entero, para entendernos, porque en este mundo nada permanece en secreto. Lo que oyen es un clamor bestial, el clamor de una pecadora inofensiva y sin amo que no sabe a quién conmover ni para qué amo debe pecar, y no tiene siquiera un sudario para restregarse los ojos. Tanta es la arena que le han echado dentro. Los ojos chorrean y chorrean. A pesar de todo, ella espera ya el próximo pecado para cometerlo con previsión antes de que lo haga otra. Vale la pena hacerlo por el hombre, aunque hasta ahora ha estado todo el tiempo ahí dentro con otra, con una mucho más joven. Hace rato que la mujer quería volver a consumirse bajo su látigo de carne, y él no estaba a su alcance. No está disponible en estos momentos. ¡Vuelva a intentarlo más tarde! ¡Qué decepción! No tiene sentido llamar a cualquier otro. Debería acudir personalmente aquél por quien se suspira. Pero el gendarme al que nos referimos acaba de llegar



ahora, mucho más tarde, en realidad al día siguiente, cuando al día se le llama noche, tras haber dejado la casa de la quejumbrosa y lastimera mujer, que parece enroscarse en su propio culebrón, ha llegado, en medio del gran frío que en estos momentos tenemos fuera del congelador: a la orilla del lago.

El hombre ha tenido que conducir con dificultad, sobre piedras y a través de la maleza, un buen rato hasta allí. No había otra salida, se dice a sí mismo. De nuevo se siente plenamente amo y señor de la zona, pero de algún modo no le satisface. Que el agua devuelva su botín o lo guarde para sí no le importa lo más mínimo. Para empezar el agua recibirá el paquetito, empaquetado con gusto, todo sea dicho, el plástico tuvo el gendarme que ir a buscarlo a un cobertizo para herramientas apartado, en realidad hace unos días que lo llevaba en el maletero, ¿para qué? (pregunta acerca de la premeditación: ¿acaso lo puso ahí intencionadamente, por si lo necesitaba en algún momento?). Manos a la obra, cuanto antes empecemos, antes acabaremos. Esa agua podrá entonces mascarle un poco o un poco más y ver si le gusta o no. Puede que abra el gazonete para poder respirar y que en éstas escupa sin querer el rollito humano con cubierta de plástico para volver a atraparlo después, o por supuesto puede que se guarde para sí el rollito de carne. ¿Es eso carne realmente? Todo el mundo se muestra muy cariñoso con la carne si es agradable y bonita en los lugares precisos, ¿tal vez incluso transparente?, por lo menos por razones transparentes en estos momentos se encuentra cubierta de tal modo que a pesar de todo continúa saliendo un trocito de un pedazo realmente grande que ha sido colocado justamente para ese fin. Para que se intuya lo que de todos modos cualquiera podría ver desde una distancia de cien metros. Aun así, para el hombre resulta más importante que de todo ello salga algo más. La carne es sólo el medio, el valor medio es dinero y el valor más alto es un terreno con casa. A tal efecto, el gendarme efectúa servicios que ha usurpado a la comunidad porque en lugar de tocar el pito, ha metido el pito, uno de mis chistes más sobados, ya lo sé, pero estoy satisfecha de haberlo encontrado, lo había estado buscando. Bueno bueno, ustedes ya lo conocen. Pero no se olviden: ustedes son, con todo, increíblemente pocos todavía en todo el mundo. El hombre todavía sería capaz de muchas más cosas que yo (o que a mí se me ocurran), para satisfacer ese deseo suyo de conseguir propiedades. Dos piernas se esparrancan, totalmente para él solito, así de sencillo, y una casa entera aparece a continuación en medio. Este hombre se ofrece a sí mismo como anticipo para la casa, pero en el mismo instante solicita su propia devolución, pues él mismo es lo único que tiene para invertir. Pero quizás se necesite más tarde para otra cosa muy distinta. En el país debe reinar la seguridad, por eso no deben quedar vacantes los pequeños puestos de la gendarmería existentes, cuya contribución a la seguridad ha sido y continúa siendo enorme.

Ahí tenemos otra vez el lago de los Alpes interiores, soberbio y artificial; siempre hace acto de presencia ante nosotros precisamente cuando no queremos. Pero esta vez aparece por una razón especial, a punto estábamos de perderlo de vista, pues está ya muy oscuro; la asistencia espiritual de la naturaleza y del paisaje no le ha procurado precisamente protección a su suelo, pero tampoco ella es responsable de lo que le ha ocurrido a esa agua. Tampoco es por la limpieza del aire o por la gestión de residuos, no, ¡un segundo! quizás por la gestión de residuos sí, pues en este preciso instante veo cómo introducen una especie de deshecho, o lo que sea, en las aguas, en cualquier caso alguien quiere deshacerse de algo. Nadie seguiría con la mirada durante tanto rato la simple basura, hasta llegar a las olas que casi imperceptiblemente se van alzando y rizando lentamente, el lago también puede hacer rodar un poco ese rollito de carne, jugar con él un rato, ya veremos si más tarde conseguimos abrir el envoltorio, seguro que sí. El hombre lo ha atado bien con cuerdas, con doble lazada, le ha colgado un peso que luego ha quitado, pues podría indicar el camino hasta él. ¡No creará en serio que todo eso podrá actuar como medicación permanente contra la aparición del paquete! El agua puede con todo, sólo hay algo con lo que no puede: digerir todo lo que se vierte en ella. Cianuro de potasio de unas minas de oro en el Danubio, y en concreto procedente de un afluente suyo llamado Theiß. Una muerte colosal acaba de empezar y ustedes la presencian en vivo, ¡por lo menos ustedes están vivos aún! El veneno habla durante una hora y los peces tienen que pagar el pato cincuenta años enteritos, si es que no están muertos ya. ¿Y si dejamos encerrado un rato más ese paquete enrollado, ese rol de muerta que una representa aquí? El río no presenta turbulencia alguna con ella, y el lago es demasiado medroso como para empezar una pelea en toda regla con un cuerpo atado, completamente inmóvil.

Bien, ahora hasta el más tonto sabe lo que hay ahí dentro, pues desgraciadamente yo ya no me lo puede guardar por más tiempo. ¿Cómo se hace eso de decir algo sin decirlo? Mucho me temo que todo el mundo lo sabía todo todo el rato, desde que el mundo es mundo, aunque no todo por mí. Y en el libro austríaco de la alimentación no queda determinado lo que los seres humanos y sus aguas pueden comer. La carne, por supuesto, no cuenta, de lo contrario, Austria entera, que se alimenta de carne y alcohol, se declararía en huelga general junto con sus montañas y lagos. Este país siempre quiere que haya un poco más de algo, no importa de qué, en cualquier caso siempre más de lo que puede soportar. País antropófago. Y lo que más nos gusta somos nosotros mismos, si hay buena sintonía porque fuimos buenos, ésa es nuestra salsa, con la que pretendemos guisar a los otros también, hasta que estén bien calientes por nosotros. Tal vez también porque nadie les quiere cambiar el billete de mil para el taxi, ni siquiera el banco. Cuando el banco por una vez realmente tiene la obligación de hacer algo, entonces seguro que

no lo hace, prefiere acosarnos con exigencias. Y lo que, en vez de eso, tienen que comer las aguas, lo pone aquí a continuación, por favor, léanlo enseguida, aunque seguramente no les interese de forma especial: por lo menos doscientos años de cultivo biológico, orgánico y ecológico de la tierra para poderse recuperar del propio veneno. Todo debe ser siempre sano. De modo que empiecen también ustedes de inmediato con una comida más sana. Al fin y al cabo he puesto en mi arte poética algunas señales luminosas, reflectores rojos y cintas adhesivas de colores para que ustedes, si no hay más remedio, oigan tintinear todas las campanillas casi hasta quedarse sordos. Qué coro más maravilloso será ése una vez haya dado yo la entrada. Y con la palabra carne ofrezco una indicación añadida, por supuesto superflua, en realidad no hubiese sido necesario decirlo (a más tardar cuando un objeto pesado se hunda en el agua, todo el mundo sabrá, a su pesar, a quién o a qué nos referimos), y ahora ya nada de eso es arte, realmente es una lástima.

La descarga de objetos empaquetados y corrompibles, sin embargo, no está libre de riesgo, como ustedes creen, si se dispone de un solo hombre para el trabajo. Me temo que en este lugar de la orilla siempre, y cada vez con más frecuencia, se producen vertidos ilegales, pues ya he visto varias veces camiones con las luces apagadas vertiendo su carga desde la ensenada de arriba, desde donde se llega mejor a la orilla, pero donde se les ve también con más facilidad. Pero que la gente vierta ahí la carga de sus propios pecados, eso no lo había visto nunca. Otro de mis chistes medio muertos, esperemos que el último, con los años parece que no se reanima a pesar de que lo despierto una y otra vez. Aquí no encontramos peces que deseen cursar una formación especial de tiburones para devorarlo a la presa primero los ojos y después las partes blandas. No hará falta buscar desaparecidos durante mucho tiempo, pues pronto se sabrá y se verá en fotos que alguien había sido dado por desaparecido y desgraciadamente ya ha sido encontrado en un lamentable estado. Hubiese sido muchísimo mejor para esta muchacha encontrarse en medio del mar con veinte kilos de hormigón en el tobillo. Recientemente incluso un padre colgó a una criatura, a una niña, cinco kilos y la echó a un bello río, fresco y lozano, cuyos movimientos secundarios mecieron y golpearon de inmediato a la niña, aunque eso pronto le dio igual, con toda la espuma en los pulmones y en las vías respiratorias superiores y todo el hormigón atado a los pies. Mañana, la madre y el novio de una joven desaparecida van a estar convencidos desde el principio de que algo ha tenido que pasar. Dejarán que un fotógrafo amigo saque un par de copias de la última foto existente de la desaparecida e irán con la foto de casa en casa, a los comercios, a la fonda de delante de la parada del autobús y a la parada misma, y la enseñarán. Pararán a los coches en la calle y preguntarán si tal vez han visto a la desaparecida, una tal Gabriele Fluch. Al final aún les dará tiempo a colgar

en los postes de la luz una especie de orden de búsqueda de la desaparecida a lo largo del trayecto que ésta acostumbraba a recorrer hasta el puesto de aprendizaje en una empresa de construcción de la capital de la comarca, pero todavía no se habrá secado el adhesivo y ya se habrá encontrado, ni un solo día antes, el paquete en el lago. Todo eso sin éxito en la vida. En un día como otro cualquiera, la vida se ha alquilado una habitación más para hacer en calma algo que de lo contrario nunca hace.

Todo eso es en el fondo un mundo abarcable, uno puede llegar a ver tan lejos como se lo permita la vista, es decir, varía según las personas, y algunos tienen una visión de conjunto, sencillamente ven esos cuerpos como una masa porque no hay nada en ellos que pueda interesarles. Qué ampliamente despliega esta agua sus alas, qué generosamente se ha medido su espacio, con qué diligencia de abeja ha aumentado su biomasa y el detritus, a pesar de que su necesidad de oxígeno ha aumentado exponencialmente, durante todo el día no tiene nada que hacer, pues ha matado ya todo lo que había en ella. ¿No es una bella imagen para este ser humano de aquí, que se encuentra ante tiempos muy difíciles porque desea digerirse a sí mismo y desaparecer, y en lugar de eso tiene que estar siempre dándose caza y persiguiéndose para descubrir por fin cuáles de sus aficiones lo podrían mantener con vida un poco más? Las que seguro que no podrían hacerlo ya sabe cuáles son. Y como si hubiese que ponerle la guinda, aún se añade algo muerto a toda esa ausencia de vida de su rocalla viviente, una hijita de una casa bien del pueblo (con sólo la madre) o por lo menos eso me han dicho, pero no creo que sea cierto del todo, una presencia bella como una flor, y entonces va y se desploma ese salchichón humano en el agua, así de sencillo, sin ninguna de las gracias que según parece poseía en vida. Cuanto más tiempo observo esa cara, más convencida estoy: la desaparición de esa muchacha no es ningún problema, puesto que existe en gran cantidad de variadas formas. Se arreglaba del mismo modo que todas las demás, incluso buscaba en la tienda gruesas plataformas para las suelas de sus zapatos para que las piernas unidas a ellos pareciesen 10 cm más largas, y a partir de mañana ya, su cara, que deseaba irradiar su sonrisa desde las revistas, en lugar de eso va a pender de los postes, cientos de veces. Se mire hacia donde se mire, esa muchacha está tan presente que simultáneamente está y no está aquí, todo un tapiz de fotos se ha hecho con la muchacha, tantísimas veces aparece este pichoncito, como dice el poeta, aunque sea de forma distinta y extraña, ya nada cabe entre ella y sus fotos, que: ¡no la muestran a ella!, son todo fotos que antes la habían saludado con la cabeza, e inmediatamente fueron recortadas de una revistilla con las armas de una mujer, unas pequeñas tijeras. No, más bien se trata de armas que consisten en que ella (¡la más bella!) no las necesita, tampoco habría nada que ellas pudiesen hacer. Por eso no es necesario estar personalmente en las imágenes, una puede

dejarse sustituir ahí por otras mujeres; yo lo he visto con mis propios ojos, esa nada, todas esas fotos como sacadas de la revista y de la otra revista, tuve tiempo de echar un vistazo ahí, en la revista, y con eso me bastó, y aprendí algo de eso. Adentro, al agua, siempre para adentro y luego no volver: adentro. Con una vez basta. La primera vez ya surte efecto, mientras que las fotos en realidad son siempre muy efectistas, cada vez que las miramos, menos cuando nosotros mismos salimos en ellas, por supuesto.

Si por él fuera, lo que el hombre haría sería adentrarse remando con el bote y, allí donde es hondo, más adentro aún, donde el lago se merienda las sombras de los árboles de la orilla escarpada, lanzaría al agua el paquete de la comilona, metido en su propio envoltorio de merienda. Pero no hay remos en el bote, y no queda bien ir dando vueltas por el pueblo con remos de repuesto, ¡qué mala impresión! La noche es muy suya, siempre lo hace todo sola, por eso nadie se ofrece por si le puede ayudar. La noche es la noche, ésa es su actitud. No se ve nada. No hay alumbrado público en el lago. No hay luz con el sexo, afortunadamente, porque no nos hemos lavado los pies para hacerlo, están todos negros por entre los dedos. Y el patín acuático tiene una llave, aunque no para ponerlo en marcha, si no sería un bote a motor, con un artículo de esas características no podemos dar servicio. El hombre no llega lo bastante lejos en el agua con su carne (la que él ha desgarrado). La muerte de su presa le ha causado tan pocas molestias como un cigarrillo que al final quema un poco los dedos y que uno apaga enseguida; vemos, no, por supuesto no vemos porque está oscuro, o sea que ustedes no tienen opción, deben creerme a mí, o sea, ustedes contemplan un abrazo como el que desde hace unos meses viene siendo habitual, en el coche, en los asientos delanteros, mientras un rabo dispuesto para la ocasión está ya ahí tieso e impaciente. Una mano se queda en el volante, una cabeza se pone debajo de una axila, se acurruca en esa cavidad húmeda e íntima, ¡ay, qué engañoso!, como si quisiera esconderse en un armario. Esa cabellera larga, colmada generosamente de consejos para el brillo sacados de la Marie Claire, una dosis del tamaño de una nuez ya basta, se desparrama por encima de un brazo, una masa viviente, como se suele decir, todo como siempre, de lo contrario nadie se hubiese tomado la molestia de preparar sus recuerdos al respecto para tenderlos después a secar en una pantalla o en un cartel publicitario donde todos los puedan ver, modelos para todo el mundo de cara a la próxima vez. Así ya lo podrá hacer uno mismo. No me lo puedo creer. Otra vez una de ésas que actúan siempre exactamente del mismo modo, incluso después de haber leído en varios consultorios lo que no se debe hacer en ningún caso, es preferible un corte de pelo aseado ¡a una melena descuidada y rebelde!, su peluquero se lo merece una vez al mes, bueno, una de ésas, desgraciadamente, lo va a hacer, no obstante, como de costumbre también, con la esperanza de verse reconocida como amante hábil,

ansiosa, ilusionada. Pero hoy le cae bronca, que, en realidad, debería recibir el hombre: ¿acaso tiene él una nueva? No, padre, no, él no debe. Él no puede. A ella se le va a retirar la acción de la mano, pues la muchacha, Gabi se llama, entre lamentos, incriminaciones y ruegos, y un resignarse anticipadamente, sin persignarse previamente, lo que sería muy propio en caso de fallecimiento (aunque tal vez uno podría sacar algo más si lo dispusiese todo hábilmente y donase previamente el propio cadáver a la ciencia), abre una cremallera y saca un rabo, como tan menudo últimamente, desde hace semanas viene siendo así. En el una-y-otra-vez-pero-cada-vez-distinto se encuentra el quid de la cuestión. Alguien que se aburre con rapidez jamás va a triunfar con esto. Gracias, el gusto es mío, dice el miembro, o sea que ahora tengo que entregarme otra vez a manos extrañas, apenas sí he podido acostumbrarme a las anteriores, y también mi dueño está algo necesitado de costumbre, me atrevería a decir, ¡echen a correr ustedes con sólo verle de lejos! A mí nadie me escucha. Eso me resulta muy desagradable. Encontrarme me encuentran todos siempre, siente un pedazo de carne un poco digno de compasión junto con otras sensaciones más agradables, que empiezan ahora, tengan su entrada a mano e hincen sus rodillas ante el portero, por favor, hínquenlas ahora, ¡ya! Los dedos tanteantes, a menudo torpes, de Gabi son infalibles, como si el rabo del gendarme tuviese una luz de faro, o una señal de aviso intermitente para poder apartarse de su camino a tiempo (ningún ser humano es una isla, él está por encima de todo, es un avión o por lo menos está dentro) y no agarrar enseguida sin antes haber hecho una pausa por lo menos y reflexionar, eso si es que la reflexión es deseable, y pensar en la gomita aislante. Y entonces, a ser posible, provocan ustedes un cortocircuito, bueno, ya saben ustedes dónde se encuentra el gendarme como en su casa, por si quieren llamarlo allí. Las mujeres. Cuando este hombre está en otra parte, enseguida desconfían, pues podría ser que el gendarme hubiese salido y no hubiese dejado ni un triste número. Por ejemplo esta casa, ante la que él se encuentra precisamente ahora, quiere tenerla a toda costa. Y si tuviese que luchar por ella con las torpes, y además demasiado sensibles, armas de la carne, ahí no hay nada que hacer. Carne. Esta casa pertenece a una mujer. Su fachada mira ya con escepticismo cuando el gendarme se acerca a ella. A esta casa poco le vamos a hacer el juego. Esta casa ya es lo hecho. En la casa hay una mercancía que quiere resplandecer con los párpados y presentarse con el brío de las pestañas de un toldo a rayas nuevo. La mujer que aquí vive se ha untado entera con algo, pero para conseguir a ese hombre no tendría por qué haberse molestado. Él no hace ningún caso a las cosas que no tienen valor, y no tiene que pedir paciencia jamás o localizar una calma hasta que alguien se suba hasta él, por su propia escalera, igualmente hecha de la mejor carne bien manida, que ya no ansia nada más que poder ser liberada del lugar donde se ha acreditado y marcharse de allí. Entonces yo sería, dice la carne con su propia voz, a la que escuchamos con agrado,

y su dueño, a quien alguien también escuchará, entonces ambos, él y la carne, por fin serían uno consigo mismo y estarían: solos. También ellos.

De mí no debe nacer ninguna tumba, piensa el gendarme Kurt Janisch. Eso sería lo peor para mí. Ir a parar a un receptáculo pequeño. No. ¡Mejor a uno grande!

La muchacha, en cambio. Su cuerpo le pertenece todavía, en él pasa su tiempo como un pájaro cantor saltando de rama en rama, hasta que la empalan por abajo, pero para entonces hace tiempo ya que no tiene ningún control sobre sí misma ni sobre el palo. Pero por favor, ¿qué coño hace otra vez ahí?, seguro que ha chocado en algún sitio con los pitorros puntiagudos de sus pechos, que, por mí, puede conservar, y en los que puede reconocerse aún la manufactura del cercano hospital comarcal. El hombre ni siquiera puede cogerla de la mano para sus casi soñadores pero palpablemente dirigidos palpamientos, se le escurre siempre entre los dedos, y eso le molesta, aunque no demasiado. No sería, sin embargo, ningún mérito para él. Figurar como salvavidas de un niño pequeño o de un coche en la orilla, eso ya le gustaría más. Saltaría al oleaje sin pensárselo dos veces. Su miembro asiente cuando se lo aprieta, pero también por iniciativa propia. ¡Cuánto se ríe la muchacha cada vez que lo ve! Suplica expresamente por ese movimiento que él arranca de la implacable vida y de un cuerpo que no está dispuesto a escuchar súplicas. Las mujeres son lodo, y el lodo lo retiene todo. Barro. A uno se le puede escapar algo, un trineo, una carretilla, y antes de haber podido sacar el carro del cieno ya ha desaparecido ahí dentro. El lodo lo tiene. Sólo a veces, cuando hay temporal, las mujeres, derrumbándose por miedo ante las estancias obligadas en casa de sus familias, a las que deben estar dispuestas a abandonar en cualquier momento, sueltan algo voluntariamente. Por una vez el lodo tiene tiempo de extenderse de manera tranquila y paciente, quiero decir, prepotente. Entonces vienen las mujeres, un oleaje aparte, lo revuelven todo, sobre todo a sí mismas, pues se han enamorado muchísimo, y luego se pierden en su propio lodo porque su compañero se ha marchado de repente, sin motivo. ¡Qué! ¿Ya? ¿Tan pronto? ¡Eso tiene mala pinta! ¡No vislumbramos el motivo! ¿Vendrá tal vez la montaña más bien? Por ahora van cayendo sus piedras. Puede que ella misma tarde en llegar.

No sé, esta vez con la pequeña es distinto de lo normal, piensa el gendarme cuando la dicha con la que lo contempla de repente parece haberse extinguido. Bueno. Otro velo sobre las pupilas. Listos. Se acabó la calma del hombre. Acaba de echar a la mujer mayor, de la que espera algunas cosas, fuera de su propio salón precisamente por culpa de la muchacha. Apenas se la podía soportar, continuamente exigiendo más y más, sin saber siquiera todo lo que tiene acumulado. Ni siquiera sus cinco sentidos, hay uno que le falta siempre. Por una

vez que haga el favor de lavarse ella misma la entrepierna, con sus propias manos, a ver si así se entera de lo que es. Pero tener que hacerlo ella misma, delante de él, sólo consigue ponerla más ávida de él, sobre todo porque él quiere ver cómo lo hace. Es una de las muchas variaciones en la escala que más tarde, con calma, ella aún quiere aprender. Ha apuntado, ávida de conocimientos, todas las variaciones en su carne. Incluso le da órdenes al hombre, pues lo ha estado esperando mucho tiempo. Ella tiene derecho. Él se lo va a quitar. Tiene un método para ello. Ahora le da grima. Él sabe: en cuanto abra las puertas de su tienda (aunque en realidad tendría que estar dirigiendo el tráfico), ella se abalanzará sobre él. Apenas ponga su motor en marcha, ella intentará calarlo de nuevo. Él cree que ella no desea otra cosa que sentir que es su predilecta. ¿Es que no oye la fecha de caducidad ya que no puede leerla? ¿Es que no oye al otro lado de la puerta los gemidos de una joven de ni siquiera dieciséis años? Bueno, es un tono bien distinto, ¿no? Tan fresco como una melodía popular, tan enérgico como el himno nacional, pero nadie se sabe la letra. Todos los tonos que la mujer mayor domina, el hombre los conoce hace ya mucho. Los puede leer en la cara roja, sudorosa, extasiada, dichosa que ella pone cada vez que lo ve. Y el tono que entona cuando está debajo de él es falso, él piensa que incluso está falsificado adrede. Es un gimoteo singular que empieza a transformarse casi en gemidos rutinarios apenas él la ha tocado. No lo hubiese creído de no haberlo oído con sus propios oídos. La mujer no tiene más fans que su casa. Una propietaria sin propiedades, eso es lo que es, una que cree habitar en el espacio de lo ficticio pero bello. Así es el amor. Los celos mueven trenes de mercancías enteros, ella me conmueve a mí también, pero lo que importa son las mercancías. Llévate ahora mismo a esa muñeca de mi casa, pero ya mismo, por favor. ¡Ay no! Perdona, no quería ser tan grosera, perdona, sobre todo no me dejes. No quería ordenarte nada que pudiese ser para ti terriblemente doloroso, pero más aún para mí. No dudo ni un solo momento de tu amor ni desconfío lo más mínimo, incluso cuando copulas con esa muchacha detrás de esa puerta en mi propiedad. Yo amo y sacrifico, y jamás me retiro, viendo que tú jamás podrías engañarme o explotarme. Vete ahora y ¡llévatela! Antes de que algo suceda.

Un lloriqueo como ése y uno parecido, oído a menudo, visto a menudo en el display, pero jamás releído, escuchado, contemplado, sale ahora a borbotones también del penacho de pelo chorreante que se coloca suavemente encima de un glande en cualquier caso amoratado ya. Nos encontramos otra vez en el coche, está parado, hay algo más preparado también, sólo la calefacción está en marcha. Más tarde el hombre tendrá que sacarse de entre los dientes mechones de ese penacho, como espinas de pescado, dientes que enseguida volverá, uno nunca sabe dónde tiene que estar primero, es como en las retenciones de retorno en la desembocadura de la carretera nacional en Mariazell los días laborables a las cinco, que volverá a



necesitar, vamos, para simular besos que en realidad se habrían convertido en furibundos mordiscos tan sólo con que la lengua hubiese participado en ello. Pero ésa se escabulló a tiempo, hacia las paredes interiores de sus mejillas, para que no le pasase nada; le da grima ya antes incluso de haber abierto la boca para dejar entrar al ave migratoria acuática de ella, un ave de tantas, y con ella todos los colgajos y muñones de carne, todo, ¡toda la carne sacada (como aguada) de impenetrables ciénagas! Él tiene que obligarla, a la lengua: ¡venga!, ¡va! Ahora ya participa, más vale tarde que nunca, en nuestra clase de aerobio, después de haberse retirado a descansar brevemente tras la barrera dental. La lengua encajaría bien en los márgenes del lago, pero se trata de los fluidos que fluyen lentamente de una mujer, fluidos exprimidos con los amorosos dedos del amor. ¡Qué empastre! Mantengan, no obstante, preparados sus vasos, otra cosa no va a haber. Si ponen ese vaso a la luz, esa luz jamás va a refulgir y a salir. Porque no puede irse.

Nos encontramos ahora en un aparcamiento que no es tal. En realidad es, los seres habitantes del agua dulce lo pueden certificar en cualquier momento, casi una zona pantanosa, por todos sitios umbeladas de hinojo espesas y llenas de savia, aunque sólo en verano, ahora todavía hay hierba fresca comenzando a proliferar y empantanarse, perezosa, indolente, vegetal, justo al lado, las zonas de internada para pájaros, no importa cuáles. La vegetación aún no se ha hecho del todo al lugar, todo llegará. Tampoco Roma se hizo en un día, pero fue igualmente en un terreno pantanoso. Sólo tenemos que intentar no hundirnos con las ruedas y salir de aquí, pero chamarasca hay de sobra, se puede poner bajo los neumáticos si es necesario. Para que tengamos el roce y la serenidad necesarias para que una muchacha llamada Gabi, que en estos momentos está siendo muy mala también, pueda torcer el gesto y hacerle una mamada a este hombre. Eso lo domina ella como una mujer adulta, pero a sí misma no se domina. Eso, las mujeres, lo saben hacer todas: ser malas hasta que uno tiene que darles en su trasero empinado, venga, acércamelo, le susurra el hombre al oído, al menos antes la Gabi no ha muerto ahogada. Se ha recuperado. Un motivo más de alegría, pero sólo una alegría de muchas. De modo que ahora ha venido a parar aquí, a esta isla humana anclada en el lago, isla pantanosa, exactamente aquí, más tarde, así está acordado ya, él tendrá que abrirle otra vez la cara salada de ahí abajo y lamerla, antes ella no le va a dar tregua. Si lo hace, él se vuelve enseguida con la otra. Pero antes no hemos llegado hasta el objetivo, ella, la otra, nos ha impedido llegar hasta el final. Sólo hay ciénagas cuando se producen grandes precipitaciones, pero la Gabi continúa estando bien mojada, de qué, de eso. Bueno, déjame por lo menos llevar a la Gabi a su casa, por favor, le ha dicho además hace unos minutos el gendarme a la Gerti, déjame, sólo la llevo a su casa en un momento y después vuelvo aquí enseguida. La llevo y vuelvo lo más rápido posible, en un momento, bueno, diez minutos, un cuarto de hora

tendrás que darme, y al final te daré algo a cambio. No, nada me retendrá en el camino, esta vez no, otras veces vale, hoy seguro que nada me retiene, te lo juro. Por hoy tengo incluso bastante. Lo sé: tú no. Este hombre desea tener bastante, sí, también de él mismo. No obstante, prefiere hacerlo consigo mismo, hecho que oculta a todas las personas cercanas a él, para él eso es la igualdad sobre la que descansa nuestra civilización: ¡a ser posible, no dejarse medir con otros! Reflexiona, condenado a enrollarse: con tantísimas mujeres, ¡y muchas totalmente solas!, pero sobre todo tiene dependencia de sí mismo y de sus sueños. Son todos sueños de cuerpos, y a veces incluso son mejores que los sueños de casas. Es un placer, finalmente seres humanos ante los ojos, y sin la concreta diferencia entre ellos y lo que tienen entre las piernas, eso no cuenta demasiado, en su opinión. Está harto de las mujeres, la propiedad nunca es demasiado, pero los cuerpos se le ponen encima y lo dominan. Tampoco ve a gente conocida ante sí, sino gentes sin casa en posiciones indeterminadas. ¡Qué bonito! Niños, chavalas o chavales, a todos les llega su turno igual que a los adultos. La edad de los niños no importa en absoluto, puede tratarse de una quinceañera, con casi dieciséis, como la Gabi, también pueden ser bebés, da igual los meses. Y todos se levantan sólo por él, ¡como soles!

¿Pero qué estoy haciendo yo aquí?!, eso es, describo una de las caras del autor del crimen (mientras tanto ustedes pueden tomar la otra. No he podido ocuparme debidamente de ella todavía), de la que ahora, en realidad, debería llegar la revancha, normalmente en forma de apretujones, pellizcos en los pezones y besos en algún lado, lo que se suele hacer, a ser posible a menudo, por favor, desgraciadamente me temo que a este hombre también le va lo de morder, en exceso, es lo que más le importa de todo, en eso lo podríais haber reconocido. Siempre pasa lo mismo con el deseo: la gente se deja llevar, pero cada cambio minúsculo les irrita enseguida y entonces quieren volverse para casa. Muchas cosas desvían sus proyectiles, incluso cuando el cambio fue marcado ex profeso en el libro de la vida, antes incluso de haberlo abierto: las víctimas creen, no obstante, que uno ya no las quiere si alguna vez hace algo distinto de lo habitual. ¿De quién lo habrán aprendido? Esta muchacha se encuentra ya preparada de rodillas en el coche, cuyo suelo está muy limpio, parece mentira, y sus vaqueros, por su parte, apenas están deshilachados, son de una marca de ultimísima moda. Precisamente por eso algún día la medicina forense sudará más sangre que la que analiza. Bueno, unos cuantos compases atrás: su compañera de baile, la del hombre, ahora mismo un tierno palpar casi furtivo, como si no supiese dónde se encuentra ese cuerpo, que por supuesto está ahí donde está siempre, en el asiento del acompañante, medio en el suelo, con la cabeza en su regazo, así de sencillo es el diálogo entre los cuerpos, todo el mundo lo entiende sin palabras, así, con la cabeza en el regazo del hombre: esta muchacha, una amante ya, una caminante de las praderas en la orilla, una

perdida antes incluso de haberse podido encontrar a sí misma. El hombre, como siempre, ha abierto un poco las piernas y se ha girado un poco hacia ella, como ni siquiera Dios, el Creador, haría, por la sencilla razón de que él jamás se dejaría representar en una posición tal, al fin y al cabo él tiene derechos sobre su imagen, sólo que nadie se preocupa por ellos, tampoco su agente, el sacerdote, no, ése está más interesado en los chavalines, y el Jesús sencillamente le parece demasiado mayor ya (¿pero cómo podemos llegar a saber si ese Dios nuestro Señor es lo suficientemente hombre como para torturarnos?), oh, Dios, dónde se acaba esto. Ahora acabo de perderme yo misma, la primera frase es para ustedes. Por mí, pueden quedársela. A ver, otra vez en posición: el hombre, ¿vale?, hacia la mujer: girado hacia ella, empujando el paquete hacia adelante y la funda con la que el miembro está envuelto para que no explote constantemente, tal vez incluso en la propia cara, ésa se encuentra en la también esparrancada boca de una mujer, bueno, lo voy a decir por fin, a ver: una ligera presión, cómo voy a explicarlo, a ver, la arteria coronaria se ramifica en un determinado punto de la parte anterior del cuello, sí, ahí, en dos partes, y en medio hay un ganglio nervioso, y ¡ay, joder!, ahí no deben apretar ustedes jamás, quiero decir, en ambos ganglios a la vez, izquierda y derecha, porque, de hacerlo, ustedes u otros morirían instantáneamente a causa de ellos, no asusten al ejecutante por favor, enseguida estará a punto y apretará con sus poderosos dedos, acostumbrados a paletas de albañil, a cintas métricas, a pistolas láser, incluso a una pistola normal, por arriba, como por casualidad, en ese sentido también podría haberse tratado de un accidente si uno no hubiese tenido ni idea de la anatomía del cuello porque uno siempre se había ocupado más bien de otras partes de la anatomía femenina, allá donde es más húmeda e interesante (¡donde hay agua, hay vida!); pero ese punto el hombre lo conoce, él, que en general sabe más de cuerpos que de otra cosa, y que ha participado, en beneficio de su profesión, en todos los cursos obligatorios de primeros auxilios, a veces incluso de forma voluntaria, cursos que sobrepasan los primeros auxilios y son ya segundos auxilios, me refiero al punto situado en el tronco del cuello y también además al punto situado en el bosquecillo, que él conoce a la perfección, en el joven maíz que crece en el suelo casi pastoso prácticamente junto a la orilla, no allí donde la gente dice con agrado durante el día: ¿por qué no vamos a pasear un poco?, ese punto se encuentra en la profundidad del bosque oscuro y destructor de peinados, y el otro punto, el del cuerpo, ese artículo orgulloso que o bien se encuentra completamente gratis o bien es demasiado caro para gente como nosotros, cuando nos encontramos en la perfumería para por lo menos camuflarlo un poco, vaya, entonces, el cuerpo, él gusta de presentar sus mejores productos en el escaparate, lo que no significa que uno pueda meter ahí la mano sin más y llevárselos. Resumiendo: el susodicho punto, por consiguiente, se encuentra algo apartado, es fácilmente accesible, y el hombre dispone de dedos firmes que sin embargo no habrían hecho ninguna falta.

También nosotros, ustedes y yo, lo hubiésemos logrado si hubiésemos sabido dónde y hubiésemos sabido cómo apretar el punto nervioso entre la ramificación de la carótida, enseguida sabré cómo se llama el punto, pero la doctora que me lo tiene que decir está de momento ocupada en otra cosa. Lo sabrán enseguida, tan pronto como yo me haya enterado de ello. Por el momento, en cualquier caso, ya saben ustedes dónde no manosear aunque no sepan qué denominación tiene. No les haría ningún mal que un especialista les mostrase el punto, para prevenir, para que ustedes lo eviten en un futuro. Pero no, otra vez no: hay un lugar en el que no debería ponerse la mano. Es como una puerta que uno no debe abrir, y ahora todos se vuelven locos por abrirla, ¿saben? Los seres humanos pueden mirarlo todo y tender la mano por todas partes sin entender nada, pero ahí: de verdad no, por favor. ¿Qué? ¿El hombre ha golpeado antes la cabeza de la muchacha contra el reposabrazos? No, no he visto que el hombre hubiese golpeado la cabeza de la muchacha contra el reposabrazos. Pero de todos modos yo soy siempre la última que se entera de todo. Hay algo en un camino profundo a través del bosque, en medio de Austria, que, sin heridas visibles, dulcemente, como por casualidad, se adormece, por ello los árboles se mantienen aún más erguidos, para destacar de forma provechosa entre los hombres y mostrar su dureza, lo que no todos nosotros somos capaces de hacer.

Y ahora se quita de en medio a la muchacha junto con su nombre y sus actos. Liquidada, empaquetada, arrebatada a la tierra y lanzada al agua donde acaba de llegar ahora. Sólo hay que abrir el depósito del agua y agitar la válvula de flotador, entonces vuelve a fluir y arrastra todo lo que habíamos previsto para el agua.

Rosa, clavel y tulipán, se marchitan por igual; pero no las tres de golpe, pues no crecen en la misma época del año. Los claveles en realidad no crecen, sólo se pueden comprar en la floristería. Las flores, con lo bonitas que son, no anhelan posesiones, les basta con un pedacito de tierra, ni siquiera saben que otros, menos sedentarios, anhelan posesiones ajenas. Ellas viven, y otras flores viven al lado, para nuestra satisfacción. ¡Psst! ¡Nos están escuchando! Sin hacer ruido, tal vez podamos aprender de ellas nuevas posibilidades de existencia: estar cortadas o mejor, ya puestos, arrancadas de cuajo. Pero también jactarse de uno mismo y pavonearse. Toda su alegría: ¡en absoluto inventada! El jardín de delante de casa florece y es desbrozado cuidadosamente, como con las pinzas para hacerse las cejas, de eso se encarga la señora Janisch, y lo hace de rodillas para no caerse en la fosa que no ve, pero sabe que existe: ahí está, en algún sitio, no muy lejos, cavada expresamente para ella. ¿Tal vez por la mano de su marido, ese egoísta empedernido? No, ya más bien diría que no. Sin embargo, parece estar loca por su bonito jardín, quizás por eso no permite a plantas extrañas el trato con las propias, las autóctonas, que tanto esfuerzo le ha costado domesticar. Un achaque de inmodestia, eso es a lo que llamamos maleza. El jardín es el reino de la señora Janisch, mientras que su marido tiene otros reinos en su punto de mira; en estos momentos se inclina en la cocina office ante un plan de ejecución de obras que no le pertenece, como tampoco, por desgracia, la casa a la que éste corresponde. En este plan, como en cualquiera, también en el de Dios, se ha proyectado una cocina, es como si los seres humanos quisieran siempre lo mismo, y eso significa realmente: a sí mismos, sólo que, por favor, más grandes y más funcionales para que de vez en cuando también se pueda cocinar. ¿Cómo narices ha conseguido el gendarme ese plano tan rápidamente? Su trabajo no está relacionado precisamente con la oficina del catastro, sino más bien con las catástrofes. P. ej., cuando viene la montaña, primero al por menor, en forma de desprendimientos de rocas, más tarde tal vez se venga abajo por completo, ¿tendrá que ver con la antigua mina, con las numerosas y antiquísimas minas de debajo? ¡En realidad el país entero está completamente hueco por dentro! Y entonces todas las personas del área de aprovechamiento de la montaña, que también quiere aprovechar para largarse pero que no tiene ningún plan, abandonan sus casas, que tan arduamente se construyeron con ayuda de la vecindad, que es como aquí se le llama al trabajo ilegal. ¡Decenios enteros ahorrando para eso, y

ahora esto! La montaña dirige a nosotros un ojo enigmático, y a aquél a quien le echa el ojo, a ése enseguida le echa mucho más, para darle énfasis a su mirada. ¿Quién habla ahí abajo? Sólo somos nosotros. Entonces yo, la montaña, hago que desaparezcaís ahora mismo. El valle, que también fue atravesado de galerías, no quiere ser menos y amenaza con que, en primer lugar, se formará una zona de hundimiento, y a continuación se formarán enseguida taponamientos y el agua filtrada cada vez será menos. Y entonces, dice la vaguada, mofándose por todas las grietas, ¡entonces os vais a enterar!, porque debido a lo pronunciado del desnivel no se puede esperar de ese tapón ningún efecto de apuntalamiento suficiente. Por eso no se puede, habla el valle y su voz cada vez es más fuerte porque debe acallarse a sí mismo, a su propio lamento de vientos subterráneos, es por eso que no se puede deducir, a partir del hecho de que el primer desprendimiento de agua y lodo que se produzca llegue a calmarse, que, suponiendo que se llegue a intentar extraer agua con bombas y levantar tabiques día y noche, que así se consiga entonces una obturación estable, de ningún modo. Ni rastro. Miren. Exactamente eso es lo que quedará de los seres humanos allí abajo.

El señor Janisch prefiere mudarse a una de las casas que ya hay ahí, así tendría dos, el hijo también tendría la suya (todavía no del todo, pues la vieja a quien pertenece vive todavía, por favor, ¡no se olviden de no traerle flores! Hasta el día de su entierro no se la va a obsequiar con algunas, por supuesto, del jardín, ¿para qué si no lo tenemos?), el señor Janisch jr. querrá entonces hacer reformas, pero todo se andará. Todavía vive un ser humano extraño en su interior, no, claro que no en él, un ser humano que no se puede sacar tan fácilmente como la mermelada de un tarro. Incontables horas desagradables le deben las personas de aquí a la montaña, que, en lo relativo a vilezas, le hace continuamente la competencia al lago. Algo se vierte en el lago que no le hace bien, la montaña ha arrojado el bosque protector y se ha convertido en una amenaza para personas, asentamientos e instalaciones; es un bosque con un efecto benéfico preferencial, formemos pues un comité de beneficencia, no para la tala, sino para la retención del agua y de las piedras y para la extracción de dolomía y otras porquerías, pero este bosque no ha cumplido lo prometido. No ha retenido las piedras en su interior, claro, eso hubiese sido magia, dada la enorme cantidad. Y bajo él también se suceden escenas horripilantes, una casa se desprende hacia las profundidades y tan sólo los balcones adornados con flores miran hacia fuera, nos embelesan, ¡tanta belleza en un espacio tan pequeño! Se le hacen unas fotos antes de que desaparezca. Observen ustedes, ese árbol de ahí arriba también es interesante: sus radículas se mueven desesperadas en el aire para ver si pillan el trozo de tierra que baja rodando hacia el valle, pero el árbol se cae por completo, y en el aire en el que tiemblan sus pequeñas raíces no va a cazar ya ni una mosca, en el aire ya no hay

sujeción ninguna.

¡Qué calorcito hace hoy!, pero los días todavía son muy cortos. Todo llegará. Ya extienden sus miembros. La primavera despierta. La habitación abuhardillada de una muchacha está vacía. Todo este asunto, su letárgico interior tras las cortinas corridas, al borde de un despeñadero, no es el rutinario caso que se vaya a representar durante un par de días, todavía no es, en realidad, ni siquiera un caso. Una muchacha ha desaparecido, se supone que no ha podido resistirse al ancho mundo, a la capital de la comarca, sí, con su gran clínica en la que los habitantes mueren de un cáncer que no pudieron enseñar a tiempo al médico que deseaban —la gente jamás tiene tiempo para lo esencial, y, si lo tuviese, entonces no sabría qué y de qué tipo— se supone, pues, que la muchacha no ha podido resistirse al ancho mundo que hay más allá del pueblo y esa noche sencillamente no ha vuelto a casa. Ni ganas. Una joven belleza desaparecida, una luz perdida. Que no cunda el pánico, la belleza es inasible, ¡intenten ustedes atrapar ese bello cisne y verán! Intangible es la belleza, sólo es para los ojos, para que todos tengamos algo de ella, no sólo los señores que suben a los acantilados de mármol para conocer algún día personalmente a Naomi Campbell o a Cindy Crawford. La aparición de Gabi Fluch tendrá lugar de improviso, pero la madre y el novio la esperarán con la máxima premura. Podría llegar en cualquier momento. Empecemos nosotros ya con la espera. Así que la madre espera desde la mañana temprano con la habitual bendición de una taza de café con leche y pan con mantequilla y embutido o queso, a elegir, normalmente con ambos. A continuación, como cada día, la hija tiene que salir para coger el autobús, la parada se puede ver desde la ventana del salón de la casa unifamiliar, o bien el tren, la hija, sin embargo, no entiende por qué la madre tiene siempre que seguirla con la mirada. También florecen plantas en estas tinas y se agarran indiscretamente a las ventanas blanqueadas para no caerse y para poder ver el interior de la habitación, ¿por qué entonces giran perseverante y estúpidamente la cabeza, hacia el otro lado, hacia el sol resplandeciente? ¿Tal vez la mirada a través del cristal de la ventana fue demasiado profunda? ¿Por qué no queremos ver lo que de todos es sabido y nos interesaría? ¿Qué nos obliga a dirigir siempre la cabeza hacia el otro lado? Al otro lado están las personas que deben ser nuestro modelo, bellas y joviales. Y nosotros estamos aquí.

El sol nos tienta allá fuera. ¿Qué? ¿Que el lago Wörther está en otro sitio? ¡Qué escándalo! ¡No nos lo creemos! Bueno, no pasa nada, forasteros, vayamos para allá. ¡Qué bien nos sienta la ducha de sol! ¿De qué tenemos todavía que enterarnos que cuando lo sepamos seguro que no nos hará ningún bien? Tenemos que ver, en eso insistiremos hasta el final, aquello que otros pretenden eclipsar: para eso utilizan sonrientes caritas de gatos o estilizados retratos de perros pegados a los

cristales de los coches, única y exclusivamente para ese fin: frenar un poco la luz, evitar el deslumbramiento. Por la mañana temprano, la Gabi se encontraba siempre muy guapa ante el reluciente espejo del cuarto de baño, y de hecho lo era, recuerda la madre. Levantarse diez minutos antes para maquillarse, eso, más tarde, tal vez le proporcionará una hora de dicha, una y otra vez, pero sólo más tarde (ésta es la gracia de la dicha, que no se puede consumir enseguida, ¡primero hay que pagar en la caja de la droguería!), y no obstante la Gabi se sonríe una y otra vez en el espejo, llena de buen humor, aprendiza en una gran empresa de materiales para la construcción. Todo para nada. Aunque apenas había empezado. Pero el sol ya se le ha aparecido, más luminoso que él no puede ser nadie, y los mil pedazos que se ha pedido el átomo para entrar con ellos en competición, no hay nada que pueda ser más luminoso que ese sol, salvo, en determinadas ocasiones, un rostro humano, que a uno, sin embargo, no le acaba de agradar por hache o por be, al fin y al cabo. Pero uno está demasiado cegado para notarlo. De modo que dejemos el rostro a aquél a quien pertenece. Tampoco le va a ir bien, ni siquiera le quedaba bien al socialismo, que se lo quitó enseguida y se volvió a poner el viejo. Y así estuvo un par de años, contento con el habitual.

Bien, ¿cómo vamos a socorrer, pues, a este suelo que justo ahora está bajando hasta nosotros por la loma de la montaña y que pronto va a aterrizar encima de nuestras narices, por favor, no en las nuestras? Esta simpática y amigable montaña: también un rostro que se ha caído y al que nadie quiere ayudar. La montaña ha dejado caer su máscara. Su aspecto es ahora distinto al de hace poco, cuando todavía estaba entera. ¿Habrá incluso que evacuar las casas? ¡Cuidado, eso podría acarrear la pérdida del hogar y provocar situaciones críticas! Querría poder concebir un sistema de alarma inmediato, pero para eso necesitaría ayuda, para que estas gentes de aquí conserven su existencia al nivel al que estaban acostumbrados, incluyendo el arcón congelador, en el que por lo menos entra una pieza de ciervo entera, si es que fuese lo suficientemente estúpido como para, efectivamente, meterse ahí. E incluyendo también el invernadero acristalado, con el que tranquilamente se podría conseguir ser un poco exótico, si es que nos llega por correo el catálogo pertinente que habíamos solicitado por teléfono.

La montaña sigue siendo imprevisible, continuamente arroja su rocalla, pues le pesa demasiado y tiene que aligerar. Sólo con el desprendimiento del pasado año... ¡muchas gracias! No tenía por qué ser tan desprendida como para que se le cayera la falda y después el peñasco entero. Austria. Tal como los forasteros la pasean en vacaciones, así las minas la han paseado durante siglos y milenios por debajo, por debajo del suelo. El país se ve recorrido tanto por su lado superior como por su lado inferior, por decirlo de alguna manera. El país existe como positivo y



como negativo, según dónde se encuentre uno, desgraciadamente en estos momentos se oye más sobre lo negativo. ¿Por qué yo siempre veo lo negativo?, se me advierte. No sabría decirlo. Tal vez conozca demasiado poco el país, digo yo, como para poder apreciar sus lados buenos. Uno puede ser encerrado en el interior de la montaña, ¡no!, no quiero conocer nada de este país por dentro, con el exterior ya me basta. Todo eso, que seamos tan huecos, se lo debemos a la explotación minera. ¿De verdad creen que las puertas se abren siempre que ustedes las aporrear con el puño? ¡Mentira! En estos momentos ustedes están abajo, sentados en la jaula de extracción, y mientras arriba los escombros de la montaña se quiebran y el lodo viene de visita gritando y vociferando, ustedes mismos van a ser reducidos a escombros ahí abajo, y nadie los volverá a ver jamás. La montaña habría necesitado protección, debería haber sido protegida de los seres humanos, en lugar de eso se la convirtió en un paraguas lleno de agujeros. Llegó la tormenta, se levantaron los truenos y bramidos, como de miles de trenes de alta velocidad, sí, eso, mejor dicho, como si quisieran: arrancar quinientos trenes a la vez. Los simples mortales fueron presa del pánico y el terror, y el resto murió de verdad, es cierto, lo pueden leer en otros muchos sitios si no me creen. Pienso en el gran éxito que habrá tenido Dios con el lanzamiento de todos esos muertos que durante años estarán en el periódico, aunque los lanzó en la dirección equivocada. La montaña no habría salido en mi ayuda, y tampoco en la de nadie. Nadie la ayudó jamás pese a encontrarse bajo nuestra protección, y ¿qué es lo que le hemos hecho? La hemos vaciado, destripado, y de sus vísceras hemos hecho yoquesequé. Esta montaña y otras han sido reducidas a polvos de talco, ¿no es increíble? Lo grande no se conserva grande, está como hecho para lo pequeño. Ya hemos dicho mucho, tal vez demasiado, sobre el agua, pero seguro que podremos decir acerca de ella mucho más aún cuando ésta algún día haya acabado con ustedes. La naturaleza es romántica como el ser humano, ambos quieren experimentar algo bello y además lo saben hacer, pero el ser humano tiene un radio de acción mayor. La desaparecida, Gabi, también tenía protección para dar y vender, pero ya ven ustedes lo engañoso que puede ser un respaldo como éste; lo entenderán, a más tardar, cuando se queden con la espalda al descubierto ante sus enemigos. Sí, enseguida paro, pero todavía no.

La Gabi se ha ido, como una parte, casi un pico entero, de estas montañas. La naturaleza se acomoda a los seres humanos, ¿o es al revés? Intenten por una vez ir al encuentro de una montaña, ¡al fin y al cabo es lo que se exige de ustedes explícitamente en el folleto de la oficina de turismo! La montaña no los evitará a ustedes, pero sin embargo los seres humanos, en este caso ustedes, sí. O bien se saca a la montaña del terreno de juego, donde sólo se la toleraba más bien al margen, en un envoltorio chic y brillante, en forma de cheerleader, y todos saltan de alegría por

ella y se ponen a sus órdenes cuando el equipo quiere que lo animen en el interior de la mina-museo. Entonces alguien empieza a tocar su acordeón diatónico y se produce un estruendo increíblemente fuerte. Todas las muchachas que tienen a su novio entre los futbolistas se alegran, incluso antes, vamos a ganar, simplemente ¡tenemos que ganar! Y nosotros, los amigos de la montaña todos unidos, agitamos brazos y piernas para ser recolectados como fruta madura a manos de nuestros protegidos, cuando llegue el momento. Viene la montaña. No podemos más que entablar con ella una conversación sobre todo esto.

¡Qué zapatos más elegantes se compró la Gabi justo la pasada semana con el dinero que le adelantaron por su cumpleaños! Con ellos puestos querría incluso ser enterrada, aun cuando la suela le haya salido algo pesada, maciza incluso, comparada con el resto de lo que hay montado encima. La montaña, comprensiva, también piensa lo mismo. A ella el suelo le resulta demasiado pesado, ¿y qué es lo que arroja? Arroja la azotea, que no puede hacer nada por evitarlo. Una muchacha la mar de independiente, la Gabi, y sensata. Los zapatos nuevos han desaparecido, de momento no los han encontrado, tal vez sean demasiado pesados. También tiene novio, que ahora está perplejo. A pesar de tener sólo dieciséis años, con rebaja, puesto que no los cumplirá hasta dentro de dos meses, hace tiempo que tiene novio formal, me parece que es muy simpático, tal vez un poco aburrido y meticuloso para su edad. Por lo menos no es uno de esos desconsiderados, desdeñosos, con sus gafas de sol modernas y sus peinados infames, y equipados con esos suéteres con capucha, cuyas capuchas siempre se caen. Él se ha diseñado un plan de vida y lo sigue a rajatabla, mientras los demás tienen simplemente un objetivo, con nada en medio para ver cómo lo consiguen: no, estoy siendo injusta, el objetivo es el coche veloz y la casa bonita y varias mujeres guapas. De los demás tesoros basta con uno de cada, ¡quién los tuviese ya!, salvo en el caso del dinero, de ése nunca se puede tener suficiente. Así calumnio yo a los jóvenes, pues ya no me cuento entre ellos y todo el mundo se da cuenta. Pero otra vez generalizo, los seres humanos son increíblemente variados, y la vida es un oficio demasiado sucio, sobre todo si uno no quiere, como yo, ensuciarse las manos. El dinero nos interesa considerablemente, pero trabajar, no. Me permitirán que eche un vistazo al plano meticulosamente trazado de Nueva York mientras pongo esto por escrito. ¡Por esas calles me gustaría a mí conducir a toda velocidad! Este chaval cree de sí mismo, eso es la mar de natural, que tiene algo que ofrecer y que atrae a todo el mundo, lo cual es totalmente cierto, sólo que siempre trae unas pintas..., y tampoco viene de lejos, de donde Papá Noel está custodiado hasta el día de su gran aparición en escena, sino que, incluso entre los jóvenes del lugar, es uno del montón: no es un outsider, pero sí alguien por el que no se apostaría aun cuando las apuestas fuesen altas. Pero ya verán, en un par de años eso va a cambiar, para entonces tendrá un buen sueldo y

podrá permitirse lo que desee. Al fin y al cabo está recibiendo una buena formación, incluso cuando en su coche el champú y el agua chorrean fraternalmente. Entonces la Gabi tiene que preguntarle para el examen. Casi habría que cruzar la frontera para hallar un pequeño lugar donde encontrar a un joven tan aplicado como éste. Y a éste, al que ni siquiera tiene que parar, la Gabi lo va a dejar escapar, no tiene que hacer nada de nada con su novio, sólo estar ahí, y a pesar de eso la última noche no apareció en su casa, aunque ese día, como todos, él hubiese podido ejercer sobre ella una buena influencia. Él es, no me canso de repetirlo, un chaval tranquilo y aplicado, y nunca ha creído lo que se decía sobre su novia, una invención de sus amigas, como se suele decir. No puede ser verdad, ahí, debajo del lápiz de labios, ahí dicen que habitaba un apetito insaciable, ¿pero de qué, si tenía de todo? Los pies son para andar, y, cuanto más jóvenes, más lejos, ¿a qué viene esa observación inequívoca, si no nos movemos del sitio? Estamos como claveteados. Si hubiésemos estado separados más tiempo, entonces sería otra cosa, opina el estudiante con coche propio. Si estoy a su lado, la voy a querer siempre. La habitación de Gabi en casa de sus padres, no me cansaré de repetirlo: una monada, peluches, fotos de revistas sin calor ni compasión, qué lástima que esta bella chiquilla no consiguiese reunir el número de puntos necesarios para el concurso de modelos amateur. La Gabi envió la foto en balde, lo importante no es participar y divertirse. Pero ahora la bonita foto le resulta de gran utilidad, se la hizo un fotógrafo que lo hace muy bien. La madre y el novio precisamente la están clavando, no, no la clavan en las cortezas de los árboles precisamente, sino que la pegan en los postes de la luz situados entre su casa y el pueblo vecino, e incluso van hasta más lejos. Aquí, más cerca, más cerca aún, sí, en la casa, ¿ven la habitación de una ingenua? Su padre se marchó hace ya años y ahora vive con otra, tres pueblos más allá en dirección a Mariazell. ¡Eso sí es una mujer!, se lo prometo, es una criatura casera, dulce, pero como de otro planeta, un planeta en el que los seres humanos presentan una composición distinta a la nuestra, extraños y desenvueltos, pues no se los puede envolver con nada; la segunda mujer de su padre ha desarrollado en una parte de las manos una especie de aletas. Los dedos se han ido uniendo hasta el último miembro, tiene un aspecto raro, pero es bastante habitual en esta región, en la que incluso los valles se lo montan entre ellos porque son muy pocos y no encuentran nada más con qué jugar que su propia rocalla, sus propios escombros, sus propios cuerpos. Las montañas juegan consigo mismas, y a veces juegan con los seres humanos cuando consiguen algunos. No, ¡no aparten ustedes la vista! Quiero continuar describiendo, pero esta vez algo completamente distinto, no muy lejos de allí. Yo, una acróbata, a la que no obstante no agrada acelerar el ritmo, lisonjeo desde hace muchos años esta región, con demasiadas palabras, cuidadosamente, ¿y qué me devuelve ella? Mis personajes desean abiertamente que fracase conmigo misma, pero yo siempre fracaso con ellos. Ya veremos si esta vez vienen en grupo ¡para machacarme! ¿Qué

ven mis ojos? Esta región sólo ofrece imágenes de sí misma, imágenes que encima tengo que hacerme yo misma. Pero pronto voy a dejarlo.

Muy lejos, en cambio, muy lejos de mí, algo blando, como comida, si ustedes insisten puedo hacer que se la preparen ahora mismo: lo que hay ahí no es ningún bote, pero ahora tampoco necesitaríamos un bote, más bien un carrito de la compra. La mañana sonrío, todavía no ha leído el periódico. La madre, moviendo nerviosamente el cigarrillo que le cuelga en la comisura de los labios, habla por teléfono con el novio de la hija. Ambos muestran una inquietud creciente: ¿y si, tal como parece, fuera efectivamente cierto que la Gabi se ha marchado? Piensen ustedes en el buen humor que desapareció tan pronto ambos cogieron el teléfono, casi al mismo tiempo, por fortuna no el mismo, cada uno de los dos quería hablar con el otro. ¿Qué se gana con eso? Hablar es como ir de un lado para otro en un islote. Pronto se acaba porque enseguida queda claro que hablando no se entiende la gente. De modo que la técnica interviene cada vez con más frecuencia en la vida, nosotros no le hemos enseñado que el teléfono suene continuamente, como signo de una buena conversación, que esta vez apreciamos más porque cuesta dinero, así que la técnica interviene concretamente en forma de Para Elisa o de Sinfonía en sol menor de Mozart, sí, yo misma la he escuchado también. Y al terminar nos escupe pálidos y horrorizados, listos para el presentimiento de una factura de teléfono. Aquí la tenemos: tiene que cuadrar, ¡somos polvo! Sólo el polvo no se puede levantar ante semejante injusticia, la de tener que pagar especialmente para poder hablar. Salvo que soplemos con el mismo aire que queríamos utilizar para nuestras palabras hasta ponernos morados, ensanchar nuestra conciencia y ver cosas que no existen. El polvo se nos ha metido en casa, se ha colado por debajo: de los muebles, de la alfombra, de los pies. ¿Quién ha dado a la técnica el derecho a divulgar noticias que tal vez más tarde no sean ciertas? La técnica informativa lo ha hecho, esa revolución, bien tenía que hacerla alguien. No será nada. Una vez más no habrá sido ese teléfono, del que la Gabi está colgada porque tuvo una avería; con quién tuvo esa avería es, por esta vez, secundario, lo principal es que viva todavía. Vuelve a casa, Gabi, todo perdonado, adelante, pero no olvidado, ¿cómo vamos a olvidar algo que todavía no sabemos? Tal vez la Gabi haya pasado la noche en casa de una amiga, ¿de quién podría tratarse? Nunca contaba casi nada en casa, probablemente tampoco tenía un gran interés informativo y ni rastro de problemas. Preguntemos a sus compañeras de colegio de entonces, una de ellas, por casualidad, no, no por casualidad, trabaja en la misma empresa, en las mismas oficinas incluso. Formación comercial, eso confiere sentimiento de dignidad frente a una sociedad en la que sólo cuenta la propiedad, por lo menos uno sabe entonces quién la tiene y por qué, y así también se entera con exactitud de por qué razón no tiene uno nada. En todo eso los ignorantes se desenvuelven mucho mejor que los ya acomodados. Los ignorantes, a

los que también puede llamarse ignominiosos, no pisan los bancos, pisan directamente a las personas, a las que chupan hasta la última gota. Bueno, gracias, tampoco fue mucho, así que ahora necesito a otro, uno para el camino, con ése apenas he notado nada, no me ha dado ni para un diente. Los enfermos incluso pueden amenazar a otros enfermos, y a menudo se dice también que esta sociedad está enferma. Ni idea de qué es lo que tiene. Normalmente no mucho. ¿Para qué pagar impuestos? Todo va bien sin hacerlo. También va bien sin valores nominales, o como se llame eso que uno tiene antes de que cualquiera añada tanto y cuanto a lo que uno igualmente no tuvo jamás. Si se hubiese tenido algo, seguro que más adelante hubiera sido menos, pero a veces ¡menos es más! No, esta vez no. Hasta que de repente la montaña se viene abajo para golpearnos, y para comprobar si efectivamente ha atrapado a doce personas, como castigo porque la han vaciado completamente por dentro. Por culpa de la explotación minera, que no sirvió de abono (aunque alimentó, eso sí, a muchos), sino más bien todo lo contrario: esta montaña, a causa de la explotación minera, que precisamente es la que ha hecho explotar a la montaña (¡el nombre le va que ni pintado!), pues bien, esta montaña queda con lo dicho clausurada. La montaña está cerrada. No, ustedes no pueden llevarse a sus animales, se quedan aquí, sí, los cerdos también. Al fin y al cabo algo tendrá que comer la montaña, digo yo. Tampoco quiere ser siempre la tonta de la película, así que ahora se lleva su cosecha, precisamente al valle, adonde jamás hubiese tenido que acercarse, a pesar de encontrarse allí la fonda. Es mejor que se resguarden rápidamente, ¡la montaña pesa más que ustedes! Llévense consigo sólo lo imprescindible, su libreta de ahorros, su talonario, documentos, dinero en efectivo y las fotos de los parientes, para que se sepa qué aspecto tenían antes, ya que ahora tendrán que instalarse en su casa, amontonarse con ellos, empaquetarse juntos y aguantarse, cosa que no han hecho hasta la fecha. Y eso durará hasta que, tras el largo viaje de la vida, los parientes, a los que debemos aplastar durante tres semanas, envejecan antes de tiempo y sean prácticamente irreconocibles. El bote está lleno, no, ése no. En ése no hay nadie. Las plantas no necesitan absorber composiciones químicas complejas, como vitaminas o aminoácidos, que sí son indispensables para los seres humanos. Pero para los seres humanos la química también es necesaria, sin ella no pueden fabricar el pegamento para pegar sus cuerpos, para enriquecer sus suelos y atraer a sus compañeros sexuales mediante interferón, eeh, quiero decir, mediante feromonas. Los seres humanos normalmente sólo quieren hacerse ricos, no quieren más que eso. Las mujeres, en cambio, quieren amor, para lo cual hacen falta más de una docena de elementos químicos, que para colmo después no funcionan porque uno se ha tomado dosis demasiado grandes de todo. Ni siquiera un simple pastel podría salir bien. Las mujeres en general desean vivir en monocultivo, es decir, dejando siempre que sólo uno cultive su pequeño campo, y así en ellos sólo crece siempre lo mismo, y eso

nunca es suficiente para el escogido. O tal vez él no lo quiera, se sienta acorralado, quiera otra cosa, de alguien distinto. Con mucho gusto, aquí tiene usted lo otro, por suerte lo teníamos en stock. Por otro lado, tenemos a la mujer. ¿No es bellísima? Sí. Imposible alcanzarla. A ella le bastaría un determinado ser humano, pero no lo encuentra. Le gustan éste y éste, pero aquél no quiere. Nosotras las mujeres seguimos vacilando, inseguras sobre cuál debemos escoger. Lo revelaré: tiene que ser necesariamente el adecuado. Ningún otro puede ser tomado en consideración. No puede ser tan difícil, incluso en la lotería hacen falta seis como ése a la vez. Y ninguna cifra puede defraudar en el juicio final de cada semana, incluyendo sorteo el sábado por la tarde. Con las personas, la selección es infinitamente grande, alguno habrá ahí para ustedes, ¿no? Bueno, cójanlo de una vez, si a fin de cuentas da igual en qué especie de infelicidad acaba todo, y su especie, créanme, no va a extinguirse de ningún modo. De eso se ocupan, no en último lugar, las caderas forasteras de los Balcanes, afirma el canciller de antaño. Esperemos que tuviese razón. No puede ser sano que existan miles de posibilidades y que sólo se pueda tomar en consideración una. El tren partió, nadie nos lo comunica por los altavoces, con el pañuelo apretado contra la boca, de lo contrario se lo reconocería, a él y a su voz, que en realidad pertenece a una tal señora Chris Lohner y que se puede escuchar, repetida miles de veces, en todas las estaciones del país. Pero ¿quién nos escucha a nosotros? ¿Aún hay dudas? Pues bien, considero que: el suelo fresco lo contiene todo, todas las sustancias nutritivas, en cantidades suficientes, y si encima hay una casa, pues más cantidad todavía. ¡A pedir de boca! Antes de que se hunda en el colapso. Es únicamente una cuestión de tiempo, y de planificación familiar y empresarial, que se abra inmediatamente al lado una mina nueva, que se excave un nuevo agujero, ¡oh, no!, otra vez demasiado cerca de la superficie, de todos modos ya nos reprochamos haber causado tantos perjuicios a las personas de aquí, pues casi les podíamos morder los pies desde abajo. Ahora también hay voces, un pequeño coro a capella que dice que la morrena final, un efecto colateral, se vino abajo y provocó la catástrofe que desde hace millones de años se ha ido forjando, antes incluso de que la montaña fuera barrenada. Sí, colegas, el tiempo también tiene sus preguntas, aun cuando ya conozca todas las respuestas. Ya se sabe lo que pasa cuando simultáneamente se va para delante y para atrás, porque el tiempo está clavado en el espacio y por eso las personas tienen que viajar siempre tanto. Sabe lo que pasa cuando cantidades enormes de agua y lodo, en forma de malvadas morrenas, entran a chorro en el edificio de la mina y dejan sepultada a la gente que hay allí como a moscas en el ámbar, sólo que desgraciadamente eso no las hace más duraderas. El proceso es muy distinto. El ámbar se parece a una lata de conservas. El lodo es, bueno, es porquería, vamos, no está pensado para que la gente se pueda conservar en él, a no ser que lo haga voluntariamente, con la nariz apuntando hacia arriba para ver si hay algo de aire, ese aire que en otras circunstancias siempre lo ha

arropado a uno tan maravillosamente.

Antes era un día completamente distinto, ¿no? ¿Me he equivocado de fecha quizás? El novio de Gabi limpiaba su coche y Gabi miraba cómo lo hacía. No se le permitía, por ejemplo, levantarse e irse o hacer otra cosa, algo tan interesante no se ve todos los días, hoy se da la oportunidad de enjabonar un coche y luego darle una ducha de verdad. Algo así sólo lo conocemos en las personas. Si estoy a tu lado, te voy a querer siempre, piensa el novio de Gabi, a quien conoce mucho más profundamente, pero aun así le gusta saber que la tiene cerca, y moja la esponja de nuevo, incansable. Sólo el que conoce la añoranza sabe lo que sufrimos cuando vemos un coche más rápido. Para compensar, el nuestro tiene que brillar y lanzar señales luminosas, aunque no quiera girar. El señor presidente del Estado federado de Carintia (Jörg Haider, claro) tiene un Porsche auténtico, desgraciadamente no está aquí, en Estiria, donde incluso las sensaciones han de aparecer en persona para dominarlo a uno. Las personas no guardan para sí las sensaciones, sino que las usan para importunar a los demás.

En eso la montaña se comporta igual. Cuando un ser humano está hueco por dentro, a menudo no se le nota enseguida, a la montaña no se le nota tampoco hasta que los escombros, que pesan toneladas, le zumban a uno en los oídos como las moscas, o cuando uno mismo sale volando apenas había podido aprender a andar. Se le resbalan a uno los pies junto con todo ese riquísimo suelo, ¿por qué iba a tener que quedarse la montaña donde estaba? ¿Acaso no estaba bien ahí? No molestaba a nadie, bueno, por lo menos a mí no. Más silenciosa que el silencio era esta montaña, salvo cuando los excursionistas revoloteaban por sus faldas, aunque ahora parece querer compañía y viene a nuestra casa abandonada, que inmediatamente arrastra consigo como nuevo compañero de fatigas. El que quiera puede irse, como ya dije: pero no a la montaña. Por supuesto que ella también puede irse, por iniciativa propia, ¿o es que la hemos incitado nosotros? Eso no nos lo habíamos imaginado, si no, la hubiésemos dejado en paz. Pero adónde habrá ido hoy la Gabi, a quien en principio le gusta salir, no necesariamente con su novio, aunque casi siempre sea así, porque si no, el chico se siente degradado. Es verdad que para esos casos tiene su coche, que está muy limpio, pero tiene que ocuparlo él solo. ¿Dónde estaba la Gabi cuando nadie la veía? Si calculamos, salen unos buenos ratos. La Gabi no puede haber desaparecido en otra dimensión y haber vuelto con un aspecto irreconocible, no, eso no puede ser. Ha desaparecido, créanme al menos a este respecto, incluso aunque antes haya afirmado otra cosa. La discoteca atrae, y afuera, en la oscuridad, tiene una que andarse con cuidado para que no venga uno y le meta mano en la raja de entre las piernas, uno que esté tan borracho que ya no sepa dónde es arriba y dónde es abajo, no importa. La mujer quiere poder disponer libremente de sí misma,

por eso no se lo permite. No obstante, el borracho encuentra un punto determinado, incluso estando a punto de perder el conocimiento, siempre, golpea a la mujer en la cabeza y la libera del escozor de la sabandija, esa misión le había sido encomendada. Precisamente a él. No le podía suceder nada mejor a la mujer, considera el borracho cuando se observa y la observa, libre de prejuicios. Ya puestos, también podría matarla inmediatamente, porque de no hacerlo, podría reconocerlo, ¿quién, salvo a ella, podría proporcionarle ese placer? Al fin y al cabo todo es placer, como dicen en la televisión, y, de todos modos, esta mujer amaba más su figura y su peinado que a cualquier ser humano. Pero fue hecha y alimentada para un único ser humano, al que por casualidad ya ha encontrado. ¿No tengo razón? Ese chico es exactamente su ideal. En adelante, la madre le prohibirá a Gabi que salga sin decir adónde va, tendrá que decírselo a ella o a su novio, eso es lo que se propone la madre durante este desayuno tomado nerviosamente, durante el que escucha, no sólo la voz de su estómago, sino también su voz interior de madre. Más tarde tiene turno, irá en bicicleta a coser sujetadores en una fábrica que se encuentra en tierra de nadie, o ya en territorio enemigo (los sentimientos enfrentados de las mujeres, hijo o trabajo, enemistad o servidumbre, huevo estrellado o revuelto. Seguro que es difícil tomar una decisión. ¡Qué bonito es mirar las estrellas! ¡Pero qué bien que además le revuelvan el alma a una! Pero eso pasa más bien en la televisión, donde las personas derraman su ser y después no quieren pasar el trapo. Tampoco tendrían tiempo para ello, enseguida uno se les abalanza encima entre sollozos y, ante millones de personas, suplica perdón por algo o por nada. ¡Ay! Estamos al corriente. No es la realidad, en ella sentiríamos aún la mano que nos aleja de la vida, mientras que en la televisión simplemente se ve, no hace daño) entre dos localidades, más exactamente entre una localidad y un lugar. Allí tan sólo hay una parada de autobús, ninguna otra cosa que pudiese atraer a alguien, que a su vez tuviese que atraer a otro alguien con ayuda de fajas, corsés y sostenes. Eso nunca está de más, para que la humanidad no se extinga, porque de hecho para eso se les ha dado a las mujeres su cuerpo, normalmente anguloso, como panales de abeja, y las abejas ya se marcharon para siempre. ¿Y ahora cómo se puede meter una nueva forma en ese cuerpo? El penúltimo modelo de la forma se puede encontrar a precios de chiste, por lo que ya está agotado. No, su tamaño de copa no existe. ¿Por qué no se da unos revolcones en el suelo hasta quedarse plana y así le irá bien la copa B? Aunque este artículo también se ha agotado, según veo. Pregúntenos de nuevo dentro de media hora. Así pues, ahora las mujeres también deben ocuparse además de la protección del subsuelo, no, del suelo, para que las partes de su cuerpo estén presentables como es debido. A tal efecto disponemos de varias tallas en oferta, y recientemente incluso de tallas intermedias. Hasta que lleguen las tallas completamente nuevas y las máquinas de cortar hayan sido adaptadas. En toda Europa la gente tiene ahora que volver a tomarse medidas, pues sus cuerpos han cambiado en los últimos años.



Eso me infunde coraje: precipitadamente consideraba, como tantos poetas, que las cuestiones relativas a la creación ya estaban terminadas y quería poder consagrarme tranquilamente a ellas. ¡Y ahora tengo que verlas otra vez con nuevos ojos! ¡Qué absurdo! No hay sedimento de mujeres trabajando aquí, todo lo contrario, aquí hay trabajo codiciado, bien pagado, repleto de horas extra. La mamá es un consorcio y vigila a sus hijos. ¿Por qué son tan guapos los niños? Porque son lo que siempre fueron, sólo que antes no sabían que se pueden hacer guapos a sí mismos, creían que la belleza no es algo que se hace, sino algo que se recibe de la naturaleza. Eso sería genial, en ese caso sólo tendríamos que convencer a la naturaleza para que viniese aquí y para que hiciese su trabajo en nosotros. Pero no lo hace. No es raro que sus rocas nos reduzcan a escombros cuando le planteamos semejantes cuestiones irresolubles: hacer seres humanos y encima hacerlos guapos. ¿No es cierto que todos los demás tienen que pasar por la perfumería? ¿Por qué nos arreglamos entonces? En la droguería de cualquier ciudad pequeña encontrarán ustedes más belleza de la que una estrella de cine pueda utilizar en toda una vida. La naturaleza lucha para que no se note el desgaste, pero no puede convertirse siempre en el engaste de un anillo de diamantes de por lo menos medio quilate.

La Gabi no confía en la naturaleza, ha visto demasiadas canalladas provocadas por la naturaleza en esta región, que a ella no le dieron guerra, pero anda que a nosotros... Ella, la Gabi, había acumulado una colección entera de sombras de ojos, rímel, maquillajes y lápices de labios, hoy en día es pura imbecilidad e inconsciencia que las niñas de cuatro años no se pinten las uñas, pero lo hacen, pues siempre hay algunas que han empezado a hacerlo, y así lo hacen las demás: siguen el ritmo de nuestros pasos y de nuestra conducta permisiva. También existen otras, pero uno no las quiere reconocer. Para eso al fin y al cabo vamos al jardín de infancia, para permanecer eternamente jóvenes y seguir aparentándolo después. Hasta que llegan las obligaciones ineludibles, que nos cuestan tanto tiempo que no nos queda tiempo cuando nos haría tanta falta. Así que no siguen el ejemplo de las golondrinas, que en lugar de eso se construyen laboriosamente sus casas en las paredes de viejos establos. O sea, que los pobres laboriosos pajaritos, en realidad, no han robado sus casas. ¡Con lo que tienen que currar! Los hijos pueden ir a donde les plazca, querida señora, y su hija está a punto de cumplir los sweet sixteen; para la gendarmería un caso como cualquier otro, en realidad, no hay caso todavía, espere uno o dos días más, ya sabemos de qué va, una joven fugitiva, una nota en la edición local del periódico con interés únicamente para los habitantes de este pueblo o de los pueblos vecinos. En la capital de la comarca ni siquiera todos conocen el bonito nombre de cierto pueblecito, el suyo, ¿y ahí quiere precisamente usted certeza? ¿Sobre el paradero de su hija? Para el resto de nosotros, otra clase muy distinta de personas escapan a las cámaras, las

fotografías y las radiografías, por ejemplo la princesa Carolina con su hija recién nacida saliendo del hospital de Vöcklabruck. Desaparecen, así de sencillo, una fuente de preocupaciones o bien de diversión, según lo que esté de moda en esos momentos: no, me equivoco, se trata siempre de diversión, sí, hacemos algo y desde el principio lo hacemos correctamente, de dos en dos o con más. Se sabe de dónde vienen todos ellos, son hijos del país, de las discotecas rurales, donde a medianoche los hijos de los carpinteros y las hijas, a las que por fin también hay que cepillar, se desnudan y se muestran los unos a los otros sus filetes de cerdo biológico (¡alimentados a mano! Mejor no tener que montárselo en el pajar y ensuciarse, ¡mejor encima de la nueva moqueta de color beige!), es que ellos saben lo que quieren: la vida en la gran ciudad, sin tener que ir expresamente hasta allí. No hay ya ninguna diferencia en lo que se refiere a distracciones, allá donde estemos sólo nosotros, sólo nosotros, todo será grande y bello. En realidad nos ayudaría poder estar al mismo tiempo en todas partes. Y aquí lo tienen ya: ¡su placer! No obstante se sienten, no sé por qué motivo, acorralados, y quieren marcharse lo antes posible de aquí, y donde sea que vayan a parar, los hijos de los pueblos nada reciben, nada que otro no tenga también. E incluso sigue existiendo un legítimo derecho a nada, que es reclamado sin falta en cuanto el primer pezón rosado sisea bajo la tecnoluz estroboscópica para extinguirse de inmediato en una boca húmeda. Chumpa chumpa chumpa, retumban los bajos. Y los hijos de los Alpes, puestos hasta el culo, se desabrochan los pantalones megamodernos, que se han adentrado ya hasta en el último valle de la montaña, pero no por su propio pie, para eso eran demasiado flojos, siempre tenía que haber alguien dentro, alguien que nadie conocía, y los dejan caer caderas abajo, ¡hebilla del cinturón: fuera! ¿Dónde está tu agujón, quiero decir: tu púa? ¡Enseña lo que tienes ahí abajo!, y muestran rabos y tetas como Dios los trajo al mundo, la mayoría de las veces sin mucho cuidado, otra vez había demasiada gente en la tienda haciendo cola, también querían comprarse algo en el outlet de una megastore gigante. Guay, Dios, nadie te va a soltar un que-dios-se-lo-pague a cambio de que esta muchacha de catorce años tenga ya las tetas caídas como dos bolsas de la compra, para compensar, el resto de su cuerpo está prieto y henchido, ¡oh, no!, ahora me vomita a los pies, y encima hay uno que se cae ahí, justo en medio de la vomitada, enseguida se largará, aliviado, con su coche. Mi opinión es que Dios tendría que haber hecho horas extra y haber creado algo mejor. Algo bonito, como montaña, valle, un león y un coche Jaguar y un lago y cierta cantidad de música acompañándolo todo, más vale que sobre que no que falte, siempre, no, este lago no, no se cuelguen las medallas de otro, el lago lo ha hecho alguien distinto, pero, Dios, por mí podría usted haber hecho mucho más a menudo cosas de ese estilo. Pero el lago lo han hecho los hombres, que sin embargo ahora ya no me gustan, dice Dios, después de todos estos años han dejado de ser modernos. Su tamaño ya no es el que debería, ni tampoco su aspecto. Me compraré

la revista nueva para poder hacerlo mejor. Realmente la diferencia tampoco es tan grande, creo, realmente esta vez tengo razón en ese aspecto. La gente de ciudad y la de campo se aproximan unos a otros a velocidad vertiginosa, en algunos países ya ni siquiera existe el campo, la gente lee las mismas revistas y todos llevan puesto lo mismo, no quedan más que dos empresas que lo producen todo, y pronto no va a quedar ya más que una, que se adorna de muchos nombres, ¡oh!, se adueña, quiero decir. Es el destino de los seres humanos... acabo de olvidar ahora cuál, y unos cargan con él antes que otros, para compensar o bien se acaba antes o bien se pasa de moda. A fin de cuentas lo que cuenta únicamente es la carne abundante, rica y buena, que, como no se puede comer, se lanza en los locales una y otra vez, y otra más encima del mostrador, y se tasa y se pone de vuelta y media si no se ajusta a nuestras expectativas. Incluso la fábrica de fajas es en eso más indulgente con nosotras las mujeres, que necesitamos algo distinto a los hombres. Los cuerpos están inflados en puntos diferentes por obra de una prensa ávida de sensaciones que no respeta en absoluto los sentimientos, y los sentimientos son al fin y al cabo la sal del cuerpo. En cualquier caso, después habría que volver a casa en taxi, es lo más sano para todos, sobre todo para el conductor del taxi.

Por ahí va una mujer de mediana edad que un día parió a la Gabi, una teenager rebotante de alegría, eso es lo que es, como todos los otros también, una persona joven que prefería estar acompañada, no importa por quién, antes que sola, y un chaval joven que en estos momentos todavía está estudiando en un instituto de formación profesional, van saltando de poste de la luz en poste de la luz (cuando se pudren, son sacrificados y se plantan otros nuevos, como ardillas trepan entonces por ellos los nuevos hombres de la Ina Deter, que son lo que el país necesitaba, el señor Janisch jr. entre ellos, también él padre ya de un niño en edad escolar, con lo joven que es. Un último chorro de leche, ordeñado en una divertida noche en un local de baile, y después: pausa en la programación, fin de la programación y ¡se acabó!), y los dos juntos van pegando por ahí carteles que llevan el rostro de Gabi, una copia en blanco y negro de una fotografía de estrella original, sí señor, y encima fue seleccionada, pero desgraciadamente fue devuelta por el destinatario, y ahora todo el mundo lo puede leer, quiera o no quiera. Estas fotos no se pueden esquivar. Es por la tarde, el sol ya calienta mucho. Las chinchetas penetran solícitamente en la madera calafateada de los postes, que lo soportan pacientemente y con la cabeza bien alta. Por fin son importantes, no sólo para la luz y el teléfono (¡ambos imprescindibles en las tragedias! Mirándolo bien, podrían suceder cosas mucho peores, y todos lo verían con pelos y señales, y seguro que saldrían corriendo enseguida para contarlo. Y así es como enseguida lo tenemos todo junto cuando un hombre se quiere reconciliar con su novia en la televisión y ambos lloran lloran lloran tan fuertemente que la electricidad casi no da abasto). La madre y el novio de

Gabi lo han sabido enseguida: ahí hay algo que no cuadra. La Gabi no desaparece así, por las buenas, sin decirnos por dónde quería desaparecer. La existencia es una historia criminal, es increíble lo que le puede llegar a pasar a los seres humanos, la mayoría de las veces son pequeñeces, pero precisamente a éstas hay que echarles una ojeada, a la segunda ojeada las personas dejan de tener el más mínimo interés. Bueno, para mí no, pues yo vivo de su diversidad, que en efecto da más trabajo. No puedo definir a nadie como aburrido, y, si lo hago, entonces debo explicar prolijamente por qué. ¿Y por qué razón ambos, madre y yerno en ciernes, tienen tan mal presentimiento? Ya desde muy temprano. Recorren el camino que Gabi hace normalmente con el autobús o con la bicicleta, incluso paran a los conductores y preguntan. Ambos van a ir tan lejos, que llegarán a pie hasta la capital de la comarca, donde la empresa de construcción, el patrón de Gabi, se extiende bajo la lona celeste sobre el verde campo que limita todas nuestras ciudades, también las más pequeñas de ellas, sí, ¡sobre todo éstas! Sólo allí los aparcamientos para los clientes y para los trabajadores no cuestan nada, pues ya el suelo no costó nada. ¿Para qué ubicarse allí entonces? Carretera polvorienta, bancal cubierto de papeles para animales muertos, yo no quiero anotar una y otra vez lo que sucede aquí, pero debo hacerlo. De vez en cuando se llevan un siniestro total a remolque. A los heridos también hay que evacuarlos, no pueden dejarse ahí tirados. Ahí dejan su sangre, una parte de ella, y la modestia de sus pertenencias, allí un bolso medio abierto de mujer, llaves, bolsa desgastada, un pequeño talismán en el asa, un osito de peluche, por lo menos eso vive todavía. Sí, cuando uno conduce, tiene que prestar atención, siempre hacia delante, pero de vez en cuando también al espejo retrovisor, ¡no se olviden, por favor!, y uno debería dar crédito a sus ojos si aparece un camión a ochenta por la curva, ¡va en serio!, si viene por detrás, grande como diez búfalos, y le coge a uno con el cuerno antes de haber oído los resoplidos. Las carreteras comarcales son aquí carreteras sangrientas, y el paisaje es circulación sanguínea. Por eso también nosotros circulamos siempre en círculo y nunca llegamos a ningún sitio: porque no hemos entendido el mapa.

Las flores siguen floreciendo ahora. Nadie se las lleva de paseo sin haberlas matado previamente. Pero manos queridas esperan ya, y se alargan, tal vez sí habrá una nueva joya por añadidura. A mí nunca me habló de ningún problema, dice el novio de Gabi a la gendarmería, que prefiere mucho más abrir nuevas sendas en el control del tráfico que perseguir a las personas por sus viejos caminos trillados y gastados hasta llegar a lo más privado. Hay que atraparlas a tiempo antes de que desaparezcan o resulten aplastadas en la carretera de tal modo que no se las pueda ya ni reconocer. Actualmente en los distintos distritos se están organizando poco a poco patrullas de tráfico propias, que fueron equipadas —¡incluso con coches civiles! Sísí, ándense ustedes con cuidadito, aquello que se parece a ustedes mismos

y a su pequeña y familiar embarcación para la vida, en la que ustedes embarcan puntualmente cada día a primera hora para darle vida con unas chispas divinas y un poco de gasolina del pulverizador, cuidado: detrás de eso puede esconderse un lobo impetuoso en un BMW — con los medios técnicos indispensables. Perspectivas completamente nuevas se abren también gracias a la posibilidad de utilizar desde 1991 pistolas láser en el control de la velocidad. Ahí, por ejemplo, hay uno, que no es Dios, y dispara. Increíble, ¡formule de inmediato una protesta formal! Cómo que necesitan ustedes más luz, ya saben, eh, que circulaban demasiado deprisa. El cabecilla dedo ágil no necesita mucho más que ese dedo en la cámara-pistola para lograr con el objetivo un efecto radical (y duradero, ¡hay una foto de recuerdo!), y el objetivo es siempre usted. Para qué entonces la pistola, si ya lo podemos calcular a ojo de buen cubero, ésta que acaba de pasar iba a ochenta. Nonono, hoy en día ya no es tan fácil. Iba a noventa y cinco. El aparato ha hecho un esfuerzo brutal. Queremos saberlo con total precisión, y la legalidad de todas las medidas para la persecución de delitos hasta ahora permitidos sigue vigente, también tras la entrada en vigor de la ley para la policía judicial, ¡o sea que prepárense! Una garganta estimulante, un gaznate estimulante se pueden oprimir o rasgar rápidamente sin más arma que el ojo enigmático, que encuentra la región que la muerte gusta de visitar para un *picnic* de pareja, aun cuando sólo sea un par de segundos, eso le basta. Sí, aquí se puede vivir, piensa para sí la muerte, esa carne todavía es nueva o está casi como nueva. No me estaba esperando, bueno, me presento sin avisar, y nadie se va a enterar. Bien puedo venir una segunda vez puesto que a la primera no me ha visto nadie. Tal vez en la próxima ocasión incluso vendré a plena luz del día, a la que no tengo que temer. La primera vez no me pillaron, pese a que para cubrir con una presencia mínima patrullaban en el sector dos funcionarios. Afortunadamente la muerte sabe, ya que se le informó personalmente, por dónde figonean todas las patrullas: nadie me asusta y cumplo con mi deber, dice, o también puede decir: lo que hago está siempre bien, soy mi última propia instancia, de modo que no hay derecho de inhibición que valga, en ningún tribunal de justicia. Puedo ver cómo el desasosiego se apodera de ustedes. Se preguntan ustedes para qué existe algo con lo que no hay negociación posible; ustedes negocian incluso en la tienda de electrodomésticos y en la bricotienda, ¡incluso con el propio gendarme!, y consiguen muchas cosas más baratas de lo que habían pensado, piensen por ejemplo en su barbacoa para el jardín, un artículo de muestra, que si embargo no mostraba ninguna tara. A mí me conseguirán incluso gratis, pero lo que ustedes compraron previamente lo convertiré yo a cambio en algo absolutamente devaluado. Así que de momento no lo compren, compren mejor una vela, por dos chelines y medio, a alguien le servirá, ¡sólo para ustedes! Bueno, quién va a prestarles ese servicio, todavía no veo a nadie que esté dispuesto a hacerlo. Por favor, disfruten mientras puedan, para conocer así a más gente que haga algo así

por ustedes. Con la diversión, por desgracia, la gente nunca escucha, incluso cuando se les grita al oído, por puro placer. Una elocución pasada de moda a estas alturas, este pasaje debería suprimirse entero, creo, pero entonces quedaría todo demasiado corto. Los gritos de la pasión, ese griterío con el que los genitales, nuestros súbditos, se dilatan como si fuesen ranas y se les inflase más aún, casi como lo están ya sus propietarios, bueno, al fin y al cabo nosotros seguimos siendo todavía los dueños de nuestros cuerpos, ¿no?, esos gritos deberían entonces adaptarse al uso actual del lenguaje, ¿no es así?, así que, por ejemplo, ya pueden olvidar esa regla de que uno debe dirigirse a un gendarme tratándolo de usted. Y cuando éste les empotre sin miramientos su floreciente capullo entre las piernas, les aparte a un lado los molestos muslos con sus manos como palas, y los arrastre hasta los matorrales, a ser posible de inmediato, antes de que ustedes se hayan dado cuenta de quién se trata, golpeándoles en el pescuezo para que bajen involuntariamente la cabeza y se callen la boca, pues ustedes todavía no saben suficiente alemán, nuestra lengua nacional, para entonces, el gendarme ya tendrá la cabeza en otra parte, cerca de alguien que se mantenga con firmeza como un edificio y no ande todo el día peleándose como ustedes, bueno, pues entonces podrán ustedes tratarle tranquilamente de tú y llamarle Kurt, ¿y él dónde está? ¿Y dónde estamos nosotros? Quizás ustedes ni siquiera lo conozcan todavía. Eso sí que es mala suerte. Ya pueden ir dirigiéndose también a solas con él a la celda, y no precisamente para rezar, en fin, yo en su lugar no lo haría.

¡Salvaje, grandiosa agua, caes con la cabecita erguida, aun cuando ya se te ha domesticado! Aquí, donde precisamente ahora bramas, ni siquiera has sido clorada para los habitantes de las zonas residenciales, que en la ciudad se dan una ducha y encima quieren beberte (aunque prefieren beberse algo mejor, más fuerte). Desde las laderas de los Altos Alpes, donde nos encontramos en estos momentos, te despeñas para alejarte de nosotros y hacer algo útil, tal vez también para organizar algo divertido, cada cosa a su tiempo, primero el trabajo, después el placer, clara y fresca, gratis a domicilio. Por mí, los calcáreos Altos Alpes de la Baja Austria y Estiria pueden irse a pique sin ti, tampoco sabrían qué hacer contigo, o no, eso no es del todo exacto, no fue aquí mismo sino justo aquí al lado: ¡un lago entero y los árboles colindantes desaparecieron en las montañas calcáreas! Un trago y adiós, como si él mismo, el lago, no se hubiese bastado a sí mismo, como si quisiera pertenecer a alguien diferente, a la montaña, un gran lago, sí, ha hecho progresos, sólo que en la dirección opuesta, lejos de los admirados visitantes. Y a los árboles que observaban boquiabiertos en la orilla también se los ha llevado a todos de golpe para no tener que echar en falta nada de lo habitual en su subterráneo calabozo de montaña. A los visitantes los ha dejado allí. Tú, querida agua, tú, eres recogida en los empinados caminos forestales, en las laderas, en las praderas, en los peñascos, al principio tu aspecto es cautivador, transparente, brillante, para convertirte después en lodo, desplomarte en el suelo, mientras nosotros nos caemos contigo en los calcáreos agujeros sin fondo, pero sólo en los pequeños. Por aquí no hay dolinas que puedan zamparse lagos enteros. Para encontrarlas deben seguir ustedes hacia el sur. Agua: tú vienes, sí, también gratis a domicilio junto con todo el suelo, hasta las casas de esta zona para comprobar con tus propios ojos lo que te has perdido desde el día que tomaste la decisión de seguir siendo salvaje. Pero entonces te ajustaron las cuentas (la cuenta, por favor, también había pedido un agua mineral, ¿no?, sí, la he pedido pero no me la han traído), cogiéndote y enviándote a través de los tubos, sin otra misión que la pureza misma, para lo que en primer lugar era necesario cogerte y retenerte. ¡Qué felicidad, al principio, lograr atraparte en medio de los pastos!, pues tú lo único que deseas es salir corriendo. Pero pronto te habrás convertido en una verdad como un templo, que uno también se puede tragar si a pesar de todo no la llega a comprender; así que fuiste recogida de forma natural, aunque muy aguada, como todas las verdades aquí, para que, a pesar de todo, se te

pudiese digerir.

Aquí, a los pies de la montaña llamada Schneetalpe, y pronto irá subiendo hacia lo alto como un remolino, un hombre en mallas de colores corre a toda velocidad, como si él mismo fluyese, una sombra sobre las piedras, fuera del alcance de los ojos del mundo. Si quieren saber mi opinión: nadie lo podrá adelantar fácilmente, tras siete kilómetros sigue corriendo tan pancho. Otro ejemplo más de algo muy típico: un hombre inquieto que apenas sí puede mantener bajo la piel lo que tiene atrapado, y eso que la ropa le sienta bien, es más, le sienta como una segunda piel. Su enérgica voluntad me gusta. Pero no se trata de uno de esos que desean cosas buenas. Un espíritu que siempre niega, a menos que diga sí una vez. Qué bien. Su permanente descontento me gusta también. Así que lo uniré a mí y emitiré el veredicto ahora. A cada cual, lo suyo. Lo que a él le satisfaría, en cambio, no me gusta tanto. De modo que dicto sentencia, y dicto una dura sentencia. Y es que constantemente desea que le regalen algo, aunque se trate de una casa entera, ya lo creo que sí. Sólo espero que el subyugado que él tiene previsto, da igual quién sea, colabore cuando llegue el momento. Ha conocido a alguien muy importante para su futuro, y ahora no lo va a dejar escapar. De ahí puede surgir algo: el obediente oprime al sumiso. Ninguno de los dos va a llegar a ningún sitio. Este hombre sería capaz incluso de enfrentarse al agua, si pudiese encontrarla, pero el agua está definitivamente encerrada ahí abajo, ella misma es un lugar muy grande y se funde, mientras que el hombre sigue buscando sus límites. Nadie va a mostrárselos. Un segundo, ahora puedo ver los límites, están hechos de acero, parecen una barandilla y son transportables. No ha sido él mismo, el gendarme, quien los ha colocado ahí, han sido sus colegas de la capital, los han puesto delante del parlamento para proteger la zona de seguridad que los representantes del pueblo han levantado ante su pueblo para indicarle: tú no eres de los nuestros, pero no te preocupes, igualmente te representaremos. El jefe del gendarme informa con amargura a este mercenario que a menudo llega tarde de que ya no van a poder pagar más horas extras porque el país ya no tiene más dinero para eso, y el señor Janisch recibe la mala noticia con aparente sumisión. Otra vez una casa menos, como mucho dentro de trescientos años va a tener una menos. Eso también me gusta. Que pueda aceptarlo. De lo contrario habría que domar resueltamente a este hombre, aunque con sus deseos no hay quien pueda. Necesitaría ayuda, ya que no encuentra sus propios límites y va por el mal camino de su existencia, discretamente. Así que tampoco encontrará el agua, la hemos puesto bajo tierra. La tierra, unos labios que la han tomado. El hombre, en su incesante oscuridad colérica, jamás querría meterse ahí dentro. Ahí ya está el agua, para él no hay sitio previsto en ninguna parte. El suelo traga incluso casas, ¡piensen en la mina desaparecida de Lassing y en sus consecuencias! La casa, casi arrastrada por completo al interior de



la tierra, aún la pueden visitar ustedes parcialmente (la parte que sobresale del foso), si es que los vecinos se lo permiten, todavía se ven incluso las habituales jardineras con sus habitantes de colores, que con el tiempo han dejado caer la cabeza con tristeza. Todavía pueden ver las cimas de las montañas de muebles, queridos huéspedes, juguetes, trastos, cosas acumuladas por el tiempo, pero nadie tiene tiempo ahora para regar las plantas. Para eso habría que saltar diez metros y ser capaz de respirar en el lodo. Los vecinos no le desean a nadie que encuentre bonitas las catástrofes, pero ahora tienen un lugar en sí mismos al que los visitantes pueden acercarse en cualquier momento sólo para mirar. Y ni siquiera encontrarían ese sitio por su propio pie, tendrían que mirar en el mapa y preguntar a los vecinos, porque allí donde debería haber algo, sólo ha llegado la nada para ser bebida constantemente desde primera hora. Sólo en una casa más sólida se sentiría a gusto de forma duradera, cree el hombre, pese a todo lo que pueda pasar con las casas y lo que le pueda pasar a uno con las personas. No hace falta tener ningún miramiento con los desaparecidos, a éstos ya no se los ve más. Precisamente ahora el gendarme proyecta un trastero adicional en el sótano, bajo las escaleras. Si quita algo de aquí y pone algo allá, por ejemplo, una estancia subterránea radicalmente rústica (los huesos de los difuntos serían un buen adorno para las paredes), entonces vale, aunque fuese un hueco, una nada, que por supuesto también necesita paredes, si no, no sería una nada, si no, la casa entera, que a su vez también es un hueco, no existiría y, al igual que el claro en el bosque, sólo podrá llegar a ser casa en la medida en que tenga límites, hechos de sí mismos, los encargaremos de madera o de piedra, y después nos sentaremos cómodamente dentro. ¿Será ése el motivo por el que este hombre, en su soledad, que infunde respeto, desde hace tiempo ha perdido: precisamente sus límites y quiere conocer a alguien que se los muestre de nuevo? Y esta vez deberían abarcar un territorio más grande que hasta ahora, por favor. Nos alegraríamos si por una vez pudiésemos ver, y no solamente encontrar descrita, su cara, la cara del gendarme. ¿O es él mismo el que traza los límites? ¿Tendrá que olvidar algo de sí mismo? ¿Qué necesita para no tener que ocultar su luz sino poder verterla en una habitación bellamente amueblada? Si la habitación está tranquila, la luz le dará siempre justo entre los ojos y después caerá sobre la alfombra persa, precisamente ahí donde el cigarrillo hizo un agujero. Precisamente gracias a ese agujero conseguimos la alfombra tan barata. Nosotros, por el contrario, con nuestro sentido de la justicia, no tenemos que ir tan lejos para encontrar nuestros límites fronterizos. Son terribles, afortunadamente por esa razón están vigilados por gente armada. Basta con que corramos tres horas seguidas, hasta que llevemos la lengua fuera. Pero al corredor de maratón, medio desnudo como va, tampoco le bastan cinco horas, entonces nosotros, él y yo, leemos el periódico local, que no quiere que los extranjeros crucen las fronteras, a menos que reserven una habitación de hotel o encuentren refugio, algo más barato, en nuestras granjas,

junto a los animales. Estas tres líneas y cuarto, pero sólo éstas, ni una letra más, no tengo nada que regalar, las dedico al pobre hombre de Sri Lanka, el único superviviente pescado ayer en el Danubio, cerca de Hainburg, el resto de refugiados, así como el bote hinchable, zozobraron y se ahogaron y desaparecieron. Se han inventado expresamente cámaras de visión nocturna, con sensores de calor, para controlar las fronteras. Las personas que buscan protección son reconocidas por el detector incluso cuando se echan al suelo. Con estas alfombras humanas, por lo menos éstas no tienen agujeros provocados por quemaduras, pues en estos casos directamente hemos quemado ya la alfombra entera, ponemos en práctica nuestros modos lisonjeros, que requerimos para todos aquellos extranjeros que deben ser acariciados, degollados y excluidos. A los demás los abofeteamos nosotros mismos como es debido, y luego los devoran nuestros queridos ríos, para que no tengamos trabajo de más con ellos. O sea, encima de las alfombras de carne humana aquí ya no resbala nadie, ahora se recoge a las personas como a nuestros manantiales, se las reúne y se las echa a los contenedores enrejados para los residuos. Y si entonces gritan, ponemos encima una tapadera. Volvemos a saber todo lo que habíamos olvidado en lo que concierne a la humanidad cuando observamos a los animales y ellos a su vez nos observan a nosotros. Y aún sabemos más después de observar a los extranjeros a través de esas cámaras de visión nocturna y ellos a nosotros no, pues ellos, por su parte, no tienen cámaras de éstas. Sí. Aunque los extranjeros estén echados en el suelo, nosotros continuamos viéndolos: ajá, así que allí está nuestra frontera, única y propia, ya la encontraremos una vez la hayamos trasladado a otro lugar. Ya le enseñaremos a nuestra pareja dónde está esa frontera si lo pillamos *in fraganti* y se hace el sueco.

El gendarme, a quien en realidad queríamos describir antes de irnos por las ramas, ha adquirido por mucho dinero, sólo para salir a correr, un reloj especializado y un medidor de la frecuencia del pulso y una pulsera a secas, ¡ay no!, no es cierto, ¡son todo regalos de una mujer! Con ellos podría dar de comer a alguno de esos infelices durante una semana, si es que al pobre le gustan los relojes y sabe cómo cocinarlos. El gendarme está informado de eso, y se trata de una información muy sencilla: antes el agua aún estaba aquí, justo debajo de mis pies. Este hombre excursionista y atlético se conocía bien el sistema geo-informativo. Este hombre de la ley, por supuesto de su propia ley. El suelo, el agua, el bosque eran indispensables, se les atribuye, como a él, un conjunto de tareas de una complejidad extrema y no pueden equivocarse ni en el qué ni en el cuándo deben hacerse. Desgraciadamente ahora hemos perdido a la naturaleza; cuando la buscábamos, al mismo tiempo pusimos orden de forma práctica. El agua debe estar en el suelo, el bosque debe estar encima del suelo, el agua no debe estar encima del suelo, y el bosque no debe estar dentro del agua, de lo contrario, el agua se derramaría, quiero

decir, se nos vendría a nosotros encima. Continuamente debo tomar decisiones de cariz político, económico o relativas al fomento de la técnica, con consecuencias de un vasto alcance, siempre que deseo decir algo acerca de la naturaleza. No se puede decir de otro modo porque la naturaleza ya no existe, ¿por qué razón debería volver ahora de repente? ¿Sólo para que yo pueda observarla esta vez con más atención? La naturaleza es lo contrario de algo que tiene que contarnos algo, aunque a menudo cuenta tanto para nosotros. Por eso ahora debemos expresarlo de algún modo, para que salga realmente todo. En estos momentos, la naturaleza no se ve en ninguna parte. Por favor, entréguenme su eficiente base del proyecto y de la decisión, a partir de esa base podré escribir algo completamente nuevo sobre la naturaleza, si es que es eso lo que de veras esperan de mí.

Cuando era niño, a veces el gendarme se iba con su padre en bicicleta valle abajo, siguiendo el riachuelo, mientras el agua, sosegadamente, salía a borbotones de las profundidades, recién llegada de las alturas de la montaña, y, todavía con el ímpetu de su procedencia, muy muy arriba, brincaba sobre las piedras, obra suya, pues toda agua viene de sí misma, por ello se pertenece a sí misma y a nadie más, y nosotros la hemos robado y malgastado, ¿qué?, ¿no? Y también salía a pasear, el hijo con el padre, todavía me acuerdo de eso personalmente. El padre era amable, incluso a veces bueno y protector como una cabaña en los Alpes, muy distintas de las tradicionales cabañitas meteorológicas, donde uno nunca sabe a qué atenerse: a veces sale la moza, a veces sale el zagal, y uno no puede decidir cuál de los dos le gusta más. Uno tiene la íntima fantasía de que el escogido se le siente encima de la cara, con el pompis desnudo, las piernas a derecha e izquierda colgando como dos pares de cerezas en las orejas, y entonces uno piensa involuntariamente: ya puestos, mejor el zagal. Tiene más chicha. Tal vez el colorido de la personalidad del padre, también gendarme, dejó mucho que desear. Ya que estamos con el agua: al hijo su padre le parecía monótono, como si en él no se reflejase nada que pudiese reconocerse, como si su interior se hubiese empobrecido a costa de la presión por ascender y el continuo cumplimiento del deber que el que fuera hijo de labradores tenía que demostrar. Pese a que el hijo siempre tuvo todo lo que necesitaba, la cosa funciona así: para empezar, hacer caso omiso del hijo, después, ser estricto otra vez, eso es de justicia, porque si durante mucho tiempo no se le hace ni caso al niño que uno está levantando, al final el niño se caerá algún día por las escaleras del sótano. Vigilar estrictamente al niño, a ser posible darle a menudo para que dé bien de sí. Eso le va de maravilla, porque así puede reconocer ya desde muy temprano la diferencia entre las conductas del padre, concretamente mediante el código de conducta justa con los animales. Una conducta es justa con los animales una vez se han aclarado los siguientes puntos: posibilidades de movimiento, constitución del suelo, contacto social, clima del establo (¡aireamiento!, ¡luz!, ¡Dios!) e intensidad de

la vigilancia (¡maestros!, ¡jarabe de palo!, ¡de leña!, ¡de caña!). A todo esto se le asignan puntos, y si el niño tiene que hacer el examen, deben de salir más de 25, y los progenitores, que como indica el nombre son su proge, deben aprobarlo. Al pasar por delante, el padre te hace una seña con la cabeza como quien no quiere la cosa, bueno, entonces es que no va a pegarte, por los menos en los próximos diez minutos. Tal vez pegue a la madre, eso aún le gusta más, pero a ti no. Esta vez todavía no. La próxima vez quizás sí. Habrá que esperar. A todo eso, el padre ha fallecido, de un cáncer. ¿No parece como si fuera ayer cuando el padre hacía leer al chaval en la ciudad, como ejercicio de lectura, los rótulos de las tiendas? El chaval mira lo que hay en el escaparate y entonces dice el nombre de la tienda. Mal. Pero si sólo hay las cosas que se pueden ver, ¿no? Incluso los bosques, pero no de esos que cumplen prioritariamente una función benéfica porque tienen que protegernos, rechazan los peligros reduciendo a puré a personas, asentamientos e instalaciones que no han atendido ni a las normas positivas ni a las omisivas de la Administración. Sí, los bosques descienden personalmente cuando se ponen furiosos. ¿Quién lo habría dicho de ellos? No les duele verles sufrir a ustedes por ello, ¡sus casas todavía se encontraban en este sitio hace un momento! ¿Acaso ese padre no era cariñoso con su hijo, ese padre a quien el hijo se le subía por las barbas después de que aquél le hubiese pisado adrede los dedos de los pies? ¡El hijo debe levantar los pies al andar!, si no es mucho pedir. No arrastrarlos así por la gravilla del jardín del hostal. Adonde uno sólo se permite el lujo de venir una vez al mes. Si les parece cariñoso, del mismo modo podrían considerar que los matorrales esparcidos en mi jardín delantero son ornamentos.

El padre había adquirido muchos compromisos con el hijo, sin embargo siempre se mantuvo, el padre, como en una especie de extrañamiento lejano y opalescente, nebuloso, y es así como debe ser. Parece que el hijo observa con agradecimiento al padre en una foto preguntándose por su paradero: nos hemos mudado. Nueva dirección: fila 14, tumba 9. Así que ya no necesitamos al niño durante uno o dos años, ya que su padre está con Dios. Para un pastel de queso u otro pastel blandito sería un suceso inaudito poder subirse a una escalera, para un hombre normalmente es una tarea ridícula, una insignificancia. Con eso no quiero decir más que, y por qué no lo he dicho enseguida: todo niño quiere provocar la admiración de su padre, no importa cuál sea el motivo. La madre tiene que encargarse del resto, eso es más de lo que yo o cualquier otro podría olvidar jamás. En el caso que desgraciadamente debemos tratar aquí (dado que él no sanará por sí solo, voy a probar ahora con un tratamiento de la raíz dental), la madre era una bebedora anónima de vino tinto, como tantas mujeres en esta región. Allí donde las aguas no marchan alegres así sin más, sino que siempre se precipitan de golpe, ya lo dije antes, no se las atrapa tan fácilmente, en cambio el vino puede correr a raudales.

La marca más barata. Bueno, este vino doble lo guardaremos ahora mismo en el banco de la cocina y además nos sentaremos encima. Así, si lo necesitamos y aún nos podemos levantar, lo tendremos a mano, tan sólo tendremos que levantar la tapa del banco. ¡Seguro que la madre todavía será capaz de saquear su oficina bancaria! Es lo suficientemente grande y sustanciosa, especialmente cuando se ve doble, para abrirse de modo que todo el vino, en su vestido verde botella, alagartado, se pueda deslizar por sus manos y desaparecer con un movimiento fluctuante en una boca, siempre la misma. ¿Qué caracteriza a la relación madre-hijo? Una relación íntima de dulzura, comprensión y otros aspectos positivos la caracterizarían si tal relación se pudiese establecer. Ahora debo retirarme a un segundo plano, pues yo, ignorante, sólo conozco las relaciones madre-hija, y a éstas tampoco las acaricia el sol que madura precisamente. Vamos, que no me colorean la cara. Como acompañamiento a todo esto, aunque por desgracia muy de cuando en cuando sobre nosotros: el cielo, de un azul indescriptible, con nubes encima recortadas con precisión extrema, avanzando y reflejándose en los batientes abiertos de las ventanas, centelleantes como libélulas. El saludo materno también trazaba en ese instante estrías en los cristales, aunque hayan pasado ya tantos años; ¡un segundo!, ¡ahí se mueve alguien todavía! ¡No puede ser! Mamá, te has mojado y ensuciado el pompis mientras guardabas cama, dice el hijo para sí. No tenía la intención de pensar sobre ello. Buscar algo así directamente tampoco era su intención. Y se va con el coche porque le parece necesario: ojalá que la vida algún día me lleve hasta alguien que merezca la pena, hasta alguien que valga por lo menos tanto como la bella mujer que viene de la nada en el anuncio de l'Oréal. Así que hay mujeres que no son como mamá. Más bien son como plantas trepadoras que cubren la pared de una casa, ojalá que sea la nuestra, y cuando uno se lo pide cordialmente y les da el abono necesario, entonces dan fruto, y yo me pongo justo debajo y lo recojo, piensa el gendarme.

El padre le ha cambiado a la madre la ropa sucia, ha sacado a la madre del interior de las bragas a sacudidas como se sacan los desechos del interior de un saco, los huesos de gallina sobresalen punzantes por todas partes: el saco aún se puede utilizar otra vez, los desechos no. ¡Un segundo!, al revés, fuera la orina, la mierda, y, como siempre, todo lo que apesta se encuentra entre las piernas. ¿Es que no se pueden buscar otra área de descanso ésas dos, ésas que nos dejarían ser humanos cómodamente en su centro porque, por lo menos ahí, se nos permitiría serlo? Así era. Y por supuesto después volvió a haber bofetadas para la madre, con su continuo enmierdamiento. El florecer de esta mujer, la mujer de un oficial, no hay que olvidarlo, parece haberse producido siglos antes de su verdadero final en la muerte, y desgraciadamente el Dios/Padre, de muy mala gana, ha tenido que acabar mucho antes todavía con el metesaca. ¡Prueben ustedes algún día a vivir en un

montón de mierda y moverse además! Nadie en el pueblo tuvo jamás la más remota idea de las competiciones alcohólicas de la madre del gendarme contra sí misma. O a lo mejor todos lo sabían porque todos lo hacen, y si no tienen tiempo para eso, entonces sus familiares deben hacerlo en su lugar. Yo no sé nada, pero lo digo. Todavía la puedo ver hoy, cómo obliga al minúsculo bisnieto a subir al patín acuático, eso es, el Patrick, me acaba de venir su nombre a la cabeza otra vez: solito con la bisabuela, que, vociferando y lanzando improperios, justo en este instante empieza también a tambalearse como una loca en el patinete. Bueno, lo que hubiese podido pasar en otro lago, en uno más profundo, Erlaufsee, que apenas habría notado ese pequeño peso pero lo habría engullido igualmente, es mejor no imaginárselo, por eso también me lo ahorro. En el fondo no ha pasado nada: una mujer vieja, un niño, ¡con qué velocidad desaparecen! Sí, esta agua, este amado lugar cercano a la madre Mariazell, donde se puede aprender a navegar a vela e incluso a hacer submarinismo, quería por una vez hacer algo por sí misma y tragarse un pedazo de barquito. Alrededor tiene los pastos salvajes y los altos manantiales, a cambio a veces se le permite comer algo, se me ha ocurrido a mí, y en eso tal vez el lago me llevaría la contraria, si pudiese. Además, después de rescatar a las víctimas, el lago quedaría bien bonito en la foto del periódico, nos guiñaría el ojo con sorna y a la vez seduciría a otros forasteros, que deberían hacerse amigos.

La madre del Kurt, en medio de todo eso, siempre se ha contenido mucho, o por lo menos lo ha intentado, tengo que reconocerlo, hay que dejar paso a la justicia. Eso ya es algo que Dios jamás haría; en la yerma tierra, en el profundo bosque, en las cimas más altas y en el valle hendido, absolutamente todos empujan el codo, ¿por qué sólo los hombres? ¡No, si las mujeres también lo hacen!, lo que pasa es que no se las creería capaces de tal cosa. Vaya. Kurt, el hijo, ha deseado desde entonces, durante todos estos años, construirse su propio paraíso en la tierra, por si acaso. Nadando se puede salvar uno en situaciones precarias, sí, si es que uno sabe y por casualidad se encuentra en el agua en esos momentos, sí, nadando, cuando sea necesario, pero con eso no se llega mucho más lejos en el duro sendero de la vida. Y sólo lo que uno hace por sí mismo está bien hecho. Desde el principio, el gendarme siempre fue abstemio. Pero una vez y no más, y a partir de entonces ese principio dejó de tener valor para él. Y cuando ocurrió que otra compañera de botella (sí señor, se sentaba en la escuela de la vida justo al lado de la madre de Kurt Janisch, echen una ojeada, ¡allí, en la penúltima fila! Y todas las demás filas también están prácticamente ocupadas por sus amigas), en el último estadio del colapso de las funciones del hígado, le cedió su casita como renta vitalicia, y concretamente a un tal señor Ernst Janisch, conocido personalmente por ella: no recuerdo en absoluto haber oído jamás un grito de socorro de su boca desde que su prometido no volvió de la última guerra, y de eso hace realmente mucho ya. O sea que el gendarme Kurt

Janisch, que contribuyó a este negocio irregular con la palma de la mano, embutió a su hijo, junto con su pequeño clan, un total de tres cabezas, en esa cajita de casita forrada de algodón de la vieja, una mujer que, pataleando como una manada de reses, noche tras noche y además en toda la casa, siempre que lo consideraba necesario procedía a la lucha contra todo tipo de animales malvados, y continúa procediendo hasta el día de hoy, sí señor, todavía vive, ¡adelante mis valientes! ¿Empiezan ustedes a liarse con tanta mujer vieja? ¡No hay cuidado! Si conocen a una, ya las conocen a todas. Sus maridos las han golpeado hasta que se les detuvo el corazón, y las esposas han empujado el codo hasta que su entendimiento dejó de funcionar porque se les salió chorreando. De todos modos, no se puede ofrecer más información sobre la beneficiada de la renta vitalicia, no sea que vaya a parar a una residencia y su propia residencia acabe en el último momento en manos extrañas. Los animales que busca, sin embargo, desaparecen siempre con toda certeza tan pronto como se los ha atrapado, es decir, naturalmente sólo cuando la vieja arroja agua, harina, azúcar o manteca de cerdo sobre los fogones candentes de la cocina. Sólo los recuerdos arrojados al olvido jamás deberían ser despertados, se los confiaremos con gusto al fuego cada vez que se levanten y quieran cocinar algo, por ejemplo, una pasión antiquísima que hace tiempo que dejó de ser cierta. El fuego lo elimina todo limpia y rápidamente, también lo que ni siquiera está ahí. Tan sólo nuestros parientes deben quedarse un rato más, no obstante, sólo en nuestra memoria, y entonces, en la interminable mina subterránea, serán pasto de los gusanos y las larvas, que podrán roer los huesos tranquilamente. Los familiares, en el envoltorio amistoso en que se los arrojó, de algún modo no están tan muertos como todos esos quemados que no han dejado ni rastro, ¿no creen? Yo creo que Cristo así lo quiso, y después fundó nuestro estado para que en él las personas ya puedan estar muertas en vida, de lo que se alegra especialmente, todos, todos le pertenecen, antes y después. Quieren conseguir su muerte ya en vida. Jesucristo cree que todo esto es un acto organizado sólo para él, ¡un fantástico evento! Y en realidad sólo hay uno que le apoye sincera y falsamente, un tal arzobispo Krenn. Dios promete la vida eterna, y la gente aquí sigue viviendo con fe cada día, como si fuese para toda la eternidad. Por eso han escondido sus libretas de ahorro. Bien hecho. Pronto las preciadas libretas tendrán que llevar los nombres, ya nada funciona anónimamente. Bien hecho. Eso también.

Los hombres de la familia del gendarme, dos cabezas, incluso veo media porción ahí, el Patrick, están muy metidos y muy al caso. Todos ellos conocen ya los aspavientos y los alaridos por la bisabuela, pero la mujer del hijo, como es natural, tuvo que acostumbrarse al ingresar en la familia a que las personas ajenas al bosque, a los prados y a la televisión le pareciesen a uno animales, auténticas bestias que no están ahí. Pero ayer tampoco estuvieron en la televisión, ¿de dónde vienen entonces?

En adelante prefiero no hablar del bisnieto, Patrick, ¡uno menos!, pues ya lleva auriculares en los oídos, tiene un televisor conectado al espacio sideral delante de los ojos y la puerta cerrada. Pronto escuchará mejor música, la conocerá y la entenderá e irá tras ella, eso hasta que el coche en el que se le permita viajar se haya enroscado en uno de los árboles del paseo. Por desgracia, todavía es demasiado pequeño para eso. A todo esto la vieja, con toda la profusión de su casita, ni siquiera lleva puesta una bata. Tampoco le hace falta. Pues solamente en una casa está uno realmente protegido, más allá de eso puede uno salir a pasear desnudo y después volverse espantado, pues brazos y piernas y todo lo demás no son lo bastante bonitos para ser presentados públicamente; sólo por lo que vale una casa carga uno voluntariamente con una escena como ésta. Bueno, precisamente por eso el trueno que retumba y el rayo que muerde no pueden entrar aquí de ningún modo ni quedarse como si fuésemos su garaje. Eso si uno dispone de un protector contra descargas eléctricas, que en todo caso no debería poner en contacto con las cañerías del agua, yo tampoco sé por qué. Está prohibido.

Ahora por fin vuelve a ser hoy, así lo quiero yo. ¿No lo oyen?, ya sólo se percibe el aproximarse del agua, igual que el de la madre, que inesperadamente suelta un sopapo porque uno todavía tiene la mano en el monedero de ella o en la propia bragueta del pantalón, un juego que uno, en realidad, desearía jugar completamente solo; sí, las casi silenciosas suelas del paso del agua, que no hace falta que sean el último modelo del escarapate, avanzan echando pestes con audaces líneas aerodinámicas, siempre incansablemente, lo principal es que sea ¡montaña abajo!, pero el agua ya no saldrá más a la luz del día. Permanecerá oculta a nuestros ojos. Lo que quedará serán diminutos manantiales infantiles, para los caminantes y sus cantimploras, conducidos torpemente por pequeñas tuberías metálicas, debajo de las cuales se colocó, sin cariño y sin sentido razonable de la proporción, un tronco ahuecado de una grosería jamás vista antes. Goteo cansado, dos pequeños cadáveres, tanto la madera como el manantial, que se meten el uno en el otro y en las botellas o directamente en las bocas. No seamos compañeros temerosos de la luz, seamos fuertes, orgullosos, por supuesto que sí, con gusto, por favor, ¡enseguida!, a los que hay que seguir inconscientemente como hace la bestia de Gralla, un zorro, con la llamada de la selva. Pero que además controle sus instintos salvajes, eso no se le puede exigir al animal. Así o de un modo similar podría pensar la nuera del gendarme mientras rasca los fogones de la cocina y le enrosca los pañales a la vieja para que no se los vuelva a quitar enseguida. Huele de forma penetrante a quemado, a orín y a mierda, esos viejos y queridos hermanos que ya conocemos, ¡si son mis parientes preferidos! Como prueba de su incapacidad para hacer cosas pequeñas e insignificantes, el hombre presenta a su mujer como su socio, que, por favor, debe solucionarlo todo rápidamente y con un



olor neutral, ¡para qué si no las tenemos a ella y a la droguería autoservicio! El socio ya debe tomar en consideración de qué y cuánto dispondremos más adelante, o sea toda la casita, terreno incluido, tal como está bien registrado ante el notario de la ciudad, y en el principio fue el Verbo, afortunadamente no el mío, ¡estén tranquilos! ¡Eso sí que hubiese sido fuerte! Así que he caracterizado muy bien el amor, creo, tan bien como pude, el amor, en el que las mujeres siempre creen tener que llevar la voz cantante. Con eso nos quedamos ahora. Todos los suspiros y lamentos que conlleva, y que me he regalado expresamente para un acto solemne, esta vez me los ahorro, además, como siempre, nadie me regala nada. Algo tan complicado como el amor, por favor, que no vuelva a venir a mí otra vez, que se vaya con los guapos y los jóvenes. Ya lo tuve aquí por primera vez hará unos quince años o así, no, otra vez no, ¡please!, no tengo nada en casa que poder ofrecerle. Yo ya tengo bastante con lo que sé sobre él, y ustedes seguro que también, cuando extienden sus bracitos para conseguir librarse de esos brutos que todavía nadie ha pulido (o que no han llegado a nada), que desean penetrar en su interior pero les abordan por el lado equivocado: arte, pieza para piano, reproductor de CDs. En eso yo y otra mujer ¡estuvimos trabajando tanto!, y ahora esto. Ahora ambas somos ya mayores que entonces, cuando éramos jóvenes. Quién se lo va a reprochar a nadie, si sólo quiere una casa para conocerse y para descubrir hasta dónde es capaz de llegar: a matar, a enlucir las paredes, a pulir los suelos, a pintar los muebles de la cocina o a empapelar de nuevo las paredes. Al igual que si hubiese que sacudir huesos en lugar de ciruelas de un árbol frutal, lo que en la teoría y en la práctica es imposible, así debe uno esforzarse día a día en vano para recoger por fin los frutos de sus actos. Pero no hay que acercarse demasiado, no le vayan a caer a uno en la cabeza. Pero sí moverse, si no, no se llega a ningún sitio. Lo único que cuenta es la propiedad, ¡estamos tan felices de haberla conocido a tiempo y de que, aunque no del todo por propia voluntad, prometa quedarse con nosotros! Pero tendremos que alimentarla como es debido. Propiedad, ya sé, ya sé: a algunos no les gusta la comida y quieren marcharse, o no les gustan los vecinos. A veces la sola visión de la propiedad nos pierde, entonces desaparecemos del todo, qué bonita esa casa de ahí y esa otra de ahí delante, esa todavía nos gustaría más, y nosotros ya no contamos para nada, sólo la contamos a ella, LA PROPIEDAD.

Pero ahora vamos rápido a la parte contraria, a la contraparte, que por amor a sí misma desea ser amada. Ése es su pasatiempo. ¿Qué nos dice la dama que sabe tocar el piano y que además lo dice en serio? Esto es lo que dice: querido, si quieres puedes colgar un espejo allí en la pared, en medio de los muebles que tú mismo habrás escogido con antelación y premeditación. ¡Pero no te vayas! ¡Puedes colgarte encima la casa entera, pero no te vayas! Si lo hicieras tendría que prepararme para la soledad. Mi afecto debería transformarse en desafecto, y eso no le gustaría. En

esta casa están todos los ahorros de mi vida, para eso los he ido acumulando, para poder vivir cómodamente algún día, cuando ya no fuera joven. Ahora ha llegado la hora. Yo personalmente he educado con gran esfuerzo a la casa, en el curso de adiestramiento y, más adelante, en la ceremonia de graduación, ¿no fue bonito? ¿Qué es lo que te pido? Te lo pido: ¡no te vayas! Llévate la casa, pero tú: ¡quédate! Dame por lo menos la dirección del lugar donde vayas a colocar la casa ¡cuando te la hayas llevado! Porque llevo ya una o varias relaciones catastróficas con uno o varios hombres espantosos, y ahora quiero ser rebelde una última vez, gracias, y pedirte de todo corazón ¡que no te vayas! O no me quedará ya nada. También puedes vender mis preciadas figuritas de porcelana, atesoradas a lo largo de los años, muchas de ellas regalo de mi vieja profesora de piano, tengo que llamarla otra vez, pero no tengo ganas, sólo tengo ganas de ti, de modo que puedes vender todas esas apreciadas cosas, porque, como tú dices, sólo ocupan espacio, espacio que tú, acto seguido, llenarás contigo mismo. Pero si te quedas ahí, a mi lado, ¿no serás de esos hombres que le tienen miedo a la convivencia? No, no serás de éstos, precisamente en esta revista pone que eso se manifestaría de un modo muy distinto, y tú jamás te manifiestas en absoluto. ¿No serás de esos hombres que reconocen haber cometido errores y que hablan de un futuro en común sin que éste exista? No, no serás de éstos tampoco. Por mí puedes derribar esa tentadora pared de ahí delante si quieres, realmente parece, como yo, haberte tentado a hacerlo, parece, como yo, gritarte: no deseo otra cosa que derrumbarme y, si sobrevivo a eso, quiero casarme contigo, y entonces seré tan feliz que sí podría morirme. Nosotros, los solitarios, nos refugiamos en lo oculto, pero nos alegramos cuando, como refugiados, podemos salir del escondite aunque sea para ir a prisión. Si quieres puedes abrir una brecha en la pared con el macho de fragua, aunque la brecha no lleve a ninguna parte, hazlo hazlo, y que sea para amarme más. Jamás llegarás a entenderme, pero aun así tampoco debes olvidarme nunca, y por mí puedes derribar ahora mismo la pared ésa de ahí delante, no hace ninguna falta que me consultes, si es lo que quieres, tú mismo. Consternada por el efecto sobre mi pobre pared me quedaré ahí sentada, pero no mucho. Enseguida querría volver, como un niño al Padre celestial, al que los niños pueden acercarse los primeros, para que Él les regale Su reino. Y en el jardín delantero puedes construir, si quieres, un invernadero cubierto de cristales térmicos, lo que impediría el acceso al sótano porque así el final de la escalera quedaría tapiado. Tendrías que pensártelo de nuevo y volver a mirarlo en el plano, pero lo que sí puedes hacer es abrir una puerta detrás, por la que podrás entrar a la casa directamente. Lo malo es que entonces tampoco vas a poder acceder desde el sótano a la planta baja porque habrás legado la puerta correspondiente. Pero ¿dónde estará el plan de ejecución de obras? Puedo demostrarte resolutivamente que tengo razón, pero ahora no encuentro el plan de obras, a quién le importa, quién lo necesita, para qué tenemos que ir al sótano, para

qué planificar, si llevamos a buen término los planes antes de tenerlos. Al fin y al cabo nosotros nos encontramos sin planearlo. En un cruce así sin más. Así y sin más.

¡Por favor, no te vayas! ¡No te vayas! Algo así me imaginé en cuanto llegaste. Me habrías echado de un modo demasiado ultrajante si te hubieses ido. Sin que nadie me hubiese dado una razón. ¡Dime por qué! Abro la boca delante de las pocas amigas que me quedan, y después de un largo torrente de palabras, ¡oh, no!, se me acaba de derramar algo sobre esta hoja, que no se cayó de ningún árbol, más bien es parte de lo que una vez fue árbol, vuelvo a cerrar la boca. Pero en cambio me abro a mí misma para experimentar algo, y después me vuelvo a cerrar. Todo eso es un dominio ilimitado, pero no es mi dominio, es el dominio del trueno y del grito, de la espuma rugiente y de las nubes que se desploman, no: que ascienden como el hongo atómico, y bajo las que el amante, camuflado, puede decididamente tomar cartas en el asunto y medidas contra su adversario (igualmente amante ¡como él!), y afirmar que lo han enviado desde el cielo a su pareja, aunque con la dirección incompleta, de modo que la pareja, siendo la que es, tampoco acaba de ser la adecuada. Pero si la dirección la completaron en la oficina de correos del Niño Jesús, ¿cómo es que entonces no se recibe bien lo que yo digo y hago? En resumen: éste es el inmenso dominio de las casas unifamiliares y multifamiliares reformadas. Para que los seres humanos por fin sean felices, deben levantarse todos de golpe de sus lugares para buscar su propio camino, pero entonces resulta que siempre se vuelven a casa, donde pueden hacérselo entre ellos o con otros muy distintos, o bien esperar a que alguien que quiera hacerlo con ellos llame. No importa. Para eso siempre será necesaria una casa, una casa conserva siempre su valor. El cuerpo se arruina. A muchos les aflige no poder tener todavía este u otro hogar. El amor y la pasión lo aguantan todo, pero no se aguantan el uno al otro.

El nacimiento del agua de los altos manantiales comprende 600 kilómetros cuadrados, a eso lo llamo yo casi inmensidad. Un amante como el que éste no es y una amante como ésta deberían aprender, es mejor empezar cuanto antes, que si se quiere ser feliz, siempre hay límites, aun cuando ahora parezcan todavía lejanos, y que no se deberían cruzar a no ser que realmente se sea el agua en persona. De lo contrario, tarde o temprano se acaba en la ciénaga, que por otra parte también ha sido hecha por el agua cuando no tenía nada mejor que hacer. Ahora viven allí, en ese terreno sin árboles, unos animales tan ligeros y agradables... ¡qué agradable!, pues son pequeñitos y normalmente no hace falta verlos, sólo las plantas, las hierbas de agua dulce, las cañas, el carex (¿y eso qué es? Por favor, si ustedes lo saben, ¡escribanme enseguida!), los juncos y las espadañas para roer, lo que les digo: ¡un paraíso! Todas esas plantas echan raíces en suelos saturados de agua o por lo

menos temporalmente inundados de agua. ¿Les prometí demasiado cuando les garanticé que ahí iba a pasar algo? Obsérvenlo todo con calma. Pese a todo, ustedes no pueden convertirse en agua, o sólo muy muy difícilmente, entiendo muy bien que sea eso lo que quieren ahora. Por mí, de momento sólo pueden convertirse en polvo. No hace falta que me lo agradezcan, con eso ya les ahorro bastante, todo lo de en medio ¿verdad? A lo sumo, si se tiene el valor suficiente, uno puede derretirse ante la presencia de otro ser humano. ¿Cómo? ¿Tampoco es su estilo? ¿Más bien algo para las lonchas de queso que vienen en prácticos paquetes abrefácil? Cuando por fin fuesen líquidos, muchos de esos animales revolotearían junto a ustedes y en su interior, por fin podrían ustedes verlos, ¡podrían convertirse en un lugar de invernada! ¿Qué les dirán a los gansos de las nieves y a otras aves migratorias acuáticas? ¿O prefieren mejor ser un criadero? ¿Garzas, fochas, cormoranes? No volverían a estar solos nunca más, eso se lo puedo susurrar, pero ustedes no me van a oír. ¡Estos animales gritan siempre tan alto! Como ejercicio preparatorio estaría bien, para variar un poco, ser dulce como la Claudia Schiffer (vosotros, vosotros que próximamente entraréis aquí, no vais a ser muchos, por supuesto, pero debo deciros que ésa es la única mujer del mundo que en este espacio de tiempo no se empapará con la lluvia del autoodio), querida por todos, ¡si supiera cómo hacerlo! Pero todavía me gustaría más saber cómo se hace para tener ese aspecto. Observen ustedes la nieve, cómo la besa el sol, a decir verdad desaparece, pero ¡cómo lo disfruta! Se lo digo yo: ¡se siente divinamente! Así deben hacerlo ustedes. ¡Pueden olvidarse de sí mismos! Hasta hace poco creían ustedes que satisfacían sus propios deseos y no los de unas imágenes cualesquiera, ¿qué imagen deben ofrecer los seres humanos, después de que el deporte haya acabado con ellos definitivamente? Ahí estaban ustedes sentados, iban en bici, hacían carreras de sacos, corrían, como recién nacidos, recién salidos de la cinta de correr y de la máquina de remos, y así se calentaron, acabaron presos del cansancio, la indolencia, ajá, se olvidaron de apagar el hornillo en la sauna y de juntar aquellas piernas que van juntas. Juntaron otras. ¿Cómo? ¿Que en su gimnasio hay un tipo en el fitness-bar que le está haciendo señas? Increíble. ¿Fuera espera ya su BMW? No me lo puedo creer. Si es así, ustedes deben de tener menos de veinticinco años o vivir en las afueras de la ciudad para que, si él viene de fuera, el camino hasta ustedes no sea tan largo. Y justo ahí, en la tienda de deportes, que en realidad también es una galería humana, acaba de aparecer ahora mismo ese excitante hombre, pelo largo, torso desnudo, pantalones cortos, en la trinchera de su pantalón se balancea una bebida isométrica, o la lleva metida en su bolsillo trasero, y ahí han encontrado ustedes a un hombre al que ahora tendrán que escuchar con atención, una figura aureolada, y además de todo eso, encima ¡con una apariencia de una inocencia apabullante! ¡Precisamente es eso lo que no entiendo! Alucinante. Ahora mismo no sé la cantidad de kilos que pide que le coloquen cuando levanta pesas. Uno al que tendrán que escuchar con

atención, les guste o no, y aunque en realidad él no quiere hablar con ustedes. Mientras tanto sus ojos buscan nerviosos por toda la sala algo mejor. Nunca demasiado concentrados. ¡Qué lástima! Un alto grado de afinidad entre dos personas, un buen número de coincidencias, sencillamente todo cuadra. Pero entonces: él me ha inducido a que todo mi pensamiento discurra completamente trastocado, me dice ahora una mujer. Pero yo no la escucho. ¡¿Qué estoy diciendo?! Lo que yo les diga: uno vuelve, como Dios manda, a hacer ejercicios de calentamiento para la vida una y otra vez, aunque, por desgracia, con tanto calentamiento las vitaminas ya se han muerto todas. Ahí estamos sentados, en nuestra causa y efecto, abrazando al otro desesperadamente, como si él alguna vez hubiese estado ni que fuera un poco atraído por otra persona; me siento incómoda ahora, pero en estos momentos encuentro el agua y sus viviendas mucho más sublimes que su sentimiento, sobre el que usted me escribió ayer, y que, como veo con decepción, es más pequeño de lo que me había detallado, pues usted vive todavía; en cualquier caso, este sentimiento suyo seguro que es más pequeño que su casa. ¿Cómo si no podría alguien, incluso con toda circunspección, vivir a su lado? Eso es lo que usted desea. Protección. Lo máximo. No baja el listón. ¿Cómo ha llegado este hombre hasta mí?, se pregunta esta mujer, y también esa de ahí. Teme estar completamente sola, pues todos se han apartado de ella, y en general teme haber perdido una cantidad de energía terrible con el hombre antes siquiera de haberlo llegado a tener. Kurt Janisch. Si fuese humano, le dolería que la mujer diese en el acto años de su vida por él, pues ella cree que cuando él aparece el cielo se abre: se entra pero ya no se sale. Sin embargo él sólo quiere su casa, ¡pero qué pequeña es al lado de sus sentimientos! Pero eso él no lo sabe todavía. Y cuando lo sepa, ya será demasiado tarde. Qué quebradizo es el ser humano, desde lo alto del Equivalente Habitante que él ha creado, hace sus cálculos a partir del ataque diario de las aguas residuales industriales y de servicios, que normalmente no le importan, y de sus aguas residuales domésticas (platos, baño, etc.), que seguro que le importan. ¿Por qué no se duerme uno sin más y sueña? No lo sé, pero muchas gracias por haberme indicado esa posibilidad. ¿Qué habrá de miserable en mí que sólo se me puede utilizar para escribir? Aunque de todos modos salgo bien parada, comparada con ustedes. Y es que tal cantidad de sentimiento no se puede describir de ningún modo. Nadie me lo va a echar en cara si yo tampoco sé hacerlo. Si uno quiere llevar esas cuentas, ha de arreglárselas con el agua, como hacen algunos colegas, como el señor Fuentes y la señora Fuentes. El fuego también vale, pero devora demasiado, demasiado deprisa. No deja nada. El agua deja más, ¡ha traído tantas cosas!, principalmente árboles, rocalla, lodo, etc. ¡El amor se lo dejo a ustedes! Si no, tendré que hacerlo yo también. Bueno, va, pues me meteré en medio con mis pies, de todos modos nunca me fijo por dónde piso, yo, la señora de la lengua, por lo menos ella me tiene cariño, ¿dónde se habrá metido ahora? Ni siquiera a ella puedo retenerla

conmigo. Don Grima. Don Asquer. Aquí dos nombres con los que también lo haría. Los nombres pueden memorizarlos ya, también los suyos podrían estar entre ellos.

Vamos bien, ¿no? Sin bombear, el agua llega, a través de pendientes libres, canales tabicados y galerías, hasta la ciudad, donde debe dirigirse al búnker, quiero decir, al depósito. Lo hemos prometido, pero es él, el depósito, el que debe mantenerla, esa promesa. Cómo vamos a hablar de aquel que mata por amor, a sí mismo, a otros o a nadie en absoluto, o bien por un motivo distinto, detrás del que voy a lanzarme, porque está claro que tengo que hablar, igual que un pescador con el buitrón cuando la presa amenaza con escurrirse y desprenderse del anzuelo. Uno no debería dejarse llevar por la suerte, es mejor el aire que mueve un aeroplano o directamente nuestra querida agua, ahí la tenemos, cumpliendo con sus obligaciones, haciendo sus necesidades, que son ella misma. Agua, de la que hablo y canto sin interrupción, ese barullo resplandeciente que en pocas líneas ya nos ha llegado al corazón, el agua además tiene vigas más consistentes que nuestros sentimientos. Los sentimientos dicen: si me amas realmente, entonces haz esto y esto y esto también. Sin rechistar.

Sin el corazón desbocado ni jadeo ninguno, en buena forma, el gendarme, que en estos momentos está fuera de servicio, de lo contrario no estaría aquí, sigue haciendo avanzar sus musculosas piernas por delante de sí mismo, siempre una detrás de la otra, y el impertinente cuerpo siempre le lleva algo de ventaja, montaña arriba, hacia donde los pies jamás quieren adelantarle a uno. No pueden porque el cuerpo no lo quiere, él tiene su propio sentido del ritmo. Toda persona debe seguir a su cuerpo, claro está, es su estrella guía en la oscuridad. El gendarme entra en escena en su propio escenario, pero es tan rápido que, apenas ha entrado, ya ha vuelto a desaparecer y vuelve a aparecer en otro sitio, sesenta, setenta, ochenta centímetros más adelante, mucho más no, dándose prisa, casi sin quererlo, como si lo llevase a sus espaldas esa agua subterránea. Que es capaz de eso, lo sabemos, sí, justo esta agua de aquí, en esta prisión colectiva que retumba por debajo de la tierra y que antes, por encima de la tierra, se embelesó y se envenenó cuando alguien le echó algo dentro que no tocaba. No obstante, enseguida lo arrastró la incansable fuerza de la naturaleza, esa incesante reaparecida fuera del horario previsto, y cuando la vemos es como si nunca se hubiese marchado. Claro que cuando la vemos sólo es por un breve espacio de tiempo. Ahora ya sólo se ve la casita del agua construida en el peñasco, en la que, por desgracia esclavizada pero llena de energía, alborota y quiere salir ahí, no, no de ahí, lo que quiere es pasar por ahí, como siempre montaña abajo, de lo contrario haría falta una bomba. Y esa capacidad que tiene el agua de despeñarse la hemos aprovechado los humanos tal como nos aprovechamos de todos y de todo lo que nos llega a las manos. Ahora el agua tiene

una razón para cumplir con su deber, pronto, en la tele, causará la admiración de los platos y tazas del vecino bien parecido, lavados con ella y con un producto muy especial, bendito sea su nombre. Hasta ahora la han persuadido, sí, al agua, todavía estamos con el agua, de su utilidad, y ahora cree en ello firmemente y renuncia a hacer carrera, al estrépito, murmullo y barullo. Estas tres palabras son buenas, creo, las conservaremos tanto tiempo como podamos y entonces las reciclaremos, si se puede. No debemos repetirlas demasiado a menudo, si no, nos lo echarán en cara. Y cuando decimos que está pensada para beber después de todo lo duro que tenemos que vivir, que es para un animal interior a quien en cierto modo también le resulta bastante duro porque siempre que la quiere matar recibe un cubo lleno en la cabeza o la manguera del jardín a máxima potencia en la cara, no nos cree na die.

Kurt Janisch, para su edad, que tampoco es tanta pues se encuentra en sus mejores años, está en unas condiciones excelentes. Para eso se entrena, claro, por hoy ya ha terminado con los estiramientos, que normalmente hace en casa, delante del espejo de la habitación de sus padres, tal vez para controlar si todavía está ahí, no, el espejo no, ése está encastrado en la puerta del armario y ya lo tenían sus padres. En todas las casas debe haber un espejo, y si es demasiado pequeño para nuestra estatura, entonces hay que buscar uno más grande. Qué raro, un hombre tan bien parecido, casado, católico, apostólico y romano, y va y no quiere prodigarse en la vida pública, a pesar de que seguramente todo el mundo estaría encantado de mirarlo, no, nadie tendría prejuicios contra él. En casa sí que le gusta mirarse, a veces casi interminablemente; ¿de dónde sale ese temor a lo desconocido, pero todavía más aún a sus conocidos? Siempre anda por los lugares más apartados, que se conoce al dedillo, no en vano ha crecido allí. Se dirigen a él, involuntariamente, miradas de hombres y mujeres, bajo los abetos y los abetos rojos y los alerces, a menudo miradas de forasteros que pasan aquí sus vacaciones y entre los que el enojo sobre el tiempo y las personas con las que no se puede conversar, pero que están en mejor forma porque uno no dispone más que de tres semanas al año para hacer lo que le venga en gana, está muy de moda. Sin embargo, delante de un plato con una merienda como Dios manda a base de tocino y un vino doble y un buen aguardiente, se esfuman pronto las reflexiones y son reemplazadas por la inconsciencia. Uno puede empinar el codo a diestro y siniestro, sobre todo si es abstemio, pero el gendarme, lo dicho, no tolera bien las miradas de los extraños, que enseguida considera desdeñosas. Para él son como bofetadas que en realidad debería repartir él, miradas que hacen que su cuerpo se devore como a sí mismo interiormente con una especie de pudor, sí, ya me he dado cuenta, siempre lo mismo: devorar. Realmente es cierto lo que dijo el poeta: el pudor le sobrevive siempre a uno, da igual si eso le importa o no, quiero decir, da igual si a uno le importa que quede algo de sí mismo. Ahí tenemos a uno que sólo desea largarse,

que le quiten de en medio, y que no obstante hace todo lo posible para estar ahí. Uno que desea dejar las marcas de su casita plantadas en el paisaje como tótems. Deben estar y hablar por él, ya que él no es muy dado a hacerlo a pesar de que las mujeres se lo exigen continuamente. Quieren que, hablando, su interesante personalidad sea más interesante aún, que quede entrelazada como ocurre con esa brillante tela metalizada. Algo centellea, ¿qué es? ¡Ah, bueno! Ha sido el jersey, no el empaste de oro. Primero las mujeres quieren ir de boca en boca, abandonarse a divertidas batallas dialécticas, pero después quieren que se las calme y se las colme, p. ej., cuando alguien se pone los labios de su vulva en la boca, los sorbe ligeramente y después los mordisquea, lo que no hubiese hecho ninguna falta pero ha resultado satisfactorio. Sí, por favor, otra vez, la semana que viene otra vez, y la siguiente, hasta que no quede nada de nosotras, ¡es que nos hace tanto bien! Eso es el amor. El gendarme prefiere buscarse un techo bajo el que poder subir y bajar por una escalera. Y que el coche esté en su plaza de aparcamiento correspondiente o en el garaje. El gendarme ha cubierto completamente con hormigón una buena parte del jardín para su coche, pese a que su mujer hubiese querido cultivar ahí sus plantas. Para algo tan superfluo sólo queda sitio ahora en un minúsculo rincón. El resto ha sido pavimentado para la eternidad, aun cuando el humus de debajo hace tiempo que vuelve a estar sano y desearía poder volver a respirar. Así que a la mujer del gendarme sólo le queda esa estrecha franja para sus flores, pero ojo, en ella se amontonan las floreadas plantas de jardín en lujosa formación, se lo ha currado, el pedacito de jardín es su pasión. Todas las plantas que han sido plantadas en el vivero por su criador tienen una espesura tres veces más mayor de la que se suele dar en la naturaleza, sólo en el catálogo de jardinería tienen esta espesura, como la mata de pelo del Creador, que con notoriedad nos lo pinta todo muy bonito; jamás hubiese dicho que un civil, no siendo Dios, pudiera crear también ese tipo de plantas, pero veo que es posible, la naturaleza realmente lo consiente. Sí, yo podría amar esas plantas, pero las hay sólo por partida doble, en el catálogo, por un lado, y en este fragmento de jardín delantero de aquí, por otro, para que la gente las pueda mirar, sí, eso también forma parte de todo esto, ¿cómo que mirar?, ¡por supuesto!, por los agujeros de entre las estacas del cercado o por arriba de los listones superiores. Una mujer es otra cosa. Otra mujer sería a su vez otra cosa distinta. Esta mujer quiere ver cómo admiran su trabajo, ella no es tan misteriosa como su marido, todo lo contrario. Se alegra de poder tomarse molestias con su jardín, que sus amigas admiran, amigas que sin embargo no se le permite tener, sólo tiene vecinas. El marido no ve con buenos ojos que chismorree con ellas, ni ve con buenos ojos nada de lo que otros vean o tengan, precisamente porque lo tienen ellos y no él. Prefiere comprobar si es cierto que esta mujer se aferra a su posibilidad de existencia, o bien si estaría dispuesta a soltarla si se la convenciese de que le sobra. Las sobras no las quiere; así es él de desconfiado, ni siquiera se fía de



los rayos de sol que caen en el jardín de su mujer como un ejército, uno que no destruye sino que trae fertilidad consigo. Sí, por ahí sale el preciado sol, por ahí delante, sólo tienen que mirar tranquilamente, es gratis, pero pónganse antes unas gafas ahumadas. Ni una pizca de maleza entre las espuelas de caballero y las aguiléñas, que en ninguno de los dos casos aparentan serlo de veras. A mí me parecen extrañas orquídeas.

¿Cómo lo hace esta mujer? Podría ganar premios, pero no se le permitiría, a menos que fueran amortizados en efectivo. Este jardín es como un magnífico pañuelo de seda, tejido soberbiamente con los colores más maravillosos, tan bello, ¡genial! Delante, una puerta maciza ante cuya visión uno desea perderse para ser salvado de ella. Otros desearían ser transparentes para poder colarse a través del cercado y poder leer tranquilamente los letreros colocados en el suelo al lado de cada planta, ¿dónde los habrá comprado la señora Janisch? En el caso del hombre, nada serviría de nada. Aunque: tímido no es, realmente. Es como si su cuerpo fuese un idioma que él mismo aún tiene que aprender con gran esfuerzo, mientras que otros ya lo conocen. Otros incluso a veces se hablan a sí mismos en lengua extranjera y dejan así de entenderse. Pero eso ya no les importa porque les gusta aprender cosas nuevas sobre sí mismos y lamentan que eso no vaya a salir nunca en el periódico. Se dicen: ¿en qué coño estaría yo pensando para casarme con esta o con aquella mujer? Estos valientes se despiertan entre las piernas de alguien que apenas acaban de conocer. Ellos son hoy el poder. Sí señor, esos respetables, eficientes y laboriosos se han convertido hoy en un poder, al que yo, de ustedes, no le pondría trabas, ¡de mí misma ya me fío más!), a no ser que conduzcan un Jaguar relampagueante, uno como el que desearía tener el nuevo ministro de finanzas, y como yo misma también desearía, ¡se acabó, se acabó! El ministro también se ha marchado y uno nuevo ha ocupado su lugar. El país se llama: Austria. ¡Conózcanlo a fondo o váyanse de puntillas! El gendarme, en cualquier caso, sabe siempre de dónde es, pero no quién es. En cambio, las mujeres quieren conocerlo más y cada vez más a fondo. A él no le importaría, su plan de ejecución de obras le bastaría, vale, al menos rima, aunque no es de las buenas. Ya nada nos sería extraño. No habría nada más contra lo que luchar, se podría mortificar a todo el mundo, y ni siquiera así se granjearía uno enemigos. Todos serían como nosotros. Como nosotros. El gendarme piensa poco o mucho, según sea necesario. Pero habla poco, y cuando lo hace la boca se le mueve como si estuviese sujeta por una pinza de acero, hasta tal punto llega a reprimirse al hablar. Apenas sí consigue abrir la boca, ni siquiera para saludar. ¿Cómo es posible que a las mujeres realmente les pueda interesar tanto algo así? ¿Porque no escuchan atentamente lo que él dice y por esa razón él puede convertirse en su héroe, ya que los héroes jamás tienen que hablar y le parten a uno la boca como si nada? Tal vez. Al fin y al cabo ya hablan ellas

mismas, eso es algo que las mujeres saben hacer, para ello no necesitan ningún tipo de conocimiento previo. A eso sí llegan, aun cuando jamás hayan puesto el pie en la escuela superior de la vida; eso no se les permitió porque tenían uno o varios hermanos que hubiesen reventado en el infierno de la insatisfacción de no haber podido estudiar en aquel entonces. Jamás acabaron. Con los estudios. Vamos, por favor, esta mujer de aquí lo ha conseguido con su propio esfuerzo. ¡Con qué paz despachó sus modestos negocios a lo largo de decenios! Tocar el piano, qué sé yo. Ya había conquistado el cielo antes de llegar aquí y traer consigo el cielo expresamente para añadirlo al puzzle de las montañas, justo en el lugar preciso, y bueno, aquí él también tiene aire fresco para los despeñados a los pies de las montañas, y todos llevan las resistentes botas Goiserer, que, como su propio nombre indica, provienen del pueblo llamado Bad Goisern, al igual que unos pocos escogidos en el mundo. Es un lugar pequeño, no todos podemos venir de allí. Sólo Jörg H. puede. Volvamos al cielo. Esta mujer buscó durante mucho tiempo el cielo, seguramente lo había puesto a sus pies, pero precisamente él no es: el suelo. Y ahora, apenas lo ha encontrado, lo ha invertido enseguida en cierta persona. Por desgracia él también se perdió sin que la mujer se diera cuenta. Este hombre y en cierto modo la paz del mundo y la música de muchas melodías, y: la lectura, su pasatiempo, todas estas cosas eran el sentido de su existencia. Ahora sólo queda este hombre solo. Paciencia, me estoy anticipando. No voy a descubrir ya ante sus ojos mi ejército al completo, de hecho también tiene pies de barro, pero no es de China. ¡Cómo que paciencia, si ya se han dormido todos! ¿Para qué he empezado a poner encima las ramitas y las flores que casualmente han ido a parar a mi red de camuflaje? Para que no vieran enseguida todo lo que estaban viendo venir, y ahora va y me apagan. Les ha bastado un golpe de mano. Antes de haber podido explicar lo de la aprendiza y Mürzzuschlag, y de que ustedes hubiesen podido hablar y reír sobre muchas de mis declaraciones previas, de las que hoy amargamente me arrepiento.

Oigo música, es como mi vida desaprovechada, se la oye, de lejos, es la música de la vida, y un instante después ya se ha extinguido. No sé hacerlo mejor. Por lo menos levántense en silencio y váyanse a casa, allí seguro que habrá algún libro que lo haga mejor.

A menudo, las mujeres se le pegan al gendarme, como miembros de un cuerpo del ejército que tiene un código de honor: ¡siempre pegadas al pie del cañón! Pero este hombre siempre realiza una elección previa determinada, antes de que con las mujeres haya auténtica diversión bajo las rebosantes nubes, antes de una tormenta, detrás de la pista de baile, arriba en la ladera rocosa, donde los últimos árboles frutales casi se echan a perder en la rocalla y, aterrorizados ante el primer

frío, arrojan su fruta antes de haber madurado. Las mujeres, que dejaron sus coches en el primer aparcamiento elevado abatido por el viento (ahí hay una vista panorámica y, más arriba, donde la naturaleza restalla ya al viento como una bandera, otra más) y se lanzaron al viento de los montes, se acurrucan a escondidas bajo los abetos para hacer sus necesidades, salvo si se oye a alguien, y al hacerlo expulsan el aire con jadeos, pues no están acostumbradas a una pendiente como ésta, en resumen: estas mujeres han madurado para el amor sin haber encontrado todavía la felicidad de la cosecha. Y ahora la exigen, esa cosecha que son ellas mismas, esas generalas de mejillas encarnadas que perdieron todo su ejército en el viaje, tercas, adelante, hacia la cima. Saludan algo tímidamente a todos los caminantes con los que tropiezan, casi sonrojándose, y nadie se da cuenta de que ellas sólo tienen a uno en la cabeza, a ése que ya les mandó la citación expresamente para hoy. A ése quieren seguir, para que se pueda hacer el importante, lo que no me parece ni conveniente ni necesario, pues al fin y al cabo lo perderán todo en lugar de ganar ni que fuera un tiesto de flores nuevo. No hay duda, hay uno que les gusta especialmente a las mujeres, pero no lo reconocen. Es gendarme de profesión. No deberían hacerlo, no deberían: ponerse en manos precisamente de ese hombre y encima poner la firma debajo de modo que en cualquier momento les puedan recordar su compromiso, en un juramento declarativo con el que juran que Jesucristo se les ha aparecido y les ha vaticinado que con ese hombre serán felices con toda certeza. Con Él. Sólo tienen que renunciar a los otros. Hombres como éste ya han detenido en semáforos en rojo a madres de niños pequeños, y han dejado a los niños en manos del tráfico y de la nada, del tiroteo procedente de las salvas de los faros sobre el asfalto húmedo. Y si las mujeres se lanzan a sus brazos, pese a que yo las he advertido, entonces deberían terminar con esa fijación por lo menos antes de que el pegamento se seque, y en lugar de eso la pared en la que ellas querían colgar la foto de él simplemente desaparezca, fuera. Su afecto debería transformarse en desafecto, creo, mientras todavía tengan tiempo para hacerlo. A las mujeres por desgracia siempre les basta con que alguien les regale un sentimiento, después nunca consiguen determinar a quién se lo enseñaron. De repente ya no está, ¿quién fue el último? Desgraciadamente ya no me acuerdo. No importa, la relación sigue, las tensiones con la familia crecen también, inestable le llaman a una y no sabe por qué, pues una está enganchada al hombre, a prueba de bombas. No se duda: de un amor, y no se abriga: una sospecha. Ahí va uno que la lee y ni siquiera tiene que pasar las páginas, pues ya la conocía de antes al dedillo. De repente podría ser demasiado tarde, cuántas veces habré escrito esta frase, y continúa siendo buena. Esa frase ¡es indestructible! Por desgracia siempre tengo que añadir cuándo es demasiado tarde. Esta vez, sin embargo, no lo puedo decir, pero tengo un mal presentimiento. Qué le vamos a hacer. Ahí está mi reloj, justo delante de mí. Escribir, eso es como matar moscas a cañonazos. ¡Qué bobas son las mujeres! Todas. Sobre

todo las intelectuales (por lo menos no tengo que contarme entre ellas), como embaucanovias al que conocí una vez me aseguró personalmente. Y ellas se echan a perder precisamente porque creen que es demasiado tarde para ellas. Quién prometería matrimonio si sin hacerlo también llegara puntualmente al tren, para largarse con libretas de ahorro ajenas, anónimas, ya ven ustedes, y a ese tipo de gente ¡seguro que el tren la esperaría! Pero no al revés. En vez de que las mujeres empiecen a ahorrar en la madurez de sus años y a economizar con ellas mismas. Cualquier litro de vino decente sabe que con los años mejora y sabe lo que más o menos costará entonces. ¿Saben ustedes lo que en una residencia de ancianos les van a soplar? A ustedes y a todo lo que ustedes posean, y el resto lo tendrán que poner sus hijos, que estarán muy enojados por tener que poner tanto dinero. ¡Qué! ¿No lo sabían? Desperdiciar no es la palabra adecuada para estas mujeres. Se ofrecen enteras solícitamente, pero al mismo tiempo quieren reservarse e incluso sacar una buena tajada, pues todavía quieren arreglar un par de cosillas para el futuro, asistencia íntima incluida, cosas que ellas creen que alguien necesita. Primero ser encerradas, después asistidas por los loqueros. Eso es lo que necesitábamos.

El gendarme siempre es todo oídos para sí mismo, no tiene nada ni a nadie más. No necesita a nadie. Lo tienen bien merecido. Sin embargo, se obstinan en decir que no lo merecen, ¡sientan ustedes por un instante o escuchen con atención! Ni siquiera el dinero es tan egoísta como para ofrecerse y reservarse al mismo tiempo. Hay algo, ¿pero qué es?, algo que la lanza como con la caña de pescar, ¿no es un pez dorado lo que pende en el sedal, todavía ágil y gracioso, como en la vieja película homónima?, no importa, pasa zumbando, devanándose a sí mismo sobre el paisaje, ese yo femenino, sí, ahora veo que se trata de un auténtico yo, que desde hace pocos años, desde que hay una ministra exclusivamente para eso, que por desgracia ya ha sido suprimida, se ha acostumbrado, y los periódicos lo han animado además, a tomar exclusivamente decisiones por sí mismo. Y un día da en el clavo y se decide por alguien a quien ya le tiene echado el ojo, con lo que duele arrancárselo, y ése se lo carga sucesivamente todo. Para ello no necesita siquiera una disputa. Le basta con estar ahí. Lucho por ti, dice la mujer. No, gracias, no hacía ninguna falta, dice el hombre. Se trata de alguien que tranquilamente establece sus contactos: casas, terrenos, jardines, viviendas. Todavía no ha tenido demasiado éxito, de momento, pero en el más inmediato futuro quizás sí pueda convertirse en el héroe de una flota entera de casas. Presidiendo su buque de vapor, en el que será el almirante. ¿Restos de sangre en los huecos de las escaleras? Los quitamos con un trapo, no pasa nada. ¿Restos de esperma en pelo púbico ajeno perteneciente a un cadáver? ¡Ay, madre! ¡Deberíamos haber pensado antes en eso! Hubiese sido mejor hacerlo cuando apretábamos muy ligeramente el centro nervioso (situado en el

recodo del curso de la arteria carótida) de una desesperada, ¿qué pasa si hemos dejado material con ADN aprovechable, como en el caso del cabello en el tristemente célebre asesinato del lápiz en St. Pölten, cabello que coincidía totalmente con una determinada persona? No, sobre cómo fue a parar el cabello a los expedientes ya no sabemos nada. Dado que esta vez no se ha consumado el acto, en ese aspecto no debemos preocuparnos, por una vez sólo se han movido la boca de ella y la mano de él, lentamente, por el cuello. Ya han desaparecido en esta zona diversas mujeres, que quede claro, nadie sabe adónde fueron a parar, una época nueva se abre camino, y también estas mujeres se abrieron un día, hacia algún sitio: autostoperas, montañeras de países extranjeros, una viuda que vivía sola, no tengo ni idea de dónde están ahora. Una vez se encontró en el bosque un esqueleto que tenía enrollada al cuello una media de señora, la mayor parte de la media se la habían llevado los animales, quedó demasiado poco para los médicos forenses. El pelo de la cabeza del esqueleto, restos del color desteñido de una leona, ni idea de a quién pertenecía el pelo. El ser humano se mantiene en pie gracias a la energía, y nosotros se la hemos cortado en este caso y en cualquier otro. No fue demasiado difícil. Pero antes, apenas tres días antes, p. ej., esa desesperada, con la cabeza echada hacia atrás, agarraba fuertemente con el coño un rabo como si no lo quisiera soltar. ¿A qué ha llevado eso? Al final ha llevado al final. Con tal enamoramiento, esta joven se ha hecho directamente con una trampa: el hombre, debajo de ella, no podía salir de ningún modo del asiento del coche. Casi ha sido presa del pánico. En primer lugar, ella lo ha introducido suavemente en su interior, y entonces él ha creído que ya no podría salir nunca más. Como si quisiera agarrarse a un modo de existencia singular y completamente nuevo, de este modo esta noche se ha lanzado enfurecida sobre él, aunque él en realidad es intangible, y se ha sentado encima de esa cosa que, como siempre, él apuntaba tesa hacia las alturas. Sin opción a resistirse. Esta mujer se ha abalanzado entonces sobre él, le ha sacado el rabo de muy buenas a primeras y lo ha utilizado como manual introductorio en su interior. Pero cuando él estaba dentro: vacío bostezante. ¿De dónde leches saca una persona su personalidad cuando no tiene ninguna para llenarse? A menudo los extraños deben llenarla y pagar un precio muy alto por ello. Y si esos extraños no quieren pagar, entonces tiene que pagar uno mismo. ¡Pueden morir en el intento! Ése es el principio de la pornografía, aun cuando uno no tenga ni idea de leer: para afuera, para adentro, y tras un par de centímetros ¡sanseacabó! No da para más. Según las circunstancias sí podría ir mejor. Lo puedo hacer yo con cualquier puerta, o cualquier lápiz con el bolsillo de la camisa, ¿por qué no iban a poder hacerlo ambos entre sí? En el caso del hombre, tal vez no sucediese del todo voluntariamente, no esperaba sacar nada de esto, tengo la impresión, pero la carne joven es un buen partido que no puede pasar desapercibido tan fácilmente, por lo menos con la potencia con la que el partido se manifiesta, en masa, a favor del señor Haider, y

encima quiere música de acompañamiento. La mayoría, sin embargo, toca su música contra ese señor y se divierte lo suyo al hacerlo. Más tarde le hemos limpiado la vagina a la muchacha con un trapo del maletero, y seguro que el trapo habrá dejado restos filamentosos, sencillamente lo hemos tirado a los matorrales, pero unos cuantos kilómetros más allá, ¡no!, desgraciadamente lo hemos dejado caer justo donde estábamos, ¡ay, si por lo menos pudiésemos acordarnos! De no haber sido tan vagos para quitar de en medio el trapo, todo hubiese sido mejor, por lo menos para no dar la sensación de que el asesino es indescriptiblemente estúpido. Por ahí hay tirados un montón de kleenex completamente duros por todo lo que han tenido que absorber a lo largo de su vida. Pero el indicio más importante en el revoltijo de pelo púbico serán con toda seguridad esos estúpidos hilos. ¿Pero de qué le sirven a uno si el trapo correspondiente no puede ser relacionado con la persona correspondiente? Le sirven a uno si el esperma adherido a él puede motivar una detención si, tras los exámenes radiográficos, éste se puede atribuir a una persona concreta. Y con las secreciones que están pegadas al lado se puede detener entonces a la mujer que fue envuelta en un plástico y atada con cuerdas, ¡un momento!, ¡no!, ¡si a la mujer ya la tenemos!, sólo nos falta encontrar a su asesino. Bueno, yo creo que enseguida se sabrá quién era la mujer, su foto cuelga en los postes por todos lados. Además aquí todo el mundo la conoce. El hombre debe, a ser posible antes del cierre de los negocios y del hallazgo del cadáver, volver al lugar de la pasión extinguida y registrar los matorrales. El trapo debe desaparecer algo más lejos, y, quién sabe, tal vez haya rastros más viejos, sobre papel, que también lo señalen a él, serán algo práctico para los gendarmes. No tiene ninguna gracia. El hombre deberá revolver en la basura, recoger el trapo y deshacerse de él. De lo contrario, los colegas llevarían ese trapo al laboratorio. El hombre está cansado. Lo han exprimido hasta la última gota.

No, seguro que aún no, casi no me lo puedo creer: el rabo casi saca otra vez la cabeza por la puertecita para mirarle, como un niño curioso, sólo con pensar en ello. En todas esas mujeres y en lo que ha hecho con ellas, y en lo que todavía tiene intención de hacer. Parece haberle gustado, quiere saber qué pasó con esa chica, la que lo manejó traviesamente, casi con descaro. ¡Pero si ya lo sabe! Este hombre es incorregible, para él no hay base de planificación que valga cuando sigue a su rabo, que quiere endurecerse y afianzarse dentro de alguien, pero que no tiene ningún gancho para hacerlo. Las mujeres en algún momento se desasen, y él entonces sale de ellas. Todas las noches, al dormirse junto a su mujer, sacude, solo y solitario, su sexo, su árbol de mayo, que aunque esté puesto durante todo el año, siempre queda algo en la punta, sorprendentemente. Para este hombre es como si esa sacudida se transformase en sueño, y así debe de ser porque en algún momento llega la calma, cuando el sueño por fin se digna a distinguir también a los incansables. Una

muestra divergente de comportamiento tan bonita como ésta la hemos pintado ahí en la pared. Ya no puedo separarme de ella. Siempre es posible pedir más y más informes sobre las personas, pero los policías, los encargados de la investigación, sólo ven la superficie de todo lo que les cae entre manos. El resto, a la basura. El psicólogo de la policía, con su perfil del asesino equivocado, debería volver a la escuela de artes y oficios y dibujar uno nuevo. El resultado de la búsqueda, la muerta, ha sido encontrado, un momento, en estos momentos todavía no lo tenemos, pero pronto recibiremos la mercancía, pero la fantasía nuclear que desencadena el asesinato no se puede encontrar porque no tenemos ni idea de dónde debemos ir a buscarla. Este hombre es un salvaje, pero muy reservado, otros tienen un cuarto con equipamiento deportivo y para sus pasatiempos y con eso están tan contentos. No es de extrañar que el psicólogo pueda darle en cualquier momento una capa de pintura a ese cuarto, al que buena falta le hace. Ahí hay una persona que desde su niñez se ocupa preferentemente de sus heces, pero, como se puede comprender, no lo hace en público, no es ningún perro, así que no la podemos observar en directo cuando lo hace. No habría ninguna cámara apuntando, y eso que las hay a diestro y siniestro. Lástima, no habíamos visto nunca nada así. Pero pronto tendremos un programa nuevo en la tele en el que los asesinos podrán expresarse abiertamente. Veremos una infancia marcada por la muerte de la madre alcohólica, pero la interpretación es osada, pues aquí todos privan, aunque no todos con las mismas consecuencias, jamás nos encontraremos con las de esta piel del hijo, completamente sellada de morado por esta progresiva muerte. Sólo encontraremos la superficie helada y el frío y el rechazo y el hambre, pero de otra cosa, ni idea de cuál, y encontraremos un trapo pegajoso, pero no lo que estaba debajo. Ese gran rollo de plástico le quedará a la mujer que ni pintado, como si se lo hubiesen pintado sobre la piel. Parece que debajo de ese pañuelo manchado tan sólo estaba el suelo del bosque. Y nada más. ¡Tú, ha pasado algo horrible! Y enseguida se relaciona el recuerdo de una muerta con un llanto inasequible, con miedo a la oscuridad, y justo al lado ha vuelto a morir una mujer, no exactamente por voluntad propia, no por amor, pero bueno. No podía hacer nada para evitarlo, pero había tomado partido en una lucha invisible entre la conciencia que se muerde agitadamente las uñas y su dueño, que igualmente es una especie de mordedor aterrorizado. Ya está hincando los dientes antes de que sea necesario. Para que más tarde no le pueda pasar nada. Los pezones y la vulva de varias mujeres ya se saben esa cantinela, pero no cantan necesariamente en una agrupación coral, sino apartadas de la pista marcada, y así la una no sabe de la otra. Me parece que de este modo el hombre del que estoy hablando se vuelve todavía más concreto para las mujeres que encuentra, también más vital. Crean saber con quién se la están jugando, han sentido el cálido aliento del amor, los cálidos dientes del deseo, y este mordisco en forma de media luna lo demuestra, por si lo habían

olvidado, Dios mío, qué daño hace, antes, cuando se lo he permitido amorosamente, no, se lo he exigido, no sabía que me haría tanto daño. Parece que estas mujeres confunden la casa de su cuerpo con algo decididamente más duradero: completamente tapiado o bien hecho de delicados ladrillos térmicos. Tampoco está nada mal. Así no pueden hacer la competencia. Cuestión de gusto. De modo que tienen que entregar su casita llave en mano, para que por fin pueda ser renovada, para que la colada pueda ondear delante de ella, pero no la suya, ondear tan alegremente como una canción que hace tiempo ya que puede correr sola por el mundo, sólo hay que encender la radio. Es mejor que lo exciten a uno. Las heridas hay que desinfectarlas y enfriarlas con bolsas de hielo. Eso pasa cuando uno le da cobijo en su pecho a la cabeza de algún desesperado: o bien llora hasta que le pone a uno de los nervios, o bien se pone a morder enseguida. Quien nada posee al menos se interesará por sus propiedades, aunque sólo sea eso, piensan estas mujeres, y cómo desean regalarse enseguida junto con todas sus propiedades para poder despertar pronto a la luz, a la maravillosa luz del amor que mana de un ser humano que se ha tragado, no, no un palo, sino una linterna. Y él es ahora su sol. Ellas serían para el hombre, por decirlo de algún modo, como el relleno de un brazo de gitano, tan ligero, tan exquisito, con sus propiedades alrededor, en las que están envueltas y con las que han envuelto al hombre, ummmmm, ¡qué rico! Así se lo imaginan. Hasta que un día las mujeres ya no saben lo que las rodea, y tienen que obligarse a ir inmediatamente a un abogado para que les explique y para averiguar quién o qué, si es que se da el caso, volverá al cabo de un tiempo, después de haber entregado sus propiedades con certificado notarial a alguien que no iba a valer la pena. No pasa nada, a las propiedades sí les valió la pena. Ahora sólo ellas. Nadie. Solas. El abogado las tiene que salvar ahora, nono, él ya no podrá hacerlo nunca más, pues la firma está ahí y se lima las uñas distraídamente. Sí, quien se irrita con el placer ajeno, es presa del mal humor, ¡querida señora pianista! Y ahí tenemos ya al humor de perros.

El gendarme sí que sabe manejar a las mujeres, ¡hostia! Esta persona, sola en la carretera polvorienta, en el marco de la ventana de una vivienda de alquiler, en realidad ahora debería ser enteramente ella misma en su bostezante e impaciente mal humor, bueno, ya ha cocinado bastante, ahora ya debería ir sonando el teléfono. Oh, eres tú. Encantada. Dónde estás. Todo el tiempo ha estado buscándose a sí misma, pero en realidad busca a otra persona, a alguien que la comprenda, pues entonces también ella sabrá quién es. Una tonelada de libros con marcadores justo al lado de la cama, dónde los ponemos, y así que ahora por fin se ha encontrado a sí misma. No es de extrañar que haya tardado tanto tiempo, pues se ha encontrado a sí misma justamente en otro, donde jamás se habría podido sospechar. Así adquiere uno importancia. Ringringringring, ¡a levantarse!, ¡ya va siendo hora!, ¿dónde está



el anillo de oro?, dice el despertador. La vida ya está ahí y de un momento a otro les va a patear la puerta. Has firmado el certificado de demanda para la vida en casa del señor notario, ¿verdad?, Gerti, Andrea, Karin. Bien. Bueno. Ahora las mujeres ya saben lo que tiene que poner en su demanda, elaborada hasta el último detalle, y que muy pronto, sin embargo, van a retirar. De cualquier modo tendría que haber funcionado, pero no ha salido bien. Desde hace años corren rumores, también en la capital de la comarca, de que el gendarme en alguna ocasión ha intentado dar un gancho con la izquierda, al que enseguida habría añadido uno con la derecha, pero quién va a querer investigarlo. A los colegas no se los investiga, incluso aunque uno no los pueda ni ver. No puede haberle salido bien, a juzgar por las deudas que tiene. ¡Para qué querrá comprar tanto terreno si ya tiene el de su mujer! Se menciona un nombre, no sé cuál es ni dónde podría tener lugar un acto donde se mencionase ese nombre. Un peñasco es un obstáculo, escalarlo una pequeñez. La incapacidad de oposición de estas mujeres, sin embargo, no, no lo creo, pero si incluso dejan abierta la puerta del jardín, que además sólo mide ochenta centímetros, sólo para poder por fin empezar a amar. Ellas son a diario las últimas ofertas especiales, precisamente porque son algo especial. Todo el mundo querría hacerse con ellas enseguida, todo el que no quisiera gastar mucho. Pero lo que ellas consideraban el principio, resultó ser el final. Como si el amor no hubiese podido subir hasta allá arriba, aunque realmente hubiese querido llegar hasta allí. A las mujeres se les fueron las ganas. Hoy han vuelto a sacar los ánimos de la botella, pero ahora éstos quieren que los vuelvan a meter enseguida. Igual que una flor es acariciada por el sol, con tal ligereza, y, sobre todo, rapidez. A ser posible inmediatamente. Tenemos que adelantarnos al sol. Porque si no, se va precisamente cuando la flor más está disfrutando. Las mujeres quieren procurarse ellas mismas el alimento, un antiquísimo privilegio masculino. No deben perjudicarse a sí mismas, las muy imbéciles, muy a menudo su mejor marca personal no parece llegar hasta su muerte, cuando una o dos personas están junto a su cama y deambulan sin saber qué es lo que deben hacer. Sí, el sol también parece brillar, ése es su objetivo, a eso aspiran. Cuanta más energía inviertan en su vida las mujeres, más energía les faltará en el futuro, en la residencia para la tercera edad en Mallorca, donde por supuesto ya se hablará su lengua, la lengua del dinero, si es que ellas consiguen salvar algo. Algo de dinero. Su búsqueda es como levantarse en silencio e irse para casa. Pero aún se quedan un rato, desempolvan muebles, figuritas, tonterías monísimas, cosas superfluas, todo se les escapa entre los dedos. Pero ahora lo que necesitan es amor. No tienen ninguna otra cosa. Les pregunto a ustedes: ¿necesitan algo? Y eso es lo que ustedes me han contestado. Me han contestado que encontrarse a sí mismos. En algún lugar deben de haberse perdido alguna vez, pero ¿dónde?, para poder sacar fuerzas de flaqueza y, con la cabeza bien alta, poder enseguida ponérselo a alguien a huevo. Aquí, por favor, un poco de salsa si puede ser. ¿Qué tenemos que decir de

sus objetivos? En general, las mujeres, después de milenios, han llegado por fin a ser adultas y escogen ellas mismas a la carta, y escogen, qué va a ser, a sí mismas se escogen, y justo en uno totalmente distinto, al que ni siquiera conocen. Él es como yo, piensan, no es como Walter o Gerhard, que no significaban nada para mí. Ahí se deberían haber parado enseguida. Pero esa postura jamás las inducirá realmente a un movimiento más prudente. Tampoco hace falta, porque ya saben dónde están guardados sus monederos. Aquí, aún veo todavía con más claridad, llena de angustia, que pasará algo. Lo veo ante mis ojos, en mi pequeño obrador, donde mi obra está siendo forjada en estos momentos, y sin fuego, me las arreglo sin calor, está tan sola y es tan pequeña aún que todavía no puedo echarla a las llamas. Acabo de insinuar a qué tipo de gente pertenece este hombre, y precisamente no pertenece a ninguna clase, debería volver al jardín de la infancia de la humanidad, que es donde en realidad él, al igual que nosotros, debería haber sido educado, pero su maestro, sin embargo, se sentía perplejo ante él: ahí hay sentado un alumno y no abre la boca a pesar de que se le ha formulado una pregunta. ¡Leña que te crió!, rápidamente, como cuando se corta leña, a ver si así sale algo, pero no sale nada, sólo un animal revolotea brevemente porque lo han molestado, pero enseguida vuelve a posarse. El chaval sigue sin aprender, a pesar de que le hemos indicado cómo podría hacerlo mejor, pues sentimos compasión y añadimos: bueno, salud y que aproveche, lo que vaya a ser de él no podemos saberlo. Pero ahora lo sabemos, lo queramos o no: un gendarme. Se levanta ahora un recuerdo de la infancia que cae enseguida, tendremos que digerir primero este recuerdo.

El gendarme ahora avanza rápidamente por delante de una mujer, al ligero trote del lobo, alejándose por las praderas donde pronto se alzarán los almiarés. Puede escribir otras cosas además de su nombre, puede redactar algo para que un notario se lo pase a limpio, mientras que yo tengo ante mí un manuscrito inacabado en una pantalla, que emite luz, sí, pero que solo alumbra de repente una parte pequeña de mi cerebro. Sin embargo el gendarme tiene una visión de conjunto y además la conserva. De hecho lo conserva todo siempre. El nombre de esta persona cuenta relativamente. Y justo allí donde aparece ahora, en la letra de cambio que ha girado para Don Nadie. Pero el hombre sabe dónde puede conseguir algo. A ver si el sol nos sonrío. En tal caso, yo también podría terminar por fin, como ustedes dicen. ¿Acaso no lo ven?, ese cuerpo que está ante mis ojos casi podría despertar interés en mí, mis ojos desean ver algo indecente, y mis manos desean palpar algo indecente y jugar con ello, y por desgracia yo me empeño siempre en expresar lo inefable, qué desagradable, aunque sea sólo para mí. Aposento, antes hay que limpiar mi cuarto, ahí no puedo dejar entrar a nadie. Sí, este cuerpo que nos mantiene a todos en la brecha, una flecha tensada al anhelo yermo del paisaje, y él, justamente él ¿dicen que se ha convertido en presa de esa mujer? No, yo

personalmente no me lo creo. Creía que era ella quien ¿se había convertido en presa? Algún día ella por fin despertará, y ya será el día de Navidad, pero uno en el que no recibirá ningún regalo. Algún día llegará la fecha de vencimiento, cuando todos los extractos de la cuenta se desplomarán como el insondable mar, sólo que en el estado de la cuenta siempre se puede sondear la razón de por qué está tan bajo en estos momentos. No será su día, piensa la mujer, pero no obstante su hora habrá llegado. Entonces él se divorciará y se casará con ella para conseguir lo que quede de ella. Eso es lo que cree, está obsesionada con ese convencimiento. Quiere darle una respuesta muy amorosa susurrándole al oído, será la fiesta de su vida, pero él no está. Al final tendrá que escucharla por una vez. Pero llegó la hora: la respuesta de ella no le basta, no le parece suficientemente concreta, adulta. Así se lo dice bien fuerte: madura de una vez. El hombre enseguida se pondrá a dar fuertes gritos por la calle porque la puerta estará cerrada, pero no en serio. Para la mujer es como si cada vez la mandase al rincón, a pesar de haber recibido durante años clases de instrumento musical y, tal vez por venganza, de haberlas impartido también. Pero este instrumento no lo sabe tocar. Cuanto más grande es su amor por él, más pequeña e insignificante se siente ella. A menudo, cuando se mira al espejo o se ve en el reflejo del cristal de un escaparate, no puede llegar a comprender que él esté con ella y que ella sea ella. Yo, ¿otra distinta? ¿No estoy oyendo el ritmo machacante de la vida como acompañamiento? ¡No, por favor! ¿Realmente tengo que soportarlo, yo, que sólo conozco la clásica música de la vida, como le pasa a esa mujer de la que hablo y que igualmente sólo ama la música clásica? Desgraciadamente el gendarme no la aguanta. En un autoanálisis diría, si pudiera: es que esta mujer está fascinada por mí. Irradio una fortaleza interior que ella siempre ha añorado. Qué suerte tengo, es una auténtica mina de oro. No, este hombre no se asemeja a ningún otro que yo conozca. Tal vez se asemeje al mar o a las montañas, también los conozco, pero sólo por encima, a las montañas algo más, por lo menos encima de ellas se puede edificar, si es que no se arrojan antes a sí mismas. El Instituto de Protección del Entorno y otras doscientas organizaciones más prohíben edificar aquí. En el suelo de las montañas sólo está permitido pisotear si se es deportista, de verano o de invierno o de todos los tiempos. Las montañas nos pertenecen a todos, eso es. Sólo en el cielo lograremos vencerlas. El gendarme pertenece únicamente a esa culta y encantadora y atractiva y activa mujer. Eso es lo que ella espera. Desea encontrar por fin un hogar íntimo y protección. Qué locura.

Al gendarme, por mí, la mujer puede echarlo vivo al agua hirviendo y saltar detrás y comérselo, bien calentito, hasta que no queden ni los huesos, o hacer lo que le venga en gana con él. Ya la he contenido lo bastante como para hacerme cargo de su situación, ahora ya se lo puede zampar y a cambio cederle toda la vajilla y la casa. Él la digerirá a ella y desaparecerá, sin dejar ni rastro. Lo veo venir. Se da la vuelta

hacia ella, como hace siempre, tiene que hacer un gran esfuerzo, más bien tiende a apartarse de la persona. Sólo la incontinenia nocturna, y eso también sin realmente quererlo, lo acompañó durante años en su infancia, como un animal de compañía molesto que no quiere apartarse de uno. ¡Un segundo! ¿Adónde se ha ido la mujer ahora? No habrá ido a preparar café otra vez, ¿no? ¿Acaso no sabe qué hacer con su tiempo? Él la sigue y la estudia como un alumno, como si fuese una escritura que hay que aprender para llegar al objetivo marcado en clase, es decir: propiedad, propiedad, propiedad. El partido al que pertenece también lo dice, les dice a sus partidarios que ellos destacan claramente entre los demás y que se han ganado todo lo que tienen y lo que quieran tener y más. Sólo los señores diputados y las señoras diputadas no deben ganar más de 60 000 chelines austríacos, pero eso ya no vale ahora. La propiedad puede ser un pasatiempo muy agradable, pero hay que entrenarse duramente con la delegación de hacienda para poder conservar aunque sea una parte. Este hombre debe ser correctamente reconocido aquí como alumno, incluso por mí, asignatura troncal: vivir pero no dejar vivir. Como estudiante universitario de la vida si lo prefieren, pues él sabe qué es lo que cuenta: los valores tranquilos. La propiedad. ¿O acaso han oído alguna vez hablar a una casa, aparte de cuando se celebra una fiesta o la televisión está alta y las ventanas abiertas? Lo que a nosotros nos parece sencillo le resulta a este hombre difícil: ser un ser humano, así hablan los poetas que no han entendido nada, pero que quieren hablar continuamente. Bueno. El Alto Comisariado del Cortinaje está ahora cerrado para que no se note enseguida que aquí se están llevando a cabo negociaciones de carácter oficial. Así que este hombre es un compañero de clase, pero uno de esos que no quiere aprender realmente, nada, de nadie. Que se puedan comprar muñecas en un sex shop, cuyo cuerpo resulta en cierta manera poco apetitoso, bueno, la cabeza aún; que al masturbarse uno pueda ponerse en la cabeza una bolsa de plástico y atársela al cuello hasta que uno casi está en las nubes, y luego vuelve a la tierra, y la bolsa, claro, de repente ¡pluf!, ¡no se olviden de la bolsa!, y ahí llega entonces nuestro orgasmo, que tuvimos cierta vez y que echábamos de menos desde hace tiempo, más fuerte que ninguna otra vez, más fuerte que con una mujer, más fuerte que cada brazo. Ya casi creíamos que no íbamos a tener ningún otro. Pero la estantería está llena.

Todo pobre quiere ser rico, es un fenómeno tan natural como querer introducirse cualquier cosa por el ano, tanto objetos pequeños como sorprendentemente grandes. Pero eso hay que hacerlo con la otra mano, con la primera tenemos que atarnos la bolsa. De este modo una mano siempre sabe lo que hace la otra.

Una vez al mes el gendarme va al peluquero a cortarse el pelo, pero hoy no es

tal día. Súbita e inesperadamente le asalta una certeza, y entonces recorre los dominios de la ociosidad, nada, recorre los dominios de su profesión, ahí tuvo siempre mucho más éxito. Las mujeres cometen errores al volante por imprudencia, falta de atención o incompetencia, y enseguida tienen ahí a un gendarme que las agarra por el vestido y ya no las suelta, si es que son de su agrado y él ha conseguido su dirección. Qué pronto lo sueltan ellas todo, todo y más, apenas él las ha desenvuelto. Ha sido por la práctica envoltura, de esas con un hilo, el cordón de apertura, que consigue abrir incluso a las más cerradas. Él les atiza un fuego en su interior. Los cuerpos se pueden tirar, las cabezas habría que conservarlas para poder conseguir que las mujeres dejen de hablar ininterrumpidamente. Son auténticas minas de oro. Le ofrecen enseguida dinero para viajes, regalos, luego a sí mismas, luego además el resto. A cambio quieren poder construir en él. Precisamente es eso lo que él pretende con ellas. Pero además también quiere apoderarse de lo que ellas ya han construido. Lo que a nosotros nos parece imposible, es decir, aniquilar a alguien y obtener a cambio un collar de cemento para sumergir a la presa con garantías de éxito, a este hombre le parece obvio. Por favor. Para eso está él ahí, y además desea instalarse en cualquier otro sitio, que en estos momentos, por desgracia, todavía ocupa otro cuerpo: una o varias habitaciones, en una o varias casas. Introducirse en cuerpos ajenos, eso también está bien, así ya sólo queda uno mismo, un pájaro que, chillando con fervor hasta desgañitarse, se pasea por encima de un cadáver y no sabe dónde están ahora los ojos en los que quería picotear primero para que el ente muerto, no importa con qué sentidos, tampoco pudiese percibir su presencia. El hombre este quiere pasar desapercibido. Con la madre muerta no salió bien, por desgracia; todavía tiene que conseguirlo. Pero al mismo tiempo también quiere entrar en todos los lados posibles, introducirse para no tener que desprenderse de nada de sí mismo, para estar y permanecer consigo cuando golpee sus heridas, en las que mueren siempre otros, con pequeñas y palpitantes partes del cuerpo, después de que lo hayan observado a uno con preocupación meses, años enteros, ¿qué será de este niño? El gendarme, cuando se sabe observado de esa manera, querría devorarse a sí mismo para que nada más, ni siquiera él mismo, sobre y quede a la vista, sólo una casa, y otra, y otra, más allá de él. En cualquier caso, él ya estaría: lejos. ¿Qué tipo de gente es él? Él es como un ángel, tiene ojos interiores, no, no es un ángel que mire hacia atrás por si hay alguien detrás de él con una piedra. Sus músculos y tendones no entienden tampoco por qué son tensados bajo una piel de nailon delgada y resistente que sencillamente puede contener cualquier forma del cuerpo independientemente de hacia dónde se dirija. Pero no por mucho tiempo. Pronto volverá a agarrar un mechón de pelo y machacará todo lo que cuelgue de él. Lo mismo ocurrirá con ese traje, que es como uno que salía en los anuncios de vacaciones en Austria, pero codificado, de otro modo ese traje no se le podría exigir

a nadie: aquí se nos muestra a la población con la indumentaria del país, y todo lo que suele hacer: deporte, ¡y damos paso a nuestro compañero de los deportes! Sin embargo, se ha encerrado a toda la población en sus vestimentas para que no pueda despojarse de ellas y causar perjuicios, como nuestra población suele hacer, oh, por Dios, demasiado tarde, ya salió, ya salió: de fondo, una panorámica de montañas sin fin que debe representar la inmensidad de este país pequeño y seboso en realidad. Entretanto ya hemos renunciado a ese objetivo. Nadie quiere venir a vernos. Ayer nos enseñaron en la tele los nuevos trajes de esquí para la copa del mundo, y a todos nos irritó su aspecto: yo de hecho sólo vi un relámpago y un resplandor. Mis ojos estaban cegados. En la historia: delito sin límites. En el presente: placer sin límites en los altos peñascos, hasta los que conducen los caminitos para que podamos mirar desde arriba a los otros, caminos por los que nosotros, deportistas masculinos y femeninos, podemos bajar rodando o deslizándonos. Somos el partido que sólo nos admite a nosotros. Somos el partido en el que ya estamos, porque: justo ésos somos nosotros. Y nadie más.

Rugiendo se acerca la tempestad. Todos vivimos en la incertidumbre sobre nosotros mismos, nuestra conciencia en cambio vuelve a estar tranquila, tampoco habría tenido ninguna opción frente a este tiempo, que no hemos encargado, sino que hemos recibido como regalo y que ahora sólo nos perjudica con los extranjeros, pues hoy tenemos ya el tercer día de tormenta, desprendimientos, granizo, aludes de rocas. ¿Quién distrae a los niños en la pensión Rosa Alpina hasta que vuelva a hacer bueno? Qué maravilloso, conmovedor incluso, después de que las montañas se hayan alzado y movido contra nosotros, poder entrar por fin en la cabaña y que la hostelera nos acerque ya el Jagatee, la crêpe, y los bocadillos de jamón ahumado, mientras afuera pasa de largo la opinión mundial al completo y nos ignora, en lugar de hospedarse en nuestra casa. El mundo, con sus órganos, se pasea sin pantalones, sin suéter e incluso sin calzado para caminar, pero todos nosotros nos lo hemos comprado, lo escogimos en el catálogo. Así es como nos gusta ver el mundo: desnudo, descubierto y estúpido, para así poder pasar siempre por delante de sus narices. Volvemos a ser alguien, pero ¿quién? Somos un europeo, caído del cielo como los primeros rayos de sol que por fin hacen ahora aparición, eso y mucho más hemos hecho ¡para conseguir que los extranjeros se alegren y sean nuestros amigos! Pero ha servido de algo. ¡Para que los civilizados nos hayan vuelto a aceptar! Bueno ¡muchas gracias!

Por lo demás, el gendarme es un hombre que más bien no muestra ningún respeto, y, a cambio, tanto más respeto exige de los jóvenes reclutas. Todo le da igual, salvo esta casa, y ésta y aquélla también. Debería explicarlo con detalle ahora, pero no es necesario porque cada cual se puede poner en su situación y abrir

inmediatamente una cuenta-ahorro-vivienda. Pero no sé, ahí hay algo, este tipo de gente es mejor que no venga de visita, ellos se sirven, tal vez por avaricia, solamente a sí mismos. Eso significa que las personas con las que se juntan deben vivir sólo en la realidad y no deben soñar. Aquel que un día se enamora de ellos pronto los observa con verdadera pesadumbre. ¿Dónde se han quedado todos los sueños? Gente así siempre logra conservarse, incluso cuando un día se regalan o, mejor: se prestan un instante. Su entrega y los mimos que conceden entregándose son pura apariencia. Pero tenemos tiempo, sólo tardaré media hora, pero no ésta, en contárselo con más detalle. Están bostezando, lo han escuchado ya demasiadas veces. Lo sé. Incluso el calzado deportivo del gendarme es de la opinión, a la vista de este terreno rocoso que sólo fugaz pero efectivamente roza, que todo esto le pertenece, donde sea que suba y vaya. Respetamos a nuestro país y nos gusta mantenerlo bajo control, y esto son zapatos de marca, aunque los haya conseguido más baratos. Oh, una pequeña manada de gamuzas, incluso hay dos crías, que bonito, a unos diez metros en perpendicular bajo el camino de cascajos. No pisotean nada en absoluto. ¡Con qué ligereza se desprenden por el peñasco con sus delgadas patitas estos animales de apariencia pesada! Constatamos con envidia mirando nuestro calzado para caminar y hacer trekking, y enseguida chafamos un par de matas de hierba situadas al borde del camino, donde hasta hace poco aún se podían encontrar vivas para que los animales pudiesen comérselas. Allá en lo alto, una pareja de halcones ratoneros que lanza poderosos gritos para que los pequeños animales tengan tiempo de escaparse, animalitos que todavía se tienen que alimentar de las mantecas acumuladas durante el invierno y que apenas se mantienen en pie con sus últimas fuerzas. La región, claramente, se ha quedado más vacía desde que no se pueden admirar los manantiales en su superficie. Nos ha llamado la atención. Por ésta y también por otras razones, el turismo ha disminuido notablemente, muchos se enfadan, ¿dónde han quedado nuestros atractivos? ¿Dónde queda el extranjero? ¿Por qué no viene? ¿Nos boicotean nuestros propios huéspedes? ¿Qué hemos hecho para merecer esto? Pues hemos hecho lo mismo de siempre: escalope, pollo y Kaiserschmarrn. La montaña, que excepcionalmente no está hecha de comida, al fin y al cabo no somos el país de Jauja (¿o sí lo somos?, y si no, ¿qué somos?), hace tiempo que está ya cerrada, pero se puede abrir fácilmente. Como un sobre que todo el mundo puede abrir para leer qué embajada tiene el paisaje, y ése de ahí también, cada paisaje recibe una embajada distinta, así que ya podemos llamar tranquilamente a nuestros embajadores. Nosotros no somos culpables de nada. Nos acompaña una música de radio muy fuerte. Y aquellos que se quedaron son ciudadanos y ciudadanas de avanzada edad y prefieren viajar por el llano, alzan las cabezas con admiración hacia la montaña llamada Schnealpe, sacan fotos y hacen de ellos mismos una obra de consulta: ¿en qué fondas del valle se sirven las truchas más frescas, sacadas directamente del riachuelo? Más tarde

iremos para allá y abriremos los bidones. Para adentro. Sí señor, pero aquí empieza ya la cuesta que sube hacia la montaña, ¡qué le vamos a hacer!, es mejor que se queden aquí. Nieve en las zonas despejadas más altas del bosque, en esos cortafuegos entre los árboles por donde los aludes, en este invierno especialmente abundantes, se abalanzaron a toda velocidad. La primavera ya llega a su fin (aquí, de todos modos, la primavera llega realmente muy tarde) y todavía hace el frío propio de la época. El ruido del hostel hace rato que enmudeció. Aquí, por lo menos en las partes más bajas, antes se practicaban la agricultura y la silvicultura, pero ahora se ha abierto la veda del agua para siempre. Más abajo hay una cuenca, aunque no la de sus ojos. Se trata del territorio calculado en el plano, donde se separan las aguas que bajan en una y otra dirección, sí, separarse es doloroso. En medio, las aguas, que esperemos que se mantengan igualmente separadas de nosotros largo tiempo. Las disciplinas deportivas que respetan la naturaleza son siempre bienvenidas, pero las otras no, las mountainbike están: ¡terminantemente prohibidas! Este poeta no las quiere, ni yo tampoco, pero no lo puedo formular tan bellamente como él, que, si pudiese, mataría a los pobres ciclistas, que en el fondo sólo quieren divertirse. Pero correr o pasear, eso sí, ¿no? No, ahí el poeta no tiene nada que decir. Aunque: cada pie chafa en estos momentos aprox. mil insectos, un espectáculo tremendo que por desgracia ya se acerca a su fin, pero sólo si se es una hormiga como ésa que hay ahí, bueno, que había. Ser chafados: para nosotros eso no sería nada. Aquí ya no se cultiva nada, aquí ya no se utilizan tratamientos químicos para las plantas, y naturalmente las plantas tienen el aspecto natural correspondiente, por decirlo de alguna manera: salvajes, desastradas, deshojadas, enclenques, ¿no les parece que son como criaturas de la casualidad? No son de ninguna raza. Antiguamente no se hubiese permitido que proliferasen aquí en tal cantidad y que quitasen espacio aprovechable. Para el gendarme, la idea de que algo no sea aprovechable es insoportable, y, sin embargo, se relaja involuntariamente en este paisaje apasionado del que ha aprendido a parecer romántico y salvaje, por lo menos cuando es necesario. La naturaleza nos pertenece a todos. Al gendarme siempre le pertenece demasiado poco. No obstante. Algunos dicen haber observado que también por las noches se acercaba hasta aquí. A veces pisaba adrede todos los arbustos de flores, no, hoy no quiere recogerlas y guardarlas, ni siquiera una flor de nieve, en el fondo, la naturaleza no es tan interesante, no es ningún animal (digámoslo así: el animal es naturaleza, pero la naturaleza no es un animal que dé leche o huevos que podamos utilizar, y, con el corazón en la mano, a mí tampoco es que me dé mucho, la verdad). A eso se le llama un ecosistema, sólo que Kurt Janisch no ve que ahí se esconda en ningún sitio sistema ninguno. Para él la naturaleza es el caos verde, parecido al del partido correspondiente, y parecido al caos de su cerebro; y sólo a su cuerpo le vale la pena, para que mejore el rendimiento, primero ser mimado y después arrasado, una cosa



después de la otra. De tales personas deberíamos aprender a obedecer al Estado, sin que por ello fuesen a derrochar modales con nosotros. Si echan abajo nuestra puerta porque somos negros o trabajamos en el mercado negro, es que nos han pillado, y entonces los vecinos nos retiran el saludo. Un policía siempre tiene razón.

Siempre tiene algún sentido trabajar en algo, y la minería ha tenido el sentido de ir lanzando al vacío la montaña a pedacitos, por los siglos de los siglos, cuando ha hecho falta, en un abrir y cerrar de ojos, e incluso debajo de la montaña se traman cosas, lo que tal vez a ella le resulte provechoso, pero a nosotros seguro que no. Así pues, la montaña casi se puede licuar por dentro en poco tiempo, sí señor, en lo más profundo, ¡como si ahí no hubiese ya agua suficiente! Ahora además también se convertirá en lodo, por dentro, y a continuación, ¡cuidado!, se desbordará. Y en concreto se abrirá paso por las antiguas cámaras de explotación subterránea colindantes ya clausuradas, que a veces, si no están correctamente rellenas, son especialmente propensas a ello. ¿Quién ha comprobado, en realidad, la solidez del material de relleno, del hormigón? ¿Nadie? Bueno, pues entonces vamos a necesitar al gendarme, por supuesto, y lo llamaremos para averiguarlo, pero no hoy ni tampoco a ese gendarme, ése estará hoy fuera de servicio. Pero algún día, en un futuro, también él intentará descubrir si es verdad que se utilizó hormigón magro para todo el relleno o no. Para ello necesitará, como todos nosotros, de especialistas. Nadie se lo va a decir voluntariamente. Si las cámaras hubiesen estado correctamente clausuradas, tal vez se hubiera producido un hundimiento, pero no este desbordamiento catastrófico, que se llevó consigo a la mina a personas con los ojos abiertos y después no consiguió devolverlos afuera ni siquiera con los ojos cerrados. Continúan enterradas ahí abajo. Diez individuos. No, ustedes no van a sacar nada más en claro, al contrario: ustedes continúan estando en deuda con la naturaleza y deben pagar. Pues bien: lo que al gendarme le interesa de las mujeres está situado más bien de cintura para abajo, hacia donde algunos temerosos no osan dirigir sus ojos. El gendarme, tras haber comprobado el luminoso saldo positivo de la libreta, sólo mira en esa dirección, una zona sobre la que ya ha reunido informes más detallados en muchas ocasiones para, cuando vuelva a estar en ella, poder moverse con soltura. Cuando hace buen tiempo es sin duda la zona más bonita, por lo menos entonces se puede echar una ojeada hacia el campo por si hay calaveras que nos devuelvan la mirada y saluden a la cámara. Esas muchas vidas de múltiples usos han sido embutidas en la tierra y después aniquiladas por el magma, bueno, por ese puré, vamos, hasta que probablemente ellas mismas se han puesto blandas como él. No sigan esta mina hasta su hundimiento, es mejor que sigan a Kurt Janisch, montaña arriba, ¡aun cuando resulte costoso! Encima de sus espaldas pesa, como pesa en las de la dirección de la mina: la presión económica. Tiene que triunfar. Debe hacerlo. De no ser así: cierre y quiebra. Ahí tenemos la obra y allá

tenemos la bragueta del señor Janisch, ambas se encuentran cara a cara como dos restaurantes con terraza a la orilla de un lago que se disputan los clientes. ¿Qué me has traído? ¡Toma, de mi parte! Con poca gente esta mina debería producir el mismo rendimiento que con mucha. Continuamente tenía que subir el tonelaje. ¿Qué tiene que hacer ahora Kurt Janisch? En el momento justo y en el sitio adecuado, dejar estimar sus explicaciones y hacer valorar los edificios y viviendas de mujeres solas. La fiscalía Leoben espera, parece que uno se va a perder por una bocacalle. Si no viene la montaña, vendrá a nosotros el profeta de la propiedad, Kurt Janisch, a nuestro estrecho hogar, y por fin lo tendremos, más sitio no tenemos. Si fuera así, deberíamos ir a recogerlo. Se oyen rumores, esas pequeñas libertades de los que no poseen nada, pero no se oye nada en firme. Mientras tanto, bienvenidos a la galería de la mina Bárbara, donde de todos modos no hay mucho que salvar.

En el viento de la montaña no se levanta ningún olvido. Cuando uno sale a correr, puede reflexionar tranquilamente hasta que llega el momento en que ya no reflexiona sobre nada y simplemente sigue corriendo, como una máquina, como un político que desea ofrecer un determinado perfil, como si quisiera esculpir de inmediato en piedra el resultado de tanto ejercicio, o por lo menos dejarse hacer fotos. Finalmente le llega a uno la felicidad. Estando tan sano uno sobrevivirá a todos los demás vivientes. En estos momentos nos asaltan algunos pensamientos impertinentes, sí, nos saltan encima, pero no son nada pertinentes. Jamás nos hubiésemos creído capaces de tales pensamientos. Los colores de las mallas de Janisch: copiados de los deportistas profesionales, en cuya ropa millones de personas miran qué pone y que eso además sea verdad. Para que también puedan cargar con eso sus carritos de la vida (¡como si no estuviesen suficientemente llenos!), sólo que los colores evitan a toda costa estar en armonía con la naturaleza. No obstante, esos colores han sido escogidos de acuerdo con los fatigosos ejercicios de footing, que duran kilómetros y kilómetros, para que los deportistas, una vez muertos por congelación, se puedan localizar, al menos, y después enterrar como es debido. Gracias a su indumentaria deportiva destacaba claramente sobre el blanco de la nieve. Los equipos de salvamento de montaña más bien se lo imaginan a uno como una mosca aplastada en la pared donde acabará espachurrado algún día, y si además llevan encima su teléfono móvil y además su móvil tiene aún algo de batería, entonces seguro que no les pasará a ustedes nada antes de que lleguen revoloteando a casa la factura de los equipos de salvamento, concepto: imprudencia y anarquía, y la factura del teléfono también. Entonces lo lamentarán todo con amargura. Cuando ya no haya nada que hacer. El ser humano, con su falta de sentido de la realidad, se pone constantemente en peligro y hay que sacarlo de ahí para que todo el mundo lo sepa: ahí está de nuevo. Y está de buenas. En lo que

respecta al deporte, las personas deben estar hasta tal punto a la altura que ya no les hace ninguna falta la altura de las montañas. Pero en su gimnasio personal todo puede ser simulado tranquilamente. Estos pies, hechos para caminar, correr o llevar el coche, ejecutan una o dos de estas pesadas tareas sobre la cinta transportadora, que en realidad debería estar al servicio de las personas, y no al revés. El tercero de ellos, el querido coche, que por sí solo ya es tan potente como cincuenta de esos aparatos de fitness, desgraciadamente tuvo que quedarse fuera. Uno siempre puede aumentar la intensidad, si es necesario. El gendarme, creo yo, busca la soledad, no sólo para poder entrenar tranquilamente, sino sobre todo para encontrarse con alguien que va a acariciarlo. Mira, una mujer enamorada, ¡qué bonito!, y, por lo que veo, el comportamiento de él ya le ha afectado. Va detrás de esa persona a trompicones como una delirante o una loca, sólo para poder sentarse orgullosa sobre su rabo. Esta mujer quiere permitir por enésima vez que se descubran algunas partes de su cuerpo y se entreguen al frío aire de la montaña. Son justo los sitios que esta mesa corporal, adornada siempre con la mejor vajilla, ha dejado libres a la vista de este único hombre, para exámenes posteriores. Para qué. Para que este hombre pueda volver a aprobar ante los ojos de esta mujer y ante los sentidos de esta mujer. Para eso. Eso ya lo sabe ella de antemano. Pero incluso las partes en cuestión no permanecerán libres mucho tiempo. La impresora de un banco habrá sellado más adelante algo como prueba de que ya no valen nada. El dinero, de hecho, ya lo tiene el gendarme. Las partes del cuerpo están ahora todas ocupadas. Y en cambio nosotros no tenemos ocupación ninguna. El gendarme le habrá revelado por teléfono y en secreto a una mujer que su coche pasa ahora por delante de la granja, ya sabes, donde están las barreras y donde desgraciadamente hay que pagar, y luego tira hacia arriba hasta el último aparcamiento antes del sendero que lleva a la cumbre. Sí, también el gendarme, aunque tenga tarjeta de identificación, tiene que pagar el peaje si está fuera de servicio, y después sube un poco siguiendo la señalización roja, Gerti, ya sabes, como siempre hasta el banco panorámico donde antes solíamos sentarnos. Desde allí sólo tienes que seguir recto por donde ya no hay camino. De modo que a partir de ahí seguiremos nuestro caminito privado, ¿de acuerdo?, hasta donde sólo el cazador, como mucho, tiene permiso para llegar, porque él tiene permiso para todo, después sigue hacia la derecha hasta el lugar desde donde se ve por primera vez la cruz en la cumbre del Windberg, ¿sabes?, si es que se ve algo, pues la niebla llega pronto, en cualquier caso ahí, ya sabes, espero que ya te hayas quitado las bragas, o que ni siquiera te las hayas puesto, y que te hayas desabrochado el sujetador. Para qué. Por qué. No preguntamos nada. En realidad, el gendarme, a pesar de estar en posesión del título de salvamento de montaña, no debería apartarse de los caminos señalizados en rojo sin permiso, salvo en caso de necesidad, y tampoco debería inducir a nadie a hacerlo, tratándose además de alguien que no pisa fuerte, en ningún sitio, ni en la vida ni en la muerte,

pero quién se atrevería a enfrentarse a él. Él ha nacido en esta región y la conoce como sus propios pantalones, que, como ya se mencionó, están pegados a la piel y ni siquiera dan lugar a equívocos. De hecho es más fácil entrar en la montaña que en esos pantalones. Pero las montañas también pueden ser traidoras, ¿no las subestimen nunca! Incluso cuando uno las conoce, gastan sus bromas siempre que les apetece. El gendarme no cree en la leyenda que dice que, cuando uno mata a seres humanos, éstos vuelven como seres perdidos, pues, según dicen, la muerte no tolera que alguien se anticipe a sus planes. Así que los muertos se van apareciendo hasta que se los ha olvidado por completo. Sus espectros mientras tanto esperan en casa, pacientemente, detrás de la barrera de lo terrenal, hasta que se les comunica que el momento de ser olvidados se acerca. Las personas jóvenes (véase Gabi) evidentemente son olvidadas con mayor rapidez, pronto son pocos los que las han conocido, y tienen otros intereses, tampoco hubo tiempo suficiente de conocer realmente a Gabi. Cómo era realmente. Por otro lado, resulta realmente extraño: ¡tan joven y quizás ya muerta! Sus cualidades todavía no se habían podido fijar con claridad, paredes húmedas en las que alguien presiona con las manos, fugazmente. El sacerdote deberá lamentarse, en caso de que lo inimaginable sea realmente cierto, de que una vida joven y llena de fantasía yazca ahora encerrada en un ataúd, porque resulta inconcebible, inexplicable que haya podido suceder algo así, pero las amigas algún día se irán a vivir a otra parte o dedicarán su atención a sus familias. Matar en la flor de la vida está fuera de toda consideración, tal vez cuando se está brotando no es tan grave, salvo para el afectado, quién sabe qué habría sido de él. Ay, Gabi, creo que es para desesperarse. Con el mal tiempo que hace, con tantos accidentes de tráfico, con los conductores suicidas a altas horas de la noche... ¿cuántas veces habrías podido haber muerto ya? Más bien has aguantado mucho tiempo. Pero llegó la hora, me temo. ¿Existe tal vez algún peligro concreto para el asesino? Nunca se sabe. Un dolor me oprime el pecho, pero no por mucho tiempo, pues el pecho desea seguir respirando, y los seres humanos prefieren liberarse cuando encuentran a alguien con quien pueden juntar su sexo, una y otra vez, hasta que por fin algún día aguanta para largo.

Una muchacha desapareció de un pueblo, no se sabrá dónde está hasta al cabo de unos días. La naturaleza ya lo sabe, aunque sólo sea una parte muy pequeña de ella, y nosotros también somos parte de ella, pero una muy distinta.

El gendarme sube a toda velocidad montaña arriba a través del bosque. Aunque también ustedes lo encuentren guapo, repriman de inmediato ese impulso. Este hombre tiene en estos momentos otras preocupaciones, justo las provocadas por un pañuelo untado de aceite, en el que había otras cosas además, y que tiró ya hace días entre unos arbustos. En el bosque, que es bonito en sí mismo, ¿es que no lo

reconocen ustedes? Sí, ¡ése! En el bosque todo el mundo se siente bien, ahí no se produce una lucha competitiva por la luz y el espacio como en el agua. Ahí los abetos hace mucho que se aplastaron los unos a los otros, sus ramas secas urdieron un tejido estrecho y rasposo, y las raíces absorbieron toda el agua que otros hubiesen necesitado de forma más apremiante. Por debajo: centímetros y centímetros de pinocha muerta. Aquí ni siquiera crecen más setas. Esta floresta debería ser desbrozada a fondo. La naturaleza pone a disposición de las plantas todo lo que ellas necesitan, y ellas poseen la facultad, que el ser humano no tiene, de sintetizar ellas mismas todos los compuestos necesarios: por favor, póngame una docena de elementos químicos, que yo me elaboro a mí misma, y así, por fin, se da una paz... Por desgracia no soy yo quien lo dice. Me lo sopla la planta. En eso nosotros somos más maniáticos, claro que no somos frutos del campo, sólo nos los comemos. ¿Quién me reduce ahora, por favor, el nivel de acidez de este suelo? ¿Nadie se ofrece voluntariamente? Necesitaría nitrógeno, fósforo, potasio. ¿Tampoco hay? ¿Qué tendríamos entonces de oferta para enriquecer el suelo? ¿Barniz y una máquina de pulir? ¿Puede esta mujer respirar todavía con la sensación de ni siquiera haberse puesto las bragas y de haberse desabrochado el sujetador ya en el coche, en el aparcamiento, llena de expectativas y en una jadeante actitud esperanzada que casi le impide seguir andando, y mucho más hacia delante? Los dedos le temblaban de un modo extremo, pero no hubo que repetírselo dos veces, a la primera ya lo entendió perfectamente y accedió, dudosa, a la proposición. Quien quiera emprender una fatigosa caminata con su cuerpo a lo largo de kilómetros y kilómetros, no hace falta que pague dos veces el peaje y encima tenga que levantar él mismo la barrera de paso.

Así pues, la mujer sale ya de la espesura del bosque, ella, que casi nunca ha hecho algo así, y menos en este estado. Aparece ahí, tal como acordó con el hombre, avanza torpemente, casi a trompicones, ¡cuidado! (ahí hay una pendiente de más o menos cincuenta a setenta metros), por el arroyuelo blanco entre los peñascos y la gravilla del glaciar, que está esparcida por el suelo, y enseguida intenta engatusar cariñosamente, como un insecto, al extraño animal que se ha quedado ahí husmeando, y sacar el hilo para la red ya preparado, bueno, ahora también las agujas de hacer ganchillo, e introducir la clavija en el enchufe previsto para ello y ver qué pasa. Expresa lo que significa la felicidad para ella: que él esté ahí ahora, como acordaron. Te quiero tanto. Ahora es cuando los milagros adquieren el mayor sentido, pues ya han ocurrido y nosotros esperamos que cada hora lleguen nuevas entregas de milagros, que tal vez podrían hacernos más felices aún, o ahora mismo, por ahí llega un nuevo milagro, en este preciso instante, tal como acordamos los dos. Pero en realidad se trata sólo del viejo, que se ha vestido de otra manera. La mujer provoca que el hombre, a quien pudo convencer para encontrarse con ella aquí y

ahora, aunque sólo fuese por un breve instante, un segundo, él todavía no ha soltado palabra, pero ella ya muchas, que yo no quiero reproducir expresamente, ella le provoca un sobresalto con sus palabras y su aspecto (él no va equipado para arrancarla ahora de la pared, detrás de la que ella se ha parapetado, pero esa estúpida pared que les separa se vendrá abajo enseguida), mientras ella de inmediato, apenas él ha tenido tiempo de levantar la mano, se saca la blusa del delantal de la estilizada falda tipo Dirndl, y se sube el sujetador, que ya está muy suelto. Ahora cuelga bajo la barbilla, nada más que de los tirantes, que en el fondo no tienen ya nada más que hacer, pende igual que un cuello de camisa cortado de forma extraña, y entonces, ¿peronolohasvisto?, entonces va y se le salen los pesados pechos colgantes rozando por los pelos el traje regional y en dirección al suelo. La mujer se ha ido calentando mucho todo este tiempo, desde hace días ya, pero tal vez por turbación y para desviar la atención de sí misma, precisamente mientras la dirige hacia ella, se sale de su recipiente, los alimentos se sorprenderían, por la única razón de ser tomados e ingeridos con gusto. Se comporta ya como una poseída por el placer que todavía tiene que llegar. No hay quien la frene. Para empezar ya le está ofreciendo a él sus albóndigas en el cuenco de sus dos manos, y al mismo tiempo le ordena al hombre, sin tiempo para que sus sentidos se hayan podido acostumbrar a tales asperezas, pero ella ya chorrea, le ordena al hombre que le levante la falda, al fin y al cabo no le quedan manos libres, sí, y tal como acordaron ella no lleva nada de ropa interior. ¿Lo ves? Ha sido la mar de fácil, ¿no? ¿No quiere examinarla a fondo primero, antes de adentrarse en ella y, más tarde, la parte de rigor como cumplimiento del tema fijado, hablarle de su amor al oído, susurrarle al oído, en el que debe soplar delicadamente, eso es lo más bonito, sí, él debe hacerle saber de su amor por ella para que ella le pueda hablar con más detalle, si cabe, del suyo? Por lo menos eso ya podemos exigirlo, en realidad. A fin de cuentas para eso pagamos. En lugar de eso el hombre la golpea ligeramente en la cara, casi amorosamente, desde el costado, y le señala con la otra mano, un poco rudamente le señala, que se salga del camino en el que está, pero que en realidad no existe, bueno, a esto no se le puede llamar camino. La mujer no entiende enseguida y sigue dando a entender que ya no puede más y que por eso quiere obtener ¡aquí mismo! el prometido y ansiado sentido, debajo de él, encima de él, entre él y la nada, flotando en el aire, durmiendo en la tierra, no importa, aquí y ahora, tal como acordamos. Tal vez él, por lo menos una vez, podría anticiparse a ella y bajarse primero los pantalones, por Dios, pero eso ella no lo dice en voz alta, eso de ahora es claramente una fantasía de ella que no debe ser manifestada. En realidad, él la podría desplegar aquí mismo, en medio de este camino poco transitado a la nada, y penetrar en ella, pues no viene nadie, nunca, jamás a la hora en que hemos quedado y en la que ya oscurece, y de todos modos esto no es ningún camino, en ningún caso público. Abajo contigo, de rodillas, al suelo, no aguanto más, no aguanto más. Si yo

también quiero, pero otra cosa, espera, así, los pechos están ahora completamente sueltos, pueden posarse ahora mismo, con qué gusto además, encima de tu duro tórax de hombre, ahí los vas a tener diciendo: cómeme, cómeme, al lado de tu boca, si quieres hincarles otra vez el diente; ¡¿quién no sueña con que los pollos al horno le vuelen a la boca?!, o lo que a uno le guste comer, no sé, asado de cerdo quizás, con ensaladilla. Bueno, te lo lanzo, ahí va como acordamos mi montón de carne entero, tú puedes ir colocándolo con las manos hasta que te sitúes bien, mucho espacio de maniobra no tienes ahí. También puedes dejar que mis melones, mis peras, te cuelguen a derecha e izquierda, o si crees que me chupo el dedo, te chupo otra cosa, o bien puedes morderme con todas tus fuerzas, como hace poco, ya no me importa mucho, y al fin y al cabo así hemos quedado; muy bien, de acuerdo, entonces dejaré caer mis pechos ahora y te los lanzaré, y tú los cazarás al vuelo, ¿vale?, es buena comida para el perro que llevas dentro, al que ya he conocido una o dos veces. Echar a correr ya no sirve de nada. Pero sólo con muchos sollozos pude acostumbrarme a él, qué rápido, nunca lo hubiese pensado de mí, al perro le encanta morder cuando lo azuzan, ¡qué le vamos a hacer!, lo sé, lo sé. Puedo estar contenta de resultarte tan atractiva todavía. Para eso tengo ahora las dos manos libres y puedo subirme yo misma la falda más para arriba, hasta la cintura. Pero eso sólo si nos echamos. ¿Por qué coño te has puesto esas estúpidas mallas?, ahora vas a tener que bajártelas hasta las rodillas para poder moverte por lo menos un poquito, ¿me lo haces por joder? Pero si ya habíamos quedado antes..., tranquilamente podrías haberte puesto otro pantalón más práctico, más tranquilo en lo que a colores se refiere, p. ej., unos vaqueros, como siempre. ¡Ah, vale! El pantalón es un camuflaje porque se supone que sales a correr, y además aún tenemos que hablar más tarde sobre algo de ayer por la noche. Tenemos algo sobre lo que hablar el uno con el otro, una frase sacada de una película local, donde la vaquera de los Alpes guarda un dulce secreto y se consume por desembarazarse pronto de él en el bosque. Algo que yo sé. Ya sabes. Pero no ahora. Junto a nosotros se encuentra el dios del amor y nos zurra en los culitos desnudos, pues sería una lástima desperdiciar una flecha a esta distancia. De todos modos, con nosotros no necesita ninguna flecha. Nosotros ya nos amamos. Mira, la falda ya no está, nada se interpone ya en tu camino, y yo ya estoy a medio camino trepando por ti, ¿lo ves?, así es como lo hago, enseguida estoy arriba, listos. Tú ya no tienes que hacer nada. Sólo disponer que una millonaria te constituya en su heredero. Allí arriba se agarran, ¿habían visto ustedes algo así alguna vez?, el Dirndl y los pechos a su propia fuerza de gravitación, ya podemos olvidarnos de ellos, pero abajo, toca toca, ahí es como estar en un humedal, agua por todas partes, y mira el espeso bosque de plantas que crece encima. Como el pino carrasco, pero con rizos. Ahí es donde quieres entrar todo el rato, Kurti, Kurti mío, ¿tengo o no tengo razón, o es que quieres otra cosa? No. Nada. Toca toca, ¡mira qué húmedo está mi terreno

pantanoso ahí abajo! Todo esto es para ti y ha sucedido por tu culpa. Así es como habíamos quedado, ¿no? Hablar, hablaremos luego. Y así recibe la mujer su segunda bofetada, más fuerte esta vez, y finalmente empieza, con retraso, a llorar otra vez. Como siempre. El gendarme ni siquiera ha tenido que levantar la mano del todo y ya está ella berreando más fuerte, antes de tener que tragarse la segunda torta, a la que no vio venir, quizás también porque él le ha pellizcado antes de una manera realmente fuerte en los pezones, tal como ella se lo ha ofrecido expresamente. No creía ella que él iba a aceptar su oferta. Un fallo por su parte. Recobra algo el conocimiento en su agudo delirio, que ha sido acelerado de cero a doscientos en pocos segundos por su presuntuosa importancia como amante, para después aumentar hasta el paroxismo. Entonces él, el delirio alpino, la ha hecho bajar de golpe; ya una vez en el suelo, por fin vuelve a escuchar al hombre y, medio desnuda, con la falda remangada ya, casi chorreando, habiendo dejado de ser ya hace rato la dueña de la situación, la más cazada de entre las cazadas, que se creía hasta hace poco cazadora y comoalzada sobre el pavés de una Diana con dardos además de arco y flecha, se deja llevar y arrastrar y empujar hasta un bosquecillo de abetos ya más crecidos, en realidad es un bosque entero de pinos carrascos. De pie el bosque no llegaría a esconderlo a uno, pero con lo que tenemos previsto hacer, a lo sumo se podrá percibir un suave movimiento en los matorrales. No habrá pasado nada más. Por fin el gendarme se echa voluntaria y dúctilmente al suelo, bajo la arremetida de la mujer y su peso, algo aumentado en el curso de los lentos y hueros años, como si él mismo, el gendarme, fuese suelo, que, ante un suceso con el que la naturaleza parlotea para sí, sin sentido, sólo se entiende ella misma, cede y se derrumba. Y entonces ya tenemos a la mujer abalanzándose, cuan larga es, encima de él. Y es que está tan enamorada..., sabe que una cosa así o sale gratis o no sale o cuesta muchísimo dinero. Evidentemente lo recibirá de regalo. Su rabo ya está ahí, bravo, como si ya estuviese ahí antes incluso que el hombre, el primero, desde el principio. Apenas se puede despegar el elastán de los leggings, pero tiene que conseguirlo para que quede espacio suficiente para la explosión de dos cuerpos. La mujer ha encargado todo esto ex profeso para la mesa de su vida, y se lo ha hecho llevar a casa como ágape dominical. Una llamada basta, ya voy. El hombre seguro que ya está ansioso por instalarse en la habitacioncita más estrecha de ella y, bien calentito, que le sirvan, una habitación que, si bien es pequeña, uyuyuy, aun así uno puede perderse dentro si no se la conoce bien. A veces a la gente se le va la olla cuando escoge el tipo de deporte equivocado y no sabe qué está haciendo ahí. ¿Es esto una cinta para correr o bien un suelo embaldosado de donde la sangre se podría quitar fácilmente con un trapo? La mujer debe por fin mostrarle al gendarme lo que quiere, para que éste pueda hacer algo completamente distinto con sus posesas posesiones vivientes. La mujer domina el arte de enseñar, pues entre otras cosas fue una especie de profesora de piano, y aquí tenemos precisamente su vara,



con la que se puede rodar, rodar y rodar. Señora Gerti, por favor, muéstreme de una vez con esa vara qué es lo que quiere y adónde quiere ir. No hace falta que lo diga en voz alta, pero a nosotros sí debería decírnoslo. Entonces veremos el objetivo, pero sin obligación alguna de verla a usted. Quién se controla. Nadie se controla ya. La televisión nos lo dice y nos lo vuelve a mostrar por si no lo hemos entendido. Por desgracia demasiado tarde. Después de las veintitrés horas. El cuerpo de esta mujer emite un tono más áspero de lo habitual en ella. Esto no es ningún juego.

Hoy el gendarme no está por lo que tendría que estar, aunque se esfuerza, pues debe hacerlo. Está por otra cosa que se coloca tranquilamente delante cuando está solo: en la ducha comunitaria, los cuerpos de los hombres, gente maja, con la que no hace falta ser amable. Cuerpos jóvenes y bellos, en un manajo, uno al lado del otro, todos sin ropa, sencillamente impensables sin su pequeño, al que uno echa miradas furtivas. Si pudiese, el gendarme los llevaría en brazos, y sus cuerpos colgarían a derecha e izquierda como si no tuviesen vida, ¡qué maravillosa carga, lánguida y pesada a la vez, para este hombre! Todo lo que hay ahí, abierto y expuesto, preparado y presentado bellamente por la naturaleza y como adherido al propio cuerpo. Armas. Radiante podría verlo todo, todo, ¡sobre todo lo que está prohibido! Eso sobre todo. Se ayudaría con las manos cuando no llegase a ver lo suficiente en los cuerpos ajenos. Y la mujer, en cambio, ¿qué es? Es sucia. Una fábrica de pescado. Insertarse en su cuerpo no es ni necesario ni recomendable. Siempre hay algo de ese cuerpo que se le queda pegado a uno, algo que no hay forma de quitarse. Al gendarme le gusta mirar en secreto ilustraciones de jóvenes hombres desnudos que se compra muy lejos de su lugar de residencia, son unas revistillas desde las que todos los rabos parecen observarlo a él disimuladamente, irisados como serpientes, balanceándose como muelles de acero. Precisamente ahora está pensando en esos jóvenes, conoce a cada uno de ellos por su nombre de pila, que aparece escrito al pie de la foto. Tal vez esos nombres no sean verdaderos en absoluto. Seguro que no se puede llamar a esos hombres por teléfono. ¡Qué va! Eso tampoco haría ninguna falta, igualmente va a conseguir su erección, no importa que debajo yazca una mujer y que se ofrezca o no, una mujer que se esfuerza por ser amable, pero también apasionada si hace falta. Ambas cosas. Ambas cosas son necesarias y se es capaz de ambas también. A esta mujer uno desearía hacerla trizas. En cambio, engalanado como un gallo de pelea, con su pequeño casco rojo, su rabo se introduce, pues ella así lo desea, en Gerti, y aunque preferiría meterse en otro sitio. Y una vez tieso, no ve el momento de que todo haya pasado ya. Oh, Dios, ¿ya está? Por favor, aquí sigue estando la puerta, allí donde ha estado siempre, y como siempre está abierta de par en par, ¡vayan pasando, carne humana gratis para todos! No hace ninguna falta poner música para estimular. El hombre ya no quiere escuchar nada más, ha tenido ya que tragarse tantas cosas..., para él todo eso es

como un suceso sin adorno alguno. Este suceso puede suceder de vez en cuando, y él puede seguir enseguida también. Así se acaba antes. Al hombre en realidad todo eso le importa un comino, lo que busca es el camino hasta la propiedad, el resto lo echará a la basura. ¿No lleva un *Walkman* en el bolso, la Gerti, con el que antes podía escuchar a Mozart hasta hartarse? Ya verás como ahora mismo sale de la bolsa volando y se cae por los peñascos. No lo necesitamos. Sí, ahora es cuando se da cuenta de que el aparato ya vuela: efectivamente llevaba uno en el bolso, y todavía llevaba en la oreja uno de los auriculares desde la ascensión, pero el aparato correspondiente ya lo había apagado antes. Qué lástima, quizás las gamuzas se hubiesen alegrado. El auricular también sale volando, el aparato cae silenciosamente por las rocas. La mujer no le presta la más mínima atención. Todavía pretende, apretando compulsivamente, acariciando, dando vueltas y estirando, conseguir que el hombre se ponga en su onda, hasta donde, completamente solos pero juntos, podrían llegar nadando, largamente, los dos, en el éter, en la inmensidad, tanto como quieran, pues el universo entero les pertenece, tanto como quieran, hoy, sin embargo, sólo a la hora que hemos acordado previamente. Te quiero, Kurti. Tu dinero, Gerti. Los amantes. Al fin y al cabo se pertenecen el uno al otro en cualquier otro momento, como ellos quieran. A cualquier hora. La mujer ha dejado de existir y ya sólo vive a través de él. Le levanta levemente los labios de la vulva, como acordaron, entra, y los labios se cierran satisfechos tras él. ¿No has oído un ruido?, ¡espera!, se retira un instante y aguza el oído, querido, no pares, por favor, para oír se utilizan las orejas o los auriculares, no el rabo. Esta mujer no puede tolerar jamás que se aparte la atención de ella misma y su tema, tema y ella son lo mismo. Su alma, la de ella, se hunde ahora, jadeando, resollando, gimiendo, en la suya, la de él. Se levanta tierra. Lo hemos conseguido: se abre el hoyo. La mujer le arranca a él la mano de su propio sexo, el de él, que obviamente está erecto, no hay confusión posible. Apenas si puede esperar a que él empiece de una vez, y entonces tiene que durar mucho y ser muy delicado. Ella misma se introduce por su propia mano lo que se le ha ofrecido con una mano, agarra el resto del hombre por el culo, enseña las dos hileras de dientes, grita y le golpea rítmicamente, aun cuando al principio vacila un poco, después le da más fuerte, sentido del ritmo sí tiene, pero es el ritmo de ella, no el de él. Pero justo con esa marcha, la de ella, no la de él, debe el hombre seguir adelante de inmediato, pero al mismo tiempo quedarse ahí y entonces: no marcharse nunca más. Marcharse: no, eso no debe hacerlo. Creo y veo que gente como ésa puede llegar a comportarse como si estuviera loca para obtener placer, por ejemplo esta mujer, pero no acabo de ver yo muy claro dónde está el placer en todo esto. Intentaré comprobarlo en mí misma y darlo a conocer, si es que lo encuentro. La chispa del amor existe, pero hay que soplarle fuerte y no soltarla, a la chispa, para que no se largue con otra la próxima vez. Cuando se ama todo es mucho más bonito, pero

también más terrible, ya lo sabe la mujer, tal vez porque haya en ello algo espiritual, ¿o tal vez no? No, ¡no! El hombre le trae una bella debilidad, pero más tarde, cuando haya retornado la calma, y puedan pensar y hablar sobre todo, y añadirse a lo pensado a voluntad en aquellos puntos que les vengán bien. Pero sólo después de que haya pasado el cuarto de hora, los veinte minutos, o más si se quiere, en los que un garrote fuerte le haya dado una paliza en el interior de su vientre, haya chasqueado fuerte al masticar y ella en algún momento, involuntariamente, haya tenido que gritar muy fuerte, de placer y dolor, lo quiera o no lo quiera. No quiere. Tampoco puede. De hacerlo, un caminante se acercaría para comprobar si ahí hay alguien. De vez en cuando él tiene que ponerle la mano en la boca, pues con su griterío ahuyenta a animales e incluso a todos los demás deportistas, y los atrae justo en la dirección en la que se encuentran. Pero eso no nos interesa nada ahora. No hay nadie, mi amor. Todos se disponen ya a retirarse, o bien ya lo han hecho. Ejecutar algo así en plena naturaleza podría convertirse para ella en una costumbre, teme el hombre, que prefiere hacérselo en su casa. Por decirlo de algún modo, en calidad de propietario, no, mejor no lo digamos así. Allí se siente seguro y protegido porque pronto va a pertenecerle. Aquí, en este páramo, casi le entra miedo, no, no es cierto, pero no le gusta mucho, uno se ensucia fácilmente y la mujer en casa enseguida sospecha. No, eso tampoco. Esta mujer de aquí es una carga. Un fastidio. Hoy tal vez quiera tratarla con algo más de rudeza y cogerla por detrás, que es algo que a ella no le gusta, para que vaya desacostumbrándose a estar mandándole todo el día. Que si por aquí sí, por allá también, no, que por ahí no, por favor, no, eso no me gusta. Tal vez entonces renunciará a él por lo menos un tiempo, aunque no demasiado. No, por favor. No, por favor. ¿No te vas a andar ahora con remilgos? Tal vez entonces se calle de una vez. El hombre la aborda ahora más confortablemente, tiene tiempo. Seguro que la convence, después de haber examinado un poco la entrada de su culo, en el que nadie se fija, de que el dolor no es ninguna expresión cuando un ser humano sufre. No existe ninguna expresión para eso. Le llegará una fragancia a la nariz que no le gusta mucho. Ahora se encuentra en el bonito bosque, es dueño de la situación, da igual de cuál, pone groseramente a la Gerti boca abajo y es entonces cuando le da verdaderos motivos para chillar, pero sólo en voz baja. Si es eso lo que quiere, entonces venga, ahí tienes una razón para hacerlo. La razón si quieres te la puedes quedar, pero la propiedad es para mí. ¿De qué tempestad en las cumbres viene él ahora? Pero si justo estaba yendo para allá. ¿Cómo, no acaba de suplicarle justo ahora que pare? ¿Pero ya? Si apenas acaba de empezar. Así no es tan bonito como de costumbre, Kurti, no me lo había imaginado así, de otra manera sería más bonito que de costumbre ¿No quieres volver aquí delante para que mientras te pueda mirar cariñosamente? Eso me gusta especialmente: mirar tus queridos ojos azules. No. Así no me gusta. Prefiero de otro modo. Me gusta así y asá. Pero el hombre ahora mismo podría

someter tranquila y profundamente a un pueblo entero, y, si de él dependiese, estaría dispuesto a hacerlo en cualquier momento. No. Ahora no se detiene. En media hora estará completamente oscuro, y los periódicos no podrían ver cómo el pueblo entero tiembla ante él. Un día que llegará a ser alguien, un gran acontecimiento como el ocurrido recientemente en Ischgl, donde la nieve se puso dura como una roca y se alzó contra las personas porque habían abusado de ella para su propio placer. Diez grados bajo cero, y un grupo de músicos, tiesos como un palo, se sitúa detrás de la anunciada banda de girls, unas chicas que berrean de un modo increíble, no importa quienes sean. La próxima semana será un grupo de boys conocido internacionalmente. Ya no podremos leer el periódico ni saber qué pasará con nosotros cuando la nieve se haya transformado en hormigón y se haya acumulado en un único punto donde no tenía porqué. Ahora no hay besos. Tampoco se le puede llamar regocijo a lo de esa mujer que ha intentado darse importancia, pero entonces el hombre le ha aplastado la cara contra la pinocha seca y punzante, y se la ha restregado a gusto, le ha dejado la cara fina, de modo que esos pinchos putrefactos y podridos se le han metido por la boca, la nariz y, ¡ay!, por los ojos. Se arrepentirá de eso, confía la mujer, de despreciar mi sexo a pesar de que me ama, pero al fin lograré convencerlo, todavía no está muy ducho en todas estas cosas, lo convenceré para que ame y venere mi sexo y lo apoye a lo largo de todo su florecimiento. Tosiendo y escupiendo y, sin querer, levantando de golpe el culo y tapándose, viene el cuerpo y se van los pensamientos hasta que el hombre consigue amansar de nuevo a su víctima primaveral, a la que ha hundido, con un puñetazo casi negligente en los riñones, esta vez de forma definitiva, y ahora ella yace tranquila. Está determinada por su condición de mujer, pero ha determinado hora y lugar, eso ya es algo, en realidad, nada. Ahora no va a poder salirse con la suya y decirle a él lo que tiene que hacer con ella y sobre todo: ¡dónde! ¿Cuánto rato? El rato que me venga en gana. Pero tú no me vienes bien, eres demasiado estrecha. Lo siguiente: por favor, para, ya no puedo más, es lo que sale de su boca con dificultad, pues su nuca está sujeta al suelo con una pinza, y a ella sólo le queda aguantarse y ocuparse solita de esperar desesperadamente, de moverse involuntariamente debido a los constantes pellizcos, y de retorcerse y mover el culo hasta que él haya acabado por fin. Pronto aparece algo de sangre. Bueno, no se va a morir por eso, desde que conocemos a esa persona tenemos en casa una buena pomada para heridas, apropiada tanto para la piel como para las mucosas, pero no va a ser tan bonito como habían acordado y como ella se había imaginado. No, desgraciadamente esta vez no ha salido tan bien como hace poco, pues la mujer no se ha lucido nada, ahora casi ha perdido el conocimiento, ¡venga, tú, no te duermas!, pero la mujer, cuando mucho más tarde haga balance, estará contenta y feliz de tanto afecto y de que él, por lo menos, no la haya matado. Tal vez la próxima vez. Pero el ser humano aguanta mucho, a veces creo que lo aguanta: todo, pero hay

algo peor que todo y es: cuando uno no consigue lo que desea. Los brutales pellizcos en sus nalgas tampoco han sido demasiado agradables, registra la mujer, cuya caja registradora ha sonado y ha vuelto a sonar porque le metieron algo dentro sin que el hombre pareciese darse cuenta en absoluto. La mujer cuenta sus ingresos: nada dentro, ¿cómo es posible? ¿Por qué me hace esto? Seguro que por amor y pasión, que no han podido dominarse a sí mismos y han arrastrado consigo a sus dueños igual que las inundaciones del pasado verano, pero sólo la mitad de la carretera, la otra mitad la dejaron para el próximo año, ya es algo, y el año próximo la carretera estará todavía por arreglar. Bella debilidad, tanto en la comunidad como entre las personas, que no hay que confundir con inactividad. Tiempos nuevos han irrumpido entretanto, ¿no creen? ¿O es que acaso conocen ustedes el tiempo en que las mujeres determinan lo que quieren y cuándo y dónde y cómo y por qué y, sobre todo: hacia dónde quieren ir? ¿Esconderá él en algún rincón un atisbo de piedad?, piensa esta mujer, en algún rincón tiene que estar, ¿no? ¿Estará medio ahogada porque ella se abalanzó hace un rato encima de este hombre sin ningún control y sin ninguna gracia? Pero ¿qué le va a hacer si no puede controlarse cuando él está cerca? ¿Qué me dicen? ¿No conocen ustedes el bosque? Yo sí conozco el bosque, pero no éste, ¿cómo puedo salir de aquí? No, en este hombre no se vislumbra atisbo de piedad ninguno con nadie, digo yo en su lugar. Pero para lo que hace por lo menos se toma su tiempo, eso hay que reconocerlo. De todos modos, para algunas personas ese tiempo incluso es demasiado largo. Quieren una breve versión comprimida del tiempo, para después poder disfrutar más si cabe de la infinidad, de la eternidad del deseo. En cualquier caso, el hombre hace ya tiempo que no se asusta de la mierda, eso se lo puedo garantizar yo a ustedes. Se la ha limpiado ya suficientes veces a su propia madre o la ha tenido que rascar en algún sitio o recoger del suelo. ¿Se le levantaría el miembro de esa manera si no le gustase hacer todo esto y no me quisiera a mí por lo menos un poquito?, piensa la mujer cuando siente cómo eyacula con violentos impulsos dentro de ella, y por suerte después se hace pequeño rápidamente y se desliza él solito hacia afuera. Ningún ruido salvo ruidosos jadeos y resuellos. Hola, qué tal. ¿Es que no se alegra de su éxito, para el que ha tenido que pelear tanto consigo mismo y con ella? ¿No está ahora muy exhausto y por fin por fin desea ser algo tierno? Sus garras alrededor de la nuca de la mujer se relajan por fin, el hombre, suspirando, se desploma como un fajo desparramado encima de ella, por desgracia descargando todo su peso sobre su espalda. De modo que ya queda claro que por lo menos un rato, hasta que haya recuperado el aliento, va a tener que empotrar en el suelo los pechos de ella y limitar mucho su respiración. Pero ella tiene suficiente aire, voz y voto, para poder decir, bajito pero con detalle, lo que sigue a continuación, que no puede reprimir, tiene que sacarlo como sea, ¿es eso una pregunta? Parece que la Gabi ha desaparecido, eso he oído al menos. Te lo tienes bien merecido. ¿Es que anoche no

la llevaste enseguida a casa? Claro que sé dónde estuvo ayer y con quién, ¿qué tengo que hacer con todo eso ahora? Te estará bien empleado si ha huido de ti, y ahora te vas a quedar sólo conmigo. ¿Adónde fuisteis después? ¿Por qué no la llevaste enseguida a casa? En realidad tú deberías saber dónde está. ¿Volverás con ella cuando esté aquí otra vez? ¿La llevarás a la oficina como cada día temprano? ¡No te creas que no lo sé todo! Hace mucho que lo sé. Incluso una vez os seguí. Dónde está ahora, si es que no ha vuelto a casa. Sé de buena tinta que casi cada día la recoges temprano. Dice a todo el mundo que coge el autobús de la mañana o el tren, pero cada día va al trabajo contigo, lo he oído. Tengo constancia, no, la sospecha, de que le pide los billetes ya validados a sus compañeros para que le reembolsen los gastos por desplazamiento. Una amiga suya lo dice, y otra también. Muchos en el pueblo lo saben. O sea que si algún día hay un control, ya está todo dicho. A eso se le llama fraude, ¿no? O algo peor. Enseguida se van a dar cuenta de que los códigos impresos en los billetes que ha entregado han sido validados en paradas completamente distintas, e incluso en otras rutas. He pensado mucho en ello. Cómo se atreve a eso esta chica. Tú fuiste el último en verla. ¿O la llevaste después a algún otro sitio? ¡Ay! No vuelvas a pegarme, no me pegues nunca más, y si lo haces, que no sea en la cara, ya tengo las marcas de tus manos y de la pinocha de abeto por todos lados, se va a notar si además aparezco con un ojo morado. No, personalmente no me importa nada, aunque preferiría que no lo hicieras y que te contentases con el amor que yo te brindo. Sí. Te quiero. Tú me quieres también. Los demás no tienen por qué saber nada. No están ahí por las noches, en mi casa, eso no es posible, ¡uno no puede esconderse de ese modo! No hay nadie que pueda. Tú me quieres también, lo sé, lo sé. En realidad yo ya no existo, sólo existes tú. Me gustaría hablar de todo eso con alguien cercano a mí, pero no tengo a nadie. Tienes que amarme, por lo menos un poco, y lo que se ama no se manda a la mierda. Tal vez necesitemos más espacio para cada cual, no en nuestros cuerpos, donde ya hay tantos límites, tal como he podido comprobar antes. Necesitamos más espacio para nosotros. Mi casa sería la solución. Ahí estoy completamente de acuerdo contigo. Vivamos juntos. Por favor. Cuando tenga previsto algún cambio a ese respecto, te lo notificaré enseguida. ¿Pero qué iba yo a querer cambiar? Yo quiero cambiar el hecho de que siempre tengas que volver a casa con tu mujer. Quiero que siempre estés aquí conmigo. Si me preguntan sobre mis sentimientos más íntimos, respondo que en ese aspecto no desearía cambiar nada. Me gustaría que todo continuase como hasta ahora. Sólo que tú siempre estés conmigo. Entonces ya no tendría que añorar tu presencia, pues constantemente la tendría a mi alrededor. Y si alguna vez no la tuviese, esperaría, envuelta cálidamente en la distancia que por poco tiempo nos separaría, a que estuvieses otra vez conmigo. Bien, gracias. No tenemos mucho que derrochar, pero podemos permitirnos algunas cosas. Eso te lo prometo. Más o menos esto es lo que quería decir y ya lo he dicho. Día y noche añoro tu mirada.

Observa qué amable es la naturaleza, nos cede el paso antes de que llegue la noche y uno ya no pueda ser advertido. Y se hunda ante sí mismo en el suelo.

Las personas se enfadarían conmigo si supiesen que aquí las meto dentro de pieles de embutido y las cuelgo, expuestas a todas las miradas, pero es que sin relleno el pantalón tampoco aguanta. La puerta de casa se cierra de golpe. Una muchacha ha desaparecido de la faz de la tierra, que no es ni faz ni es tierra tampoco. En realidad es agua, que, a todo eso, juega ya un poco desganada con el cuerpo. Ahí, en estos momentos, la Gabi se incorpora a una biocenosis de plantas y animales perfectamente ajustada para el medio acuático, formando pareja de hecho con cada una de las especies por separado. ¡Ay, si hubiese más para elegir! La protección de esta comunidad humano-acuática desempeña un papel clave si los seres humanos quieren protegerse; por supuesto a su especie también, pero para empezar a sí mismos. Para eso deben proteger también a todas las demás especies, tarea muy trabajosa, pero imprescindible para que la humanidad no se vaya a pique, pues existe precisamente esa sensible base colectiva, en la que especialmente las lagunas, los cenagales, los estanques y los humedales están siempre seriamente amenazados. Esta muchacha, por el contrario, ya está muerta, siempre resulta un fracaso de primer orden que una vida acabe antes de tiempo. ¿Quién ha cometido el fallo? ¿Quién es el autor del crimen? Ustedes lo saben, yo también lo sé, para qué seguir preguntando. Solamente una vez: se es joven, algunos se mantienen jóvenes siempre, porque para ellos no hay futuro. Eso que se ahorran. Han tenido un rival terrible en la vida, rival que en este caso ha ganado. De modo que las órdenes de búsqueda con la foto de modelo de Gabi cuelgan en los postes. Los coches pasan diligentemente por delante, ven las hojas ahí clavadas y frenan súbitamente o arrancan rechinando, quizás porque sus dueños se sienten presos de la curiosidad, cosa que a menudo reporta a los utilitarios que van detrás quebraderos de cabeza. Más tarde podrán recoger los restos de sus cabezas en el hospital o en el servicio de grúa, donde se los devolverán previa entrega del certificado de admisión. Qué bien que hayamos permitido la entrada de un fotógrafo en casa, por lo menos ahora nos queda algo de esta bella muchacha. De tan bella es casi fea, por lo menos esa foto, y debajo, un profundo escote, el foso que la separa de nosotros, los más viejos; cuando uno la ve, querría haber sido un poco joven alguna vez y haberse quedado exactamente así. El recorte remite a algo, sí, pero no a esa empresa de la construcción en la capital de la comarca, donde la Gabi tenía un puesto de aprendiz de comercial. La empresa está presente en la foto de forma invisible a



pesar de que la foto más bien sugiere ociosidad al observador, como la mayoría de fotos, ¿no les parece? Tal vez sea el vestido, pero la expresión de esta foto es fingida, la boca parece una boca que desea dar un beso, no una boca que desea leer las líneas de un documento impreso con el ordenador, aunque con esta foto se ha conseguido una impresión mejor. Qué suerte tiene esta muchacha de haber nacido para besar. Se acabó. ¿Estamos de acuerdo en dar de baja la cuenta bancaria, con su propietaria incluida? ¿No está de acuerdo? Entonces tendrá que ponerla sobre la mesa así, en forma de periódico. De todos modos damos por hecho su beneplácito y se lo cargamos todo a su cuenta.

La madre de Gabi deambula por la casa, desamparada, el vivo retrato de un cordero, hecho no importa por quién, pero con la intención inicial de reproducir un animal orgulloso. ¿No es verdad que tiene un novio en Alemania, con el que quiere estar? Está lista para dar el salto a la nueva vida, el carril para tomar carrerilla se encuentra justo delante de ella, festoneado por el sol, debajo hay un prometedor lago helado en el que ella, ¡seguro que sí!, aterrizará. El extremo del glaciar, su lengua, que oscila o retrocede según el clima, brilla ante sus ojos; no me parece que sea duro el lugar donde va a aterrizar. Parece un refulgente paraíso vacacional, pero muy probablemente, como pasa con muchos lagos, será sólo una acumulación de agua del deshielo, vamos, un valle de lágrimas. Sin embargo, en estos momentos, la madre, por ese modo que tiene de sopesar qué puede haber hecho su hija, tiene aspecto de jueza, ¿en qué lío se habrá metido? ¿Dónde estará? Si se supiera por lo menos dónde está. Precisamente ella misma le buscó este novio tan majete a la Gabi, con el que incluso tiene permiso para pasar la noche. ¿Qué otros datos codificados puede haber para clasificar y ocultar en el ordenador? ¿O para reservar más tarde? De hecho, la madre conoce todos los datos. Al fin y al cabo los ha introducido con sus propias manos. ¿Sobre qué van a poder interrogar durante meses de trabajo a las más de 2000 personas los tan sólo 20 funcionarios que habrán sido designados para ocuparse del caso? ¿De qué van a enterarse?! ¿Para qué apuntar miles de matrículas? ¿Por qué se ha largado la Gabi, si es que lo ha hecho? Quiero decir, si es que realmente se ha largado. Su novio sigue ahí y vuelve a limpiar el coche. El mueble móvil brilla ahora con fuerza y sonoridad. No, el novio tampoco tiene más detalles. Inmediatamente después de clase va a visitar a la madre, se sienta a la mesa de la cocina igual que podría quedarse de pie. Toma una taza de café igual que podría tomarse un té en su *Walkman*. Habla de su novia desaparecida como si jamás hubiese estado ahí. No sabe nada igual que podría saber algo. Es sencilla y sincera, ésas son las palabras que le han enseñado en el centro educativo de formación profesional cuando se trata de una conexión electrónica, que jamás se abriría voluntariamente a menos que le cayera un rayo encima. ¿Qué hacer, sin embargo, para que el circuito finalmente se cierre? Todavía tenemos que practicarlo.

En estos momentos, la corriente fluye en una dirección como podría fluir en la otra. Los electrones se alegran de tener libertad y de que nadie les obligue a hacer lo que no quieren hacer, también nosotros podemos hacer las cosas de otra manera, pero nuestro entrenador todavía no ha conseguido que lo podamos hacer. El novio de Gabi está acabando, junto con otros compañeros del grupo de trabajo, un abrepuertas electrónico, pero de momento la puerta permanece cerrada todavía, el circuito aún no se ha hecho cargo de la dirección sobre los electrones, un circuito cuya tarea consistiría en oponer a los electrones la mínima resistencia posible. Eso es lo que nuestra juventud también desea: ¡ninguna oposición a sus planes! ¡Las que se montan los electrones entre ellos! A ningún ser humano se le hubiera ocurrido, pero saca provecho de ello. Sólo quieren seguir su propio camino si al final del mismo hay un espacio un poco menos repleto de ellos. De lo contrario, prefieren quedarse en casa. Cargados negativamente, obedeciendo a su naturaleza, siempre van a la búsqueda, al contrario que yo, de lo positivo. Siempre es posible tomarlos como ejemplo (extraído de: Muffler / Eberich: *Elektronik für Kinder* (Electrónica para niños), volumen 276, 7.ª edición revisada). Y en estos momentos, al aprendiz le parece que un abrepuertas es lo que cierra el cielo también, cuando ya lo tenía al alcance de la mano. A su habitación en casa de sus padres, y también a la nueva pequeña vivienda de propiedad, recién acabada de pagar, no les van a pasar el aspirador durante un tiempo, tampoco se va a preparar ninguna otra merienda, nadie más va a escogerle presidente de su mundo ni recortará para él montones de artículos de la revista de coches para pegarlos en su cuaderno de espiral, ni volverá a honrar con su visita durante un tiempo al cielo en la tierra, el obligado destino de su excursión puntualmente cada sábado por la noche. Todo esto ni se lo imagina todavía. ¿Otro hombre y Gabi? Descartado. No había ningún otro hombre, y en caso de que lo hubiese habido, no estaría ahora con ella, pues no la conocería de nada. Sólo son habladurías de sus amigas, unas envidiosas. No hay que darles crédito alguno, pues de hacerlo se lo quedan y no se lo devuelven a uno nunca más. De eso nada. La Gabi era un libro abierto para su novio, una ventana con sus cristales, o sea un marco digno para él también. Que era una embaucadora de primer orden: si eso fuese cierto, no nos lo podríamos imaginar, dicen madre y novio al unísono. Siempre supimos de todos sus pasos, y cuando el chico lavaba el coche, ella tomaba asiento en el porche, o se quedaba de pie, en verano enseñando las piernas, en invierno no enseñando nada, y a todo siempre respondía desaboría, pero jamás decía esta boca es mía. Nunca sabía lo que sentía antes de desearlo. Pero bueno, hay que reconocer que se sentía un poco limitada. La casa que la madre había acabado de pagar recientemente no le iba nada, pero al novio sí. El chico no sabía lo que sentía hasta que vio la foto del nuevo Ferrari con nuestro Schumi dentro como un tapón de corcho. Las facciones de Gabi casi siempre eran como la zona de maniobras de la estación de trenes, si bien es verdad que se movían, no la llevaban a

nada que la condujese más lejos, a la lejanía, al país de la sonrisa. A Austria. Todo recto. No hay pérdida. No. Siempre de vuelta, no importa desde donde. Ausencia, aunque en casa, un vaso sobre la mesa que a veces nada en la luz, después se hunde en la sombra, en el ir y venir de las mareas. Lávame pero no me mojes, es decir, por encima del nivel máximo del agua. ¡Un segundo!, ahí ya no crece ninguna planta, pero sin embargo existe el deseo de que mucha agua cubra el pie, y luego más, pero mucho más. Todo el mundo quiere más, no importa de qué. Quien se expone a un peligro, perece en el intento, sobre todo cuando el nivel del agua oscila dependiendo de la época del año. El lago descansa en calma, ¿quién descansa en él? Residuos de lodo, arena, arcilla, rocalla y una chica inundada de agua descansan en él, o sea, siempre que la muchacha no haya ido a reposar demasiado hondo. Dicho de otro modo, para que el lector situado en la zona de prácticas entre tierra firme y las aguas lo entienda: si es un libro, ¡que sea uno bueno! Algo parecido era la Gabi: con ella uno sabe a qué atenerse, busque, compare y si encuentra algo mejor... Bueno, no sé. Uno siempre puede volver a retomarlo, el libro, claro, y nunca se aburre con él, no importa dónde lo abra, aunque suele hacerlo ordenadamente en la cama de matrimonio de Ikea que su novio ha recibido como regalo de parte de sus padres (sí señor, todo el mundo tiene que contribuir de algún modo, de lo contrario no seríamos los que somos, seríamos otros), siempre con sábanas limpias para él y para su novia. Otra cosa no tenían. Sus recursos para el futuro se han utilizado de forma ponderada, puesto que hasta ahora no se han malgastado, porque los recursos son por principio indispensables, pero también inmultiplicables. Lo que quería decir con esto: si hay un ser humano ahí, entonces deberíamos dejarlo donde está, pues cuando se haya ido, nadie va a poder sustituirlo. Siempre se puede coger a otro, pero a ése en concreto probablemente ya nadie va a poder encontrarlo. Porque en todos los demás que sean como él encontraremos todo tipo de objeciones. ¡Dios mío, cómo vamos a llenar las páginas de contenido si ni siquiera somos capaces de expresar con sencillez lo más sencillo! Proteger y conservar a seres humanos es tarea compleja, que se puede ir poniendo en práctica con la naturaleza. Por supuesto eso exige tomar decisiones constantemente en muchos aspectos, y eso puede tener consecuencias de gran alcance, aunque normalmente no lo hace, pues pasan cien mil años hasta que uno tiene que extraer la consecuencia de que no hubiese tenido que quemar sus zapatos viejos en el horno, porque durante todo ese tiempo han contaminado y destruido el medio ambiente. El susodicho hubiese hecho mejor dando calor él mismo a otros seres humanos con un bonito cuerpo y una cara amable, y un coche rápido y una programación televisiva con chispa. La Gabi tenía todo eso, y ¿qué le ha reportado? Nada. Con lo expresiva que era y ¡nada!, ninguna respuesta, especialmente en esa foto monísima que cuelga ahí, cuando uno espera el autobús de línea, no puede evitarla, y muchas de las personas que han llegado demasiado temprano no pueden hacer otra cosa que analizar hasta

el último detalle la foto, no tienen nada mejor que hacer, y el autobús no se les puede escapar, que para eso han venido más pronto. Pese a que todos conocen a la Gabi al natural, todo el mundo se queda clavado un cuarto de hora ante su foto. Con qué facilidad se pierde uno algo si mira un segundo para otro lado. Pese a que todo el mundo conoce bien a la Gabi, por lo menos de vista, pues todos han crecido aquí, les resulta extraña en esa foto. Hay algo frívolo, arrogante en ella que molesta a la gente. Aquí sale a la luz una cara completamente distinta en la que nadie se había fijado en la vida real. Por otro lado, una apariencia así, como sacada de las revistas (la mujer desnuda y su cara, que de hecho la tiene, en la parte superior de mi ilustración, y si no, denle la vuelta al periódico u observen otra cosa que no sea un ser humano, en la página cinco del diario *Kronenzeitung*, pero ahí debería estar esa mujer desnuda, ¿no? Dios mío, ¿qué es eso a lo que están ustedes mirando a la cara, es eso realmente una cara?), les resulta completamente familiar, y también que la Gabi esté más desnuda que vestida en la foto les resulta normal desde que tienen la caja tonta, es decir, desde hace decenios. Ahí la gente se quita mucho más que ropa. También le quitan toda la ropa a su pareja, y entonces se dan la vuelta para que se les pueda ver por dentro y: que están completamente vacíos y huecos por dentro en realidad. Antes no nos lo hubiésemos creído. Los cuerpos mientras tanto se han vuelto lo suficientemente indiscretos como para meterse por todos lados y poder así desnudarse más rápidamente. ¡Qué divertido! En la tienda de ropa Bauer, todos los lunes, los cinco primeros en llegar a la caja completamente desnudos obtienen un look maravilloso por 5000 chelines austríacos, o sea que, si pueden, dense prisa, ¡les convendría urgentemente un recauchutado! Algunos pasan completamente desapercibidos. Aunque intenten gritar tan fuerte como todos los demás. Una chica tan mona, esta Gabi. Si por fin se la ha encontrado, hay que entregarla, y nadie sabe nada al respecto todavía. Poco a poco, tras la habitual espera, empieza la búsqueda rutinaria de una desaparecida, cierto gendarme también ha oído hablar oficialmente de eso, pero no sabe nada, vamos, lo sabe todo, desea poder tomárselo en serio, confía en poder simular, si conviene, seriedad por lo menos, pero no acaba de conseguirlo. Ahora pone cara sombría ante sus compañeros. Se le interroga, sí; como la mayoría de ellos, conocía a la Gabi por lo menos de vista, los compañeros ya lo saben, una chica bonita. En el fondo no saben nada. No saben que la Gabi descansa en el fondo del lago, que no es demasiado profundo. Sí, los pensamientos a veces son profundos, pero los fundamentos que conducen a un crimen a menudo no lo son. El gendarme es algo así como un guía turístico, sólo que él jamás conduciría solo a un turista, a no ser que pudiese sacar provecho de ello. Ahí lo tenemos, observen cómo en estos momentos se restriega, como quien no quiere la cosa, contra ese joven compañero, se pega a él por detrás como por casualidad cuando se cambian de ropa. El compañero tiene la camisa por la cabeza y no ve nada y no se puede defender, durante un momento, que pasa con

demasiada rapidez, ha quedado atrapado en su ropa como un pez en la red, ha levantado los brazos, las estrechas caderas están, bueno, simplemente están ahí y presentan algo de purpúreo acné, a eso lo llamo yo carne, justo con todas sus máculas. Menudo placer: como quien no quiere la cosa, apretar el rabo ligeramente hinchado como si fuera un matasellos contra la cadera izquierda del más joven para que pueda husmear y percibir un buen cuerpo, por lo menos externamente.

En cualquier caso, nosotros volvemos: búsqueda rutinaria de una desaparecida. Los ordenadores desbrozan sus extensas colecciones de datos y consiguen que gente que en realidad jamás se ha visto se junte en la pantalla, quizás mortalmente. ¿Dónde están todos esos criminales del distrito responsables de atentar contra la moral? Aquí los tiene, en esta máquina le están esperando ya, preparados para ser consumidos por el Estado, ¿a cuáles de ellos hemos puesto en libertad últimamente y a cuáles no?, ¿qué asesinos de niños reciben de nuevo la protección del canciller y cuáles son perseguidos implacablemente por Jörg durante toda su vida?, no, por este canciller no, por otro. ¿A quién no se le ha condenado todavía a cadena perpetua habiéndole castrado además, y/o asesinado previamente? En este distrito ya se juntan unos cuantos, pero tampoco son muchos, incluyendo entre ellos los exhibicionistas ya conocidos, que, por lo menos en la fase inicial de su pasatiempo, son inofensivos. Examinémoslos de todas formas, con eso tendremos ya mucho trabajo antes de irnos a merendar o de que nos releven. La chica de todos modos aparecerá, eso seguro. Trabajaremos para que eso ocurra con la mayor celeridad y la menor burocracia posibles, y para que la muchacha no esté demasiado deteriorada cuando la pillemos, como una observación que uno haya hecho, ¡hay que pillarla rápido!, antes de que la olvidemos, antes de que tenga que retirarse y finalmente desecarse del todo, como el agua en el lago. No veo indicios de nada parecido en estos momentos. Aplaco mi exasperación por los asesinos; la ordenación del territorio tendrá que ser respetada, no, no nos meamos en los árboles y matorrales públicos, y tampoco nos meamos en las paradas de autobús o en las paredes de casas ajenas, este instrumento, ni idea de cuál, sirve para reducir las disparidades regionales desde el punto de vista económico y ecológico, es decir, que algún día volverá a reinar el orden en el reino animal y en el vegetal, y aquello que no nos pertenezca: fuera; lo que nos pertenezca: trae para acá que lo necesitamos, ¡venga, venga! La Gabi es uno de los nuestros, una nativa de la variedad de seres vivos complejos, no, de la compleja variedad de todos los seres vivos y de la naturaleza animada. Pero que ya se haya convertido en parte de la naturaleza inanimada, eso no nos lo acabamos de creer, para eso necesitamos una ilustración. ¿De dónde sacar sin robar? Que ahí se haya extraído un diente torcido de los que tiene previstos la naturaleza, que al fin y al cabo están destinados a los ángeles portadores de ortodoncias, sí, incluso a ellos hay que ayudarlos para que,

en el coro o como solistas, estén muy guapos, bueno vale, diente: extraído, pero no tan pronto todavía, bueno, que la constante interacción entre seres vivos y muertos se haya alterado y con ella el ecosistema. Pues eso, que algo tan horrible ni siquiera queremos tener que imaginarlo. Esta vez no. Ya volveremos a hacerlo la próxima vez. Pueden haber desaparecido millones de seres vivos, por favor, a eso nos hemos podido acostumbrar del todo, pero si se trata de una sola persona, eso no puede ser, habría que darle un acompañante, ya veremos a quién tenemos en reserva. Los organismos dañinos, por ejemplo, siempre están de oferta, ¿qué hacemos ahora con ellos? Intentamos mantener los daños económicos en el nivel más bajo posible, y los daños ecológicos también. Tratamos con respeto el hogar natural, pero a nuestro hogar, a ése no lo respetamos, para él compramos el nuevo producto de limpieza con componente antibacteriano que les mata a ustedes directamente el 99 por ciento de todas las bacterias, pero el uno por ciento restante se las trae. Y como siente que trae consigo algo que puede destruir más que construir, quiere soltarlo por fin, ¿para qué le sirven a uno si no sus talentos y capacidades? Uno puede, como decíamos, destruir o crear algo. Ese bacilo en concreto, ese extraño no deseado que conservó la vida, puede ahora reproducirse tranquilamente, pues ya no tiene ningún competidor y por lo tanto puede desplegar sus facultades. Así que, a este niño de pecho le daremos una buena neumonía, y a este que aprende a conducir y que no se lava nunca las manos le daremos una buena gripe intestinal. Sí sí sí, a los remedios químicos básicamente sólo se debería recurrir de forma puntual y en las cantidades estrictamente indispensables, pero a ser posible nunca. En concreto esta muchacha que no permaneció con vida ha sido víctima de un asesino que actúa selectivamente, pero que no quiere ser considerado como tal a menos que sea estrictamente necesario porque alguien quiera ver su carné (¡pero los compañeros saben todos quién es quién! Le compran en secreto relojes y joyas, en una zona intermedia entre la legalidad y la ilegalidad fijada para ese fin, y sin pensárselo), él perseguía objetivos más ambiciosos. No, yo no conozco todos sus objetivos. Agradecería cualquier tipo de pista. La propiedad en sí misma no es motivo suficiente para una demanda, a menos que alguien se la quiera disputar a uno. Eso motivaría una acción de retención de la posesión, pero quién sabe lo que saldría de ahí, depende por completo del abogado. ¿Qué pasa cuando en primavera las hojas nos invitan a visitar el exterior y uno va y las arranca? ¿Dejaría entonces de ser primavera? ¿De qué narices de propiedad me está usted hablando, por el amor de Dios? Efectivamente ahí hay una, pero lo que es pertenecerle, pues no, todavía no le pertenece a uno. La propiedad en estos momentos todavía sigue cubierta por una mujer, que ahora (si pudiera diría: ha escondido la cabeza debajo del ala para que los transeúntes no la reconozcan) se pasea por delante de la puerta abierta de su casa con la cabeza gacha y de morros porque otra vez un hombre no se ha presentado a la cita acordada, y además, de todas formas, en los últimos tiempos

seguramente la ha engañado a menudo. El sexo funciona, ella lo desea así y no de otro modo, pero mejor de otro modo. Por lo demás, algo va por el mal camino y lo tendríamos que encaminar. La versión más terrible de la verdad dice así: este hombre no la puede haber amado, pues a quien se ama, no se le manda al carajo. ¿O sí? No, no puede ser. Pues a la persona o a la cosa que se ama, si uno no tiene hambre, se la mete en el frigorífico para picar entre horas. Al fin y al cabo, uno no quiere que se estropee y tenerla que tirar a la basura. El ser querido se guarda para poder seguir comiendo de él, de su cuerpo maravilloso, mañana y pasado mañana también. Jesús. ¡Ay, por las noches no estabais todos allí! Ya lo he dicho repetidas veces. No puede ser que me engañe, desde hace mucho, con una más joven. Si alguien preguntase: ¿quién de nosotras es ya mayor? ¡Cómo se agacharían nuestras cabezas l'oréalizadas! La mujer ya quería haberse separado muchas veces anteriormente, pero siempre se ponía enferma. En breve querría elegir, si tuviese elección, piensa una mujer de mediana edad, y echa una ojeada a lo largo de la carretera, transitada a todo volumen pero sin ritmo por mujeres que compran, madres con cochecitos y niños pequeños con botas de agua, en serio, realmente esta gris carretera comarcal no es una caja de ritmos que digamos. El tiempo apremia. Y a su vez, la mujer, recurre a sus codos, en realidad se ha quitado años, aunque quitar y poner desgraciadamente sólo está en manos de Dios nuestro Señor. Un hombre. Claro. Andar borrando en el pasaporte, ¡a quién se le ocurre! A la señora Dagmar Soller, pero la pillarán.

A todo eso hay una necesidad urgente de actuar, sin embargo, la última vez ya actuó uno distinto, uno que la descubrió en un cruce en su automóvil, la paró y la desplumó sin haberle puesto antes siquiera anestesia local. A ella se le fue todo de las manos. Quién se lo iba a imaginar. Necesitamos algo por escrito. Así que tarde o temprano vamos al notario. Las personas que desean actuar ahora, no importa cómo ni con qué, pueden escoger primero, y escogen a uno que les gusta. Él no miente, es respetable, deportista, limpio y resuelto y se diferencia agradablemente de uno que, vamos, no les gusta tanto, pese a ser también respetable, deportista, limpio y resuelto. Pero desgraciadamente a éste no se le nota. Por fortuna sólo escogerán a alguien a quien se le note todo, sobre todo que se sienta seguro en su piel, pero más seguro se sienta o se siente él en su Porsche. Los respetables y eficientes. Los laboriosos también. ¿Cuál es su secreto? No lo sé, si no, lo contaría. Tal vez queramos que nos engañen porque nosotros mismos no paramos de engañar a todo el mundo, vamos, cuando se nos presenta la ocasión. Por ejemplo, esta mujer se ha esterilizado, lo reconoce con toda franqueza a pesar de que ahora ya no puede tener hijos. No quiere niños y nunca los ha querido, ya que ella misma es una niña y quiere serlo para este hombre. Otro niño no hubiese hecho más que molestar. La otra, Gabi, casi una niña, tampoco ha hecho más que molestar también.

Esto lo demuestra todo. ¿El qué? ¿A quién? Sea quien sea, en estos momentos lo enfocan con el foco del buen rollo y él sale corriendo para el Carnaval de Villach o lo ve en la tele y se siente en este país como en casa. Otros viven en el lago, ¡no!, eso no puede usted decirlo, autora: que alguien duerma en un lago no significa que además viva allí. ¿O es que no ha visto el bote hinchable? Él vive en una buhardilla con fotos en las paredes, de cachorros y de modelos, ambos proyectos públicos y privados, sólo depende de quién las use y para qué las aproveche. Ante todo aprovechar, para sentirse bien, ¡genial! Ya lo querría de sí mismo o cualquier copo de nieve oropelado tambaleándose sin conocimiento mientras todavía vuela por el aire, desde donde se va alegrando ya por el suave aterrizaje, pero entonces va y se derrite enseguida. Ni siquiera hizo falta una piedra caliente.

El detalle decisivo que no vio nadie, o todos los que no se fijaron mucho, fue un coche que en las frías noches del pasado invierno, antes de que llegara nuestra prima Vera, aparcaba cada mañana en las cercanías de la estación de autobuses. Al volante esperaba muy probablemente el hombre que ha estado acompañando secretamente a Gabi durante más de medio año hasta su empresa en la capital de la comarca y que, en ocasiones, probablemente cuando sus horarios de trabajo se lo permitían, también la llevaba de vuelta a casa. Por lo menos es seguro que la muchacha realizó más de la mitad de esos viajes, un trayecto relativamente corto, con este desconocido, los otros viajes, los nocturnos, enloquecidos, no queremos ni mencionarlos, pues nos caeríamos redondos sólo de pensar en las que ambos llegaron a liar y en lo que se acosaron mutuamente. Gabi tuvo que haber engañado a la madre y al novio. A otros no los pudo engañar, pero éstos no han dicho nunca nada al respecto. Nadie sabía nada sobre el tema, quedémonos con la versión oficial. En esta cadena de sucesos —si nos aproximásemos más, veríamos más cosas— estaba la Gabi cuando se le cortó la respiración, tal vez avasallando demasiado al hombre, que en realidad sólo quería mimarla un poco. Eso no puede ser. ¡Un poco siempre es necesario! Con una ligera presión se llegó a ese punto, pues la Gabi, malcriada con tantos mimos, se puso la mar de tonta. La lengua, la laringe, la carótida, los pulmones han sido adiestrados para la aparición pública. Si fallan porque se quiere dejar a alguien completamente solo con su respiración, ambos claudican en su ambición de mantener el funcionamiento del cuerpo. Se burlan entonces del resto del cuerpo, le gritan: no eres nada sin nosotros y no puedes hacer nada. Pero puedes intentarlo, eres muy dueño de hacer lo que quieras, pero te vas a caer, querido cuerpo, y después te va a resultar muy dificultoso levantarte, o bien, si eres Dios, resucitar, como muy tarde en ese instante quedará demostrado, cuando las mujeres retiren una piedra y empiecen a llorar. Pero si eres Dios, entonces no nos necesitas para nada. El oxígeno ha sido desviado del cerebro, y los terrenos cerebrales se han quedado secos, las condiciones medioambientales en el biotopo



mental han cambiado de forma drástica. Quien crea que las convivencias ricas en reflexiones y pensamientos son más estables, en principio tiene razón, pero no siempre. Una optimización del número de pensamientos no debería ser necesariamente el objetivo de un proyecto como éste, por si se están sorprendiendo de encontrar tan pocos pensamientos aquí, en este lugar. ¡No les queda más remedio que buscar! Además no es estrictamente necesario que haya muchos. Lo más importante: cuáles, y también es importante analizar mis pensamientos con respecto al papel que desempeñan en mi cerebro, pues mi cerebro se aburre fácilmente y desea desde hace mucho empezar a urdir algo nuevo. Y también convendría decidir qué estrategias deberían estar representadas con respecto a aquello con lo que voy a rellenar mi sesera, para que luego me representen a mí, y yo, por mi parte, pueda representar aquí honestamente y en calidad de abogada a personas vivas o que vivieron en el pasado. Cuanto más variadas son las películas de la tele que vacío en mi azotea, mayor es el número de especies de organismos que más tarde podré cosechar de mis mesas y bancos. Devoro la muerte y la transformo en vida. Después hago que me la preparen exquisitamente. De todos modos, tal vez sería necesario leer los periódicos también. Gracias, con mucho gusto, siempre vale la pena. Aquí ya he copiado, p. ej., muchas de sus páginas, pero no las he puesto en relación. Siempre me maravilla cómo las naturalidades de la vida me abren su corazón, pero entonces cierro la puerta de golpe. Se trata de una gincana, empiecen cuando quieran, ya verán como no encuentran nada ya, pues ya habré despedazado los cadáveres, y después los habré rociado con el producto de limpieza de sanitarios Pastor-Pandi, un producto británico de resultados excelentes pero que desgraciadamente ya no está a la venta. Ya han desaparecido, como los dos huevos estrellados de antes. ¡Oh, no!, se me han escapado las vagas insinuaciones de una de las amigas de Gabi, que hace uno o dos días miró pensativa hacia el cielo (jamás habría conseguido ser tan guapa como la Gabi, por eso espolvoreó algo a su alrededor, de un estuche de l'Oréal, para que no se la pudiese ver tan claramente) y me dijo algo aborrecible, algo que nunca aparecería, p. ej., en un libro de historias marianas. Esta chica anda a tientas, ahora que el camino está libre, por la vida de la amiga, duda sobre qué podría sacar de ella para darle un uso mejor, un hombre simpático, tranquilo, fiel, hijos, una casa propia, vacaciones, y entonces deja caer esa vaga insinuación en una dirección que nuestras miradas no vislumbran todavía. No vemos nada. Habrá que volver más tarde a esa insinuación cuando de repente otros nos la señalen, como el sol, que al atardecer aún brilla, antes de descender finalmente a la otra mitad de la esfera terrestre, donde a la gente les quemar ya las plantas de los pies y desean por fin tener el sol sobre sus cabezas.

¿A qué coche te refieres, chica que aprendes a conducir? Compañera en la empresa, por favor, da un paso adelante y habla con voz fuerte y clara por este

micro ¡para que también nuestros eficientes funcionarios te puedan escuchar! Bueno, se lo juro, el efecto luminoso cuando la Gabi llegaba a la oficina era como si llevase joyas con diamantes, como si nadara o nadase bajo el sol. A uno le venían ganas de arrimarse a ella, lo único que le faltaba era ser madre, todo lo demás ya lo era, incluso Princesa del Carnaval o Princesa de las Cosechas, probablemente por eso ya no podía salir nada más de ahí. Me encantaría poder describir qué clase de brillo habría en la atávica cabaña por encima de la cerveza y de la música de la radio, allí donde los tertulianos miran embobados sus copas, que, gastadas de tanto ser lavadas, ya no pueden devolver destello ninguno. De eso viene, por cierto, que los que frecuentan esas tertulias habitualmente no tengan ningún brillo en absoluto. Una muchacha tan guapa, la Gabi, como si no formase parte de nosotros. Se reía a menudo, tal vez en los últimos tiempos con menos frecuencia. Y en el borde del tocador del baño de señoras hay un estuche alargado con un lápiz de labios, un perfilador y rímel, que la hacen todavía más bella a la Gabi, también hay una esclava de plata que le regaló su novio, cuando baja ligeramente la cabeza, ¡está tan guapa!, deja que el cabello le acaricie los hombros y derrocha ociosamente en sí misma algo de tiempo que alguien le ha regalado, ¡ay, si todo el mundo tuviese tanto tiempo para sí!, más bien se lo tendrían que tomar, seguro que se nota en el resultado. Eso es lo que pone junto a la caja del DÍA, donde hay productos para la limpieza del tiempo en oferta: sombras de ojos, cremas de tratamiento para la cara, incluso mascarillas para la limpieza de los poros. Hay que ir siempre hasta el fondo, aunque la mayoría de las personas prefieren lo superficial y, mientras se compran una diadema aterciopelada para el pelo, murmuran para sí que les gustaría ir a ver el musical tal o cual. Las plantas y los animales dependen los unos de los otros, y qué color de sombra de ojos pega con qué tinte de pelo depende también de ambos, que con algo de buena voluntad podrían entenderse a las mil maravillas siempre que la naturaleza les dejara hacer y dado el caso aceptara ayuda cosmética. ¡Pero si eso ya lo hace! Siempre. ¡Haga el favor de pasar y haga desaparecer mis irregularidades y mis granos! No importa lo que deseen, a los colores los dejamos en nuestra piel, que es lo que nos aconsejaron, ¿no dejamos también fosfatos en nuestros acuíferos a pesar de que nos lo desaconsejaron terminantemente? La Gabi tenía un secreto, ¡anda que a mí!, la naturaleza también tiene sus secretos, ¿no? La naturaleza sale hoy con este tío del terruño que se encuentra a la orilla de las aguas. Y mañana saldrá con otro. Pero ¿con quién anda por ahí la Gabi si no es con su novio oficial que hace formación profesional? Nadie lo sabe. Ni idea. Pero hay alguien ahí. Nadie sabe cuántas manifestaciones del agua existen sobre la tierra, pero muchos quieren saberlo porque sus pasatiempos son el windsurf, las lanchas, los barcos de vela o la natación. ¿Y de esta joven vecina de nuestro vecindario nadie sabe nada más preciso? El viento cambia de dirección junto con el agua de forma inhumana, cien metros y ahí está esperando ya la muerte y mira el reloj y golpea en

el suelo con la guadaña. En cambio, dónde estará la Gabi, se preguntan algunos que poco a poco se van poniendo nerviosos. No son muchos. El novio y la madre están sentados el uno delante del otro y sobrepujan en banalidades con tal de que no haya silencio. ¿Sobre qué pueden hablar que no sea la Gabi? Mientras tanto, la madre más bien piensa solamente en su novio de Alemania, cuándo podrá marcharse, qué le va a contar de todo esto, pronto estará con él. Ellos, la madre y el novio de Gabi, también sobrepujan por unos palitos salados, siempre los hay encima de la mesa. Ahora me encuentro muy a gusto, de lo contrario debería pensar en otra cosa. Medita el novio para sí y calla a la vez, con qué frecuencia se le levanta el rabo al mirar a la Gabi, a pesar de no haber acabado todavía con la comida y de que la revista porno sólo estuviese medio vacía; por desgracia ahora ya no está. Se habrá largado, la casa está ahí como muerta. Hay un vacío que el joven no puede llenar hoy con pensamientos sin fermentar. Apenas entrar en la casa, le ha asaltado una rara timidez, le pide a la naturaleza que hoy le permita apartar por completo los instintos que siente por su novia, pero no sabe exactamente por qué. Hoy quiere pensar tierna y dulcemente en ella, se lo exige a sí mismo, y con esa exigencia ha de acabar en una sesión de cine en la capital de la comarca, y aparte de eso no hay más exigencias que satisfacer. ¿Que si volvería ella a estar dispuesta a tenerle agarrado el rabo justo por encima de los testículos como hace poco para ir subiendo lentamente hasta arriba del todo, donde lo apretaría con mucha más fuerza? Ella dice que le da grima, que no le gusta nada mirar, pero él es paciente y puede esperar a que lo haga otra vez, y que lo repita tal como él se lo ha enseñado. Lo principal es que ella se esté tranquila y que le permita introducirse otra vez y que entonces incluso mueva un poquito las caderas. ¡De ensueño, se lo aseguro! Si ustedes y yo fuésemos una casa, en estos momentos nos vendríamos abajo. La Gabi, por su carácter, no es demasiado explosiva, pero una botellita de vino puede hacer milagros. El novio ha subido un momento a su habitación, ha abierto, ni idea de por qué, su armario ropero, ha olido los vestidos, ha hecho tintinear una o dos pulseras de oro finitas en el mueble aparador, ha aguzado el oído: nada. El armario seguramente querrá dormir. Todo ordenadito. ¿Ya han hablado hoy con el espíritu de la ausencia? ¿No? ¡Díganle que voy en su busca! Qué silencio hay aquí. Los aproximadamente 2000 peluches se alegran, como cada día, de su propia belleza y de lo amorosamente que fueron escogidos por su dueña, uno por uno, coleccionados a lo largo de muchos años, por este motivo sólo aquí se muestran realmente satisfechos de sí mismos. Ya va siendo hora de que la habitación acabe de una vez con la oscuridad en los rincones, ¿o no? El estudiante de formación profesional abre además las puertas de otros armarios. Como si la Gabi se fuese a meter voluntariamente un par de días dentro del armario. El equilibrio hídrico de la tierra continúa lavando laboriosamente sus platos, que una y otra vez alguien roba, gente que derrocha el agua de continuo, ¿quién pagará después los platos rotos?

¡Por Dios, qué mal ha quedado! Y encima es una repetición. Perdón, a menudo no me sigo a mí misma, en cualquier caso, son tantos los paisajes que viven del agua... piensen en los lagos de Carintia, o en los del Salzkammergut, esa valiosísima región donde los ricos se han atrincherado con firmeza y seguridad, y, si alguna vez tienen que dar su voto, siempre se deciden por la libertad y por los liberales (de Jörg). Se puede poner la hora siguiéndolos. La madre da una calada al cigarrillo, ya lleva quince hoy, eso le hará bien y la calmará si la Gabi sigue mucho tiempo sin aparecer. Los bronquios de la madre pedirán la palabra, pero no los vamos a escuchar. Agua, de la que el ser humano está compuesto, ¡tanta!, no habría encima que meterlo otra vez en el agua después de la muerte, del agua al agua, no del polvo al polvo. Me parece superficial de un modo y del otro. Una exploración de las aguas freáticas en los pulmones de la madre concluiría: ¡se acabó!, como mucho dentro de diez años aquí se podrán criar cangrejos y echarlos después a una ensalada variada, pero para entonces ya estaremos muertos y no tendremos que verlo. La madre llora ahora y necesita otro pañuelo, pues éste ya no puede absorber ni almacenar nada más. Qué van a decir al respecto el suelo o incluso mi disco duro, ¡si yo lo he dispuesto todo la mar de bien y se lo he hecho saber textualmente a la tierra! A ellos les exigimos todo eso sin escrúpulos, ¡qué crueldad!

Las gentes siguen pasando por los caminos y carreteras. ¿Han oído algo sobre la Gabi quizás? No sabemos quién es. Una mujer con una conducta aburrida, no sé cuál, se planta delante de su casa y no sabe por qué hace eso ahora. Por supuesto, hace tiempo que le han llegado las últimas noticias, hace ya casi dos días; pero no dice nada al respecto porque nadie le pregunta. En cierto modo aquí continúa siendo una outsider, una extraña. Una advenediza. En la mañana de hoy desea verse idolatrada de nuevo, ella sola y además de forma exclusiva, siempre se lo ha imaginado mucho más agradable de lo que es. Hace años que se lo digo, y no sirve de nada. A su espalda se alza una bonita casa que ahora quiere salir a estirar las piernas, pero que en lugar de eso, y por error, le da una patada en la rótula al que está enfrente, que ahora se coloca las dos manos sobre los hombros, de manera que los brazos se le cruzan sobre el pecho. Como si las manos utilizasen los hombros a modo de soportes. A partir de ya, esta persona deberá guardar cama tres semanas. Esta mujer se esperaba ayer algo más de ferocidad por parte de este hombre, por lo menos tanto como de hecho recibió hace dos días en las montañas, pero desde entonces al hombre no se le ha visto el pelo durante un día y medio completos. ¿Otra mujer? ¡Jesús! ¿Qué estoy diciendo yo ahora, y con quién me voy a enrollar si no hay nadie?

Este hombre creía que a ella le gustaba la ternura, la tierna publicidad, por ejemplo, pero la única referencia que él tenía era la publicidad de Palmers, yo creo

que es suficientemente tierna, en ella se ven todos los cuerpos hasta casi los fundamentos más profundos de su ser; la envidia en este caso es infundada, señoras mías, ¡pueden estar satisfechas de poder estar vivitas y coleando! ¿De verdad que les gustaría que todo el mundo pudiese meterse en su pensamiento? Mientras dura la publicidad, esta mujer se prepara rápidamente un tentempié en la cocina, ¡en verano se prepara ella misma incluso helado de chocolate! Y cuando vuelva, desea que lo salvaje de este hombre sea de inmediato verdaderamente salvaje. ¡A la hora en punto! Ella sabe muy bien en qué punto. Ahí es muy sensible. ¿A quién le contará sus penas ahora? Y es que no tiene a nadie y por eso le suplica al hombre que funde con ella una familia, para poder desahogarse por fin, y para andar bien follada, lo que el cuerpo aguante. Mucho no será. Pero el hombre ya tiene una mujer en casa. Debe abandonarla por ella, que al fin y al cabo tiene un hogar muy bonito. Su mujer no lo necesita tanto como lo necesita esta mujer. Hoy pasaremos una alegre velada y mañana también. Para ello ama y se sacrifica la mujer, tal como aprendió a hacer de pequeña por Jesusito de mi vida cuando estaba en las monjas. ¿O debe dejar que ese hombre se marche? Si no lo hace, tarde o temprano igualmente se largará. No lo podrá retener. Pero si ahora reúne las fuerzas para dejar que este hombre vuelva con su mujer y con su familia —no hay que olvidar que tiene un nietecito—, entonces algún día tal vez volverá por su propio pie con ella, como muy tarde cuando todas esas personas, cada una de ellas por separado, estén muertas, ¿no? Pero si ahora consigue reunir las fuerzas para abrir esta lata de cebolletas, le será concedida la gracia de que los panecillos, que hace un rato le ha preparado a él con algunos centenares de variedades de embutido, no estén tan sosos como recientemente. El embutido está picado, es evidente, a lo mejor se pondrá malo antes de que lo pueda servir, ¿o es sólo el estómago de la mujer? Con lo bonitos y variopintos que se ven los panecillos. Más vale andarse con cuidado, los tiramos a la basura y compramos nuevos, lo tiramos todo a la basura y lo compramos todo nuevo. La mujer no tiene ningunas ganas de ir ahora al tendero, en esos diez minutos podría escapársele su amante. Dejemos el embutido donde está y echemos pimentón por encima, no mucho, si no, su estómago se sentirá insatisfecho como los pecadores en el infierno, donde, para mi gusto, todo está demasiado picante, ya me he puesto húmeda otra vez. Pero, por favor, a la Gabi no debe volver a verla, eso no, eso sería demasiado para esta mujer. Si la Gabi por lo menos no fuese tan joven... Si por lo menos fuese mayor que esta mujer... pero entonces ya no sería la Gabi, sino otra persona. ¿Dónde estará? El amor, el amor no es solamente una muestra del máximo respeto hacia otro, de dentro hacia fuera, también debería poder manifestarse abiertamente. Se le pedirá que a ser posible se esfuerce un poquito más. ¿O es que este hombre no es capaz de mostrar sentimientos? ¿No sería una pena que cada vez que uno se despertara se desvaneciese el sueño de golpe? Tres botellas de espumoso de albaricoque

procedente de la región de Wachau, cómo le gusta, es tan dulzón... Ella prefiere el espumoso sin albaricoque, pero a él no le puede imponer su mejor gusto. Kurt es un profesional de pies a cabeza. Hace un rato la ha llamado. Soy yo. Ve enseguida a nuestro punto de encuentro en la montaña. Yo voy para allá. ¿Me has entendido? Claro que sí, estuvimos allí anteayer, y todas las demás veces el pasado verano, ¿lo has olvidado? El viento de la montaña ya ruga lleno de rabia de que esta mujer no tenga intención de acudir a la cita. ¿Qué coño le pasa? ¿Qué hará en su casa perdiendo el tiempo y esperando, cuando debería estar en otro sitio? Y es que esta cautivadora figura acaba de ser reclamada. Él ya está de camino metido en su calzado de montaña ligero en medio de la rugiente tempestad de la primavera. ¿Por qué la mujer no sale de una vez? ¿O es que tiene motivos? ¿No tendrá miedo ahora? Qué raro. Normalmente siempre hace lo que él le manda, y su cuerpo se abre de par en par y sube las persianas hasta lo alto, y todo eso antes siquiera de oír esos determinados pasos que enseguida habrá que emprender. Justo. Ya puedo oír dentro de mí, como una voz terrible, el desgarrarse de la ropa interior, tal vez tenga una corazonada. La casa. La casa es su único objetivo, su objetivo, su vida, intuye ella, se lo ve escrito en la frente, aunque él no esté ahí, en los momentos de lucidez que tiene en su desobnubilación. Pero enseguida vuelve a dudar de sí misma y de sus observaciones. Es muy dueña de tener esos pensamientos, ciertamente, pero no son ciertos, y pronto desaparecen, ofendidos, tan pronto como él se acerca y se hace más importante que ellos, que los pensamientos, más importante que cualquier otra cosa. Tal vez por eso él se preocupa tanto por la casa y examina hasta el último detalle todas sus particularidades, como si quisiera llevarla al orgasmo. ¿Qué quieren? Este hombre es dulce, es potente, satisface los más íntimos deseos de la casa. ¿Contraventanas nuevas? ¡No faltaba más, ahí las tienes! ¿Que el suelo de la cocina parece apagado y abatido? Lo arreglamos enseguida. El sheriff, que es él mismo, viene de inmediato. La mujer se siente casi pequeña y fachosa al lado de su casa. Observa al hombre explorar esquinas y rincones. No le abre la vulva con más cariño que cuando abre estas puertas correderas acristaladas de la estantería con los clásicos. Me imagino yo. Ante su ojo espiritual el hombre se le aparece encogido como un animal que levanta la mirada hacia ella y al que entonces le permite levantarse y alzar la cabeza. Vaya. El estúpido animal mira en una dirección completamente distinta. ¿Era eso un ruido? ¿Está dando golpes la puerta de casa porque no cierra bien? Mañana te la arreglo. A los pies de la amada: nadie, ni uno solo, vamos, ni siquiera el único. Por hoy deberá apartar de su lado a su amorcito con la esperanza de poder volver a recogerlo mañana allí donde lo haya depositado. ¿Por qué no se pone en marcha hacia la montaña? Le haría bien un poco de movimiento. Inexplicablemente hoy no puede, a pesar de tener constantemente pensamientos tan húmedos, en cuanto abre la caja de su cerebro para sacar uno de ahí dentro, vivito y goteando, enrosándose, resbaladizo, y cierra la boca para

atraparlo, ávida. ¿Quién se tragará todo eso? ¡Ella! Excepcionalmente ella se lo va a poder tragar todo, esta vez él se lo permite. Normalmente no. ¿Pero por qué no volvió a casa la Gabi hace dos días? Precisamente la mujer ha oído brotar esa pregunta de todos los manantiales del suelo, que ya no encuentran freno. Esos manantiales no van a poder ser captados ya. ¿Dónde coño estará la Gabi, dónde coño estará? Ni idea. La última vez él se ocupó de la mujer, su única y exclusiva amante, dedicándole mucha ternura y atención, pues la Gabi no cuenta, ese pichoncito no sabe ni hacer la O con un canuto. La mujer ahora quiere que él la ataque por sorpresa, le arranque la ropa o se la suba para arriba, como hace a menudo, y lleno de apetito se amorre a su coño como a un bocadillo bien relleno, como hace a menudo; pero cuando él se lo hace, entonces a ella ya no le gusta tanto, pues le duele la minuciosidad con la que él la inspecciona y absorbe sus precipitaciones y vaporizaciones para que vuelva a reinar el orden en la naturaleza. Orden como en esta casa. Sí, tenemos varios tipos de reproducción: vegetativa mediante gemación o, si lo desean, también podemos de formas distintas: asexualmente mediante esporas, pero por supuesto también sexualmente mediante la unión de dos gametos, por fortuna eso no conduce siempre a una catástrofe, aunque a la naturaleza siempre le apetecen las catástrofes. Y a ella, a la mujer, le gusta que él haga algo así con ella. Es su naturaleza. Ya no le gusta tanto que él consiga darle dolor a su cuerpo, un sabor desagradable y una docena de pañuelos de papel de olor desagradable, o que le obstruya los filtros con mierda en lugar de taponarla como Dios manda. En eso a ella le pasa como a las algas: si su cantidad aumenta demasiado, se forma una masa espesa y pestilente, tal como le ocurrió al lago de ahí afuera. A ése no quiere la mujer tomarlo como modelo, aunque sí le gustaría ser así de insondable. Por lo menos una vez por semana se lo tiene que hacer, por lo menos una, aun cuando se esté tan ocupado como este hombre. El resto de la semana lo tenemos libre y nos podemos reponer. Si no la esparrancara de vez en cuando con sus fuertes dedos, ella enseguida echaría algo de menos. ¡Agua! Aquí tiene, piedra calcárea. Lo filtra todo. Para ella sólo existe él. Sus pezones se tensan, como si tuvieran que arrastrar un carrito. Duelen de verdad, pero su comportamiento para con ella ha sido aburrido y distraído en los últimos tiempos, debe confesarse a sí misma, le doy la razón. Y ¿por qué? Exclusivamente por culpa de la Gabi. Cuando la ve, le arden los ojos y se pone muy caliente. Se trata de un fenómeno natural que se ha descrito a menudo, pero raramente se ha podido reflexionar sobre él. Que se encuentre con la Gabi es algo que no debe volver a suceder más. O adiós casita y adiós muy buenas. La mujer no es nada exigente, ni siquiera es tan exigente como las llamadas plantas indicadoras, ya que estamos con la naturaleza, que imponen sus condiciones y por desgracia nos las suelen imponer también a nosotros. A este respecto, el valor indicador de estas especies de plantas es mayor cuanto más particulares son las exigencias de la especie concreta. Esto se

puede utilizar para investigar la calidad del suelo. No, es mejor que lo haga él con sus propias manos, qué coño me importa a mí esa planta indicadora, si sólo indicaría que ya no soy tan joven y que no le gusto tanto como yo desearía, piensa la mujer. Sólo puede ser exigente porque posee una casa, no porque ella misma esté dentro también. Sin su casa no tendría ningún valor como indicador. Sería como una carretera sin indicadores, nunca podría mostrar sus aguas, sus valores de humedad no se podrían evaluar jamás, nadie se interesaría por ella. Sísísí, la naturaleza exige sus derechos, pero sólo se le conceden después de que gente comprometida haya luchado por ella al menos durante cincuenta años. El agua que ahora sale chorreando de la mujer es indicativa de un equilibrio perturbado, pues el hombre, así le parece a ella, hace mucho que no viene; pero sólo hace dos días, jamás se ausentó tanto tiempo. Mentira, a menudo se ha ausentado mucho tiempo ¿Cómo es que se ha podido olvidar de que él quería que se encontrasen en el sitio habitual? Hace rato que debía haberse puesto en camino. Qué raro. Algo en ella le dice que no. Ahora prefiere estar colgada de la ventana como una cortina y mirar hacia fuera, medio a escondidas, por si él viene. ¿Cómo va a venir si está a medio camino subiendo la montaña? La última vez que estuvo allí, fue con la Gabi, eso la mujer lo sabe seguro, ella misma lo vio. Después debió llevarla directamente a su casa, ¿dónde puede estar ahora? ¿Se habrá vuelto a marchar? De hecho al volver debiera haber pasado un segundo por su casa, para verla a ella y para que ella lo viera a él, para consolar, para calmar, para follar, qué sé yo para qué más, pero después él ya no volvió a aparecer por su casa. Sólo recibió esa única llamada de él y luego la otra, a la que ahora no presta atención. Ella, antes de que él se marchara —la Gabi ya estaba sentada, cargada con tal cantidad de pelo que su cabeza, fatigada, se veía, ya antes de arrancar, inclinada desde el asiento del copiloto hacia el regazo de él, donde su rabo estaba, con toda certeza, a punto de reventar—, la mayor, así pues, en el momento de la inminente marcha, perdió el control completamente. Cuando él hizo ademán de irse (antes aún comprobó si la puerta del sótano también estaba cerrada), ella, subiéndose la cremallera que enseguida volvería a bajar, se agarró a él, sollozó, suplicó, confió en que él por fin se diese cuenta de que algo en ella no está bien, algo que él mismo debe arreglar, lo quiere tanto, lo quiere tanto, de eso probablemente ya se han dado cuenta todos los niños del pueblo, salvo él. ¡Por favor, vuelve! Todas las fantasmadas con él y sus misterios deben tener un fin por fin. Pero para que puedan tener un fin, antes de nada debería venir él y empezar desde cero formal y enérgicamente. Pero él se escurre, no se le ocurre ninguna respuesta cuando ella le exige una determinación. Pero para poder exigirle una determinación, antes de nada debería estar él ahí. Pero no viene. Se va. Ella no se atreve a llamarlo a su casa, allí encontraría a su mujer, terca y torpe como un tanque Leopard, después de que finalmente pudiera ser suministrado a Turquía y por lo menos doscientas personas, gracias a él, se hiciesen mutuamente un careto



del todo nuevo. Aquella noche, después de que la Gabi fuese facturada para casa, la mujer no pegó ojo. Pero ahora, en cambio, se comporta con mucha tranquilidad, solamente se queda un rato. Cuando alguien pasa por delante, hace como quien comprueba algo en el revoque de la casa o en el alféizar de la ventana, tal vez suciedad, moho o un arañazo. Pasa los dedos por encima de la pared como si quisiera pintar ahí. La casa es todo lo que tiene para ofrecer, con eso no debemos engañarnos por más tiempo; los niños, tanto los pequeños como los mayores, esperan siempre recibir algún regalo, eso lo tienen en común. Y ella no se hace la estrecha cuando él le da fuerte en el culo con la mano extendida o con una regla expresamente adquirida para la ocasión, al contrario, con el tiempo le ha acabado gustando, pero no que dure mucho, mucho rato no lo puede soportar; no se puede establecer de ninguna manera un contacto más fuerte entre dos personas cuando una de ellas tiene más potencia que la otra, porque en ese caso, una acabaría atravesando a la otra por la mitad. A la mujer le irrita verse cada vez más impaciente por que él la penetre por detrás. Aunque a la vez lo teme, y durante mucho tiempo se resistió. Para que los músculos finalmente se relajen, él en efecto tiene que darle bastante fuerte y durante mucho rato, a menudo pasan dos o tres días hasta que ella puede volver a sentarse correctamente. Por todas partes las mujeres, también ella, intentan llegar hasta la experiencia primigenia más lejana posible, pero llegadas a tal punto, en lugar de disfrutarla, siguen investigando incansablemente para llegar a su origen en el pasado, que también debe acabar perteneciéndole a una por completo. ¿Le pegaron tanto de niña? De inmediato tenemos que leer uno o más libros para llegar a entenderlo. La mujer quiere entenderlo y perdonarlo todo de este hombre, de lo contrario, su gozo en un pozo. Busca a un hombre que esté dispuesto y en situación de ligarse a ella, de ayudarle a llevar las cargas de la existencia y, por supuesto, de colmar todos sus deseos sexuales. Sí. Tal vez debería uno volver a darse el gusto con lo más sencillo, el amor, que cualquier animal conoce, pero todos los animales, incluso el nuestro, no siempre nos reconocen como a su dueño, o no exclusivamente. Una vez se ha sacrificado por ella, el hombre siempre vuelve enseguida para su casa, salvo que haya alguna pequeña reparación por hacer (¡a menudo ella ha estropeado adrede alguna cosa para que se quede más tiempo!), como si inmediatamente tuviese que buscarse a sí mismo en otro sitio para encontrarse. Así se lo imagina ella, que ya se ha leído algún que otro libro sobre el tema. Él sale a correr a las montañas. Ella ya está pensando: mientras no busque a otra... Lo que sea, menos eso. Menos eso, la mujer le desea toda la alegría del mundo, cuando por fin se adormece en su propia calma, en su propia fragancia, iluminada por sus propias luces, aunque no tiene muchas. Seguro que necesitaremos un juez. Como punto de partida utilizaremos siempre el punto débil de esta mujer, pues aquí podremos iniciar el control de su personalidad. Eso es lo que hará el juez, y se quedará perplejo. Pero igualmente

deberá emitir su sentencia: pertenece al llamado sexo débil, ¡qué le vamos a hacer! Creo que eso es muy práctico. Uno puede comprar a las mujeres, ya condimentadas, y entonces sólo tiene que meterlas en el horno. De modo que muchas ya han muerto, muchos hombres también, lo que le pase a ésta nos importa un pimiento.

Los compañeros del gendarme han empezado a ir de casa en casa y a hacer preguntas. ¿Quién vio por última vez a Gabriele Fluch? Ni siquiera eso se puede determinar con exactitud. También al atardecer, y durante la noche, la pequeña casa unifamiliar donde ella vivió sigue completamente iluminada. Cada ventana con tal intensidad, que parece que quiera invitarnos a todos a pasar dentro, seguro que la Gabi también estará entre los visitantes, que no paran de llamar a la puerta, entrar sin haberse limpiado los zapatos como es debido y ofrecernos revistillas a las que nos hemos de abonar, o ideas sobre Cristo a las que nos podemos adherir. No, la Gabi no está aquí. Ya se ha registrado todo. El novio, a todo esto, ya se ha ido para casa, aún tiene que estudiar para un examen. La madre lo tiene que llamar en cuanto se sepa algo. Los padres de él harán lo propio, si se sabe algo. La casa unifamiliar de los Fluch se encuentra en un pequeño grupo de simpatizantes. Todo el mundo se conoce, pero todo el mundo evita conocerse demasiado. Como las casas se parecen tanto que resulta fácil confundirlas, también las personas quieren ser como los demás. Todos son como todos, y nadie cuenta nada del otro o al otro. Es un barrio obrero, construido a bajo precio en los años sesenta, pero dentro hay de todo, incluso agua, el papel pintado pudimos escogerlo nosotros. Es como en la vida, en la que habitan las corrientes, pero cuando alguna vez van en nuestra contra, no hay nadie que se oponga. Nos aniquilan, nadie llora, pero el resultado está bastante bien, pues nuestra casa permanece. En este barrio la gente se mantiene unida, incluso sin conocerse especialmente bien, lo cual no es en absoluto necesario. Los interrogatorios siguen sin dar fruto. Todavía no son demasiado pertinaces, pues a estas alturas todavía existe la esperanza de que la Gabi vuelva a casa, hablando y riéndose, ella no le hace mal a nadie, por qué alguien habría de hacerle mal a ella. Nadie le hace mal a ella. La paz es fuerte y está decidida a reinar. Nadie puede luchar contra ella, es capaz de pulverizar incluso a la guerra más larga. Una pasividad paralizante se apodera de los seres humanos cuando reina la paz, ninguna oportunidad para la guerra. ¡Nunca más! La paz debe abrazar y tomar posesión de todo, y su reino debe ser infinito y todopoderoso, tiene fama de tener experiencia en eso, así que ¡sin problemas!, la paz que da órdenes siempre es muy dura con nosotros, más que la guerra. Así debe ser, y nosotros obedecemos con gusto al más poderoso, a la paz, que su poder sea garantizado, alabado sea su nombre por toda la eternidad, con breves interrupciones. No, por toda la eternidad no, en ella duermen los muertos, y sobre ellos ya no tiene que reinar la paz, ellos ya están tranquilos. Así solitos.

No interrogues jamás el rostro de un ser humano, no te dirá nada, se contraerá en una mueca o se transformará. El gendarme siente predilección por la oscuridad de la noche. El lugar de un crimen lo reclama una y otra vez, y otros lugares que pocos conocen, ¡aunque hayan nacido aquí!, también lo reclaman. ¿A quién estorba el gendarme en sus caminos? ¿Solamente a los luminosos pasos del tiempo? ¿O son tal vez los pasos de alguien más, que se afanan por llegar antes que él al corazón de la oscuridad, a galope ligero, como si desearan burlarse del gendarme? Para las víctimas de asesinato la naturaleza es, si tienen que quedarse a la intemperie, un lecho. Pero también lo es para los asesinos: un lecho que pueden utilizar a placer y al que le mudan las ropas para sus quehaceres homicidas en soledad, para que nadie los mire, aunque siempre hay que contar con imprevistos. El coche avanza arando en la noche, en las casas las luces todavía siguen encendidas, se deslizan por delante de ellas como si de barcos se tratase, en realidad sólo es el gendarme al volante. Pronto el bosque se repliega por encima de él a derecha e izquierda como unas enormes manos que uno se lleva a la cabeza lleno de desesperación. A Kurt Janisch el pueblo se le ha escurrido de las manos, y con el pueblo la vida se escurre también. A menudo envenenada por los actos de venganza del vecindario, pero vida al fin y al cabo. Pero también las casas en las que la vida tiene lugar deberían pertenecerle en justicia a él, que representa personalmente a la justicia, aquí tiene, si me permiten, el arma reglamentaria correspondiente, su paso es tan oscuro como la noche, no es niquelado, no es luminoso como este día, que se ha quedado rezagado, con la cabeza gacha. Bien, por fin reina ahora, durante digamos unas ocho horas por lo menos, la noche; congoja, placer y burlas desaparecen a la vez en el bosque, la nieve pende como un velo sobre las montañas, tan tenue que en la oscuridad no se la puede ver. La mujer no ha acudido a una cita en la montaña, nunca antes había ocurrido nada igual. Mala señal. En cambio no para de llamar a casa de él y cuelga el auricular cuando la esposa responde. Ya le empieza a llamar la atención, pero no piensa nada malo porque le enseñaron: tú pon orden y procura no olvidarte nada, ni debajo de las camas. Esta pistola, una Glock, sus 16 balas se encuentran listas en el cargador y se concentran para su gran momento (¡llegará algún día y no se repetirá!), envueltas

sólo por un poco de metal y mucho plástico polímero, a ella la empuñadura le resulta ligera, esperemos por lo menos que no sea empuñada con tanta ligereza. Esta arma se encuentra en estos momentos tan relajada como su dueño, pero por dentro se estremece por un hecho próximo que la colmará de sentido. ¡Noche, noche transfigurada, haz que por fin sienta miedo! Ya va, ya va. A la luz del faro, un talud todavía ciego, matorrales secos, el riachuelo aparece en escena mucho más abajo e irá ganando terreno durante el verano, con su suave murmullo, ahora imperceptible por el ruido de los coches, un solo coche es suficiente para que el conductor no oiga ya nada de lo de afuera. Aquí queda atrás otro desvío, en el margen, un montón de leña, un montoncito de heces, un claro luminoso que un grupo de leñadores ha dejado, quedan resaltados en el paisaje gracias a la luz mondanante. A la izquierda, la cuesta se arrastra hacia las alturas, cubierta de leña menuda y hierba seca y vieja, como pronto le resultará demasiado pesada, irá arrojando su carga escalonadamente, a medida que vaya subiendo, hasta que, vacía, helada, roca pura donde sólo las gamuzas pueden sobrevivir, pueda ascender sola, libre y sin compromiso; puntiagudas se alzan al aire las ramas solitarias de los arbustos, los abedules ya han perdido sus primeros brotes, que ahora germinan en el llano por doquier. Tal vez más arriba queden todavía restos de nieve, hasta que sólo quede nieve, también nos las veremos aquí con las heladas nocturnas, ese delicioso postre que sobró al cabo del día.

La carretera nos concede el nada desdeñable placer de la pista azul, no, de la gris, que sólo el mal tiempo tiene derecho a cortar. El gendarme se encuentra de camino hacia el lugar donde más de una vez ya ha puesto en orden el lecho de una víctima de asesinato, pero una y otra vez se siente atraído hacia allí, justo detrás del pueblo está el lugar, suelo yermo por engaño, aridez, pero hoy el gendarme conduce hacia otro lugar más alejado. Curiosamente ya no recuerda si eliminó todos los indicios. ¿Recogió el pañuelo de papel o no? Y si lo hizo, tal vez quedó algún otro en el suelo. También desea comprobar si en algún otro sitio, más lejos, donde también estuviera con Gabi, han quedado restos que haya que poner en orden. Ha hecho desaparecer toda hilacha, todo jirón de ropa, pero tal vez hayan quedado algunos pañuelos de papel apelmazados en otro lugar, de actos previos, y ahora querría retirarlos, más vale prevenir que curar, el gendarme lleva consigo una linterna potente, casi un faro. Su luz se lanzará juguetona tras cualquier filamento hasta darle alcance y capturarlo. A esta hora y con este frío, su potente y duro cono de luz no llamará la atención de nadie, y menos ahí abajo, directamente encima del río. Un movimiento en falso y el agua le da a uno por el saco. Por el frío que hace ahora de repente, es como si el invierno hubiese regresado de nuevo. Ahí la espalda agachada de un aserradero, un espectro gigante, ahí también el puente (construido con cemento, sin ningún cariño, pero en cambio idóneo para vehículos pesados),

por el que uno puede ir y venir, los serruchos callan, los labios también, en cambio el arroyo susurra, cuando normalmente, en medio del vocerío de las cintas metálicas, que fresan y escupen madera, no se le oye. Yo digo: ¡fuera el arroyo! Aquí abajo lo tienen, por fin: EL RÍO. ¡Que pase el arroyo y que se vaya! Muchas gracias por su desinteresada colaboración, pero es usted demasiado grande para mí, para poder describirlo, aunque a mí me pagarían algo a cambio si lo reclamase. En estos momentos trabajo con lo pequeño, pero no modestamente como otros colegas, p. ej., el señor K., a quien conozco personalmente, pero no, no ése que ustedes creen. Otra vez, Dios mío, a veces hay que hablar un lenguaje bien tosco para que también animales y plantas le entiendan a uno: si se apaga el motor, al río se le oye murmurar, nosotros enseguida lo expresamos de otra forma: al río se le oye hablar consigo mismo. De modo que el arroyo ha desaparecido súbitamente y ahora hace aparición el rugiente río, que tranquilamente se acerca por una ligera curva a la izquierda, por poco se olvida de pasar por delante de nosotros y reclamar su porción de admiración. Ahora van el uno al lado del otro, el río y la carretera de la orilla que le han adosado para que tenga un aspecto medianamente aceptable, pero la carretera se queda parada tozudamente y se mantiene en sus trece ante los deseos del río de hacerla bajar para jugar con él, y sólo los habitantes de las alturas se mueven, lo más rápido posible. Para escapar de ella porque es peligrosa para sus tiernos pasos o pelajes.

A la derecha, en las profundidades situadas junto al río, arbustos de aliso negro, allí donde siempre se los encuentra, en eso tengo poca cosa que cambiar. A todo esto hay que añadir, como auténtica rareza, un aperitivo para esta carretera apenas transitada por la noche, un coche en dirección contraria que lleva una baca en el techo: los esquís descansan en su portaesquís con forma de ataúd, qué raro, parece una gorra para el coche, y esa caja contiene ¡juegos, aventura y diversión! en un espacio hasta tal punto pequeño que sería imposible meter además personas dentro; ¿cómo van a divertirse si resulta que para sus aparatos sí hay sitio pero para ellos ya no queda? Esa baca por supuesto es práctica, creo yo, en caso de accidente, a la gente se la puede enterrar directamente ahí dentro. El coche pasa zumbando y se interna brevemente en los restos de una granizada de menosprecio procedente del gendarme, que de todos modos desprecia todo aquello que no le pertenece. No hay razón para inquietarse. Bien, el veloz coche ya se ha largado, como un perro de lanas empapado, pero en realidad dominando la situación, no en vano es un Mercedes de la Clase S. Pese a todo, la carretera permanece seca. Los ojos van para adelante, no se desvían, enseguida viene la bifurcación que estamos buscando. El crimen no sucedió en este lugar, pero, como dijimos ya, aquí todavía podría haber por el suelo pañuelos de papel de pretéritas uniones. Si a alguien se le ocurriera llevarlos a analizar, encontrarían una pista, aunque ya seca y fría. Y no sabemos a

ciencia cierta de lo que es capaz la medicina forense moderna. Ya ayer y anteayer Kurt Janisch salió a la carretera por la noche para visitar todos los lugares en los que estuvo con cierta muchacha, desaparecida, caminantes nocturnos ambos, durmiéndose casi en sus quehaceres, a veces también gritándose el uno al otro: ¿a que eso no lo sabes hacer?, ¿o sí?, ¡seguro que puedes hacerlo mejor! ¿Nos hemos dejado por error alguna parte de este cuerpo? La próxima vez empezaremos por ella hasta que la primera se haya recuperado. Y si el cuerpo puede, es muy dueño de hacer lo que quiera, hasta que uno llega a casa, donde otro inevitablemente se va a interesar por él. Y los que ya se encuentran allí, que nunca salen a pasear porque tienen que esperarlo pacientemente a uno debido a los servicios que hay que satisfacer, quieren succionarlo a uno de inmediato, aunque esté absolutamente vacío y haya llegado exhausto y por hoy ya no pueda ser usado otra vez, salvo para lavar el coche, para lo que basta con estar ahí y participar. El coche no exige nada más. La naturaleza pone el agua. Se acabó. Ningún sonido en el moderno coche, que más que andar se desliza. Ahora no cometa ningún error con la velocidad, no llame la atención de ningún compañero (¡muy improbable!) hasta llegar hasta la orilla, y en un punto determinado tiene aún que descender un buen trecho, una idea que sólo se le ocurriría a los lugareños. Los demás, los que no conocen la zona, pensarían que ahí la bajada es vertical, y que para un simple polvo no nos vamos a romper la crisma ahora, y tampoco queremos ahogarnos en el intento. Es mucho más barato romperse la crisma en la carretera, sin tener que haber hecho antes tanto deporte. Sí, allí, unos cuatro kilómetros más adelante, ahí tiene que estar el camino que lleva a la orilla, escondido entre el follaje, indicando el camino hasta una sonrisa apagada, hasta unos gritos circulares, como si hubiesen venido pájaros a visitarnos y no encontrasen la salida.

No me lo puedo creer, ¿ven ustedes lo que yo veo?, ahí delante, en medio de la carretera, una gran masa oscura, una masa caliente que se acerca a toda velocidad pero sin incandescentes faros sujetos a ella, ¿y cómo que no? Nada que pudiera extender sus alas y alzarse en el aire, y no obstante, qué raro, precisamente es eso lo que ahora hace, y, fracciones de segundo más tarde, tiene lugar un choque blando de un cuerpo, que hasta ahora se tambaleaba aún como un saco no del todo lleno, y al que hace un momento, todavía en el bosque, nadie pudo abatir, y que ahora es levantado por encima del parabrisas, perfil cuneiforme de este moderno coche japonés, rápidamente e incesantemente mediante cuerdas invisibles procedentes de la carretera, para a continuación desaparecer de inmediato. La noche se ve oscurecida un instante más, más todavía, por ese poderoso saco de músculos, que ahí, de forma fulminante pero a la vez torpe (como si unos obreros con cuerdas se agarraran a los cabos por ambos lados, entre lamentos y quejidos, las piernas apuntaladas en la carrocería, para alzar su peso, ¡ale hop!), se desliza hacia arriba

por encima de la parte delantera y del parabrisas del coche, como llevado por una máquina quitanieves, y desaparece apenas ha hecho acto de presencia, aun cuando evidentemente toda esa pesada masa fue lanzada, prácticamente arrastrada, hacia arriba por el coche, como si de un arado se tratase; y ahora, al igual que un objeto volador no identificado (aunque el gendarme sepa, en el mismo instante en que está ocurriendo, qué es lo que está ocurriendo), se acaba de levantar, pasando por encima del coche, y yendo a aterrizar detrás de éste sobre la carretera. Durante una centésima de segundo, ese enorme saco de piel y huesos y cornamenta apenas sin energía pende sobre el vehículo, tranquilo e inmóvil, como una extraña luna negra, a continuación se dirige un trecho más en dirección al cielo, dibujando una parábola cuyo cenit ( $\Delta t$ ), dado que el objeto, de acuerdo con la velocidad que llevaba en ese momento el coche de Kurt Janisch, que también sigue en marcha, aterrizará en la calzada aproximadamente unos 15 metros por detrás del automóvil japonés, se encuentra exactamente en la mitad de ese tramo. Mientras el saco de huesos vuela, va rotando un par de veces sin gracia alrededor de su eje transversal, cual cometa lerdito cuya cabeza cornamentada, que sufre lo indecible bajo ese peso, va señalando casi majestuosamente en direcciones distintas y velozmente cambiantes según la fase del vuelo, y entonces el cuerpo toma tierra en la carretera y por lo menos durante un momento descansa. De forma completamente inesperada, el automóvil de Kurt Janisch se ha visto privado del impulso ( $P$ ), que era necesario para levantar la masa de un ciervo enorme ( $m$ ), un ejemplar adulto de diez puntas para cuyo derribo el cazador ha pagado bastante allá arriba, si el ciervo no hubiera tenido que salir disparado *motu proprio*, en el intervalo de tiempo ( $t$ ) desde el nivel del suelo hasta el vértice de su trayectoria ( $s$ ), que se encontraba detrás del coche, así como para acelerar al ciervo en el sentido de la marcha. Ambas cosas han supuesto una ralentización drástica del automóvil del gendarme cifrable en algunos km/h. El coche ha rozado al ciervo por encima del peroné, o como se llame eso en este y otros animales similares, de modo que el parachoques le ha dado en una de las tambaleantes patas traseras que por ahí corren, la parte trasera del animal se ha venido abajo sobre el capó del coche a raíz de la pérdida de contacto con el suelo, y ahí empezó la cosa, ahí empezó el vuelo hacia atrás, por encima del coche y más allá. En ese preciso instante, Kurt Janisch ya no iba tan deprisa, ya se había acercado al desvío que desciende hasta el río y había empezado a buscar un sitio aislado por los arbustos para aparcar.

El ciervo había permanecido inmovilizado un instante por distintos vectores de fuerza, a los que estaba sometido. Como preso de una furia impotente, algo lo había elevado, como la sacudida de un puño, después lo había alejado de allí para poner fin de inmediato a la repulsiva repugnancia de la tierra, que por fin desea algo de compañía, alguien que se quede un rato con ella y no se vaya enseguida

corriendo. La tierra es al fin y al cabo la que hace toda la comida. A cambio tiene que pagar con un habitante, siempre siempre tiene que pagar. No, un momento, ¡esta vez no! Los coches y los camiones madereros tienen siempre mucha prisa y abandonan la tierra muy rápidamente. Sólo los muertos permanecen definitivamente con nosotros, aun cuando no sea exactamente por propia voluntad, no tiene gracia ni para la carretera ni tampoco para nosotros. Los muertos: ¡tantos! ¿Qué ha ocurrido con el resto? En un furor demente, en furibunda ira, la tierra, en alianza con el gendarme, ha lanzado hacia arriba al pesado animal, aparentemente por puro capricho, como un pañuelo de papel arrugado y húmedo, uno como aquel que el cazador y recolector inicialmente andaba buscando, y luego sencillamente ha tirado el fardo de huesos entero. Sin pensar. Pero la tierra ha sido la única perjudicada, la gris carretera. El montón de carne ha sido lanzado a su mostrador, arránquenle ahora la piel, descuartícenlo y vendan la carne. Pero en el momento en que el animal, sin sangrar visiblemente, se precipitó en su caída sobre la calzada, la tierra ya había perdido claramente su deseo por él, no, con él no podemos conversar tan bien, a quién le puede interesar lo que le interese a un ciervo: bellotas, heno, los traseros de las ciervas, está bien, vale, y la buena de la tierra le devuelve la libertad al animal sin cumplidos. Pero esperemos un poquito a un ser humano, seguro que se nos acerca uno hasta la callejuela, las discotecas, en estos momentos, están llenas de tejidos humanos, piel, huesos, pelo, tendones, músculos y todo eso envuelto en la pompa de la ropa hip-hop y rave, unos así, otros asá, siempre más bien ligeras en lo que respecta a las chavalitas, nuestra juventud (hasta 50) escribiente y televidente nos dirá exactamente qué. Correcta sería la respuesta: mañana tres muchachas, de entre dieciséis y veinte años, proveerán la tierra con mayor abundancia de carne fresca, así que dejemos a la pieza de caza que por hoy se vaya sin comérsela, y mientras tanto nos quedamos en el mostrador de la carne, en la paradita de embutidos de la vida, soltándonos el rollo los unos a los otros, hasta que la grasa gotee por la barbilla. El animal vuelve a ponerse en pie, las piernas delanteras continúan flexionadas en el suelo, pero el trasero se levanta ya a pulso, suena un mugido estremecedor mezclado con una especie de ronquido y lamento, escucha, otra vez, qué será eso, algo así como una sirena. El destino está de tan mal humor que hoy ni siquiera quería confeccionar un cadáver como Dios manda. El sonido se oye muy cerca ahora. El ciervo se enfrenta tambaleándose, impulsado todavía por la propia furia, a su destino, al que no ha visto venir, al fin y al cabo no tiene ojos en la nuca, pero sea lo que sea lo que le ha ocurrido, se prepara para luchar, con las caderas balanceándose encima del asfalto, con quien haga falta; el destino, con lo lento que es, todavía no ha reaccionado en absoluto a este ataque de la masa de carne de este animal que pesa varios centenares de kilos, y el animal ya desea luchar. Bueno, ahora por fin, con retraso, se le entregan los papeles del ciervo al destino, con algo de demora, lo dicho, pero no corre prisa, no le pegarán un tiro hasta por lo



menos el año que viene, es un animal viejo, pero muy bello, y en un año todavía será más viejo, más majestuoso, tal vez huirá de un joven rival, no, no está enfermo, sin quererlo está sano, ¡gracias por el interés!, y en general continúa estándolo. De modo que vuelve a tenerse en pie, el rey de cualquier bosque, con la cabeza gacha, balanceándose, no, el pescuezo tampoco está roto, ésta es la confirmación: los papeles del destino siempre tienen razón, él lo sabe todo de nosotros. ¿Qué ha pasado entonces con el resto? Nuestra flamante ministra de Asuntos Sociales permite que le preguntemos a usted en serio.

Kurt Janisch se ha parado, por un instante tiene la impresión de que el coche es una bolsa previamente llena de aire y que luego revienta. Un animal le ha golpeado con demasiada fuerza encima. El corazón le late al gendarme con tal fuerza, que parece que se le vaya a salir por la boca y le vaya a caer sobre su camisa de paisano. Se encuentra como entre esas dos enormes manos que se han juntado encima del coche, como si quisieran dar palmadas, totalmente encajadas. El fuerte choque de algo vivo puede lograr un efecto parecido con cualquiera, sobre todo cuando uno no estaba preparado para eso, pero puede permitirle a uno continuar viajando con completa indiferencia, hasta que le ocurre algo peor. Sea lo que sea lo que uno golpeó, quebró, sacudió, ha sido lanzado ahí, a la carretera, y yace ahora detrás de Kurt Janisch. ¿De dónde habrá sacado el coche la rabia y la fuerza para hacerlo? De nosotros la ha recibido esa criatura por todos admirada, educada para pisar, golpear, sacudir, para hacer ostentación y asesinar. Y una criatura distinta, animada, berrea y patalea sobre el asfalto, araña en el revoque, ahogada en sí misma, pero sin embargo casi sobre sus patas de nuevo, mareada, pero de nuevo sobre sus pezuñas encima de la pista, uno de los habitantes de la noche, también quiere formar parte de ella. ¿Qué lejana luz lo habrá atraído? Aquí sólo brilla la escasa iluminación de la carretera nacional. Los puentes son para personas que van de camino hacia el más allá y que antes querrían tomar uno o dos tragos para ese largo viaje, quién sabe si nos van a dar algo durante el trayecto, mejor que nos hartemos antes, lo que el traje de la discoteca aguante, que en realidad debería mostrarnos al descubierto, una envoltura que por desgracia no aguanta mucho cuando un árbol o un ser vivo parecido o de la misma especie se le cruza en el camino. El ciervo, en su furia, se ha encaramado un trecho a la pared del tiempo a toda velocidad, ha rebotado en esa membrana flexible, pero permeable sólo en unos pocos puntos, que separa el mundo del más acá del mundo del más allá, y ha sido arrojado de vuelta al aquí, rebotado como el sonido de una trompeta, devuelto por la pared de una roca, ha ido a encasquillarse en la estrechez de una carretera que lo retornará ahora a la naturaleza. La naturaleza ha recibido un regalo para el que con toda certeza encontrará una aplicación, pues también el cazador es un ser amigo de lo natural y sus apetitos deben verse colmados. Este ciervo no se le va a escapar tan

fácilmente. Difícilmente podrá escaparse. Pero algo es algo. Kurt Janisch empuña su pistola, deberá sacrificar al animal en caso de haberlo herido de gravedad. Pero no parece que sea el caso. El caso es grave, pero no es mortal. Sin ir más lejos, ayer un tren de alta velocidad descuartizó un rebaño entero de ovejas, no muy lejos de aquí, más de cuarenta animales muertos arrojados por los aires como balas de algodón, el buen pastor durmiendo la mona por ahí, únicamente el perro estaba presente en esta campaña, posibilidades de éxito: cero. Ahora el pastor debe corresponsabilizarse de los daños materiales, ¿o no creen ustedes que sea responsable, querido público televidente? Escribannos su opinión, que precisamente en este asunto nos interesa mucho. Nosotros aclararemos los aspectos jurídicos poniendo cara de concentración, y cada cual los querrá aclarar de un modo distinto, me apuesto lo que sea. Kurt Janisch no va a querer participar en esto, él piensa en sus propios problemas con la justicia, y resuelve hacer justicia siguiendo a otros, y aplicando su propia ley, tal como hacen los buitres y otras aves rapaces. Los unos lo toman de los muertos, los otros, de los vivos. Hay momentos en que habría que sonreír, a ser posible a una cámara que nos atosiga en la cara. Éste no es uno de esos momentos. Este trecho es tristemente célebre. Cada año se hacen papilla alrededor de cincuenta, sesenta piezas de venado, mayormente ciervos que no permanecen con la manada como deberían, tengo la impresión. ¿Pueden oír los gritos que llegan del calor de sus charcos de sangre? Sus cadáveres están esparcidos por todas partes, casi siempre en el bancalete, pero todavía no se los ha podido preparar adecuadamente para la bacanal. Pero a menudo también yacen en mitad de la calzada, depende de la dirección en la que fueron arrojados, algunos se quedan pegados al parabrisas o cuelgan del radiador como una estola de pieles, mientras que ningún sol del cielo nocturno se hubiese avenido a envolverlos en calor un rato más, pobres animales muertos. A veces el paisaje entero parece estar hecho de sangre humeante y de lamentos estirados. Los coches inician una campaña en contra de la vida que todavía dura en estos momentos. Espantosos bichos con alas se deslizan por encima, en general cornejas y grajillas, vienen porque se les ha convocado para la extracción de ojos, siempre llevan consigo sus herramientas. Las cornejas pueden llegar a ser bien malvadas, y atravesar con sus picos de espina las caras de los muertos. Este ciervo, sin embargo, pronto volverá a comer y a beber, de momento se tambalea un poco porque no puede acabar de explicarse dónde puede haberse embriagado tanto, pero mejorará. Si no viene nadie ahora en dirección contraria, conseguirá llegar hasta lo alto del bosque, sí, veo que lo consigue, ¡arriba! Río abajo hubiese sido incorrecto, tarde o temprano hubiese tenido que darse la vuelta lleno de frustración, hubiese subido trepando hasta la carretera, furioso, y otro lo hubiese pillado, algo más tarde, pero esta vez de verdad. El destino nunca llama dos veces, la primera vez ya hay que abrirle la puerta, es demasiado vago para hacerlo él mismo. Esta zona es rica en venado, y los humores

de cada uno de los individuos que aquí vive cambian diariamente de forma radical varias veces. El cuñado de Kurt Janisch que vive en Carintia contaba que una vez chocó contra el bulto de una cierva embarazada que al instante pereció junto a su guardabarros. Esto no suena nada bien ni siquiera ahora. ¿Acaso suena mejor esto otro? La cría salió de la barriga reventada y se echó junto a la madre, tuvo que ser golpeada hasta la muerte por el propio conductor con una piedra, una tarea nada agradable, pero qué coño hay que hacer en una situación así. Nadie, absolutamente nadie debe sufrir gratuitamente, eso seguro. Y el ternero no hubiese hecho más que sufrir, de modo que lo libramos, con un pie casi aún en ese monstruo caliente que nos ha traído hasta este lugar y que sólo quería devorar su gasolina, en la próxima estación de servicio, ¡hay que vivir!, es todo tan bonito..., y hace tanto que lo buscamos... ¿Qué coño ha pasado con el resto?

El motor, enfriándose en el aire helado de la noche, vuelve a dar pequeños golpes lentamente, otra vez se pone en marcha, escucha, no, salvo él no hay nada aquí que suene. La vida se ha conservado y devuelto a la tierra, muchas gracias, pero la dirección no era correcta. No obstante, la tierra ya no devuelve lo que ha llegado a sus manos. De vez en cuando le presta algo a uno si lloriquea lo suficiente. Había un abismo abierto, que ahora vuelve a estar cerrado. Las persianas están bajadas. Los cuervos no hacen acto de presencia, prácticamente sólo están presentes en el Tirol. No vuelan hasta tan lejos. Por contra, saben hablar. Pero actualmente están ofendidos porque constantemente se les confunde con cornejas. Kurt Janisch sonríe sin ton ni son, al fin y al cabo se encuentra en medio de una campaña, y ése es el objetivo que lo arrastra hacia el campo, hacia la árida orilla del río donde los pañuelos de papel duermen, junto al murmurante río, en el nido que se han construido sólo de sí mismos, como el eternamente existente. Los atentos ojos de Kurt Janisch rastrean todo el suelo, sus atentas manos agarran ahora por el mango la linterna encendida al nivel 2 (no producir intermitencias, lo que necesitamos es una luz que fluya del todo, ¡ya es suficiente con nuestro propio nerviosismo!). Sus manos todavía tiemblan un poco. Se agacha y de mala gana se arrastra un poco por la maleza, recorre el suelo con la luz centímetro a centímetro. Ahí ya no hay nada, sólo lodo medio helado, basura, pero ¿quién sabe lo que un par de instrumentos ajustados con toda precisión en el laboratorio de pruebas y en las seguras manos de un especialista llegarían a encontrar ahí? Los sentidos del ser humano, por el amor de Dios, deberían ser más precisos que los instrumentos que él creó, pero no lo son, de lo contrario no hubiese hecho falta ninguna que los crease ex profeso. Oscura cuesta, tú, ¿me devuelves ya lo que te has embolsado o no? Con las hordas de gente que han estado hoy pisoteando la montaña, y la de coches por las pistas y la de bicis en el bosque, va a ser imposible recoger todo su legado, no se puede. Ni siquiera la gendarmería lo hará, vamos, que da completamente igual. En cualquier caso, este

gendarme sólo rastrea a su alrededor para poder replicarle algo a la desagradable mala gana que siente en su interior: estoy buscando, busco, qué le voy a hacer si no encuentro, un segundo, ¿era por aquí o más bien por allá? Ya no me acuerdo. El bosquecillo de ahí, un montón de pinocha que pincha de forma muy molesta y apunta a los ojos, como las cornejas, un pequeño y particular ejército maligno, que, aniquilado casi del todo, se retira unido para oponer con decisión la última resistencia. No, hasta este bosquecillo no nos hubiésemos arrastrado entonces, seguro que no, eso nos hubiese llenado la piel de arañazos y nos hubiese tatuado con rasguños en lugar de juntar piel con piel. La Gabi seguro que se hubiese negado a arrastrarse hasta allí abajo, su pelo, sus vaqueros, su chaqueta nueva, ¡puaj, qué asco, puaj! Como siempre. Berrinche. Quienes reciben malos tratos también gritan a veces, es inevitable. Además, le hubiese horrorizado que un montón de mierda le hubiese dado el alto como el toque de un cuerno de caza, en el interior de esos bosques suelen esconderse los excursionistas cuando se quieren ahorrar el dinero para el hostel y al mismo tiempo desean aliviarse, a sí mismos y no precisamente a sus bolsillos. No. Creo que fue más hacia allá, allí donde el suelo es más llano, hay un pequeño claro rodeado por el verdor de los arbustos, síí, mira, los brotes, tan tiernos, ¡tan verdes ya! El gendarme alumbra hacia delante, pero sigue sin ver nada de lo que pudiese llegar a depender. Aquí y allá centellea el papel de un caramelo a la luz del foco seguidor, como si quisiera burlarse del buscador, todavía conserva el cálido rastro de las manos este celofán de los caramelos contra la tos. Durante siglos no se desintegrará, y nuestros nietos se podrán deleitar con sus destellos, ese numerito del año catapún, en caso de que justamente por la noche se acerquen hasta aquí con sus linternas y se hayan librado de los mil soles nucleares, más brillantes que cualquier discoteca.

Kurt Janisch, ¡que nada le detenga!, ¡siga usted buscando! Él busca, cuantas menos esperanzas parece haber, más ávidamente, como si ahora tuviese que salvar por lo menos sus propios pensamientos, que amenazan con huir de él. No, no es que pensemos, preferimos escarbar a pelo con las manos en la basura congelada del invierno apenas terminado. Kurt Janisch tira de forma absolutamente absurda de las ramas más bajas, las sacude como los puños, ¿cómo va a haber o a haberse caído ahí algo? ¿Acaso aquí florecen pañuelos de papel en los árboles? Este hombre gusta de rodearse de árboles para poder disfrutar de la sensación de vivir en la abundancia aun sin poseer nada. Ante todo va, siempre, a la caza de casas, ¿y qué es lo que ha conseguido hasta ahora? Bueno, ahora voy a tener que reírme: naturaleza, nada más que naturaleza, cuyo cuerpo pisotea ahora con sus pesadas botas de montaña, contra los troncos, preso de un ataque de rabia que no para de crecer. Se mueve por el bosquecillo a toda velocidad, como un animal salvaje, se lanza dando estampidos contra los abetos, o por lo menos lo intenta, el ramaje es increíblemente

espeso, impenetrable, escarba con las uñas en el lodo medio helado, que, derritiéndose con el calor corporal, le chorrea por las uñas porque éstas ya no pueden almacenar más. Además ahora golpea con los puños, una y otra vez, la sangre le va bajando ya por la muñeca. Retumba como un sonido que va corriendo detrás de su propio eco porque no lo ha oído y en las montañas es a él a quien le corresponde, ¡por duplicado!, en el interior del bosque cercano al río, una y otra vez, es como si el gendarme quisiera abrazar apasionadamente a los árboles, pero los árboles, como muchas personas, confunden odio y amor, y se agarran a él, al malvado hombre, se enroscan a él, él, que les arranca las pequeñas ramas y sin razón alguna les da patadas a los troncos, que tan sólo están cubiertos ligeramente con corteza y líquenes. No llevan trajes lo suficientemente resistentes. Ahora el Kurt escarba incluso en la tierra junto a las raíces. Cualquiera que lo mire lo encontrará extraño, tal vez haya rastros de sangre incluso, en ese caso el gendarme habrá conseguido exactamente lo contrario de lo que quería conseguir. Este bosque ya sólo le promete destrucción, y promete que a él, a Kurt Janisch, más tarde lo van a quitar de en medio muy limpiamente. Eso no es como morir ahogado, no, ahí llegan todos los animales que también quieren comer, y se lo comen todo sin más, pero en cambio no irían al agua. También funciona al revés: ¿ven esa trucha? Los cuartos traseros de un ratón le cuelgan de la desarticulada boca. ¿Y eso cómo se come? ¿Cómo puede ser? No tengo ni idea de cómo se va a poder cerrar de nuevo esa boca. Pero no voy a ser yo quien saque el ratón de ahí. Por todos lados se encuentra un pastor maravilloso que ha dejado tiradas a sus ovejas, pero no las ha dejado en el agua. Él está ahí para ellas, aunque no siempre, y se queda en el cuadrilátero hasta que un maxilar inferior dejado de la mano de Dios, ¡era un chiiiisteeee!, le sonrío estúpidamente desde los matorrales, el hueso superior con sus dientes se lo llevaron otros animales hace mucho ya, ¡oye tú!, he mordido el polvo, eso no le gustaría nada a mi dentista. Incluso me lo prohibió terminantemente. Debe de haber sido un corzo, si te gustan los corzos más que cualquier otra cosa, mira entonces para otro lado, pues podría haber sido exactamente éste, no, ¡qué va!, no importa, en cualquier caso hace tiempo que arrojó su cuerpo, tal vez porque en realidad no te gustaba tanto como creías. Bueno, la llama se habría extinguido ya, los dientes habrían saltado, las pezuñas habrían dejado de galopar. Otro animal tuvo hoy más suerte que éste. Así es la vida. Uno gana siempre, los otros siempre pierden. La llama de la vida, antes de haberla apagado con una boquita dispuesta a besar, que pudo engañarlo a uno sin esfuerzo, es ya una llamita muy tierna, ya no queda mucho gas, se ha gastado todo hace tiempo ya, y los gastos ya están pagados y cargados a nuestra cuenta. ¿De dónde sale tanto humo, como de una llama más fuerte, más alta? Un burlón cielo nocturno que nos dice la hora según la posición de la luna y que en breve comenzará en esta pequeña caja el Telediario Última Edición, y entonces nos encontraremos en los albores de un nuevo día, y si queremos ver ese

día por fin, entonces tenemos que dirigirnos ya mismo a un lugar más seductor con un mobiliario más a la moda.

Y ahí lo tenemos ya, EL LUGAR, una bonita cocina office amueblada en estilo rústico con toda la intención y, a pesar de ello, sollozando lleno de insatisfacción porque preferiría constituir un montón de cocinas de Dan o de quien sea, preferiblemente una para cada miembro de la familia, que querrían apuntarse a un club de cocina, y vivir cada cual en su propia casa, al principio sólo tenemos una casa y media, pues la casa del hijo es propiedad de otra persona. En esa cocina entran, bajo su propia apariencia, sin avergonzarse, muy conscientes de su carácter aventurero, los invitados del programa de televisión «Con VERA», la interrogadora del más allá, que recolecta las aguas residuales de los humanos, agua bendita, y, ofreciendo una bendición, rocía las cabezas de millones de personas, a cuyo alrededor nos reunimos sólo para comprobar: hay otros más desesperados que nosotros. Qué encanto todo esto, de puro goce escribo una novela entera, si es necesario. Ésta. Las personas de esta familia presentes en esta cocina todavía no han sido devastadas por el odio, su nueva propiedad los llena de ilusión. El pequeño Patrick tendrá una habitación totalmente propia para sus videojuegos. A la esposa del hijo le tocará el sótano entero como lavadero y cuarto para planchar. La mujer del gendarme tal vez tendrá un invernadero, para allí, a solas, sintonizar con el televisor, o quieres ser millonario o los hits del programa «Musikantenstadl», que, todo solito, conseguirá hacerla reír de todo corazón hasta que vuelva a verse encerrada en él. Al hijo del gendarme le tocará una planta entera para sus conexiones electrónicas —el pasatiempo de la mitad de los jóvenes—, que a los ojos de todo el mundo será una absoluta inutilidad porque ya existen. Allí también podrá dedicarse a su segundo pasatiempo: tocar el órgano electrónico. Pero puesto que este pasatiempo va muy por delante de él, pronto va a dejarlo correr. Al propio gendarme le tocará absolutamente todo lo que desee, y se sentirá extrañamente agobiado por su gran propiedad. Un sonámbulo, un cincelado cuerpo de piedra (con labia para las mujeres), que tiene que cargar con toda una casa, y a pesar de eso nunca va a bastarle con una sola, aunque tampoco podría cargar con más. Vemos: oscuras cabezas que se inclinan sobre un plan de ejecución de obras que han sustraído con audacia de un cajón, y que con más audacia aún modificarán con sus propios rotuladores; en este baño pronto podrán chapotear, y en este porche adosado podrán hacerse los unos a los otros gestos muy personales, que se percibirán, cual regalo personal también ¡pero de fabricación propia!, como si de bofetadas se tratase. Vemos ojos que no se desvían de las líneas enteras y de las punteadas, sino que las completan, o llevan a cabo distribuciones completamente distintas, enteramente a su gusto, siguiendo sus propios criterios. Mi alma dice que estas personas no piensan en sí mismas siquiera un instante, sólo en sus

descendientes, que en la figura de Patrick, el nieto del gendarme, haraganean, dejan que destinos ajenos les reboten insolentemente y en cambio que se les acerque un kilo entero de galletas cada día, pero sólo de ésas que han visto en los anuncios, dirigidas explícita y exclusivamente a nuestra juventud. El gendarme vuelve a aparecer en su casa, como sacado de la manga, va mojado, desgredado y sucio, pero de todos modos nunca tiene que dar explicaciones. Va a ducharse y a cambiarse de ropa, en el camino se le desprende de los labios, como si fuera fango seco, lo que pasó con el ciervo. Aquí nadie se inmuta por una historia de ese calibre, como mucho si el ciervo consigue sobrevivir, eso es raro. ¡Qué audacia! ¡De lo que es capaz la vida! Hasta ahora la superación de tales dificultades nos parecía exclusivamente propia de la muerte. Pero por fin la vida se alza por encima de todo, si es que uno la ha podido recibir en el hospital, un eficiente albañil, un carpintero, un ebanista son capaces, si se los deja, de mucho más que sólo pensar, ésa es la proeza de los eficientes y los laboriosos, de los que ya he hablado a menudo aquí, pero siempre ha resultado rentable. Además hay otros que todavía lo han hecho más a menudo, ¿no? Resulta difícil hablar sobre lo normal. Sobre la luz de la lámpara, que ahuyenta de un soplo a la oscuridad, sobre el televisor, que aleja la melancolía, sobre las conversaciones en la mesa familiar, que, gruñendo, espantan a los espíritus, sobre la ropa, que esconde los cuerpos malformados de los humanos, o a veces una obra de arte compacta y esculpida en casa como Kurt Janisch, que se podría exponer hasta en la Galería Nacional, si es que fuera algo más ameno, o bien podría hablar sin parar sobre un plan de ejecución de obras que rechazara *a posteriori* su propia casa, ¡ay!, ¡que bonito es todo!, que uno siempre pueda trabajar diligentemente en sí mismo o en los demás. Y lo feliz que estoy yo de poder decir todo esto aquí... Millones de gracias por todo.

Permítanme ustedes, porque es importante para mí y porque no encuentro ahora el lugar en el que ya he hablado de ello, que vuelva a repetirlo: si sus verduras están enriquecidas con suplementos de nitrato, ¡no se las coman bajo ningún concepto! Es la prueba de que el agua está contaminada por el uso exagerado de fertilizantes, y con ella, por supuesto, también sus verduras. Es una exageración y puede causarles problemas de salud (si es que éstos no se han manifestado ya) someter toda el agua buena de que disponemos a un tratamiento excesivo. Aquello con lo que desinfectamos nuestra comida, para que ésta no nos infecte por dentro, deberíamos mantenerlo especialmente limpio. Aguas naturales: vegetación exuberante. ¡Qué vergüenza! No quiero ni pensar en cómo debe sentirse esta agua. El agua desea ser tan laboriosa y respetable como las personas que la beben, pero las personas no le ayudan a conseguirlo, no le tienden la mano. Los animales se quedarían paralizados por el terror si pudiesen leer esto. Ellos también tienen que beber agua, por supuesto. Las plantas acuáticas se extinguirían, vamos, esto puedo explicarlo: en lugar de dejar de tomar oxígeno, como nosotros los muertos, ellas se ponen a tomarlo en serio, del mismo modo que Austria capta, llena de amor y avidez, a sus turistas, los queridos huéspedes que nos visitan, a menos que el gobierno no sea de su agrado. Tampoco es del mío. Por eso yo también soy extranjera. Lo que decía: el uso excesivo de veneno conlleva que la orquesta de la naturaleza en pleno empieza a tocar de golpe, y ni siquiera Bruckner hubiese querido algo así. De todo hay demasiado, demasiado, demasiado. Nosotros también tenemos suficiente. Más que suficiente. ¡Estamos hasta las narices! Si ustedes pretenden nadar en la abundancia: ¡mejor pidan nata montada y dejen en paz al oxígeno! Por cierto, estas pequeñas aguas mías también están aquí, en esta máquina, sobresaturadas de veneno. En lugar de contestar delicadamente cuando me preguntan, voy y arrojé a esta zona de aguas muertas mi vida entera, que ya hace tiempo que está muerta también, pero más muerta que muerta no puede ser de ninguna manera. Estaría bien que algún día alguna circulación de agua con las debidas responsabilidades se hiciera cargo de esta zona, que el agua tuviese por fin una política de empleo como es debido, para que por fin su nutrición mejore. De lo contrario, seguiremos siendo lo de siempre: trofeos de la historia, expuestos a modo de advertencia para las demás naciones. Y lo que confiscamos, no deberíamos habérmolo llevado, ¿o sí? No, esas pinturas de Klimt no vamos a devolverlas ahora.



De algo habrá servido que tuviésemos tanto empeño en conseguir que casi nadie saliese con vida. Cómo nos gustaría volver a vivir en tiempos más turbulentos, cómo nos gustaría aprovecharnos de los movimientos del río, hasta que nuestras últimas partículas de agua, nuestras pequeñas y honradas almas nacionales austríacas, fueran captadas no sólo mediante el movimiento principal (la adquisición de propiedades) sino también mediante los pequeños y queridos movimientos secundarios (así de groseramente se habla de nuestras aguas, lo juro), y aprovecharnos de nuestra fe en Dios, el padre celestial, a quien hemos estado dando coba para nuestro propio placer, hasta que finalmente nos ha devuelto a nosotros mismos, recién renovados, como nuevos, no: ¡mejor aún!, y nos ha faltado tiempo para entregarnos a un nuevo *Führer*, voluntariamente, como si tuviésemos un año y medio de edad como mucho y no pudiésemos entender lo que nos dice. Como si no hubiese pasado nunca nada. Hay algunos que nunca tienen bastante, acabamos de describirlos y ahora sólo tenemos que deshacernos de nuestra propia basura. Se parece a las leguminosas: resistente, elástica, glutinosa, pero en esta agua, en el lago, aquí no hay forma de acabar con ella, por lo menos durante un tiempo. Esta basura está formada por casas propias, una siempre avalada por la otra, hasta que los bancos, exhaustos, levantan una bandera blanca y hacen señales de rechazo. Los bancos son asexuales, es decir, no se dejan enternecer ni por hombres ni por mujeres. No están configurados para la proliferación ni la regeneración, como las plantas de la tierra, sino que están programados para la concentración, bien, acaban de pillar a otro que había maquinado alguna chapuza con la amortización de intereses, no llegará muy lejos. Si hubiera sido más rico, no lo hubiesen pillado. Incluso han pillado al avicultor estafador y a su hermano, pero a los poderosos que estaban detrás, a éstos no. La cooperativa liberal para la construcción de viviendas ha sido completamente disuelta, ¡es una pena! Al gendarme también lo tienen agarrado por la solapa, pero a él siempre le da tiempo a quitarse la chaqueta, así que los bancos pueden irse a hacer puñetas. Sí, es completamente cierto, se trata de una persona, de una verdad, de una obra, de una propiedad, pero en realidad no le pertenece nada. Siéntense a mi alrededor si quieren, les volveré a contar con cuántas personas ha acabado este país, seguro que se preguntarán por qué razón entonces siempre hablo únicamente de uno. Pero en realidad él es lo de menos. No, no se lo preguntan, bueno, lo entiendo perfectamente. A mí no me pregunta nadie, nada de nada. Es cierto que acabo de describir lo que van a encontrar ustedes en estas aguas estancadas, deseando salir del estancamiento, pero por fin se va a encontrar el vestigio, la víctima, por fin el trecho hasta el dicho estará hecho. Por otro lado, previamente uno se imagina que encontrar un cadáver es mucho peor de lo que en realidad es; y he dudado tanto en describirlo que casi había perdido las ganas de hacerlo, aquí, en la orilla llana de mis decisiones. Tiren ahora ustedes la primera piedra, por favor, pero de modo que bote un par de veces sobre la

superficie del agua, alegre como un nuevo canciller.

Qué aguafiestas el cadáver de Gabi, a la que buscaban viva y por eso, naturalmente, no podían encontrar nunca, ni siquiera con todas esas fotos colgadas en los postes hasta llegar casi al Semmering, va y aparece ahora muerta, a pesar de que los muertos son inactivos, por supuesto, y nada los hace reaccionar. Hay lugares en el agua profunda de nuestros lagos de montaña donde a los muertos jamás se los encuentra, no pasa nada, más bien estamos hartos de ellos, quiero decir, que estamos hartos de ello. Allí, en los lagos de montaña, las orillas se despeñan casi verticalmente, estos lagos pueden llegar a tener 200 metros de profundidad o más. En estos lagos hay como agujeros. En su poder está el hacer desaparecer a seres humanos para siempre, sin dejar huella, el día del Juicio Final, cuando todas esas bonitas mujeres empaquetadas emerjan desde lo más hondo para desquitarse de su descontento en la fría cueva del agua, se producirá una enorme conmoción. Qué grande será su decepción cuando otros, las legiones de ángeles en sus ligeros todoterreno, adquiridos para que ellas puedan llegar a todos sitios, en ese día en que los trombones resuenen sin cesar, en primer lugar quieran vengarse de ellas. Precisamente los crímenes de los vivos no se ven perdonados por la muerte de otros en el registro de las propiedades. Sin embargo, lo de la Gabi me afecta enormemente, sencillamente ya no sé qué decir, y tampoco lo puedo expresar así, rápido, como quien no quiere la cosa, como quien toma un café expreso; si nunca se ha visto un muerto de verdad, resulta difícil describir, por supuesto. Una película es realmente un suceso de poca consistencia, un pequeño banco en la estación Bosque de los Horrores. Así que allí hace hoy acto de presencia el horror, me resulta extraordinariamente molesto, y, no obstante, ya no puedo apartar la mirada, aunque en realidad yo lo que quería era leer el periódico. Dos hombres que querían estirar un poco las piernas después de una opípara comida en el hostel (pronto van a tener que arrepentirse de no haber preferido estirar los brazos), mientras sus mujeres permanecen sentadas a la mesa y se cuentan sus chismes sin recurrir esta vez a la corrosiva furia contra sus familias, que, p. ej. a mí, me invade tan a menudo, se dirigen ahora hacia el lago por un frío sendero, que pronto volverá a estar repleto de vegetación y que ahora se siente afligido al pensar en todas las botas de gendarme que en breve lo van a pisotear. Bueno. Ahora puedo leer en las frentes de estos dos hombres, pues a leer sí estoy acostumbrada, lo que piensan al descubrir en la proximidad de la orilla, apareciendo tan inesperadamente como desapareció, balanceándose ligeramente al principio, un rollo de tamaño humano envuelto en un plástico verde de los que habitualmente se usan, de forma bastante absurda porque nunca son impermeables en realidad (si lo sabré yo, que he tenido que achicar mi balcón tres veces ya), para cubrir los terrenos en obras. El plástico está atado con un alambre. ¿Qué es eso? En cualquier caso se trata de algo muy raro. Que algo sea tan

grande como una persona no quiere decir que necesariamente lo sea. Pero todo el que ve ese rollo piensa para sus adentros que esa cubierta de plástico tiene ese tamaño precisamente para que quepa dentro un individuo humano, o bien cuatro metros cuadrados de suelo virgen, o bien un tronco de árbol de metro sesenta, el primero ya no tiene protección, el segundo hubiese necesitado urgentemente protección, el tronco de árbol no hubiese deseado más que la rica tierra húmeda que ya jamás podrá ver ni sentir. La comunidad de lectores se levanta para poder ver mejor: el plástico esconde algo que durante días parecía haberse tragado la tierra, pero la tierra fue inculpada injustamente. Fue el agua la que retuvo todo este tiempo el rollo humano y jugó con él al yoyó, pero el hilo era un alambre, atado fuertemente, de modo que el agua pronto se hartó del juego. No tuvo éxito, con ese paquete no hay manera de hacer nada, y sea lo que sea lo que hay dentro, nosotros no lo podemos abrir. Así que tendremos que volver a coger nuestro manual, en el que pone qué es lo que nos ha matado, a nosotros que somos todos agua, en tanto que estamos hechos casi únicamente de agua: nitrógeno, fósforo, potasio y materia orgánica, esto último nos lo acaban de mandar hace tres días, pero todavía no podemos hacer nada con ello. Además, igual que les pasa a muchos niños, simplemente estamos sobresaturados de pies a cabeza, para lo que hay motivos de sobra. De este modo habla el agua con nosotros y con los dos hombres, que no entienden su lenguaje. Pero entienden instintivamente el lenguaje de este rollo de plástico y dan un paso hacia atrás y de repente se callan. Qué es eso. Los dos hombres ya han comido, mejor para ellos, pues en ese momento su apetito hubiera desaparecido si no lo hubiesen arrestado antes a tiempo en la fonda para utilizarlo para sus fines. El lago no es profundo, en ningún punto, y sin embargo nadie se ha tomado la molestia de acercarse un poco a la orilla este rollo. Ahí está: una posible forma de tratamiento para una persona, pero ¡menuda forma!

Primero los dos hombres intentan acercarse a la orilla el bulto que va a la deriva ayudándose de un palo que han arrancado, pero que no llega lo suficientemente lejos. Tienen la impresión de que el bulto se les va a escurrir. Pero ¿es el bulto el que se escurre o es que han cometido un error de bulto? Los hombres se dicen: precisamente hoy no contábamos con algo como esto. Hay pájaros dando vueltas y voces por encima de ellos, hace frío todavía. Demasiado frío para esta época del año, incluso aquí. A los ángeles nos los habíamos imaginado distintos cuando nos entraron fugaces deseos de venganza y quisimos matar a alguien, aunque al final acabamos dejándolo correr. Se trata de ángeles negros. En este plástico descansa un rostro humano y un cuerpo humano, en eso me hace pensar este plástico. Los hombres creen que eso que parece no puede ser de ningún modo. Los hombres saben que muy probablemente acabará siendo lo que parece. Pronto lo sabremos con total seguridad, dice la ley de la realidad. Se ponen de cuclillas y

observan con dificultad debajo del agua, que es especialmente oscura e inescrutable, no obstante pueden reconocer con claridad el plástico que oculta algo, y con terrible certidumbre asumen a quién tienen delante, a la muerte, esa arma siempre sin seguro que caprichosamente se mueve en círculo, ahora apunta a uno y más tarde al otro, ese nervioso dedo índice en su cuerpo frío, ¿a quién le tocará hoy? Por favor, me gustaría ser la primera en saberlo: ¿tal vez directamente a los dos hombres que van de camino para casa? Realmente no deberían haberse tomado esa tercera copa de vino, al fin y al cabo este paseo debería haber servido principalmente para recuperar la sobriedad. Bueno, pues eso es lo que hace exactamente. Y con qué tenacidad, como con unas tenazas, cuatro ojos se aferran de golpe a la visión de ese brazo de gitano acuático. Es un simple paquete, ¡pero la que va a armar él solito! Para empezar va a movilizar a 82 agentes nacionales armados de la brigada de investigación criminal, de los que 20 se dedicarán exclusivamente a este caso.

Móvil conectado, llamada en marcha, atrocidad ya ocasionada, empaquetada, helada y desempaquetada por dos personas. Por favor, vengan inmediatamente, vemos lo oculto y deseamos saber lo que hay dentro. Sus mujeres se cubren siempre únicamente con edredones, y éstos descubren siempre lo acostumbrado, que con el tiempo se vuelve cada vez más rancio, y que encima hay que mimarlo horas y horas para provocarle placer. Las fantasías de uno no llegan a concretarse jamás. Qué estupendo sería abrir ese embalaje ahora, eso contribuiría decididamente a acercarnos a nuestro objetivo balanceante, intranquilo. Oímos hablar aquí a una voz terrible, acompañada de una luz azul y, por si fuera poco, de una sirena. Oímos cómo la voz nos quiere decir algo: se las están viendo ustedes con la muerte, tranquilícense, tal vez esté todavía por ahí y se los lleve ahora. ¡Oh, qué emocionante! Bueno, tan terrible no será, afirma otra voz desde un teléfono especialmente pequeño que se puede desplegar para que parezca más grande y que a más de uno seguramente le parecerá más misterioso que esa aparición de debajo del agua, que es acechada por pájaros, no por peces, pues no hay ningún pez en este elemento especial al que me refiero. La gendarmería es muy libre de hacer acto de presencia, en realidad debería hacerlo, y acaba haciéndolo. El señor Kurt Janisch hoy no tiene servicio, ¡qué suerte tiene el tío! Si tuviera servicio, debería haberse apuntado a tiempo a cursos de interpretación dramática, y también eso ha logrado ahorrarse, además de sus muchos ahorros, que, desgraciadamente, siempre desaparecen cuando le hacen falta. Sólo tiene ahorros negativos, es decir, deudas. Más que pelos en la cabeza. Desearía que alguien se hiciera cargo de ellas. Para ello deben aparecer casas y permanecer. Afortunadamente se trata de camaradas pesados e inmóviles, pero a pesar de eso algún día deben acudir a montones para poder ser usados como avales para posteriores casas. De ese modo nada surge de la nada, bueno, así surge algo de la nada. Pero no servirá para nada de nada. Todavía

no, pero tenemos buenas perspectivas. A la orilla del lago artificial se alzan dos hombres que han cumplido con su obligación de ciudadanos, seguro que tarde o temprano se alzarán impacientes contra las autoridades, eso es obligación humana, por eso todo el mundo lo hace. Los seres humanos sólo aprueban a las autoridades cuando expulsan cuidadosamente a algunos de los que no forman parte de nuestro grupo. Las autoridades llegan, dando brincos y sacudidas, por este camino vecinal en mejor estado, y van a retener innecesariamente a estos dos hombres durante horas. Este camino es el único por el que los gendarmes pueden llegar hasta aquí si no quieren ir a pie, si lo hicieran, se les caerían los anillos ¡y las condecoraciones!, que con toda seguridad van a necesitar para nuestras fronteras hacia el Este y con Eslovenia, muy cerca de nosotros, para conservar su autoridad. Al fin y al cabo estos funcionarios tienen que controlar alrededor de 140 kilómetros de frontera verde en Estiria, con megauniformes, con parcas y gorras de visera y tal. Toda la zona de Spielfeld se estremece ahora ya ante sus pasos. La instrucción realizada en la delegación externa de la sección de la escuela en Bad Radkersburg duró seis meses, eso tiene que verse recompensado algún día porque así es como pueden proteger las riquezas de los nativos con verdadera eficacia, y conducirlos, una vez hayan disfrutado de todo con calma, hacia el reino de Dios con una señal de tráfico (que de todos modos sólo les pertenece a ellos), sin que nadie les pueda entonces desbaratar los planes. Bien. Ahí está, exacto, en el agua. Miren esto. ¿Lo ven? ¿Qué es esto? Necesitaremos el bote. Tras los ¡izquierda, derecha!, ¡adelante, ale hop!, y tras haber atravesado la zona de aguas muertas en la que no pasa nada, la carga es arrastrada con el bote y descargada en el puerto de dimensiones microscópicas. No será necesario llamar a los submarinistas. Arriba hay pelo, eso es ya lo primero que vemos. Pero ahora ya lo sabemos todo y perdemos el control sobre nosotros mismos. ¡Jesús, pelo, probablemente auténtico! Uno de los hombres vomita sobre Dios y su colega y sobre los pies de los gendarmes, que todavía tienen tiempo<sup>1</sup> de saltar hacia atrás, pero que en estos momentos están hablando por los aparatos de radio y se ven obligados a escuchar los chirridos y chasquidos que emite como el venado que sale corriendo de entre la maleza. Pronto esto va a llenarse de policías uniformados (y más tarde también de civilizados de alto rango). También se puede ver un pedazo de frente lisa bajo el pelo empapado, que no cupo en el plástico o al que no se dedicaron suficientes fuerzas para embutirlo dentro. Es posible que alguien quiera poseer a otro ser humano hasta tal punto que se lo ha arrebatado a sí mismo, quiero decir, que ha arrebatado a ese ser humano de sí mismo, ¿cómo me podría hacer entender? Tal vez simplemente se deshizo de ese ser humano porque ya no le encontraba utilidad. Otra vez: el asesino no se deshizo él mismo de ese ser humano (eso no le hubiese importado nada al asesino porque evidentemente ya no tenía previsto ningún uso para su botín), sino que deshizo al propio ser humano de sí mismo. Este ser humano se echaría en falta si todavía tuviese conocimiento. Ni

idea de por qué. Los ojos se aferran con fuerza al rollo, pero solos no lo pueden arrastrar. Imposible. No lo podemos entender. Los pájaros están decepcionados, pero el lago se siente aliviado, se ha quitado de encima la responsabilidad, y, con la superabundancia en la que más bien vive, no se ve obligado a digerir más estiércol. Fotógrafos, búsqueda de huellas, agitación indescriptible, además, llena en exceso el pueblo de estiércol en poco tiempo, y lo arrastra con él, cargado con toda la mierda acumulada que va a tener que escuchar uno ahí, como en un alud de primavera que va dando vueltas por la carretera cortada que antaño fue carretera principal, en una creciente corriente en la que sobresalen nuestros pecados como árboles y escombros de hormigón. Personas que se escondían secretamente para que nadie viese cómo hacían sus necesidades se proponen ahora no volver a hacer nunca más algo así. Detrás de cada arbusto puede estar espiando alguien, y uno al final acaba en el lago. Quien lo haya embalado y lo haya arrojado allí pretenderá entonces falsamente que no lo conoce a uno de nada. No nos interesa lo más mínimo. Ser negado incluso en la muerte, como Jesucristo por sus discípulos, déjense ustedes matar y se quedarán pasmados de lo que la gente irá pregonando sobre ustedes. Pero la gente de aquí es más bien discreta. No es nada fácil sacarles algo. Después de las primeras fotos, abrirán el rollo y desembalarán un cuerpo y una cara de una gran hermosura. El cuerpo y la cara seguirán llevando su tierna y pacífica belleza, la cara de la muchacha parece que duerme, pero en realidad todo en ella hace tiempo que se vio despojado de cualquier rastro de vida. Alguien instigó a la vida en su contra de modo que la vida se marchó ofendida. ¿Con ésa? ¡Ni hablar! Las botas negras no están, sí está la chaqueta vaquera con cuello smoking, que ya echábamos en falta, el bolso no está (¿dónde estará? ¡Jamás lo van a encontrar!). Los gendarmes se dan cuenta enseguida de quién se trata, tenían a la joven desaparecida en las pantallas de su ordenador y ahora la ven al natural, en esta naturaleza que ahora se enoja con ellos. Dejad dormir a los muertos, son demasiados como para poder llegar a saber algo aunque sólo sea de un pelo suyo.

Próximamente se tomará declaración en relación al caso a más de 2000 personas, pero ¿qué se puede llegar a saber de las personas? Mienten cada vez que abren la boca. Siempre es lo mismo, es lo que han leído y lo que han visto en la televisión, y lo confunden con lo que les ha sucedido a ellos, que es lo que realmente debería aparecer en el periódico porque hubiese sido mucho más interesante. En realidad, apresar al asesino sólo debería haber sido una cuestión de tiempo. Debería haber sido un extranjero. Pero aquí apenas hay extranjeros y sólo unos pocos turistas, y éstos enseguida llaman la atención por su vestimenta vertiginosamente deportiva, o bien rústica y de caza, que les hace soñar con estratos sociales superiores a los que no pertenecen y a quienes sí pertenecen los cotos de caza, no, tampoco sus pertenencias son comparables. Las manos sensibles y delicadas del

hielo ahuyentan a los forasteros en invierno, en verano es la lluvia la que lo aniquila todo, incluso la tierra desnuda. Y al que aún siga allí, lo expulsamos nosotros personalmente. Esta muchacha, la Gabi, tal vez quería ver el ancho mundo, pero no se imaginaba que ese pequeño le vendría un poco grande. Ojos que penetran en ojos y discuten y preguntan algo. Se mencionan nombres, se cita a gente ante el juez. Los gendarmes sólo cumplen con su obligación, repiten una y otra vez cuando se vuelven a detener a la altura de alguien que se da importancia, como una topinera que se cree el Monte Cervino; no saldrá nada de todo eso. Cada cual dice su verdad, unos más, otros menos, las verdades, una vez conocidas, son muy difíciles de expresar, probablemente porque no son ciertas en absoluto. Se convoca a gente, y esa gente acude alterada a toda prisa. Después se los manda para casa. Todos ellos conocían a la Gabi, sobre todo la madre y su novio la conocían muy especialmente, también se les interroga muy especialmente. Dicen que nadie conocía a la Gabi tan bien como nosotros: seguro que no había ningún otro hombre. Los dos están sentados de nuevo en la cocina office. Ya no pueden dar más besos al canto de la taza de cacao medio vacía que la Gabi dejó cuando fue vista por última vez. Aún se preparó la taza aquella noche antes de irse. No se la bebió entera. La taza ya está lavada. ¿Adónde fue después? No la taza: ¡Gabi! No debería haber salido otra vez, de hecho ya le decíamos por principio: o te quedas en casa o te llevas al novio. O lo uno o lo otro. El novio pretende hacer creer que no sabía para nada que ella quisiera salir otra vez, aunque eso no es motivo para ser pretencioso. Jamás haría algo sin mí, dice el novio. Qué raro. Naturalmente al principio el novio es el principal sospechoso, pero no da la impresión de que haya sido él. Está muy tranquilo. También en la escuela era muy tranquilo, salvo cuando tenía que hablar. En el ejercicio de oratoria que ha realizado a primera hora no ha tenido más dificultades de lo normal. Se le hubiera notado algo en la cara o en la voz. Nada. Ante algo grande como la muerte, automáticamente habría empequeñecido, empalidecido, tartamudeado, lo que sea, por lo que a mí respecta, sudado o balbuceado. Su cara resultó familiar a todo el mundo, igual que siempre. Pero quién sabe quién es él, no, no el novio, quién de nosotros sabe ya quién es él. Nosotros, es decir, todos menos yo, sabemos cómo hay que cocinar el faisán envuelto en tocino, pero no sabemos quiénes somos. Bueno, yo soy una de las pocas personas que realmente no lo quiere saber. Es una de las razones por las que siempre necesitamos diversidad, bueno, yo no la necesito ¿Tal vez nos encontremos en otro lugar? Para eso, sin embargo, debemos andar viajando siempre de un lado para otro. De la Gabi también lo sabíamos todo, salvo un detalle decisivo, piensa el jefe de policía de la región hasta que es presa del sueño, es decir, hasta la muerte transitoria. Sólo así se puede poner en la situación de la víctima, cayendo en un sueño profundo y esperando haber encontrado al día siguiente antes del sueño una pista en su cerebro que todavía no ha seguido. Otra vez nada. Está a punto de conseguirlo, pero todavía: nada. Lo

siento. Se lo diría a ustedes si pudiese. Pero no me puedo adentrar en esa dimensión. Una caja llena de azucarillos de las distintas cafeterías de los pueblos de la zona, reunidos por placer, que fue seguramente tan pequeño como esos terrones de azúcar, recuerdos no muy cuerdos, que se alegran cuando no tienen que disolverse y pueden conocer antes a dos o tres personas a las que son servidos, en caso de que el primer propietario no haya estropeado demasiado los envoltorios con los signos del zodiaco. Pero la Gabi siempre acudía sola a estos locales, o con su novio. Jamás anduvo con ella un hombre desconocido. Por lo menos ninguno al que hubiésemos observado o del que nos pudiésemos acordar. El novio reconoce que el fervor amoroso de ella quizás había disminuido en los últimos tiempos, lo dice avergonzado. Esto ya es un indicio, pero tal vez sólo indique que estaba un poco cansada o que tenía mucho que hacer en la empresa. Escribió una carta a una amiga: mamá y mi novio me agobian, me quitan el aire para respirar, me controlan, me suplican, ni idea qué, no parece bastarles con mi presencia, pero yo sé que soy su soberana, lo sé precisamente porque suplican de esa manera. Los ordenadores ordenan esos nombres, cifras y datos, que a su vez se muestran a otras personas y máquinas. Otras personas toman nota de las matrículas de los coches y preguntan por sus propietarios, esos pringados, quiero decir, éstos recién pintados. ¡Qué tontos! De un ser humano no se puede saber todo, y de todos los seres humanos no se puede saber absolutamente nada, ¿qué significa esto? Incluso para alguien muy versado, todo esto es difícil de expresar, yo ya avisé, y eso que no pertenezco a ese selecto grupo; tendré que gastarme más en ropa para entender la vida, en la que ya me gasto una fortuna, de lo contrario, en el futuro, no sólo no se me permitirá acceder a la vida, sino que además tendré que dejar pasar a los demás. En cualquier caso, ahora ya sería un poco tarde para la vida, ¿no? ¡Si hubiese aprendido algo! Al despertar, la madre se ve sorprendida por la noticia de que la hija está muerta, y ella, la madre, ya puede ir de inmediato a ver a su novio a Alemania, a Baviera, sin embargo, en un primer instante ya no tiene ganas, en un segundo instante las ganas le volverán. Sí, ambos, el señor Ganas de Vivir y la señora Alegría de Vivir volverán a estar juntos, tal vez después de unas vacaciones conjuntas muy agradables. De todos modos, la madre se habría marchado pronto, ¿por qué los padres no pueden ser alguna vez las aves migratorias? También ellos desean seguir su camino a veces. La madre tiene su propio novio y una entrada para una vivienda propia para Gabi, eso debió bastar, los dos se hubiesen ocupado de la muchacha, por supuesto, tal como estaba previsto, la hubiesen acogido cariñosamente en los brazos, y Gabi habría encontrado medios y caminos para comportarse de forma odiosa hacia ellos y para exigir a cambio un trato cuidadoso. También otras personas tienen esa carga, no es de extrañar que uno prefiera tener sus viviendas a tenerlos a ellos, pero sí que lo es que la mayoría de ellos mantengan su integridad, con los frecuentes golpes que el destino les ha propinado, arrancándoles de sus manos las pocas armas,



débiles y dulces, antes de que pudiesen leer siquiera el manual de instrucciones. Bien. Muchos están en el hospital. El señor Wesenthaler se ha hecho polvo la rótula por enésima vez, siempre la misma. Todos los demás están muertos ya, acabo de decidirlo, de ese modo me ahorro mucho trabajo, y la mano de ama de casa de la muerte ya los ha quitado de en medio. Así que ya no tengo que describirlos. Muchísimas gracias. Los demás yacen aún bajo sus cargas y esperan a que alguien los reflote y los envíe a alguien que tal vez se alegre de ello. No existe nadie así, nadie que resista junto a uno como la hiedra en la pared. No obstante, uno no debe descuidarse, porque de hacerlo, ni siquiera aparece la pareja ansiada desde hace tiempo, que le habla a uno bella y amistosamente. En ningún caso se la debe descuidar, y tampoco a uno mismo. ¿Cuándo va a poder uno descansar? Sería mejor que las personas hubiesen estado a flote ya mucho antes, entonces hubiesen tenido tiempo de encontrar a alguien mejor que quien tienen ahora. Sólo el que conoce la añoranza. ¿Quién sabe lo que la gente sufre? ¡Ay! El que nos ama y nos conoce vive a lo lejos. En el agua. Apenas alguien se aleja, uno ya lo añora. O no, quién sabe. No se ha encontrado ningún tipo de lesiones en el cuerpo de la muchacha, por lo menos ninguna visible. Alguien ha estado muy cerca de ella, pero de ningún modo se ha comportado de forma brutal, se sorprende el médico forense. Lo que es aún más sorprendente: con toda probabilidad no hay indicios de relaciones sexuales antes de la muerte, ni siquiera rastros de un intento violento de penetración o de eyaculación dentro de ella o en cualquier otra parte de ella. El agua se ha encargado de borrar esos rastros. ¿Por qué alguien le ha bajado a la Gabi los pantalones hasta las rodillas y le ha subido el jersey y la camisa por encima de los pechos? Sí, y el sostén abierto también. ¿Para qué tanto esfuerzo, que quizás no fuera a mala idea, sino porque era necesario? Y no puede decirse que fuera necesario volver a vestir a la muchacha, para qué, ya sólo la verá su médico, o alguien así. No hubiese costado nada adecentar un poco a esta muerta que vemos aquí y amortajarla. Tan sólo dos gestos, uno arriba, otro abajo, pero hay algunos que ya no los dominan desde que las mujeres pueden vestirse y desvestirse solas. ¿Apuntaban a este cuerpo las armas amartilladas de un hombre que apareció suplicando o incluso mostrando indiferencia, que dijo no, y cuando digo que no es que no? Sepan ustedes que también ante los que suplican puede uno perder el control, ante su sumisión, que no obstante lo exige todo, para lo cual se desprenden de sí mismos, tal vez para hacer sitio en su interior a uno más completo. ¿Era realmente necesario bajarle y subirle las cosas tan brutalmente? Y luego esa muerte dulce pero rematadamente certera, la muerte, esa escaladora libre que siempre da en el clavo. La tía tiene que ser diestra, pues a veces tiene que desaparecer después a toda prisa del lugar de trabajo. La muchacha no ha sido estrangulada o ahogada con la fuerza y la presión de unas manos que se aferraran con firmeza, durante minutos, sino dulcemente con la ligera presión de la mano abierta o del antebrazo

en el cuello, directamente en el punto neurálgico nervioso que tiene ahí su sede; ringringring suenan las terminaciones nerviosas con sus redes conectadas, y después callan tranquilamente. No tiene usted mensajes. Tampoco en el display. Hora y fecha. En el año 2000 tal vez resultará difícil, al menos durante un tiempo, encontrar a las personas que la muerte haya provisto de un cartelito con la fecha de caducidad. Tal vez el ordenador se averiará, abatido por el propio tiempo, engañado. Y el año 2001 puede ser peor incluso, esperemos a ver. Tal vez la misma muerte deje de funcionar porque se le haya programado una fecha errónea. La muchacha que aquí yace, con el pelo de la cabeza, de las axilas y del pubis pegado (tan mojado como si ahí no hubiese crecido nunca nada) no presenta las señales de lucha o de estrangulamiento que en tales casos se presentan prácticamente siempre. Sólo un pequeño hematoma en el lado derecho de la cabeza permite suponer que la cabeza fue golpeada fuertemente por la derecha (¿en el coche contra el reposabrazos?) y que luego la muchacha, obnubilada, pero no inconsciente, fue ahogada lentamente de esta manera extraña y poco habitual. Incluso pudo haber pasado sin querer, ¿verdad? No, eso no. ¿Un accidente del amor, que quería algo distinto de lo que podía llegar a alcanzar? En cualquier caso, la muchacha no se ahogó en el agua. El característico pulmón anegado, la hinchazón excesiva del pulmón, las coloraciones imprecisas del rojizo al azul violáceo en su superficie (las manchas de Pultauf) producidas por las hemorragias, todo esto no se presenta en absoluto. ¿Tampoco hay formaciones espumosas? No, no veo ninguna. La espuma se formaría a lo largo de la anegación debido a una mezcla del líquido ingerido con el bolo alimenticio, los jugos gástricos y el aire. Pero aquí no se ha formado. No se ve nada. ¿Más preguntas? Pónganlas a buen recaudo, pero sepan que más tarde tampoco las voy a poder responder.

Volvamos al gendarme Kurt Janisch: como si en lo que a esto se refiere hubiese un acuerdo negativo, estos días ya nadie le presta dinero. Pero la suma de las gentilezas que le tributan las mujeres que arranca en las márgenes de los caminos, a las que arranca bruscamente el envoltorio y a las que vuelve a dejar a medio comer, en una sucesión cada vez más vertiginosa (apenas se toma ya el tiempo necesario para averiguar qué significado podría tener para él esta nueva relación, mira boquiabierto los carnés de conducir desplegados, los collares de oro, los cuellos de pieles, los anillos, los relojes, que se aferran a él como resistentes y arrogantes zarcillos que saben que ni siquiera el machete de un homicida podría destruirlos. Escucha excusas recitadas siempre con el mismo estilo de cantinela, pero no hace caso de esas medias verdades y excusas, por fin conoce las suyas propias de memoria y no necesita las de nadie más, prefiere observar hacia dónde se dirige la mirada supuestamente y pretendidamente baja de las mujeres: del penetrante iris azul del gendarme en línea recta para abajo hacia su bragueta, por el

atajo más directo, esos ojos ávidos y resueltos de las mujeres, y sin embargo por qué están recubiertos entonces con tan poco esmero, con nada más que una capa de rímel que seguramente es lo que les debe otorgar valor y custodiar en un pequeño bosque encantado al que uno quiere dirigirse de inmediato. Pero allí probablemente habrá que pagar entrada en lugar de poder llevarse algo y traerlo para casa, es decir, mejor que lo dejemos), esas copiosas relaciones se suman, se acumulan como la nieve allá, en las regiones alpinas, de la misma forma fría y absurda. Bueno, algunos le encuentran el gusto a precipitarse hacia abajo, atados a mi trasto con ruedas, y hacia abajo, abajo, siempre hacia abajo, con eso ya tienen la mitad del beneficio ganado. Pero el gendarme necesitaría el beneficio entero sólo para él mismo. Para los deportistas ha de ser cuesta abajo. O cuesta arriba, según la modalidad deportiva. Pero seguro que también podemos ir hacia arriba con el remonte o con el telesilla. Se entablan conversaciones, las mujeres dejan que la mirada del gendarme las deguste, pero parecen sospechar intuitivamente su creciente desesperación, en estos momentos no tienen tiempo para un encuentro agradable, desgraciadamente, entiende, mi situación ahora es muy complicada, ya he vivido lo mío, no fue fácil, y si lo intento de nuevo, esta vez no ha de ser nada agobiante. Yo tengo una posición. Y lo único que quiero es sentarme tranquilamente de vez en cuando ante el televisor y reír y llorar, en cualquier caso, con el televisor uno nunca está solo. Que estas mujeres tienen que invertir algo en este hombre es algo que ellas mismas intuyen de forma notoria, antes sólo lo intuían muy raramente, y eso arredra a estas mujeres de la carretera, algunas pacientes, algunas decentes, pocas valientes. Tendrían que arriesgar todo su capital para salvar al gendarme. No empezamos nada bien, pues no empieza absolutamente nada. Se lo digo por enésima vez: este hombre es una figura tétrica, su uniforme ya me lo ha indicado antes un par de veces. ¿Querrá ligar conmigo?, se preguntan las mujeres, hacia las que dispara sus miradas azul cielo con la honda de sus pestañas y sus cabellos rubios, fuertes y densos, miradas que deben explicarse por sí mismas, y sin embargo son sólo capaces de pasar cuentas, miradas tras las cuales él hinca sus nacientes gestos vacilantes en la carne blanda de los pechos para apartar la blusa un poco por ahí y mirar en el escote, en el jersey, el tierno y suave chaleco de lana. ¿Cuánta madera tendrá ésta delante de la cabaña? ¿Y cuánta gravilla en el camino de entrada? ¿Dónde está la antigua seguridad al hacer estimaciones? Antes el gendarme no se equivocaba nunca. Señor Janisch, ¿me recibe?, corto y cambio. Todo tiene que ir ahora cada vez más rápido, atropellándose casi, pero, con todo, no hay que olvidarse del metal más ardiente que está al fuego, cierta dama, no para ciertas horas, sino para todos los casos que se den, y a la que él, a ser posible, acudiría suplicando, eso a ella le gustaría, le daría a entender que le ha bajado el precio y por fin se lo va a poder permitir. A los ambiciosos a menudo les suceden estas cosas. A menudo nos parecen muy pequeños en comparación con los deseos y objetivos que despliegan ante nosotros,

adornados como asuntos de gran importancia para que les prestemos la atención que se merecen. Y de este modo, esos asuntos de gentes extrañas poco a poco los valoramos cada vez menos. La mujer, que ama la música, la conoce, ella misma la interpreta y la saca a pasear, de la correa, siempre a su lado, eso al gendarme le gustaría, entonces ya no tendría que preocuparse más por ella, y cuando algún día la música quiera olfatear más rato en un rincón (¿este tiempo de la sonata no va algo más deprisa, y este final no es algo más lento, para que se pueda oír cada nota por separado?), ella enseguida le estirará rudamente del collar. Casi no me lo puedo creer, pero tal vez esta mujer, precisamente ahora, en el momento más inoportuno, ha descubierto algo como su dignidad, por lo menos ella lo denomina así, y ese descubrimiento le provoca una alegría enorme, como todo lo que es nuevo. No durará mucho. ¡Venga, al suelo! ¡Vamos, siéntate! La música puede obedecerle, da igual dónde se le ordene, lo importante es que quien se lo diga sea la persona adecuada, y ella siempre acude sin rechistar cuando volvemos a poner el reproductor de CDs al principio, sólo se acerca a ella, la música a la mujer, que es la única que entiende la música, y es lo único que ella entiende. De modo que ¿por qué no iba a acudir una y otra vez también el gendarme? ¿Por qué no iba a inquietarse si ella, a la que él quiere denigrar tan a menudo, no le abre la puerta esta vez? Al revés que él, la música, al fin y al cabo, sólo se quiere a sí misma, y así nos podemos hacer la ilusión de que fue escrita expresamente para cada uno de nosotros, sólo nosotros la podemos entender correctamente. A la música eso no le importa, es fácil de contentar, e igualmente siempre quiere ser reproducida en nuestras salas de conciertos con la misma exactitud, para que siempre suene como en el CD que tenemos en casa, aunque muchas personas aseguran que cada vez es completamente distinta a la anterior. Para que efectivamente todo el mundo, también los que no tienen nada de oído, se acuerden de ella y se compren a su vez el CD correspondiente, para poder acordarse así mejor de ella, como modelo de la realidad. Un sempiterno círculo, unas veces grande, otras pequeño. El gendarme ya no quiere volver en sí, prefiere quedarse lejos, se podría decir: no se conoce a sí mismo, si no, tal vez sí querría conocerse. Ahí está un joven colega nuevo, a ése realmente sí lo quiere conocer mejor, recientemente, como por casualidad, le sopló ligeramente en la nuca, su aliento, a punto estuvo de recostar un instante su mejilla en el punto blando situado encima de la clavícula, pero no se atrevió a llegar tan lejos. Así que tan sólo le dio algunos puñetazos en las costillas a modo de simulacro de combate, riéndose, y después de eso dejó de andar cabizbajo durante medio día entero. En realidad, al gendarme debería bastarle con tener casita, familia, un nieto y con que los coches pasen como un rayo delante de él y tenga el poder de detenerlos en todo momento haciendo nada más que un pequeño movimiento. Pero él quiere a toda costa otra casa más, y otra, y otra, ¿para qué?, es obvio que esta ave mudatoria no puede vivir en todas al mismo tiempo. Rasgar el envoltorio

transparente de mujeres extrañas antes de haber visto demasiado de ellas, esparcir el contenido del paquete, y todo el trabajo sólo para poder introducirse después uno mismo en el paquete, que todavía está lleno de las migajas de una vida ajena. Este hombre quiere hacerse con los bienes de mujeres, para lo que posee una gran habilidad que sin embargo parece abandonarle de forma progresiva. Pero los hombres no sueltan lo suyo. Recientemente, sin embargo, como decía, las mujeres parecen intuir algo, no lo que pretende este hombre, eso no se les ocurriría jamás; pero sea lo que fuere, de forma inconsecuente, tal como reza la leyenda de este sexo, no quieren saber nada más del gendarme bajo ningún concepto. No saben que no quieren nada de él para no tener que darle nada a cambio. A la misericordia del amor, esa puta que coge a todo el mundo pero que a cambio quiere soltar lo menos posible aparece cuando la iglesia apenas ha abierto de par en par sus puertas, ¡qué!, ¿todavía no hay ningún cliente al que poder mostrarse solícita? Habría que haber colgado a Dios por los pies, no sólo para acelerar su muerte, sino también para calmar más deprisa ese deseo de amor de los humanos, en la era atómica, porque aunque la guerra en principio ya ha terminado, en cualquier momento todo puede verse reducido a escombros todavía. Cuando la gente vea algo tan atroz como un crucificado al revés, se acordará de lo bien que vive y de que ya no tienen necesidades, me parece. Al moribundo de pie, fiel servidor de su padre, parece que los creyentes de esta iglesia ya se han acostumbrado, ellos que desde siempre han recibido letras de cambio descubiertas y sólo esperan poder lanzarse por fin personalmente al galope apocalíptico y arrastrar al mundo entero, que jamás les regaló nada, a la bancarrota. Imperios alados enteros se hundieron en el polvo o en el follaje de los mustios setos de estafadores del portavoz de economía del FP Rosenstingl, e incluso nuestro Dios tuvo que morder el polvo, pero no encontró nada de valor, igual que le pasó al ave, a la que nadie quería, pero si el Cristianismo es una religión la mar de humana, ¿no? Dios murió para nada de nada en absoluto. Esta religión tiene mucho que ver con nosotros, ¿no les parece? Las campanitas repiquetean, y las mujeres lo miran a uno totalmente sorprendidas cuando el sacerdote está bueno, sí, incluso las más bien intencionadas. De todos modos, todo se va al carajo. Ojo por ojo. La gente se ha acostumbrado a cualquier miedo imaginable. Sólo el amor quieren experimentarlo una y otra vez, aunque esta vez únicamente con la pareja adecuada. Quieren ver al amado animado, si no, no se divierten nada.

Este gendarme, sin embargo, no me parece nada animado hoy. Nadie lo va a conseguir jamás como marido porque ya está casado y le pregunta a su mujer casi cada tres días cómo le va. Después se marcha otra vez, de un lugar a otro, donde para automóviles como si pudiese darse el alto a sí mismo. Precisamente ver en el amor la consumación de sus anhelos pecuniarios, en una mano atenta que le hace

entrega de fondos públicos y joyas, libretas de ahorro anónimas y relojes de oro, en un dulce cuerpo que le ofrece su fantástico, compacto, solemne embalaje, provisto de un barniz superguay para que él, el gendarme, por fin tenga algo seguro, ¿qué opinan a este respecto? ¿Les aburren tales muestras de afecto? ¿Qué debería decir yo entonces?

No hay más luces que se apaguen, la de Gabi será la única, espero, pero nunca se sabe qué se le puede llegar a pasar por la cabeza a gente desesperada y a sus confusos cerebros que nadie aprecia. Aquí han desaparecido más mujeres, en grandes intervalos, no, sobre eso no diré nada más por ahora. Los neumáticos se aferran gruñendo al suelo, no se quieren soltar, pero después se apresuran hacia delante, ¿hacia dónde?, afortunadamente aún son neumáticos de invierno los que avanzan a toda hostia por esta fría pista con dos profundos surcos marcados por los coches. El aire se alza contra los vehículos que corren por atajos mal adecentados, tienen que subir a las montañas por los caminos forestales en los que todavía hay nieve, caminos escondidos que los forasteros no conocen. El aire que viene al encuentro de los escasos coches juega alegremente con ellos, acaricia sus brillantes cuerpos de colores, uno de ellos pertenece al gendarme, tiene una cara completamente inexpresiva, no hace daño a nadie, pues nadie lo ve. Una mujer debe esperarlo en su casa (él la ha llamado previamente) abierta de patas, y debe estirar la pata, pero sin prisas. Tal vez ésa sería la solución más duradera, tanto para la casa como para la mujer. Pero sin prisas. Hace un rato se acabó el servicio, ahora mismo podemos dirigirnos a su casa. ¿Puede ser que ayer no abriese la puerta, aunque se encontraba sin duda en casa? No. No puede ser. Que comiese a solas, pensativa, el embutido apiñado en el pan y acompañada de su música preferida, a la luz de las velas, que es tan romántica, pero sólo cuando somos dos, así sí que apetece tomarse la molestia. A solas, toda llama es causa potencial de incendio, seamos sinceros, y debería evitarse si han pasado ya las Navidades y la persona no se ha desprendido a tiempo de su árbol de Navidad. El gendarme, tras dar vueltas de un lado para otro y observar a su alrededor, intentará como sea entrar en esta casa que hoy quiere conquistar en un audaz golpe de mano. La espera se le está haciendo eterna. Ya tiene ganas de darle una paliza a esa mujer si no se muestra dispuesta a ceder voluntariamente su casa, aprieta los puños al volante, ante todo no volver a sentir la dureza metálica de sus pezones raspando entre los dedos, son como pequeños pernos que han permanecido inaccesibles de por vida a cualquier niño, sólo para más adelante caer gratuitamente en manos de un cazador de recompensas, casi siento yo también entre los dedos su hueca petreidad puntiaguda, he cerrado herméticamente y he dejado manir esos dos sacos viejos, esos airbags color carne con venitas de azul lechoso, ¡lo que se han esmerado los progenitores en la sedosa cadena de fabricación!, éstos a partir de ahora y hasta el final —ya no se

puede hacer mucho— ya no van a contener nada más que pudiese servirle de nutrición a alguien, ni por asomo. Deben servir únicamente para el placer, ambos, pero por favor que no sea otra vez al placer del gendarme, que no les hace ni caso, y tampoco es que sea un placer, lo que es por él, ya podrían establecer contactos más satisfactorios, ¡mejor para ellos! ¡Pero la casa para él! Querría poder afirmar lo mismo de mí también. Esos melones saltarían de alegría en cualquier momento a las manos del gendarme, pues por lo menos él, uno entre millones de camaradas que de vez en cuando reciben el encargo de declarar algo que no han hecho, para poder callar después sobre lo que sí han hecho, por lo menos él sabe exactamente cómo hay que darle al interruptor de una mujer, con el dedo gordo y el índice, ¿comprenden?, ¡pero si es la mar de fácil ser un creador si la criatura correspondiente ya existe pero todavía no lo sabe! El desierto vive, y para vivir tiene que haber albergado previamente toda esa energía, toda esa fuerza para el salto. ¿No? Este desierto quiere, a ser posible, que lo esperen como es debido, eso como mínimo, de lo contrario tal vez la espera sea en vano. Ustedes no lo crearán, pero para florecer sólo hace falta cierta maña y el afecto de un artesano dotado que sepa cómo funciona, y que, tal vez con besos y ruegos, se deje mover una vez más, sólo una vez más, porfaporfaporfa, para acercársele por fin a una hasta llegar al roce, aunque en realidad ya lo tenga una encima. No nos habríamos dado cuenta de eso ahora. Por favor, acérquense, caballeros, ¡pellizquen con fuerza mis pezones! Y un poquito más abajo también iremos, queridas articulaciones de mis dedos, el pequeño caminito, no tiene importancia, hasta el estropajo, esas hebras enmarañadas que hay al final de la barriga, hecha de filamentos orgánicos que se derretirían en las brasas si alguien consiguiera apasionarse alguna vez por ellos. Bueno, pero no prenderemos fuego a la casa entera por eso, para poner caliente a una mujer y dirigir hacia su interior los turbulentos movimientos fluyentes del rabo, hasta que todo se precipite por el talud de la orilla y desaparezca en el agua. La casa más bien debería quedarse. No necesitamos mucho más para ser felices.

¿Qué quieres? La mujer aparece en la puerta como rodeada de toda una escolta personal. Por qué. Esa seguridad, como siempre, se perderá completamente en aprox. diez segundos. Entonces tiembla y no sabe por qué. Por ahí se empieza. El hombre pasa por delante de ella como si diese paso a un coche en medio de la nieve, ni siquiera la roza, pero más tarde deberá arrollarla porque de él se espera que sea rudo. Tampoco podría comportarse de otro modo. La odia. Mantendría la calma, pero sin su intervención la rudeza reventaría y estallaría a través de la ligera valla situada frente al comedero de las reses, mientras los dóciles venados mostrasen con educación sus tiques de entrada después de haberse colocado disciplinadamente. ¿Has oído ya lo de la Gabi? Aquí está su bolso. Anteayer, ya sabes, se lo dejó en mi casa. ¿Qué me dices? Dámelo, se lo llevaré a los colegas. No sé adónde fue después

la Gabi. ¿Lo sabes tú? Por algún sitio tuvo que andar después. ¿Por qué no te has mudado aún de casa? Cálmate. Ahora soy yo el que habla. Te dije que la próxima vez estuvieses ya lista cuando yo llegase, ¿me sigues? Al contrario, tú eres el que me has seguido a mí. Dame un piquito, venga, porfa. Siempre quiero estar entre los primeros, al principio de todo. Quizás ése sea mi error. Si mi padre todavía viviese, mi vida habría transcurrido de un modo muy distinto. En mi padre habría tenido a alguien que interiormente se pareciese a mí, que me entendiese y me protegiese. Murió en la guerra. Echo más de menos a alguien a quien jamás he conocido que a alguien que conozco ahora. Pero echo todavía más de menos a alguien que no existe en absoluto. Todavía. Pero no hay que perder la esperanza. Dice la mujer en su cálido, acogedor y limpio hogar. Nadie la escucha. El gendarme la soba absorta y torpemente en su escote, que ella ha reservado expresamente para él, cree que ahí hay algo especial para él, algo que querrá estudiar a toda costa. Pero él no lee, ni en sus ojos, ni en su cuerpo, pues de antemano ya se sabe este libro, cualquier libro, de memoria. Engulle a la mujer, sobre la mesa de la cocina, donde todo está preparado. Ella tiene que volver a poner rápidamente los platos en el aparador, mientras oye cómo se rasga la tela de su falda, lo quita todo de en medio, colocando las cosas sin gracia, ahora no puede fijarse en eso, cuando llega a las últimas escudillas, con olivas, con mazorcas de maíz en miniatura, otras olivas y trocitos de calabaza en adobe, ya no ve dónde las coloca y oye el tintineo de la porcelana, pero se trata de un choque amistoso entre dos buques que colisionan por la noche encima de un aparador y no en el mar, no es el rechinante chirrido de algo que se despedaza. Esperemos que no salga todo disparado y se arme una guarrada, aún esta pensando ella, mientras él ya le estira la falda para arriba, le baja las bragas hasta las rodillas y le da la vuelta, como de costumbre, para no tener que verle tampoco esta vez esa cara sin encanto que desea preguntarle algo pero que no se atreve, así, y ahora la presiona con su torso, que ha amasado breve y rápidamente después de haberle sacado previamente a ella los bollos del sujetador y habérselos aplanado como tortitas de pan, cargándoles encima todo el peso de la mujer, y de este modo prácticamente los ha aplastado, dándoles una forma que no estaba originalmente prevista para ellos, los lanza a un tablero sin harinar, y le sigue la cabeza, directamente a continuación, cogida por la nuca como un zurriago, por el pelo con otra mano extraña que aporta su ayuda, para abajo, para abajo, so zorra, para abajo, mientras ella todavía intenta explicarle rápidamente el-bonito-plan-para-el-fin-de-semana que ha preparado para él, así como sus horarios, febrilmente, como si fuera necesario planificar el fin de semana entero en cinco minutos y además cumplirlo enseguida, y, a ser posible, introducir además los números VPS en el aparato de vídeo. Bien. Enseguida la mujer se calmará, y su pelo volará por encima de ella hasta su lado, hasta el tablero de la mesa, donde al principio aún intentó apoyarse con las manos para aliviar su propio peso encima de



la dura mesa, para quitarse de encima la presión. Por mí que lo haga, mucho no aguantará porque también tiene que soportar peso por detrás, así, y ahora a abrir las piernas y relajar los músculos interiores, de lo contrario pam pam al culo. Veo que esa tarea le sigue resultando muy difícil, más aún en esa posición tan incómoda. Y eso que lo había planeado todo al detalle, aunque de una forma muy distinta. En eso debería haber desempeñado un papel decisivo un hotel de montaña en el Semmering. Pero Dios propone y el director hace lo que le da la gana. Denegado. Demasiado caro. Es mejor que me prestes el dinero. No puedo largarme. Qué le diría a mi mujer. ¿Te abres o no te abres?, lo que es por mí, no tengo por qué entrar ahí, eres tú la que siempre lo quiere, a qué estás esperando, yo no te necesito. De todas formas, ya me encuentro ante un montón de escombros en lo que a las finanzas se refiere. Y qué vas a poder hacer tú para cambiarlo. La mujer siente en la nuca cómo le expulsa con violencia su aliento y le muerde con fuerza en los dos tendones que le aguantan la cabeza al cuerpo. Por favor. No, por favor. ¡Ay! Qué bien cuando se es sincero. Pero por lo menos uno debería saber antes lo que quiere. ¿Lo quieres o no lo quieres? Sí, claro. ¿Pero por qué tendré yo que sufrir siempre tanto? ¿Por qué ese pelo está tan despeinado justo después de haber ido a la pelu? ¿Por qué está rota mi falda nueva? ¿Por qué la mujer no le da pena al gendarme? ¿Por qué ama y se sacrifica y no abriga ninguna sospecha? ¿Por qué esa mujer es tan inestable y a menudo pasa por momentos muy difíciles cuando está sola? ¿Por qué le habrá prometido él un fin de semana en el Semmering si en cualquier caso no tenía ninguna intención de viajar hasta allí? ¿Por qué no sabía ella que él no querría viajar hasta allí? ¿Por qué no cesa su miedo? ¿Por qué no viajamos más a menudo al extranjero, donde también podríamos sentirnos como nuevos? ¿Tal vez porque nos gustamos lo suficiente como para quedarnos aquí sin más? ¿Por qué amamos y nos sacrificamos? ¿Por qué no nos apartamos de nuestras maneras de proceder incluso cuando tenemos que admitir que nos engañan y nos explotan? ¿Por qué este hombre se vuelve a guardar el rabo tan rápidamente, después de haberlo limpiado (fíjense ustedes un momento en la pantalla, sí, a ese papel me refiero, ése que es de un tejido con un enorme poder absorbente, lo mismo que sus orejas, y el entendimiento ídem, incluso podrían echar agua encima y poner medio kilo de verdura ¡y el papel no se rompe ni cede!) con un trozo de papel del rollo de cocina? ¿Qué le acaricia en la cabeza tan brevemente cuando ya está listo, como si en lugar de eso le diese en realidad dos bofetadas, eso le puede poner a uno furioso? ¿Cuándo llegará la desilusión? ¿Tras el viaje de vuelta, que no es necesario porque la mujer ya está en casa? ¿Por qué no tiene ninguna foto de él? ¿Por qué él jamás le ha hecho un regalo, ni siquiera flores o un pedazo de tarta de la pastelería? ¿Por qué tiene siempre que limpiarse a sí misma con un trapo sin que él la ayude? ¿Dónde estarán los pañuelos de papel? Ahí sólo tenemos el rollo de cocina, cuyo tejido es ciertamente absorbente, es verdad, pero también algo rígido. Y ese descuidado

pellizco de tenaza con las uñas en el pezón derecho ¿realmente era necesario? Eso sí duele como los demonios, hasta ahora no lo conocía, además se me pondrá rojo y se hinchará, y la próxima vez volverá a hacerlo, justo en el mismo sitio, Dios te guarde. Sí, claro, el beso con mordisco sin beso también tocaba. Se le ocurrió al hombre, especialista y catador en uno, así de golpe, y enseguida lo puso en práctica, total no le cuesta ningún trabajo, sólo es una ocupación. Se le ocurrió así y enseguida lo llevó a la práctica. Lo entendemos, tal vez fuese el último golpe de mano jugueteón que un artista concedió a su obra acabada antes de que nadie volviera a no comprársela. ¿Cuándo retomará la mujer su dura rutina? ¿Mañana? ¿Pasado mañana? ¿La próxima semana? La música todavía brilla en su casete, pero no puede atravesar la oscuridad. Pronto se le permitirá verter otra vez sus suntuosidades ante estas dos personas que no se han encontrado a sí mismas. Apenas sí puede esperar a aparecer tras haber bloqueado del reproductor de CDs, y poder inundar este hogar, anhelado como pocos, como una furiosa marea humana que protesta contra el régimen y a la que sólo un par de alambradas impiden echar por el suelo todo aquello que no sea de su gusto. Nazis fuera. El rabo del gendarme se ha deslizado para dentro y luego para afuera, ese pajarito que conoce su casita, tan grande como él mismo pero no más grande, a la perfección, en cualquier caso es un milagro que se pueda siquiera mover ahí dentro. Y no sólo quiere comer, al menos de vez de cuando también deja ahí algo: su montoncito, su pegotito, los pájaros son así, qué le vamos a hacer. En el fondo no se diferencian de nosotros. Se pueden controlar tan poco como nosotros, y sin embargo nuestro ojo reposa gustosamente sobre ellos cuando dan saltitos alrededor de sus nidales o se alejan de ellos. Dejan ahí su mierda, pero ellos no se quedan jamás. Y: no, no aflojan la mosca. Más bien la cazan, estos pollitos van recogiendo su grano, pipas de girasol, frutos secos, cereales. La comida está ahí, así que los pájaros también están ahí. Si no hubiese grano para ellos, ni siquiera se acercarían. La naturaleza no siente compasión ninguna por nosotros, ni siquiera en lo que concierne a las pequeñeces. De donde no hay, no se puede sacar. Y si no hubiese ninguna razón para existir, no existiríamos tampoco. Es cierto que tenemos el sincero empeño de escurrirnos entre los dedos del destino, pero este gendarme es de los que tienen mano dura, agarra por el pescuezo, por el copete, por el culo y ya no nos deja, ni deja nada de nosotros. Ni tampoco deja nada de este fiambre que engulle de pie, directamente delante del bufé, en el que los platos se han ido apelonando y amontonando como icebergs. Da lo mismo dónde estén los platos. Allí donde estén, yo voy y como. Sería una lástima que se echaran a perder. Sin problema. ¿Dónde tendría que estar el problema? Sólo Dios, horrorizado ante todo lo que tiene que ver, ha determinado en qué comederos tiene la intención de distribuirse, en forma de hostia, a modo de alimento. No se puede, no podemos llevárnoslo a casa y, si es posible, meterlo en el horno para calentarlo. Un abogado llegó ayer a un acuerdo. Por favor, tomen asiento ustedes también, siéntense y no

me sigan escuchando. Sencillamente, háganlo. A cambio, seré breve. Pero todavía no. Por favor, esperen.

La vida no se puede atar y desatar como se hace con un par de esquíes con los que uno se desliza por la naturaleza, a través de esta fabulosa, aunque a veces cubierta de nieve, riqueza en aminoácidos y vitaminas, que no se pueden conseguir solamente mediante la aventura. Los aminoácidos y las vitaminas hay que tomarlos de forma adicional, al revés que las plantas, que pueden producir estas sustancias ellas mismas. Toman los elementos que necesitan, elementos que tienen que hallarse de forma aprovechable para ellas, ¡y andando! Un suelo fresco contiene todo esto en cantidades suficientes, los suelos gastados no, están agotados porque durante demasiados años se les ha exigido siempre lo mismo, necesitarían diversidad urgentemente. ¡Ajá! Este suelo se ha agriado. Eso no está bien. Hay que reducir la acidez, como sea, pero la forma en que se suele hacer casi siempre es incorrecta. Las personas se agachan sobre su suelo, que siempre les parece demasiado poco, demasiado pequeño, aunque la mayoría haya pecado por exceso y le haya agregado demasiado, sobre todo cuando el suelo se encuentra en el agua. A diario uno se ensucia y se limpia, jamás se va muy a fondo. Las gentes se reúnen ahora en el pueblo y hablan sobre una joven fallecida. Los incesantes círculos de agua que nacen de ella no parecen tener origen alguno, por lo menos no se conoce ese origen. La joven fallecida se ha convertido en algo vago. Cuanto más se habla de ella, con mayor sensacionalismo y mayor gravedad, más parece alejarse de los pequeños contenidos de su vida, a los que estaba entregada en vida. Esta Blancanieves ha permanecido un par de días en su oscuro y frío ataúd de agua, largo largo tiempo, ¡no!, sólo un tiempo relativamente corto, y no ha iniciado su descomposición. El cadáver se ha mantenido fresco en el agua, pero, eso sí, como cadáver. Ningún príncipe lo podría resucitar, y si llevara a la muchacha consigo a su habitación, ésta se pudriría, olería, se llenaría de gusanos, manchas de muerto, le seguiría la verdosa demudación de color de la pared abdominal. Durante un tiempo, la rigidez permitiría colocar a la Gabi de pie. Rosas de cementerio florecientes en las mejillas, ¡no!, eso no, pues no se produjo ninguna penosa y poco práctica batalla con la muerte. Los vaqueros blandos como hojas en su bolsa de agua, en la bolsa de plástico verde. Esta Blancanieves murió por la estrangulación del *glomus caroticum*, en sí mismo un ganglio simpático. El nervio vago, el décimo nervio del cerebro, queda entonces completamente paralizado, y en el acto le sigue la muerte súbita. Así que no fueron necesarios nuevos intentos para matar a esta

muchacha. Nada de peine envenenado ni de manzana envenenada hasta que ya no sale aliento de la criatura. Nada de conmociones, salvo en nosotros, cuando la muchacha cae al suelo y de su boca sale disparado el corazón de la manzana. No fue ningún objeto lo que trajo la muerte consigo, fueron los brazos de un cazador de hombres, y ningún golpe certero y rotundo en la espalda ha podido devolver la vida a este cuerpo. Primero hubo una ligera, más tarde violenta, agitación, una boca que parecía hecha para ser besada, pero no encontramos ningún componente tóxico que hubiese podido dañar gravemente a la chica, sólo vemos que la respiración ya no entra en ese pozo humano viviente, en esa cavidad respiratoria. La respiración ha desaparecido, las rosas de la muerte lucen o no, depende. Pero desgraciadamente los policías encargados del caso sólo conocerán e interrogarán al novio oficial, que semanas más tarde llevará el féretro junto con cinco compañeros de la escuela, sin tropezar, no sea que algún trozo de manzana salga disparado de alguna boca y la novia vuelva así a la vida. En estos momentos el novio no sale de su asombro, pero podría ser puro teatro, sigamos preguntándole de todas formas, de momento no tenemos a ningún otro, preguntemos a este muchacho guapo y aplicado, que no es un príncipe pero que sí tiene algo que ofrecer, a lo que ya había agregado por si acaso a la Gabi, se lo había insertado como un chip que ojalá funcione. Preguntémosle por qué pudo superar tan sereno e impasible el ejercicio de oratoria a primera hora. El novio cae en la cuenta ahora: esa pieza, la Gabi, desgraciadamente ha fallado y con ella el aparato entero. Para cuando uno se da cuenta, ya es siempre demasiado tarde. Ya nada funciona. Los que están a la altura de la existencia conocen bien esos aparatos electrónicos, pero incluso cuando se estropea algo insignificante tienen que entretenerse horas y horas con ello hasta que llegan a impacientarse de verdad, y rápidamente le cambian al Gran Aparato un par de piezas, gato por liebre, y confiando en que el aparato no se percate y no se lo tome a mal. ¡Un momento! Veamos. La vida puede seguir. Todo vuelve a funcionar, con su permiso. Hagamos un nuevo intento de equiparar a la Gabi con Blancanieves, dejemos que las aguas corran a toda velocidad hacia arriba, en contra de sus intenciones, precipitémoslas hacia arriba para que se renueven y se purifiquen, eso es, por una vez en la vida volver a la pureza, desde los váteres, los lavabos y las bañeras hacia arriba, hacia el cielo, para que puedan precipitarse de nuevo sobre la tierra. Si para ello le sacamos a la muchacha el módulo nuevo, ése que en estos momentos impide el funcionamiento, el pedazo de manzana envenenada, ¿vuelve entonces la cría a funcionar? No, sigue sin hacerlo, tal vez habría que introducirle una pieza completamente nueva a esa muchacha que no se parece a una muerta sino sólo a una durmiente, habría que introducirse para conservar esa impresión positiva, pero mejor, más completa, en el mejor de los casos de modo que volviese a la vida. Por favor, ¡tomen asiento! ¿Qué es lo que falta ahora? La calma del acuerdo entre Gabi y su novio, que definitivamente se ha roto. Ahora, y en adelante, en el

mejor de los casos ella irá al lado del joven como una invisible, lo que por lo menos tiene la ventaja de que podrá marcharse sin ser vista cada vez que él lave su coche. ¿A cuenta de qué debería quedarse? No se puede obligar a nadie. Algunos de nuestros queridos muertos se marcharon en contra de su voluntad, la mayoría de ellos no quería, pero tuvieron que hacerlo. Querían saber cómo es el otro lado, pero en realidad jamás quisieron saberlo por ellos mismos, como mucho a través de los medios de comunicación, eso hubiese resultado más cómodo que tener que ir hasta el lado oscuro, el otro lado, hermano del sueño en el que todo animal puede continuar con lo ilimitado, ¡no!, con lo limitado de su existencia. Pero no todo ser humano puede, sino que debe parar y abandonar el juego. No importa qué haya hecho, después de todo, la muerte se halla en él como una enfermedad, y toda enfermedad le recuerda de inmediato que desgraciadamente debe morir, pero que con ella todavía no ha llegado a su fin. ¿De veras creen ustedes que con la muerte derivamos en espíritu, si no hemos conocido el espíritu durante la vida? ¿De dónde demonios vendrá tan de repente, especialmente si la muerte, como la de Gabi, llegó de forma tan inesperada? Sobre esta agua, en el lago en el que la fallecida estuvo un par de días, bien envuelta, como si se hubiese querido mantener al agua alejada de ella mucho antes, se alojó allí para ser conducida hasta la orilla por la fuerza de atracción de todos esos gendarmes y sus remos, no flota ningún fantasma, no, eso no, pero tampoco veo yo a ningún espíritu por mucho empeño que ponga en ello. Tampoco hubo ya tiempo de ir a buscar a un padre espiritual. Sólo algunos excursionistas pasaron después por el sendero que da la vuelta al lago: tres hombres con pantalones de alpinista hasta la rodilla, botas de montaña y anoraks, pero no vieron nada. Probablemente no miraron hacia el agua, sino a través de los visores de sus prismáticos y cámaras, pero no encontraron nada. No importa que no hubiese ningún espíritu allí, pues si el ser humano tuviese espíritu, sería Dios y sería inmortal, y eso a Dios ya le resulta algo aburrido. Así que en Gabi debería haber habitado un sentido, con el que ella hubiese podido seguir de cerca y observar el proceso de su propia vida. Debería haber tenido ese sentimiento: todos en una, no una para dos, no, una para uno solo, así es como piensan a menudo las mujeres, creo, cuando piensan en los regalos de boda, o por lo menos en un cálido cuerpo fijo allí, un lugar completamente inadecuado para él y en el que casi nunca quiere quedarse, si es que llega hasta allí; este cuerpo es distinto y quiere estrechar vínculos sexuales distintos, mejores, y, por cierto, ése de ahí también. No le resultará difícil, pues ha estado mucho tiempo solo. El gendarme. Le gusta bastante esta mujer y la de ahí delante también, pero por parte de ella la simpatía es mucho más grande. Por favor, quiero que seas mi mujer, quién quiere oír eso hoy en día. Bueno, ella querrá oír eso, y estará de acuerdo enseguida. Pero yo no quiero darle el gusto ahora. Una convivencia burguesa en una sólida posición, que hace tiempo ella abandonó poco más o menos porque una existencia de artista le pareció

enormemente seductora, aunque después no lo fuese. No tengo yo previsto que las personas se entreguen unas a otras, pero otro sí tiene previsto que, en la muerte, retornen a su especie, de la que se tomaron prestadas a sí mismas sólo por un breve espacio de tiempo. Como ocurre a menudo, uno no se encuentra precisamente cuando finalmente debe retornarse, uno ya ha tenido que pagar tasas por descubierto sin siquiera haberse conocido mínimamente en el libro de la vida. Uno no acaba de gustarse a sí mismo, pero no por eso quiere uno entregarse; y a los seres humanos todo les aparece desierto y vacío, un desierto de agua, uno de hielo, una autopista en la que un conductor suicida se dispone precisamente ahora a transformar la particularidad, el duende del ser vivo, de esta madre con el niño pequeño en el asiento para niños, de este conductor de un camión de reparto lleno de vestidos de mujer, pero sin mujer dentro, (¡ay!, ¡otra vez no!), de este estudiante que acaba de recoger su ropa limpia en casa, en algo simplemente vivo e inmediatamente después muerto. Estas personas, estos muertos golpeados que al fin y al cabo vienen de golpe, pues creo que nadie intuye el último momento, o por lo menos no lo percibe, seguro que consiguen retornar al tiempo anterior a su nacimiento. Seguro que algunos de ellos están una buena temporada sin saber que están muertos, y los compañeros que les salen al paso probablemente tampoco lo saben, en general no aparecen en ningún periódico en el que fuese posible volver a leer sus apreciados nombres, e incluso en la pantalla sólo se muestra la chatarra abollada, a veces reducida a carbón, como si eso hubiese sido lo más importante de ellos. ¿Creen ustedes que con ello contribuyen a que la naturaleza pueda tomar conciencia de sí misma como espíritu propio? Si ustedes ni siquiera muestran el espíritu en la televisión para que cada cual pueda comprarse uno igual o parecido... ¿Y cómo vamos a llegar hasta él si antes el hombre del tiempo no ha anunciado este alud de nieve derritiéndose? Así. Y a Dios ustedes sólo lo muestran encarnado en oro, plata o mármol, con lo que ha llegado él a trabajar y con las responsabilidades que ha asumido justamente para dejar atrás la materia, lo material y para finalmente poder retornar a sí mismo, en forma de espíritu, como espíritu que se encuentra en buena forma (de todos modos los seres humanos no representan para él una competencia con la que él pudiese medirse, ¡no en vano fue él quien los creó!), para volar por todos lados, metiéndose en las personas, saliéndose de ellas, a su libre albedrío. Bueno, a ver, dentro o fuera, por lo que a mí respecta: yo no soy un aeropuerto, ni siquiera soy una parada de taxis. Otro paso adelante, no, tan lejos tampoco, ¿acaso no ven ustedes que ahí empieza el precipicio hacia el valle del infierno?, la caza ha sido arrendada por un industrial de Alemania que se ha retirado de los negocios y sólo desea dedicarse a su joven mujer viva y a sus animales muertos de todas las edades. El suelo es bosque federal (en realidad: propiedad de los Habsburg, pero olvídense de ella, a menos que Zvominir Habsburg les reclame personalmente a ustedes que se lo devuelva apenas haya

podido pronunciar tres palabras, entonces ustedes saldrán de su casita con una escopeta Flobert para la que habrán ahorrado con esfuerzo, y alejarán de un soplo al pretendiente al trono, pero un aliento de su respiración les podrá apartar de un soplo a ustedes, y las cámaras querrán estar ahí presentes, pero llegarán demasiado tarde, sí, eso es TODO lo que no obtendremos jamás: consideración), los zapatos sobre los que se erigen ustedes los han comprado en Dusika Sport, en el Shopping City Sur los habrían encontrado a mejor precio, los conductores de autopista son propiedad del gendarme, que encima recibe dinero a cambio de ellos, y de esa manera lograrán ustedes, además, que la naturaleza llegue a matarse a sí misma, y que llegue a considerar eso como su único objetivo. Mudará su envoltorio de visibilidad y sensualidad, agujereada como la oruga, o quien sea que haga eso, agujerea el último capullo hasta que la mariposa está formada del todo. El imago aparece entonces reluciente, abriendo las alas, la imagen perfecta del animal perfecto, encima del lago, pero para la joven fallecida esto no representa ningún atractivo, ella no puede escapar de su crisálida, la cubierta de plástico, y volar por sí misma por los aires. Ella será materia en suspensión en el agua en caso de que no se la encuentre a tiempo, como de hecho ha ocurrido. En la muerte esta muchacha se ha desprendido de su envoltorio de crisálida, pero no se ha convertido, como el Hijo del Hombre, en Dios, qué pena en realidad. Parece que su muerte hay que considerarla más bien como algo negativo, veamos si también lo negativo tiene un sentido, sí, lo veo, podría ser la punta de algo que el ser humano puede conseguir como naturaleza, y eso es la punta de un iceberg. Desde la punta helada de esa montaña puede ver mucho mejor a Dios, pues así se habrá acercado a él de forma considerable. Para nada bienaventurados los que se lo crean. Su naturaleza, la naturaleza de la joven fallecida, se quemará a sí misma como si fuese un barco, se abrirá, por detrás, en caso de necesidad nadará, y aparecerá de nuevo en forma de espíritu joven, bella, guapa, laboriosa. Y ahí lo tenemos también ya, al recién creado lepidóptero, bellissimo, bienvenido seas, normalmente sólo nos llegan viejos, querido espíritu recién nacido que no trae ni zapatos ni bolsos, escojan ustedes mismos en el ropero, tenemos en el almacén millones de bolsos y zapatos sin dueño a los que hemos quitado las personas. Primero pensé que la Gabi llevaba sus zapatos todavía, pero ya no están, perdón, fallo mío. ¿Quién sabía que las suelas de los zapatos contienen pistas directas que pueden conducirnos hasta el asesino? Yo debería haberlo sabido. Otro lo ha sabido. ¿Quién le ha quitado los zapatos y dónde están ahora? Por cierto, les aconsejaría urgentemente que no diesen ese paso hacia lo desconocido que Gabi tuvo que dar, ¡Dios mío!, demasiado tarde, ahora ya conocen lo desconocido, se encuentran abajo en pleno desprendimiento de rocas y pueden probar todo eso en ustedes mismos. Pero en el orden adecuado. Bajo ningún concepto pueden ustedes ser primero espíritu y después fallecer, si no, será posible observar cómo se transforman y después vagan incesantemente, y sin la luz



de los proyectores, sólo bajo la lámpara roja del tabernáculo del que Dios hace tiempo que se mudó porque encontró una vivienda más grande, bajan zigzagueando por las laderas cubiertas de nieve, sin que ustedes mejoren o embellezcan por ello, durante la noche, cuando en todo caso la visibilidad es mala, pero a los muertos naturalmente sí se les ve. Irradian una luz tan clara..., aunque para nada feliz. Los muertos. Actores y espectadores en uno. Se convierten muy raramente en espíritus porque, como se dijo, no encuentran en ninguna parte espíritu en el que poder introducirse como los icneumones. De ser así, devorarían el espíritu para poder sobrevivir. La muerte bien podría disculparse con nosotros cuando acude demasiado pronto, pero no lo hace, el ama de casa todavía está ocupada maquillándose, peinándose y removiendo la mayonesa de la que no saldrá nada, lo veo en el acto. Creo que ya lo he dicho varias veces: sólo en la muerte y en las olimpiadas la participación es lo único que se exige, pero yo añado ahora que nosotros, gracias a las entradas para nuestra propia muerte (para las que hemos hecho cola horas y horas frente a la casa de la abortera, que al final nos ha mandado de vuelta para casa porque ya estábamos muy avanzadas y desgraciadamente teníamos que nacer) nos hemos convertido también en parte de la autorrealización de Dios, sí, ése es su pasatiempo y su trabajo, y evidentemente corre otra vez a nuestras expensas. Los precios del gimnasio Manhattan son realmente prohibitivos incluso para Dios. Probablemente ustedes, que tomados de uno en uno dependen tanto de los demás que tienen que leer libros para tener por lo menos una idea del espíritu, son sólo abono para el proceso de salvación, que consiste en que uno tiene que disolverse, despedirse, ya está, ya pasó, ¿cómo se puede glorificar hasta tal punto la necesidad de tener que morir?, es mi único consuelo completamente personal, por favor, perdónenme. De esta joven fallecida me hace gracia su estupidez al confiarse a un animal feroz, al conducir una manita hasta su bragueta, desde cuándo necesita algo así un animal que casi siempre va desnudo, sus palpitaciones apenas se aceleran cuando derriba a su presa, y cuando el animal tiene que trabajar, no puede mear al mismo tiempo, de eso se encarga, creo recordar, la noradrenalina o la suradrenalina, que entonces lo expulsa hacia fuera. El animal. Repetiría esas acciones en cualquier otro momento con tal de mover algo, dice el animal. El que trabaja para una organización benéfica islámica o algo parecido y gana dinero con ello vive en peligro, dice otro animal, una bestia llamada Fuchs, de Gralla, después de explotarle sus propias manos y de haber recorrido el camino de todo lo terrenal detrás de sus manos, que le enseñaron el camino. El uso de la violencia es siempre imprevisible. Así es. Qué bien que la bestia Fuchs pudiese hablar un poco con nosotros antes, sobre su verdad completamente personal que curiosamente no me resulta más particular que todo este país entero en el que me encuentro ahora mismo. Mejor, el país se ocupa ahora un poco de sí mismo, para no asustar a otros.

A esta joven muerta la abrirá ahora el médico de arriba abajo, le serrarán el cráneo, de todos modos no hay perspectivas para la esperanza, y de su mano, que en un pasado sintió, le quitarán una esclava de plata para devolvérsela a la familia. Muerte. Su horror se lo debe únicamente a la unión de individualidad y dejar-de-ser, me parece. Si todos fuésemos iguales, también la muerte nos daría igual, pues sólo podríamos morir como especie y no podríamos informar a nadie de ello. Observen, por ejemplo, este espíritu, se trata de uno completamente nuevo, un grupo de personas lo ideó cuando se percataron de que jamás se parecerían más a Dios que en ese episodio piloto en el que podrían obtener el dominio sobre sí mismos y sobre nosotros con un ataque sorpresa. ¡Por lo menos una vez! Ustedes mismos pueden comprobar cómo ese escaso espíritu que así surgió se irá esforzando en alcanzarnos inútilmente en los próximos capítulos cada noche antes de las noticias, para, de entrada, superar en horror a las noticias, y así lo intenta también hoy desde la Set TV, ya que sin la prueba no lo puede conseguir: engreírse. El espíritu es experimentar de forma incesante (se reconoce en él la conciencia de la inutilidad de sus intentos, creo yo), experimentar una y otra vez desesperadamente, sin resultado. Si ustedes no lo comprenden enseguida pueden volver a leerlo teletextualmente en el teletexto de la Radiotelevisión Austríaca; el espíritu se esfuerza mucho en hacérselo interesante, para que por fin nos fijemos, o lo que sea. P. ej., hoy se anuncia: accidente ferroviario en Noruega, de modo que sería mejor que no viajasen a Noruega. ¿Han entendido esto por lo menos? Pero no sirve de nada, porque mañana habrá algo completamente distinto, todavía más espantoso, pero en otro sitio. El televisor es el paradero preferido del espíritu inmortal, incluso su lugar de nacimiento, porque no parece querer alejarse de él. No hay de qué maravillarse, allí está bien calentito, para él es casi como si todavía estuviese dentro de la cabeza. Tal vez también sea el televisor el único lugar donde el espíritu todavía puede tener la esperanza, contra su propia convicción, de que le prestemos atención. Y de ese modo lleva a cabo su legítima obligación en el proceso de nacimiento, desarrollo y muerte, vemos el programa «Universum» y constatamos que la bella mariposa ha aparecido ya y le ha deparado un destino horrible a una hoja de col, y por eso le damos de porrazos. Eso también lo habríamos logrado sin el televisor. Uy, pero él no lo sabe. ¡Ahora lo habré ofendido! Y eso que lo quiero tanto... También puedo vivir sin él, pero no se lo digo. En el fondo todo funciona por sí solo. Antes el espíritu era el mundo entero, hoy es, p. ej., una serie familiar que le achicharra los pies si no sigue corriendo de inmediato hasta el capítulo siguiente, siempre por delante de la publicidad, perseguido por ella como por una leona de mal humor. Siempre mantenerse en movimiento hasta que podamos ver a Dios nuestro Señor, que posiblemente nos ofrezca una imagen más débil, más borrosa (¡y eso sin que el aparato esté estropeado!) que en el documental sobre naturaleza de antes. Además a Dios sólo le toca una vez a la semana, los domingos

al atardecer, antes de la película en prime time. Y si sale antes, apagamos el televisor. Y si de repente aparece de improviso otra vez, a veces sale disfrazado de obispo para que podamos acostumbrarnos a su aspecto, concretamente con la apariencia del señor Horst Tappert, que ha empezado una carrera completamente nueva, porque esta vez él también quiere mostrar algo de espíritu, en cualquier caso más que antes. Esto parece que se pega. Cuando parecía que estaba casi muerto, esta botella se acerca a nosotros para que la vaciemos. En eso tengo que darles la razón a los críticos de Hegel, todo el dolor, todo el pesar, todo el mal, el todo total, toda la muerte en sí misma, todo esto no conseguirá que al matadero de la historia acuda siquiera un único, inocente, inoportuno cordero menos. Dios creó y después no desperdició ni un solo pensamiento más sobre lo que había hecho, me apuesto lo que sea. Demasiado a menudo he echado pestes al respecto, ya está bien, debo aceptarlo de una vez por todas, y afortunadamente eso también supone el final absoluto de que nunca más desee volver a escribir nada. Ahora yo, pobre criatura del mundo, deseo encontrarme personalmente con el espíritu del mundo para que me envíe una sugerencia completamente nueva sobre cómo podría dar yo forma a mi ingenio —que una vez también, en carnaval, ante legos, disfracé de espíritu, pues seguro que nadie me suponía, precisamente a mí, bajo ese disfraz— de forma más consciente y ambiciosa, especialmente la parte del contenido, ése es mi punto débil; enunciare aquí un dogma que dice: ¡eso no me lo creo ni yo! Es mejor que evite el espíritu como hasta ahora y que en lugar de eso me muestre a mí misma, completamente perturbada por mi importancia, personalmente, tal como soy. Yo soy yo. Nosotros somos nosotros. Yo no importo nada, pero tengo cierta importancia, vean ustedes mismos. ¡Tal vez sea incluso más importante que ustedes! Con eso por lo menos me he conducido la mar de bien hasta ahora, aunque coche no tengo. Si yo no lo creo, ¿cómo van a creer ustedes que se puede viajar sin llenar ni una sola vez el depósito con algo? Su grupo de viaje se ha reunido en el andén número cuatro hace una hora, pero también ese tren se ha marchado ya. Así que si el espíritu del mundo, contra todo pronóstico, efectivamente llega a presentarse porque yo no me he presentado ante él, haré todo lo que esté en mi mano para, con una única mirada altanera, mandarlo a él, que me ha hecho esperar tanto tiempo, de vuelta por el camino por donde ha venido. Ahora ya no lo quiero. Andando. A la iglesia. Allí no me ven el pelo. De esta manera no lo voy a encontrar y por tanto no tendré que deshacerme ya más de mis propios pensamientos. ¡Bravo! ¿He oído bien? ¿Bravo? Así que ahora ya no necesito para nada el espíritu. He sido declarada absuelta, perdonada por Roma, marchando, marchando a las Maldivas, ¡volando al sol! Y por fin vivir, tal como nos lo muestra a diario un partido entero compuesto de muchas personas tostadas por el sol. No sé bucear; nadar, con dificultades. Además no he perpetuado mi especie. De todos modos, para compensar, tampoco he recibido subsidio familiar ninguno en concepto de hijos como la madre de Gabi,

nuestra joven Blancanieves, cuyo despertar aquí, desde una perspectiva médica, ha sido formulado de forma poco precisa y con pocas garantías científicas, tal vez porque ya no se ha despertado. Los legendarios duendecillos del agua, que cortan un lazo en pedazos, de modo que la muchacha respire primero y después vuelva a la vida. No encontramos mención alguna, ningún indicio de que se haya reiniciado la actividad cardiaca en el despertar, y tampoco se puede registrar respiración ninguna como signo adicional de un proceso de reanimación. ¿Dónde está el abrir de ojos que conlleva este proceso? ¿Quién oye la famosa exclamación «Sólo estaba durmiendo», con la que los aparentemente muertos como Liz Taylor, también ella una hermana de la muerte, vuelven a la vida? ¿Dónde están los periodistas ahora que quiero despertar? No, nuestra pequeña y más joven hermana de la muerte no duerme en su ataúd negro y húmedo, en el plástico verde que la envuelve. Está realmente muerta. Absolutamente. Lo absoluto por antonomasia. Por toda la eternidad, como El Espíritu que, a pesar de tener yo tan poco talento para él, desgraciadamente me la ha jugado, igual que el muñeco de los caramelos Kirstein-Blockmalz, pero: ¿qué es lo que me ha hecho? Ella estuvo en televisión, cierto, varias veces ya, pero a pesar de ello, esta joven fallecida ya no puede alcanzarnos. En cada uno de nosotros morimos todos, muere nuestra especie especial al completo, pero no la mía, pues no fundé ninguna y no continué ninguna. Que otros buenamente lo hayan hecho no es ningún consuelo para ellos cuando la guadaña sisea en sus oídos enjuiciándolos. Pero las más de las veces no estamos en nuestro sano juicio, ¿por qué precisamente en la muerte debería ser distinto?, en esa situación tenemos otras cosas en las que pensar: llorar, respirar, rezar, prestar atención a la actividad cardiaca, supervisar la capilla ardiente, confiar en una escena de resurrección y saber que tampoco esta vez va a producirse, despedirse, luchar en contra, consentir las turbaciones, gritar y rascar con los dedos por encima de la capa de nieve, de agua o la que cubre la cama Y ADEMÁS: en toda ocasión, pero realmente en toda ocasión, buscar un significado distinto que no sea de la propia incumbencia y que pronto será sustituido por un féretro flotante que absorberá malos olores y líquidos pestilentes. Uno carecía de importancia y sigue careciendo de ella ahora, salvo para los más allegados, para los que sí tenía alguna importancia, pero éstos son los que a menudo se alegran de que por fin hayamos desaparecido y de no tener que ocuparse de nosotros y de que no pudiésemos llevarnos nuestro dinero y lo dejásemos ahí.

Todo ha sido dicho, tal vez alguno haya dicho demasiado y ahora se ponga horrorizado la mano delante de la boca, pero Dios se cruza constantemente en el camino de su hijo, que sencillamente es más joven y guapo que él, ha reunido a un montón de jóvenes a su alrededor que le ponen muy caliente, y Dios ya se arrepiente de haberlo recogido de nuevo y aceptado en su seno. Gracias a eso pudo

rejuvenecer, ciertamente, por lo menos eso parece, pero también cuesta más esfuerzo concurrir con la juventud, hasta que uno llega a los 47. Jesucristo quiere hacer deporte, Jesucristo quiere procurarse trabajo y captar almas, Jesucristo va acumulando constantemente errores y construye con ellos verdades eternas, el artesano, vaya, no es que sea muy hábil en eso. Y en este momento los gendarmes van, incasables, de casa en casa, y llevan a cabo sus interrogatorios, eso también tienen que hacerlo ellos mismos, eso no se lo quita nadie. Les cae encima un alud de historias, sustituido a veces por un silencio obstinado, persistente, como un desprendimiento de piedras en el peñasco malhumorado de Neuberg, desde donde a veces baja retronando durante días, para parar después durante días, y adorna los techos de los coches con abolladuras, aunque Dios nuestro Señor tiene para estos casos ornamentos más bellos, coronas radiales enteras que se arrancará cuando se entrometa demasiado en nuestras vidas. Pero no lo hace. Aquí está la oficina de la empresa en la que Gabi ha estado trabajando, y también aquí está él, el crucificado, en la oficina del jefe, colgado en una esquina y no por ahí por el suelo. Un crucifijo moderno y sencillo, comprado en una tienda de artesanía, por su precio irrisorio casi se destornilla de risa, desprendiendo así a la afamada víctima sujeta al objeto, que, entretanto y a mi entender, es más inmortal que el deportista de encima, al que podríamos dejar de lado tranquilamente; sí, no les engañan sus ojos: debajo hay una vela y un jarrón en forma de corazón en el que hay un ramito de flores artificiales, así es como le gusta a la secretaria del jefe, que se distingue de todas las otras mujeres de la empresa, y siempre ha destacado gustosamente esa distinción en su apariencia, p. ej., haciéndose un peinado teñido y enlacado como con hormigón. Y además hay otra apariencia, que se distingue de la secretaria por el hecho de que ya no aparece: una joven muerta. Ésa es la causa de la agitación que reina en la empresa. Si la joven aprendiz de comercial ya está muerta, ¿a qué viene andar revolviendo en su vida e ir dejando huellas que más tarde se podrán confundir con las del asesino? Realmente fue sólo una vaga insinuación de una amiga. Sigamos esa pista ahora, ya hemos seguido otras muy distintas que no nos han llevado a ningún sitio, y a menudo hemos hundido nuestras cabezas en las manos, siempre una cabeza en dos manos o en un cubo de arena, que borra todo lo que va a parar a sus dedos. ¿Es que no se les ha ocurrido a ustedes nada sustancioso, nada de nada? Cualquier detalle, por pequeño que fuese, podría ser importante, por favor, reflexionen. Entonces una compañera menciona que la Gabi, precisamente porque todavía estaba haciendo las prácticas, era la única de la empresa a la que se le devolvía el dinero de los billetes de autobús. Los funcionarios alucinan enseguida: ¿todavía tenéis esos billetes? Por supuesto que los tenemos. Miren: todos los billetes aparecen pegados como Dios manda en hojas DIN A-4. Gabriele Fluch se ha embolsado quince chelines por cada uno de ellos. Uno toma lo que puede tomar y luego echa a correr y mira hasta dónde puede llegar con eso. No lo bastante lejos.

Los funcionarios se llevan consigo las hojas y descifran los códigos numéricos impresos en los billetes al cancelarlos. Resultado: más de la mitad de los billetes fueron comprados en estaciones completamente distintas, a menudo incluso proceden de la dirección opuesta a Mürzsteg y Frein. Ahora ya tenemos otro indicio y colocamos ahí una correa para no volver a perderlo y poder agarrarnos; del mismo modo que los barcos de nuestras vidas, que a veces se balancean y cabecean, nosotros también la podemos necesitar. Aparecen varios compañeros que una y otra vez dieron a la muchacha sus billetes usados. Dicen que no vieron nada de malo en eso y jamás preguntaron. Sólo una compañera, con la que Gabi merendaba a menudo y después tomaba su yogur, lanza a los pies de los funcionarios un pequeño hallazgo, que previamente ha estado royendo durante largo tiempo, de modo que ya no queda mucho de él: había alguien que la acompañaba, me lo dijo una vez la Gabi, pero no se lo podía decir a nadie. Y otro compañero se acuerda de haber visto a la Gabi en la empresa cuando el autobús de Mariazell todavía no había llegado. (Lo que más tarde corroborarán otros empleados de la empresa). El agua narrativa fluye ahora, también entre los compañeros; casi todas las manifestaciones del agua me parecen bellas, sobre todo las de elevada graduación, también el elemento helado es agradable de ver, tal vez también de comer o para patinar, pero no para andar encima. Y el vapor, en realidad tampoco me gusta mucho, prefiero avanzar a trompicones por la rocalla de la historia, ahí sé dónde me encuentro y a qué debo atenerme, es cierto que mis pies resbalan con más frecuencia de lo que desearía, pero eso no es tan traicionero como el vapor, que enturbia, y el hielo, que viene a mi encuentro por abajo e inesperadamente me arrea un sopapo. ¿Por qué han levantado la carretera de repente, es acaso una cama plegable? Un empleado afirma haber visto una tarde a la Gabi en Mürzzuschlag yendo a correos, donde echó cartas comerciales. Abandonó el edificio antes que él. Él mismo volvió directamente para casa en coche. Para ello pasó por delante de casa de los padres de Gabi y la vio cruzando ya la calle: mucho antes de que hubiera podido llegar el autobús. O sea que alguien tuvo que llevar a la muchacha hasta casa en coche, pero ¿quién? En aquel entonces la Gabi todavía no era un espíritu, éstos ya están de vuelta de todo, de modo que tampoco podía adelantarse a sí misma porque todavía no se encontraba en la eternidad y aún sabía dónde es delante y dónde detrás, qué es pasado y qué es futuro, aunque ella misma ya no había de vivir personalmente su futuro. Qué sabrá un extraño. A ese vehículo se remite el hasta hora único indicio concreto del vecindario: un vecino de casi enfrente confirma que una mañana vio a la Gabi salir de casa y subirse sin demora ni tardanza a un coche aparcado en la esquina. Ese vecino, un leñador jubilado y cazador furtivo en activo todavía, como la mayoría de los hombres de por aquí, afirma que la muchacha tenía todo el aspecto de esperar a ese coche precisamente en ese lugar. De modo que se subió sin titubear o sin siquiera dialogar o conversar con el conductor. Cuándo fue eso, de

qué modelo era el coche y quién estaba dentro, de eso el vecino no tiene ni idea. La mayoría del resto de los vecinos calla. Siempre es lo mismo. Los gendarmes, entre ellos también el señor Janisch, a quien aquí todos conocen, un hombre guapo (qué curiosa la frecuencia con que se le atribuye a este hombre ese adjetivo, como si el hombre no existiese en absoluto sin el detergente limpiador con suavizante de fácil manejo Fescho incorporado. Como si hubiese que condecorarle con una Orden de sangre a sabiendas de que no le hace ninguna falta aceptarla; de hecho, si por fin tiene la ocasión, sólo aceptará dinero al contado o los buenos y viejos bienes inmuebles, que siempre vienen en tongadas, pues un único bien inmueble solo no estaría a la altura del señor Janisch; y él aprovechará cualquier ocasión para apretarse contra sus jóvenes compañeros, para acariciarles por encima de las caderas y para hacerles sentir su campeón por una vez, por detrás, como si ahí no tuviesen ojos. Como no se atreven a decir nada...), llaman a la puerta, se dirigen a las personas que se encuentran en sus listas, y no les sacan ni una palabra más ni una menos, con lo que tendríamos menos que cero. La gente escucha las preguntas, pero en la mayoría de los casos no reaccionan, tal como tendrán que comprobar pronto gustosamente Kurt Janisch y sus camaradas. Sus informes están vacíos como el desierto del Gobi, y su contenido nos dice menos que el de un libro de oraciones, porque no damos crédito a la gente, igual que Dios no nos lo da a nosotros. Las puertas se cierran silenciosamente tras los funcionarios, y Kurt Janisch y el compañero se alejan de nuevo de las casas y de sus reservados habitantes. Es un mundo de testigos mudos que a lo largo de más de un año no han visto cómo una muchacha no se subía regularmente al autobús, a sólo cien metros de distancia, sino en un coche extraño que realmente nadie conocía. Qué lástima. Todos nosotros también tenemos coches, menos yo, y no por ello podemos llamar a todos los que no nos pertenecen por su nombre de pila. Otras chicas a menudo le guardaban el sitio en el autobús, pero tampoco ellas vieron jamás adónde se subía Gabi cuando no lo hacía con ellas. Tampoco hablaron de ello nunca. Y la madre y el novio: nada, ni visto ni oído, durante más de un año. Qué raro, ¿no? Esa taza de cacao a medio beber, lo único que quedó de la fiesta, afortunadamente existe, porque de este modo el médico forense puede afirmar con gran seguridad que Gabi probablemente estaba ya muerta una hora después de haber abandonado la casa, una hora y media a lo más tardar.

Puesto que ningún ser humano se las puede componer con su vida, en realidad debería anhelar llegar por fin al fin. Pero no, esa inseguridad de la existencia debe perdurar eternamente, y justo en la persona en la que uno ha vivido. La muerte sólo rompe aquello que de por sí jamás se hubiera completado. El gran desconocido, el asesino, el fantasma que desgarró a Gabi y la carotizó allí donde las ramas de las venas se ramifican en el cuello, ¿por qué ir tras él si acabó con cierta

muchacha? Ella tuvo que estar a cierta hora en cierto lugar, pero por desgracia sólo conocemos su destino final, el lago, el agua, el vertedero acuoso, pero su vida entera por supuesto tuvo lugar en cierto tiempo y en cierto lugar, incluso un lugar muy pequeño. Su muerte no significa que ella esté ahora en todas partes y en ninguna, aquí y lejos, sino que su muerte ha acabado con su vida en un momento determinado en este pueblo de la región prealpina. Qué curioso cómo le gusta a la gente imaginarse la muerte como un acceso al infinito. Prefiero seguir cogida al cadáver, por lo menos eso es algo, eso permanece, cierto tiempo, lo definitivo es superfluo cuando uno sabe que: es cierto que este cuerpo se disolverá hasta convertirse en líquido y algún día desaparecerá, arrastrado por el agua, disuelto. Me quedo con este cuerpo, no en actitud plañidera, como un perro, sino más bien con interés. Por pequeña que sea esta muerta, todavía hay algo de ella ahí a lo que podemos agarrarnos, ella es ésa y ésa, y al mismo tiempo nada. Materia atada a un plástico por cuya parte superior ondea el pelo y por la inferior sobresalen los calcetines. Los zapatos se han ido al carajo. A ese espíritu encadenado no puedo decirle ya nada, ni bueno ni malo. No lo veo. Supongo que por fin se ha liberado de su finitud, pero no por eso, mucho me temo, se ha vuelto infinito. Un enigma que los gendarmes no quieren ni pueden resolver. Quieren encontrar al asesino y lo que le animó a buscar a otra ánima, y quizás incluso varias, ya que: ¿dónde están todas las personas desaparecidas? *A posteriori*, todas tienen en sus fotos una expresión facial muy particular, enseguida nos haremos una fotocopia para acordarnos cuando veamos a una: ésa es una perdida. Sobre los tiempos en los que Gabi viajaba con alguien en automóvil se sabe: no hubo tiempo para el amor. De los perfectamente documentados horarios de salida y llegada de la puntual muchacha se desprende que ambos no pudieron disponer jamás a esas horas de más de veinte minutos, como mucho, de tiempo libre para ellos. Probablemente en ese breve trayecto apenas ganaban diez minutos. Ya me dirán ustedes qué es lo que se puede hacer en diez minutos. ¿Colocar rápidamente el peso del propio cuerpo, cuan corto es, encima del de la otra persona para tranquilizarla como con un chupete, calmarla por lo menos un ratito hasta que vuelva a chillar? Meterse en la boca una parte muy valiosa del cuerpo que no le pertenece a uno, con miedo pero con curiosidad siempre renovada por descubrir el sabor (no todo se puede encontrar envasado, si no uno podría llevarlo consigo fácilmente a cualquier parte, pero también sería fácil olvidarlo en cualquier sitio), y observar si entonces sale algo de ahí dentro y en caso afirmativo ¿cómo huele? ¿Hospedarse en el coño de Gabi como en una especie de institución de la que uno se marcha con el alta voluntaria y con manchas en el pantalón, primero oscuras, después claras, pero para poder volver en cualquier momento? ¿Sencillamente un hombre que quiere hablar con una chica sobre algo? No lo creo. La Gabi jamás salía sin la madre, el novio o las amigas, dice la madre, dice el novio y dicen las amigas. También lo dicen en entrevistas a los periódicos,



justo después de la desaparición de Gabi. Si eso es verdad, ¿por qué la muchacha mantuvo tan en secreto esos viajes? Probablemente porque el hombre tenía algo que perder, tal vez porque procedía de su entorno más próximo y no quería ser reconocido, a pesar o tal vez precisamente porque todos le hubiesen conocido igualmente. Sólo que ellos no sabían que era él. No era ningún extraño. Uno puede renegar del padre y de la madre, un extraño lo niega a uno tirándolo por ahí como si de basura se tratara, en cualquier parte, la gente no tiene ningún respeto por el medio ambiente. Alguien próximo no consigue relacionar debidamente todo eso porque conocía la razón de ser de la muchacha y no la quería volver a ver. ¡Evitar a toda costa ser una razón de ser! Para su seguridad, el asesino prefirió deshacerse de la muchacha, mejor eso que convertirse en su Todo, que es algo que no aporta beneficio ninguno. No hay nada que sea más que Todo. Bueno, mejor que metamos ahora el cuerpo en esa bolsa de plástico verde, preparada ya hace tiempo y que procede de unas obras, pues las obras son toda mi vida, y también las casas cuya construcción está en sus inicios, eso es algo a lo que uno puede aferrarse, sí, también los huesos, el pelo, las uñas de los dedos de las manos y los pies pueden quedarse, pero no tanto tiempo como una casa, construida con amor y con rigor. Para la eternidad, donde el ser humano creyente podrá encontrar todas esas casas, o ellas a él, ¡pum!, una negación de la negación, pues el asesino no construye casa ninguna y probablemente ya no recibirá ninguna como regalo. Las nociones de lo finito se me caen de las manos como el martillo al albañil a las cinco de la tarde. Por fin ya no sé qué más decir. Aún digo, y este minuto concreto debería quedar dentro: nada permanece. La muerte es natural, pero ésta no fue una muerte natural. ¿Creen ustedes que la Gabi quería poseer a alguien que ya pertenecía a otra persona? Yo creo que no. No soy creyente, y es por eso por lo que yo misma me propino siempre esos golpes cuando llego a los confines de mi existencia. Entonces me parece que todavía se puede ir más allá, ¡me gustaría tanto seguir a los creyentes hasta allí donde se ven arrastrados! Pero no puede ser, tras las fronteras tampoco hay continuación. Como si fuera una extranjera, de fuera de los maravillosos estados de Schengen. ¿Hay alguien ahí? No, no hay nadie porque todos quieren divertirse, de manera que en estos momentos, así como en cualquier tiempo futuro, ni están en casa ni van a estar. La diversión sólo se encuentra fuera, nuestra casa europea es casi siempre demasiado pequeña para eso, y ahora también es demasiado pequeña para Austria, su hija ejemplar, que nunca ha hecho nada ni habrá hecho nada. Pero tampoco les queremos dar el gusto a otros, pues en ningún lado se nos quiere ya, aunque sí en casa, con los habitantes de Austria (¡así que deberíamos desalojar nuestra casa común! ¡Que podría venir alguien!). ¿Hay alguien más que tal vez quiera verme dichosa por ello? ¿No haría falta que lo presenciase en persona porque justamente no estaría en casa cuando yo llegase? ¿Quién me oiría cuando yo chillase? ¿Nadie? Tal vez porque hasta ahora no he llamado la atención de nadie. Y

obviamente tampoco el autor de este crimen quería llamar la atención, lo que no me extraña. Si eso le ha acarreado heridas en su existencia, no hay manera de verlas. De lo contrario, ya lo tendríamos agarrado por el pescuezo, corriendo, desangrándose por este barrio, mientras por encima de su figura se destacaría algo más grande, La Bestia, jadeante, que ha perdido su sitio y ya no será capaz de iniciar la búsqueda de otro. Y si hubiese encontrado otro, sería ya de entrada demasiado pequeño, en todo caso tendría que tratarse de toda una casa. Si el ser humano tiene que morir desde su propio interior, ¿por qué no tendría que ser capaz de conseguir con sus propias manos una simple casa con la ayuda parcial del capital ajeno de la caja de ahorros para la construcción? Pero nunca se consigue meter mano a sus cajas de efectivo, repletas de intereses, intereses acumulados y un par de hectolitros de nuestra sangre y nuestras lágrimas, ni tampoco se llegan a cobrar nunca los intereses, ya que hasta la fecha en todas las ocasiones se tuvo que rescindir el contrato antes de tiempo. Con los fondos de pensiones eso no sería tan fácil, son obra del diablo. De modo que es más fácil morir que conseguir una casa. En la muerte se queda uno un ratito, a la hora de construir uno pierde el suelo bajo los pies, pues lo había avalado con otro suelo que ahora también está excesivamente cargado o que por lo que sea era insuficiente. El señor Schneider, el rey de las inmobiliarias, siempre ha pujado en las ventas públicas en su propia contra para que los precios de sus inmuebles subiesen hasta el cielo para los bancos. A este respecto nadie puede decir que un inmueble sea inmóvil. Por el contrario, una muerta, una cualquiera: sólo se mueve cuando se la echa al agua, y entonces se mueve dulcemente, muy lentamente, al ritmo de las olas, el agua la mueve, por sí mismos los muertos ya no se mueven, esta muerta ya no se mueve. El agua la transporta, cuando llora le da una palmadita para que se calme. El agua es un encanto. Me gustaría atreverme a entrar en ella más a menudo y sincerarme con ella. Y todas esas depuradoras de aguas residuales ya no las veo. ¿Es que pretenden tal vez purificar el agua? ¡Entonces ningún ser vivo podría existir dentro! Bajo ningún concepto deseo permitir que esas depuradoras de aguas residuales estén ahí. Pero sin ellas tampoco se puede vivir, tendríamos flotando a nuestro alrededor pedazos de mierda, y pronto volveríamos a tener el agua allí donde ahora hay campo, habríamos cambiado una cosa por la otra: verdad y claridad por inmundicia y porquería. No, no vamos a cambiar aguas oligotróficas o mesotróficas por aguas eutróficas. No, de eso ni hablar. A unas las conservaremos, y las otras deberán hallarse en algún sitio para que les podamos mandar nuestra inmundicia hasta allí y aquí nos sintamos divinamente. Al fin y al cabo nos bastamos, el agua y yo. ¿O tal vez no? Tal vez llegará el momento en que se me descubra, si es que alguien se atreve a penetrar en mí. A saber.

Tratemos por una vez a los personajes pequeños como algo grande. Veremos entonces nuestra inquietud, ya que nosotros mismos podríamos pertenecer a ese grupo sin habernos hecho grandes. Del mismo modo. Lo que sí se ha quedado pequeño para siempre, pese a todo: la sentencia. Da igual lo que hagamos, nos quedamos tan panchos, nadie nos traga. No hay comprador. Juramos y perjuramos que no queríamos decir eso, pero la UE estira de nosotros con sus manos maternas, ya no vamos a poder siquiera sonarnos la nariz sin que nos observe severamente. ¡La que hemos liado otra vez! Un delicioso Kaiserschmarrn, especialidad de la casa. El bestia del señor Fuchs, con sus bombásticos muñones, no lo hubiese conseguido, no podía contarse entre nosotros, aunque nos había hecho todo el trabajo. Ahora se ha colgado de un gancho en la pared. Peló el cable de su máquina de afeitar, el plástico entero roído, con infinita paciencia. Al final la muerte ansiaba mirarlo día y noche. Tuvo tiempo de calificar su mentón de típicamente germano, la nariz no dice nada, los germanos nórdicos, los germanos orientales, los germanos de estos andurriales, los no germanos y el resto de los eslavos también tienen una parecida. La lucha se acabó. El señor Fuchs de Gralla dice que no quiere saber nada de lamentos ni de cháchara. No sirve de nada. La lucha se acabó, dice, ya lo creo que he luchado y arriesgado mucho. Todo eso se acabó también. Ahora el turismo se ha acabado un poco porque en Europa se nos boicotea. Pero también se acabará el que algo termine, Europa se acostumbrará a nosotros, también se acostumbrará a que las personas vaguen cabizbajas porque ya no tienen trabajo. Por favor, démosles entonces uno. Sin dinero no hay cliente al que podamos recurrir.

Vayamos a la capital, se dice la mujer de madrugada. Antes de que, como cada día, nos pongamos pusilánimes, sentémonos en el coche. La vida le debe un viaje, ya ha estado sentada mirándose a sí misma suficiente tiempo. Por una vez puede ir a más velocidad, aunque no tan rápido como en el Carnaval de Villach, donde todo pasa por delante de nuestras narices a cámara rápida, para que no se nos ocurra siquiera pretender interpretarlo. Ahí tenemos ya a la pista gris de la autopista, que se asemeja mucho al lago, que algunos días de invierno parece una superficie de hormigón. Hola. El coche agarra la pista bajo los neumáticos y la mensura con decisión, tal vez al final consiga una pequeña añadidura, como en las antiguas tiendas de artículos de costura, la dependienta se afana un poco, pero no

va al ritmo. Nunca hay silencio porque la mujer, también aquí, ha puesto enseguida un casete y está escuchando un concierto de piano. No conozco su carácter, es verdad, y por ello no lo he podido describir, pero en algunas fotos, en otras no, hay algo expectante en ella, me parece, pero probablemente la explicación sea que para una foto uno no debería moverse, aunque sí parecer conmovido. Pero no todo el que es silencioso está esperando algo. Alguno espera poder instalarse definitivamente en sí mismo. Ya lo tiene todo previsto. Antes de colocarse en su interior los muebles, los anhelos y las alegrías, uno debería aspirar con la aspiradora todo lo que le trajese recuerdos del pasado. Lo mejor es volver a pintar enseguida. Y si eso no es suficiente, pintar por fuera también.

No sé por qué razón la mujer, que ya ha llegado a la periferia de la capital, desea ir a toda costa hasta su antiguo territorio, un barrio periférico disperso situado en el extremo oeste de la ciudad. En ese lugar jamás hubo límites para la fantasía humana, qué bonito, pero lo que de ahí surgió no es tan bonito. Chálés alpinos de impresión, con balcones prefabricados y fijados a todo su alrededor, repletos de cargamentos de begonias y geranios con los que la casa brilla como un rubí, Dios, por favor lanza un rayo, uno bien cargadito, ¡para que algo más bonito pueda soñar en nosotros que no ha estado aquí jamás! Por favor, hay que borrar inmediatamente esa impresión que tengo. Otras casas son copia de casas de la gran ciudad, pero mucho más pequeñas. Ruego encarecidamente que alguien se crea la impresión que produce este jardín delantero prerromano, las fuentes, los tensores metálicos para los relajantes rosales, antes de perderla de vista y que me caiga a los pies. Encima de mis pies esa impresión extática no llegará muy lejos. Esa casita de ahí también es preciosa, miren, la han ampliado de setenta a ciento cincuenta metros cuadrados por planta, y sus queridos propietarios todavía la habrían expandido hacia el cielo con más de diez plantas. Poder convertir una cabaña alpina en un rascacielos seguro que resulta entre satisfactorio e insuficiente, a mí desde luego me satisfaría, no tendría que buscarme otra persona porque entonces con mi casa ya me bastaría. La mujer siempre viaja con su propio coche. Ya a la altura del hospital del Semmering añora a su compañero, a quien también, para poder gozar intensamente por lo menos una vez antes de que sea demasiado tarde, desea convertir por ampliación en una casa, en la que pueda vivir, cocinar, comer, dormir, y después salir indemne de allí. No obstante intuye que él prefiere ser propietario de una planta de su casita antes que poseerla a ella por entero. Él lo quiere todo para sí solo. Incluso si la consiguiera a ella gratis, sólo estaría interesado en el regalo, en la casa, para poder meterse dentro. Este matrimonio no se consumará. La mujer deberá reconocérselo a sí misma, pero hasta entonces yo tampoco la dejaré en paz. Aquí se me resiste, observa mi círculo social, se queda perpleja porque ella sólo valora a una única persona, y entonces se da la vuelta y desaparece de nuevo en el

crepúsculo matutino, qué lástima, ¡justo ahora que prácticamente la tenía al alcance de la mano! A punto he estado de alcanzarla, he sentido incluso las puntas de los dedos. Iré tras ella deprisa, sorprendida de que la mujer se me haya escapado, poniendo la mano delante de la boca, como a menudo cuando me río en la especie de institución en la que vivo. Bueno, no es una institución, pues no hay nadie ahí excepto yo, salvo Cáritas, que dice: aquí estoy yo, y quiere mi dinero y ha enviado un impreso para que les haga una transferencia. La mujer y yo, ¿somos una? Todavía no estamos de acuerdo sobre si tenemos el mismo plan, pero no me sorprendería. Bueno. Tomaremos primero la flecha que señala hacia el centro, pero antes giraremos hacia el Wiental. También allí murmura un río, pero sólo puede morder en su entorno más inmediato, y eso sólo cuando hay crecida, como máximo tres veces al año. De lo contrario, apenas sí se le ve. Entonces ¿es necesario que el río sea tan simpático como la mujer? Por lo que a mí respecta, el río bien podría ser más cruel, un momento, hay alguien ahí que pide la palabra, que quiere hablar conmigo, enseguida habrá pasado. Me agacho detrás del volante, tal vez no me reconozca. Él sigue adelante. Todo sigue adelante. El agua acabará devorándonos y engulléndonos. Como a estos dos hombres, entre otras muchas personas que desaparecieron y jamás han vuelto a aparecer, en el agua, esa puerta por la que los unos avanzan, mientras que otros van por otras, ¿hacia dónde? Imagínense ustedes un domingo al atardecer, una canoa desmontable que, llena de agua a rebosar, se encuentra en un cinturón de cañas, por decirlo de alguna manera como si fuera la hebilla, como un cierre, medio hundida en las carnes del agua, el punto más ancho de la construcción mide 85 centímetros. Dos remeros partieron con ella y desaparecieron, dos hombres jóvenes, como también nos gustaría ser a nosotros, bueno, no como éstos, enseguida sabrán por qué. Se pusieron en marcha un día de invierno, soplaba un viento frío, el agua estaba helada, quizás incluso se heló al cabo de poco, tranquila como nunca. ¿Ven ustedes todas esas manos de niño que levantan sus flotadores de animales, o los brazos de los que forman parte y de cuyos manguitos sobresalen como tapones coronados por sus padres? ¿Oyen ustedes el griterío, las salpicaduras, la risa, ven ustedes los cubos de arena? ¿O acaso ven ustedes a la patinadora de patinaje artístico, que al dar un giro veloz abre un agujero en el hielo, en el que a continuación se insertará como un tapón? Eso querría decir que no es verano, como tampoco lo es ahora. De modo que retiramos todo lo dicho, en el fondo sólo está escrito. Ahora ya ha desaparecido, no tengo por qué entenderlo. Antes de que regrese mi pusilanimidad, a la que tengo en gran estima, pero que por principio me mantiene siempre alejada del agua. Dejémosles, a nosotros no nos va a pasar nada, dejemos a los dos hombres con su canoa desmontable en el agua. En algún sitio hay un fuego, en algún sitio hay una tienda de campaña, en algún sitio también yo me siento en casa, allí donde puedo poner la calefacción, pero no aquí. Algo se calienta en un hornillo de camping, también hay

manos humanas arqueándose sobre la llama, una cacerola desoculta algo, después continúa hasta la próxima parada de un viaje, mientras las señales de vida de aquéllos progresivamente ralean, desaparecen, también las raras costumbres que los humanos pueden adoptar, p. ej., lavarse las manos antes de las comidas. Unos cuantos guijarros amontonados, ramas colocadas estrambóticamente, uno o dos pedazos de vidrio de una botella rota, una bolsa de plástico medio llena de viento, no hace falta que lo explique porque enseguida desaparecerá en la finitud, y así se convertirá en superfluo. No más esfuerzo. Yo también dejo a mis espaldas un largo viaje. Un barquito de la vida pasa por delante, un bote que se desliza amenazado por el hielo y las profundidades, ojalá que regrese. Marcas en un mapa hidrográfico que nos quiere hacer creer que el agua es algo sólido, de color azul, y que uno podría hospedarse en ella como en una habitación y aparecer cuando y donde uno quisiera. ¡Ay, si uno por lo menos pudiese formar una pareja! No importa con quién, tal vez como esos dos muchachos que han desaparecido, piensa la mujer mientras conduce. Esos dos cargaron su canoa desmontable como un petate y partieron con el tren regional hasta llegar al agua, que era su objetivo. Y luego ¡al agua con el voluminoso equipaje! Hay un rastro que se pierde, que no se otorga ningún valor a sí mismo, un rastro para el que lo más importante es sólo hacer maletas y mandarse lejos, no importa adónde, ¡lejos! Eso significa entonces el fin de toda cómoda almohadanería, y aquí tenemos ya la canoa circulando ociosamente, surcando el agua, en un radio de cincuenta metros se podrán divisar más tarde, mucho más tarde, remos y mochilas, una tienda de campaña, vajilla de camping, comida, un carné de identidad y un talonario de cheques de uno de los desaparecidos, nada más. Tú, agua, ¿has vuelto a hacer de las tuyas? ¿Por qué se abren esas grietas tan grandes en la proa y a ambos lados del bote? Como si alguien o algo hubiese hecho un corte limpio en la proa, como con una hoja de afeitar. Pero nosotros no somos el Titanic, y si lo fuésemos, podríamos ganar mucho dinero por el hecho de haber desaparecido. Pero también en aguas menos profundas puede formarse hielo, incluso más rápidamente que en las profundas. ¿Es que se ha formado ya? Cuando unas aguas se hielan con tanta rapidez, la capa de hielo es muy delgada, como un hálito, y tan afilada que uno podría cortarse la mano con ella, a mí me ha pasado eso incluso con papel y envuelta en una deliciosa calidez. No hizo falta más que papel, en serio. Cuando una canoa desmontable como ésa choca con una capa de hielo como ésa, los hechos se suceden relativamente rápido. El agua entra, las personas tienen que salir. El bote está lleno. Miremos qué tal el tiempo: a primera hora de la mañana cielos poco nublados, habrá nubes y claros. Durante toda la mañana, persistencia de nieblas matutinas y nieblas altas. Cuando despeje, las temperaturas subirán durante el día hasta valores cercanos a los 6 grados. Por la noche, peligro de heladas locales. Es decir, 300 metros arriba o abajo, ya que incluso los deportistas en forma no resisten mucho tiempo en aguas heladas, sólo unos pocos minutos. Pronto

han expirado, los minutos y las personas. Hasta el día de hoy siguen desaparecidos, ahora me uno a sus familias en el recuerdo, ustedes harán lo mismo, no importa dónde estén. Si nunca han pensado en nadie, éste es un buen ejercicio para el principiante. No tiene que pensar en millones, basta con que piense en dos muchachos. Piensen ya mismo en los muertos, p. ej., en los ahogados, dos de los cuales no van a poder hablar aquí por los otros, ni tampoco van a dejar que se les dirija la palabra. El teléfono móvil está desconectado. Si miran hacia abajo, al agua, las sombras que se ven no son seres humanos, son troncos de árbol que se hundieron, allí, sí, miren allí, sólo es un bote hundido y completamente oxidado, y lo de delante, a la derecha, son sólo rocas del peñasco. Me interesaría mucho saber si los muertos aparecerán algún día. Pueden volver del pasado, sin duda. ¿Pero pueden volver del agua? La Gabi sí puede, sin problema. Hacer maletas, cargar con una preocupación o hacer que alguien cargue con ella, llevar un peso en el corazón o apesadumbrar a otro, respirar hondo, meterse en una cubierta de plástico verde, pero el ser humano no es un aeroplano, el aire no lo transporta ni lo retiene, el ser humano no es un barco, esta agua no lo transporta, el ser humano es un pedazo de carne, compuesto casi por completo de agua y aire, si es que los puede conseguir. Algunos ya no regresan de entre los muertos, es algo que no se puede predecir de ninguna manera. La corriente, la profundidad de las aguas y la temperatura, todo eso desempeña un importante papel que desgraciadamente no se les concedió a menudo a los seres humanos, incluso me atrevo a pensar que para algunos su entierro será lo más maravilloso que les pase en la vida. Cuanto más fría el agua, más lento discurre el proceso de putrefacción y con él la formación de gases, que habitualmente contribuye a impulsar a los muertos hacia arriba, hasta la superficie, donde van a poder expresarse alegremente si encuentran a alguien. ¿Por qué se aleja corriendo ése? Teníamos tantas cosas que contarle... ¡No teman a la muerte! Ya hay muchos muertos, ustedes también lo conseguirán, seguro. Hasta ahora todo el mundo lo ha conseguido, incluso un imbécil integral como usted o como yo podrá cuando llegue el momento. Procuren que alguien levante su cadáver, ¡pero no mucho rato! Antes ya eran ustedes imposibles, pero ahora además hay que añadir un auténtico obstáculo sobre el que, de todos modos, no van a poder decir ni una sola palabra. Cuando el agua está fría, el cuerpo no se pudre, sino que se forma grasa adipocira, en cuyo proceso las partes blandas, es decir donde había grasa, se transforman en sebo, o sea que se vuelven sólidas y externamente casi inalterables, imagínense. Más tarde sigue una especie de estadio cretácico, que sin embargo no puedo describir porque todavía no he llegado tan a fondo en la nada, y sólo puedo aprehender lo que ya existe cuando lo veo, o bien cuando con ello puedo ponerme en el modo de ser de la circunspección preocupada. Y no puedo. Pero podría procurarme como ayuda un manual de patología, aunque: no va a poder ayudarme en nada. Este pescador ahogado estuvo vagando bajo la superficie del agua durante

cuatro meses, y continúa estando como nuevo. Esta muchacha en el lago, con sus queridos labios blandos y muertos —amonesto a esta delicada región, a este bello entorno de un lago para que por fin cierre el pico, ya se dicen aquí suficientes inconveniencias, cuando no hubiese hecho ninguna falta, de todas formas el lago está callado como una tumba, todo lo contrario que yo, y además se tapa él mismo la boca, pero antes aún se le ha escapado algo, como veo—, aunque sólo ha estado un par de días dentro de esa agua helada, pero aunque hubiera aguantado más tiempo en el agua, probablemente su cuerpo se hubiera conservado casi por completo, pese a que esta agua está al filo constantemente, ¡alehop y a la pureza!, ¡patapum y a lo gaseoso, lo eutrófico!, donde más que pocos seres vivos existen demasiados, cuántas veces tendré que decirlo, vale, seguro que me reprochan haberlo hecho demasiadas veces: ¡abono, abono, abono!, pero nada de animales, no, no se puede mirar a ninguno de los seres de aquí dentro con los ojos desnudos. El agua ha vomitado a tiempo a esta muchacha. Bosque tranquilo, ¿por qué no encuentran ningún bote en ti? ¡Pero si está ahí! ¡Justo! Alguien utilizó este bote la noche del asesinato. En los tallos de las cañas se pueden fijar anillos de hielo, pero no ahora. El año que viene, más. Hasta la vista. Algunos desean estar bien juntos unos al lado de otros, pero no está permitido. Como ya dije, si bien no conozco el carácter de esta mujer que va conduciendo en el coche, sus fotos no me producen una impresión de rechazo. Se aguanta. Ella sigue conduciendo. El coche, como cualquier medio de transporte, quiere moverse en lugar de roncar al ralenti (hay algo cambiado ahí, espero que no sea mi mirada), de modo que ya estamos abajo, en el Wiental, que está demasiado congestionado como para poder avanzar, ni siquiera al paso. El tráfico matutino ha comenzado. Más patrás que palante. Esta mujer se ha largado de su casa a las cinco de la mañana, que se dice pronto aquí. Ha podido esquivar el tráfico matutino en los estados federados de Estiria y Baja Austria, pero en Viena cae de lleno en la red de la Hadikgasse. Así como para salir de la ciudad no hay problema, para entrar, atrévanse a mirar hacia el palacio de Schönbrunn, donde los autocares de turistas, como colosos, en lugar de esperar como buenos chicos a las afueras de la ciudad, se pelean por un aparcamiento del tamaño de una bañera, que, con lo pequeños que son, ni en sueños se pueden encontrar echando un simple vistazo. Así que dejemos a su aire a nuestros turistas de Viena, mientras sigan viniendo algunos, y continuemos nuestro viaje, que de eso entendemos. Viena es distinta, su símbolo es una cereza con un hueso en forma de corazón, ¿qué pinta a su lado la estúpida gran manzana? O aparquemos en segunda fila, dejemos que la gente descienda del autocar y acallemos los gritos de los inválidos y/o de los furiosos con nuestro motor de gran potencia motriz al que podemos hacer chocar tranquilamente contra esos y otros destinos, un poco de paciencia, por favor, enseguida nos marchamos, dentro de media hora más o menos, y si ustedes nos retienen, la cosa se alargará más aún. Inmediatamente después nos



dirigimos al aparcamiento de las afueras, situado en zonas verdes, para intoxicar a los árboles, arbustos, prados y florestas, allí donde han crecido y no allí donde no hay. Los castaños del Wiental son la primera víctima mortal de la capa de plomo y los dientes ávidos del lepidóptero minador *Cameraria ohridella*, pero habrá más. Seguro que los árboles muertos no van a perseguirnos para vengarse. Lo vivo se ve sustituido por lo majestuosamente muerto, o también modestamente, pero muerto al fin y al cabo, es una cuestión de principios en esta ciudad, que ha contraído un matrimonio realmente duradero con la muerte y, aunque desea divorciarse desde hace más de cincuenta años, jamás ha reunido los papeles necesarios para ello, y cuando cree que los tiene todos y que podrá celebrar la vida y la alegría y follarse una última vez, una vez que será muy larga, de pronto aparecen nuevos indicios de que esta ciudad hace tiempo vivió casi por completo de dinero robado y de que sólo podrá morir cuando haya saldado todas sus deudas, que a veces pueden adoptar el tamaño de imágenes coaguladas, todos esos valores saqueados, entretanto agrios como la leche, cortados en el tiempo porque sus propietarios se echaron a perder en su lugar. ¿Cómo no va agriarse uno con todo esto? Ahí hay un sencillito funcionario y dice: vuelva usted la próxima semana, para entonces ya habremos recibido los más nuevos descubrimientos pictóricos y veremos lo que hay, tal vez el suyo, quién sabe. Una mujer guapa como usted, querida Viena, podrá esperar un poquito más para las nuevas nupcias, seguro que el año que viene consigue un novio, aunque tengamos que rondarle una y otra vez. También esta vez dirá que sí, sea para lo que sea, de eso estamos seguros. No, seguros del todo no podemos estar, de estarlo, más adelante tendríamos que oír cómo se repite algo que nosotros jamás dijimos de esa forma, y si lo hicimos, nunca fue con mala intención. Incluso el Baile de la Ópera no está hecho con mala intención. ¿Ven ustedes? ¿Ven ustedes cómo lo presente, enredado en sí mismo, se encuentra ahí en unidad extática con el futuro debido a su curiosidad por lo nuevo, y abre las puertas, tal como dirían los griegos? El ansia por lo nuevo, sí, así es, seamos sinceros, ocurre que ese sentimiento de ávida curiosidad por lo nuevo no se dirige realmente hacia algo venidero por su condición de posible, sino que, en su avidez, la curiosidad anhela lo posible como algo que ya existe. O algo así. Miren ustedes. Ahí hay un hombre que ve las casas no como posibilidad para vivir dentro, a pesar de que para nada son suyas y tal vez jamás lo serán, sino como algo que ya es suyo, y para ser más exactos como algo que DEBE ser suyo. De modo que ahora las puertas están abiertas y ustedes aplastados porque se les ha subido encima uno que quería entrar a toda costa, con mayor rapidez. Y entonces los mandamos a ustedes a una misión de paz en otra parte del mundo, déjense marear durante horas como la ropa blanca, remuevan completamente la tierra unas cuantas veces y ya verán: ¡continuarán teniendo el mismo aspecto que ahora! Y esta casa seguirá ahí amurallada, sin poder tomar en consideración ninguna posibilidad de relajamiento. Y no, tampoco hay ninguna

posibilidad de que ustedes cambien algún día. Con más razón necesitan carta blanca, para seguir quedando tan blanquitos y salir sanos y salvos de ese molino de muerte que escupe espuma jabonosa y en el que estuvieron ustedes presos y enganchados de forma completamente injusta. Puede producirse un siniestro total si no van ustedes con cuidado, pero la culpa total no existe, ya que ese corzo o ese cochecito de bebé en la acera o ese animal bicéfalo colgado en el edificio han desviado su atención, por supuesto, de ese automóvil que circula lentamente, de ese coche pequeño que casi se hunde por el peso del equipaje que transporta en el techo, sí, ése, delante de ustedes, sólo un instante, pero por desgracia no el adecuado.

La mujer avanza ahora algo más deprisa, conoce la salida que sólo los iniciados conocen, hacia la derecha desde la Hadikgasse, sigan ustedes al moro de Meinl, la tienda correspondiente se encuentra en la parte posterior del reluciente bloque de nuevas viviendas que la mujer todavía no había visto. Ella conocía el antiguo bloque de casas destinado a los trabajadores de los ferrocarriles austriacos, esta callejuela se llama Käthe-Dorsch-Gasse, eso es. Si no la encuentra, tendrá que seguir por la autopista hasta la Baja Austria y volver desde Castroculo, como se suele decir, vamos, desde las afueras, cruzando los pueblos situados antes y alrededor de Viena, cruzando Hadersdorf, Mauerbach, Purkersdorf de Arriba y Purkersdorf de Abajo (¿saben aquél que dice?: un hombre quiere comprar un billete de tren para ir a Pequín. Se dirige a la taquilla de la estación de Purkersdorf y pide un billete sencillo a Pequín, por favor. El hombre de la taquilla le dice: ¿está usted loco?, como mucho le puedo vender un billete hasta la frontera polaca, una vez allí tendrá usted que ver cómo se las arregla, con el transiberiano, con el transmongol o con un trineo tirado por perros, ¡da igual! Resumiendo, el cliente del ferrocarril llega hasta Pequín y se lo pasa en lo grande como un tonto, que es lo que es, con una piruleta, que para eso ha ido hasta Pequín. Pero en algún momento quiere volver para casa. Se va hasta las taquillas de la estación central de Pequín y dice: un billete sencillo para Purkersdorf, por favor. El hombre de la taquilla le dice: ¿de Arriba o el Abajo? Jijiji. ¿Cómo? ¿Qué ha dicho? ¡Da igual!). Ahí tenemos la estación de Hütteldorf y cruzamos la intrincada planificación de carriles que pasan por delante y hacemos nuestra propia planificación, que tarde o temprano se va a volver en nuestra contra. A continuación, seguimos un poco por la Linzer Straße saliendo así de la ciudad, subimos una callejuela empinada donde los vecinos están amablemente arrodillados y suplican inútilmente que conduzcamos a 30 por hora, aquí juegan nuestros niños delante de sus propias casas y nuestros viejos salen de sus propias viviendas y vuelven a entrar en ellas, y también los hay que cruzan y que tampoco quieren morir todavía, y que tampoco tienen ojos en la nuca, pero la calle les pertenece, por lo menos eso lo saben; no importa, todas las personas de aquí, hasta donde llega la vista, nos pertenecen, es decir, se pertenecen a sí mismas,

respetables, aplicadas y eficientes como son, a modo de recompensa se les permite vivir aquí, en un sano barrio periférico al oeste de la ciudad, y por supuesto no deseamos que los forasteros se les acerquen o los perjudiquen de alguna manera. ¿Quién respeta esto? Nadie. Todos nosotros somos valiosos, y cuando tenemos algo en nuestro poder y lo perdemos, lo debemos restituir. El tiempo también pasa de largo, otra vez, qué desfachatez, también esta vez estuvimos a punto de no reconocerlo. Hoy también lleva unas pintas... Tenemos que ir de inmediato a la peluquería y hacernos la manicura para que de nuevo nos tomen por mujeres cuidadas para las que el tiempo no pasa. Sí, debemos someternos a esa tortura, de lo contrario pronto tendremos demasiada tierra bajo las uñas de los dedos, mordisqueadas hasta sangrar, tierra del trabajo en el jardín. No es que hayamos metido la mano en sucios negocios, la suciedad bajo las uñas proviene del jardín, y seguiremos adelante con ese sano trabajo antes de ir a parar nosotros mismos bajo tierra. Antes alguien tenía que mirarnos con cariño unas cuantas veces para poder reconocernos como mujeres. Hoy volvemos a elevarnos notablemente sobre los hombres. ¿Nos ven ustedes? Ni que decir tiene que hoy día tenemos una profesión y somos independientes. Lo que habré llegado a escribir sobre eso, y ha sido completamente innecesario.

No me lo puedo creer, usted por aquí. La mujer ha parado el coche un segundo en una calle estrecha y empinada, donde vivió hace tiempo. Ahí está esa pequeña casa que heredó de sus padres para que la conservase, otros la conservan ahora mejor de lo que ella hubiese podido hacerlo. La camioneta de un tejador está aparcada delante, parece que por fin hay que arreglar el tejado. Hace dos años la mujer vendió la casa para establecerse en el campo, un viejo sueño que ya ha finalizado. La seducción de los sueños se prolonga durante años, la de los seres humanos va mucho más deprisa. Mientras yo me despistaba, una antigua vecina que estaba sacando a pasear a su perro ha reconocido a la mujer. Es un perro flamante y no muestra el menor interés. ¿De visita? Hace por lo menos un año que no la veía. Está usted muy bien. Bueno, gracias. Pero este pequeño diálogo que he omitido casi por completo basta para que la mujer no se atreva a quedarse observando más rato su antigua casita. La vendió a una gente muy agradable, miren ustedes, tienen hijos que crecerán en el aire más sano de la periferia, un aire que supuestamente procede directamente de las montañas nevadas pero que desde hace ya tiempo vive amancebado con la incineradora de Flötzersteig (¡normalmente la pareja es la última en enterarse!), y crecerán en una casa de propiedad. Mira, en el jardín delantero hay un triciclo, mamá no ha insistido en que el niño lo meta en casa, pese a que la puerta del jardín no mide ni siquiera un metro y cualquiera podría entrar de un salto. Gente agradable, inofensiva, ¿habrán sufrido alguna vez en su vida? A un lado hay cuatro figuras en forma de rana y dos con forma de corneja, en

divertidas poses, conversan entre ellas, fíjense en lo bien que han organizado su estancia, como no necesitan salir para nada... La casa desaparece junto a la mujer, que, a regañadientes porque en estos momentos preferiría estar sola, se deja arrastrar por la vecina mediante la corta correa de una conversación unidireccional. De esa boca conocida de antaño no brota sorpresa ninguna. Es como si el tiempo, que hace un rato aún andaba, se hubiese detenido ahora y las personas hubiesen seguido adelante, bueno, tal vez han ido más lejos de lo que hubiese sido recomendable para ellas. Las personas no se han percatado en absoluto de que el tiempo se ha detenido, hasta tal punto se habían concentrado en la cháchara, como estas dos mujeres. ¿Quién oye un leve grito que no necesita ponerse de relieve y por ello permanece casi inaudible? Nadie. Las mujeres siguen adelante, hay que subir al perro hasta el prado del municipio de Viena para que corra, juegue o se pelee un poco con sus iguales. Tiene que disfrutar de la vida al aire libre como una canción arrojada de repente a esta pradera. Sin ningún eco. El perro lo puede repetir cada día. Dichoso él. Las huellas desaparecen antes de haberse marcado, las personas salen a su propio encuentro ya que nadie más lo hace, no, van unas detrás de las otras y jamás se alcanzan. No, mentira también, de buena gana saldrían al encuentro de otras personas, pero en general no resulta deseable. Cada cual desea buscarse algo propio, una casa propia, un hijo propio, una pareja propia, para él solito. Nadie se contenta ya con un espacio propio. Incluso a ser posible cada cual querría tener su propio programa de televisión porque la oferta no gusta a nadie. Especialmente desconsiderados son los muertos, que huyen de nosotros, y los medios que informan sobre los muertos (¿o es que alguna vez han visto a una persona más vital que el vaporizador de cancioncillas populares Karl Moik, al final, antes de perder ustedes el conocimiento? Vaya, e incluso él está muerto tan pronto como aterriza en la pantalla, a pesar de seguir dando vueltas con su cara, como si estuviese huyendo de un tiburón), ¿es que alguna vez han visto algo con vida más allá de los documentales sobre la naturaleza, que en realidad deberían estar expresamente dedicados a la vida porque de lo contrario no sabríamos que este paisaje está aquí y aun así vive? Nosotros no nos hubiésemos percatado de no haberse llevado a cabo una potente ampliación, ofrecida por la cámara, en la que hormigas, escarabajos y larvas llenan la pantalla, hinchados hasta lo colosal.

Por favor, agucen el oído y observen mientras tanto cómo la mujer sube ahora hasta esa pradera que por arriba pone fin a la montaña, no, más arriba no continúa, sólo sigue otras dos mil páginas hacia abajo, que sin embargo les voy a ahorrar a ustedes. Bueno, ya estamos aquí. La hierba es escasa pero bien verde, más verde que en la verde Estiria, la primavera está decididamente más avanzada aquí, y ahora va y se encuentra en un sitio bien distinto. Pronto llegará el verano, pero entonces yo también estaré en otro sitio, espero encontrarme al verano allí también.

Sueltan al perro de la correa y éste se aleja lentamente, a lo largo del camino ya ha levantado varias veces la pata por los lados, ahora, cuando el monte entero y todo el prado están a su disposición, procederá más selectivamente con su orina. Busca a una dama con la que poder contraer matrimonio durante dos minutos, qué tonto, no hay ninguna. El perro encuentra a un correligionario, le husmea las partes pudendas y se larga enseguida con él. La antigua vecina de la mujer es soda desde hace tiempo de una asociación de amantes de los perros. Está formada por personas que aman más a los perros que a las personas. Hay buen ambiente entre los miembros, alternativamente se van invitando los unos a los otros a sus casas.

La mujer se despide, aliviada de que la vecina haya encontrado su grupo de conversación perruna y se haya insertado en ese pequeño círculo, muchos recuerdos, venga a visitarnos más a menudo, por Dios, ¿no le apetece venir más tarde a tomar café?, no, gracias, vengo con poco tiempo y me gustaría echar un vistazo a mi antiguo barrio antes de que me olvidéis por completo, jajaja. Una formación humana atraviesa la zona de recreo de sus animales, que, jugueteando mayormente, se echan los unos encima de los otros y cierran interesantes alianzas, no hay más que ver cómo éstos dos se echan encima del tercero, a qué viene eso, no, ¡no hacen nada, no hacen nada! No hay de qué asustarse. En su vida han pegado un mordisco, y si hoy lo hacen, mañana ya volverán a no haberlo hecho jamás, estarán como nuevos o casi como nuevos, puesto que el veterinario ya les habrá clavado dos grapas en el pelaje del pecho. El grupo se aleja, las personas cuchichean y charlan, los animales no se acoplan porque no es el momento adecuado para eso. Algunos arrastran su corpulencia, pero problemas ninguno, los han mimado y alimentado bien y todo eso: están felices, a pesar de que no se puede hablar con ellos en su lengua materna. La mujer, a la que le ladran una o dos veces porque los animales no la habían visto antes en su territorio y están molestos por esa persona extraña que no lleva atado consigo a ningún camarada cuadrúpedo ni tampoco lleva una correa en la mano en la que se pudiese reconocer al correligionario, esa figura, que tal vez nunca haya sabido atarse a sí misma a alguien o a algo, los animales lo perciben, su corazón se muestra absolutamente indiferente y se despiden sin hacer señales manifiestas, simplemente se marchan lentamente, y la figura entonces se detiene y observa la ciudad, su zona sur, que se extiende ante ella con absoluta claridad, como la que a veces sigue a la salida del sol, que ha liberado las imágenes que ahora aparecen impacientes tras el cierre, se extiende hasta el final, muy a lo lejos, hasta llegar a las irregulares siluetas abombadas de las torres de viviendas de Alt Erlaa, hasta ahí llega ahora el metro, que por el otro extremo llega hasta Ottakring, una auténtica conquista para los habitantes que siempre habían deseado ir justo hasta ahí. Por fin pueden hacerlo ahora. Ahí está el dedo cadavérico del poste de iluminación del estadio Ing. Gerhard Hanappi, los escasos

aparcamientos de delante son completamente invisibles. A la derecha, la autopista del oeste, se ve un pedazo de ella antes de desaparecer entre los montes de Viena, cubiertos de bosque, ahí enfrente está el centro comercial Auhof, mira, han construido otro multicine, las letras luminosas rojas se pueden leer perfectamente, incluso durante el día porque no las apagan, y las luces de neón de la última gasolinera antes de la autopista, de color verde limón, se pueden admirar en todo su esplendor, financiado por un consorcio, y en todo su cítrico frescor.

El horizonte mece el ojo de la mujer, que, detenida, observa la ciudad que una vez fue la suya, bueno, así así, en sueños. Pero de golpe abre los ojos convulsivamente, lo quiere ver todo, todo. Y la mirada también debe estar adornada con campanarios, cúpulas, tejados, gasómetros, torres de la artillería. Las amadas moradas de la cultura, hacia las que la mujer avanzaba antaño como hacia el trabajo en el campo, no se pueden ver. Están en la parte de la ciudad que no toca. La cabellera de la ciudad fluye hacia otro sitio, habría que seguir adelante por el Wiental, aunque el Wiental no lo siga a uno. Allí a la izquierda, al lado de Steinhof, está el manicomio y la famosa, aunque por desgracia decrepita, iglesia de Otto Wagner, que todos los niños conocen y que no van a conocer muchos niños más (salvo aquellos a los que en la época nazi les administraron una inyección, tras curas de hambre, frío, fracturas (no, en realidad no les produjeron fracturas, sino vómitos incesantes y no aplacables), y curas a base de palizas que nadie tuvo que inventar porque ya existían, esos niños, con sus sesos en vasos, todavía están relativamente muy bien representados allí), porque la iglesia pronto se derrumbará, habría que llegar hasta allí para ver la catedral de San Esteban, pero allí la mirada se verá acotada y retenida enérgicamente por una pequeña montaña y su vieja cantera, por una montaña que va avanzando, tal vez porque cree que los seres humanos ya no son capaces de aguantar tanta belleza. Y entonces tenemos que llamar otra vez a los equipos de salvamento. El grupo mixto de perros y personas ha desaparecido mientras tanto tras la curva, aún pasarán unos diez minutos hasta que vuelva a aparecer, aunque algunos heraldos perrunos que se han avanzado aparecen impacientes una y otra vez en el horizonte con palos en la boca, y la retaguardia perruna que se ha quedado atrás se agacha sobre algo que desea comerse, pero que no va a conseguir. La mujer está completamente sola. No está en París o en Londres, está en Viena. Claro que le hubiese gustado volver otra vez a París o Londres. Pero bueno, de eso nada. En el campo siempre hay algo bueno, necesario que hacer, dijo para sí, hasta que alguien distinto, extremadamente interesado en sus posesiones, se lo arrebató. Allí donde fue necesario metió él la mano, también en ella, así funcionan las cosas en el campo. Meter mano y hacer negocios tan complicados que la mujer nunca ha entendido y que a partir de ahora ya no quiere entender. A menudo gritaba cuando él, tan audaz en movimientos, se subía encima de ella e,

imposible de enternecer, le daba la vuelta a su pequeño peso dependiendo del lado por el que quería penetrarla, mientras ella trataba insistentemente de regalarle su amor, pero de donde no hay no se puede sacar. Ella encontró su alma a través de él, se dice a sí misma. No sirve de nada, con ella no puede hacer nada. Él encontró en ella una guarida en la que poder resguardarse. De ese modo uno se aloja en el otro, para poder vivir al fin. Sólo que unos necesitan más que los otros, que sólo necesitan una pareja para verse colmados de luz y capacidad de amar. Como esta cáscara vacía que es ella sin él, la mujer, esta taza turbia que sólo está medio llena de sí misma, y que ni siquiera puede reconocer en sí misma el motivo por el que hace algo así. Ya no ve su propio suelo. Se ha vertido por el suelo, pero nadie la ha fregado. Tal vez todo eso sea un modelo de locura, bueno, más bien un molde en el que los niños prensan arena para darle al vecino en el ojo. Ciudad y campo, ¿pero qué es lo que yo quería decir que no tenía nada que ver con el autoanálisis psicológico que hasta ahora he dominado de una manera tan fulminante? El campo es sus actividades, ya que constantemente hay que crear, arrancarle algo al suelo, también a los animales. La ciudad es: actividades ajenas. Ella ya está ahí. Aunque esté constantemente en proceso de construcción, la ciudad es lo que siempre está ahí. Se iluminan al sol objetos reflectantes, cristales, cumbreras, tejados metálicos, coches. Otro refleja su interés en las casas, tendrá que poseerlas entonces. No se trata de ningún empleado que tenga que ganárselas. Es funcionario. La ha liado y ha escondido la mano, es todo un pícaro que no se impone moderación ninguna. No se va a construir una felicidad conjunta, no se van a depositar reservas en ningún sitio. Qué tontería, el banco no puede estar siempre dando, también tiene que recibir, por supuesto más de lo que da, de lo contrario, no sería ningún banco, sino Cáritas, no, eso tampoco: porque nosotros tenemos que hacernos cargo de los gastos administrativos, y del resto se encargan otros. ¿Qué se han creído? ¿De dónde sacar sin robar? La ciudad cobra energías renovadas, el reloj se adelanta, risas, chillidos y gritos de las tropas perrunas se acercan de nuevo. ¿De verdad ha estado la mujer diez minutos aquí de pie? Eso no basta, no basta nunca, pero por lo menos ella habrá paseado un poco por aquí. Las cornejas desfilan cómodamente y con pericia por los aires. Se posan en uno de los árboles y hablan entre ellas imitándonos, nuestra imagen y nuestra semejanza, qué risa, se comen una manzana de piel arrugada que han encontrado en algún sitio. Cuando ésa que está en la magnífica copa del abeto azul (una planta taimada vete tú a saber de qué país, a la que no querían aguantar allí y por eso la desterraron, una planta que podría ponerse a hablar y a marcharse de golpe, por favor, no quiero volver a verla, ¡pero ahora más bien soy yo la que tiene que largarse!, ésta ya se ha establecido aquí de por vida, ese asqueroso paquete de pinchos) va a abrir el pico para graznar, se le caerá la manzana. La mujer sonrío sin querer justo cuando ocurre todo esto. Un perro negro acude corriendo, por desgracia la corneja le tiene que pegar un grito, de

modo que pierde su valiosa mercancía frutal. Así de rápido sucede a veces, aunque nosotros no recomendamos que se expropie a los animales. Y sin embargo la mayor parte de ellos tiene que pagar con su vida, por una u otra razón. Como nosotros, sólo que más humildes y más doloridos, les debemos agradecer que se sacrifiquen por nosotros. Y aun cuando lo hagan involuntariamente, es un bello gesto, ¿no? ¿A quién nos comeríamos de lo contrario? No podemos llevarnos ni aquello sobre lo que nos sentamos ni aquello por lo que apostamos, pero algunos no lo saben y sopesan a las personas de acuerdo con sus bienes materiales. Y entonces prefieren los bienes y abandonan ahí a las personas. El ser humano está entonces ahí, mirando atónito por encima de una ciudad centroeuropea, la examina con calma y no cree que sus ojos hagan justicia con lo que ven. No importa. No significa nada cuando uno observa en la ciudad a sus conciudadanos. No significa nada cuando uno observa en el campo a sus paisanos, sólo que allí se tiene más en cuenta porque hay menos gente. Por eso la mujer se marchó en aquel entonces. Para tal vez, en un sitio en el que hubiese menos competencia, ser más importante que aquí. De acuerdo. La cosa fue bien, incluso podía tocar el piano, algo que en el campo es más raro que oír un disparo de un arma. Se le desearon los mejores deseos y se le dijo que ella era importante para colmarlos, pero no imprescindible. Causemos ahora una buena impresión y vayamos al peluquero al que antes siempre íbamos. Se encuentra también en esta zona residencial, sólo que al otro extremo, en un pequeño local situado en la planta baja de una nueva construcción. Nos dirigimos allí, por favor sígannos de una vez. Los perros vienen, nosotros nos vamos ahora. Vamos a que nos pongan guapas. Nos arreglaremos el pelo, las pestañas y las uñas, y luego nos iremos para que ella pueda atender tranquilamente a otra persona. Este pelo, según indica el paquete del producto de tratamiento, estará tan sano y fuerte que uno se podría colgar de él. A un pájaro incluso le bastaría un solo pelo.

Venimos despacio, venimos solos, mejor acompañados, lo que nos da una pequeña ventaja, cuatro ojos ven más que dos. ¿Qué pasa cuando uno no quiere ver nada de nada? Les deseo lo más grande y valioso, pero sólo muy pocos de ustedes van a conseguirlo. En su antigua peluquería, han podido colar a la mujer entre dos clientas que tienen tiempo. El salón acaba de abrir para dar a los rizos una elasticidad juvenil, rizos que primero hay que crear de la nada. Lavar, cortar y marcar. No le vendría mal a usted una permanente nueva, la verdad, no, ahora no puede ser. Pues entonces le daremos a su pelo un bonito tono rojizo. Si pasan revista a sus bienes, tendrán un punto a su favor, todo sería un punto a su favor. Aquél por el que ella lo haría no se dio por aludido en el desorden angelical en el que vive, y del que no forma parte. Pese a todo, nos embadurnamos con el tinte la cabeza, tampoco es que sea una decisión de Estado. No nos hará ningún mal, aunque tampoco nos servirá de nada. El agua mana maternalmente del lavacabezas (por favor, lo más



fría posible, ¡así es mejor para el pelo!) y acoge con suaves murmullos en sus bracitos la cabeza reclinada, la envuelve, la acaricia tiernamente. De la expresión del rostro no se puede ocupar el agua ahora, tiene encomendada la tarea de retirar el tinte sobrante dejando algo, un resto que, sin embargo, es lo esencial en este proceso. Los preocupados se expresan en comentarios periodísticos, pero no a favor de la mujer, que por fin desea expresarse a través de su cuerpo, y resulta ser sólo espectadora, que al mirar a Claudia Schiffer palidece hasta las raíces del pelo. Mientras están lavando el pelo no se puede leer bien, mientras lo están cortando tampoco, pero luego, bajo el secador, ahí sí que hojeamos un par de revistas para enterarnos de lo que se nos habrá escapado cuando ya no necesitemos el nuevo vestuario de primavera. ¡Umm, qué calentita la toalla!, el momento de secar siempre es bueno, y el de cortar también es la mar de interesante. Por fin se hace justicia con las uñas. ¿Sigue comiéndoselas? ¡Pero si usted ya es toda una mujer, señora mía! No todo corazón es cordial, sin embargo éste intuye que no dispondrá de mucho más tiempo para ser amable con las personas adecuadas. De su prisión en sí misma, en la que por desgracia dejó entrar a otro, el que no tocaba para ser más exactos, y en el momento que no tocaba, arranca la mujer un par de palabras agradables, como si fuese un ser humano como los demás. Las frases salen brincando de su boca para ir a parar a lo inhóspito de la realidad, suenan como si alguien las hubiese dejado marchar sin pasión, sin furia. No, más bien suenan como si un insecto hubiese dejado caer su caparazón, pero siendo el animal tan pequeño, no es capaz de producir más que un leve crujido en el suelo. Bueno. Lista. Mírese también la parte de atrás, ¿le parece bien? La peluquera sostiene el espejo retrovisor ovalado, el aprendiz le pasa el cepillo por el jersey para conseguir propina, todo sigue un curso, pero cuál, dónde se acaba. Tiempo al tiempo, no, no hay tiempo. Qué bonito, gracias. Por su buen comportamiento, reciben una buena propina. La mujer se siente como si alguien le hubiese raspado la última carne de los huesos con un cuchillo afilado y además el último hueso ya estuviese listo para el caldo. Ya hay suficientes listos aquí, incluso son mayoría. Démosle el hueso al perro. Quizás por lo menos él se nos va a comer con mucho gusto. A lo hecho, pecho. Desear algo tiene su parte divertida. Uno no llegará a saber que probablemente no llegará a conseguirlo. A lo largo de largos trayectos, por los que el viento se precipita y los animales salvajes corren a toda velocidad, esta persona recibe el calificativo de amable, agradable. Una vez le dio permiso al gendarme para sacarle una foto desnuda, ¿en qué cajón la encontraremos? En cualquier caso, abajo del todo. No hay cuidado, hace tiempo que fue a parar a la basura. Fue realizada con un objetivo concreto, pero ¿cuál? Tal vez el hombre la sacó para excitarse una y otra vez, cuando se cansaba de mirarla. ¿Seguro que no la sacó para poder observarla, cuando no tenía obligación de hacerlo? ¿O para poder reírse de ella con otros hombres, en la fonda, en el trabajo al cambiarse de ropa en las cabinas? ¿¿En la

ducha?? ¡Eso sí que estaría bueno!

En una ruta romántica o en un viaje de ensueño puede uno conocer a su media naranja, ¿pero qué hacer cuando una ya lo conoce? Pues no viajar nunca más a todos esos destinos románticos. Tal vez el hombre sienta la necesidad de olvidar la soledad, tal vez para él no suponga ningún esfuerzo meterse con ella en la cama, tal vez la hubiese querido mucho si la hubiese conocido. No, el futuro me dice: ¡de eso, ni hablar! No metan ahora tanto ruido con eso, métanselo en otro sitio, seguro que ustedes tendrán su propio recuerdo, y ándense con cuidado con sus libretas de ahorro. La mujer se ha comportado durante mucho tiempo con discreción, y ahora ocurre justo lo contrario, se pasa todo el día buscando diligente e incansablemente al hombre por todas partes. Probablemente, sin embargo, el interés de ella será muchísimo mayor, sí, así es. Se enamorará de él apasionadamente, se convertirá en una planta trepadora, en una besuqueadora de campeonato hasta que el hombre tenga que temer por sus miembros, sí, justo eso es lo que ha pasado. Pero no, él jamás tiene miedo de nada. Recorrerá miles de kilómetros de un lado a otro para asustarse, pero nunca se asusta. Ella seguiría acechándolo por todas partes durante años, y ofreciéndole sus aposentos, en los que él jamás querrá vivir, a menos que ella, la mujer, se los cediera antes a su favor. Ella lo sabe bien. Nunca pararía. Una y otra vez se abalanzaría sobre él desde su escondrijo como una culebra y le metería la lengua en la oreja, porque a él una vez le gustó, la primera, pero no la segunda, en cualquier caso no si viene de ella, pero tal vez sí lo desee en secreto, quién sabe. Ella sabe que él no lo desea. No, es rápido y muy avisado, y desde luego él ya lo sabría si lo volviera a desear. Porque él ya sabe lo que quiere y lo que no quiere. A ser posible, ella se apretaría fuertemente a él hasta que, atravesándola, él ya sólo notaría las duras paredes de la casa. Ladrillo, hormigón, revoque. Eso ya le gustaría más a él. La mujer podría además dejar bien claro que estaría dispuesta a repetirlo en cualquier momento. Ella misma es una repetición de ese precioso modelo de la foto, sólo que a ella le queda de otra manera. Dónde está el plan de ejecución de obras de la casa, ayer aún estaba en el cajón. El hombre hace el parte y lo firma con su estimado nombre, que de momento aún no vale nada, pero que pronto tendrá un valor, en cuanto tenga la casa a su nombre y a ella se la quite de encima: por supuesto que te quiero, pues claro que quiero casarme contigo. Créeme, si de mí dependiese, enseguida. Si yo pudiera..., pero ahora no, un poco más adelante tal vez sea posible que nos convirtamos en pareja. Pero preferiría ser uno contigo, cómo decirlo. Pareja es demasiado poco, uno debe fundirse con el otro y convertirse en uno solo. ¡Qué! ¿No puede ser? Claro que puede ser. En esta casa puede hacerse realidad. Esta casa es limpia, espaciosa y cómoda, qué razones iba a tener precisamente yo para no querer vivir aquí. He calculado de forma precisa que ése es el camino más fácil para llegar a la casa que más adelante recibirá mi nietecito, el

Patrick, de ese modo cada miembro de la familia tendrá una, pues la vieja pronto se llevará su delirium tremens al hospital y seguidamente para fuera, para el cementerio. Pero su casa tendrá que dejarla aquí con el Ernestito, que ha esperado ese momento mucho tiempo. No hay nadie que cave una fosa de dimensiones tan gigantescas que quepa dentro una casa, para ello nos haría falta una compañía del ejército yugoslavo, que ya está acostumbrado a eso. Lo que más me gustaría sería meterme dentro de la casa y cosérmela a la espalda, como un cuerpo vivo de clase media alta, quién pudiese encontrar un tesoro así, a ése le habría tocado el gordo, aunque en condiciones muy especiales. ¿Estoy hablando de la casa o más bien de un cuerpo humano? Mi mamá siempre confundió ambas cosas y se hacía pis por todas partes, por todos los rincones, y por eso yo no me aclaro. Sólo sé una cosa: los ladrillos aguantan más que la carne, el acero inoxidable todavía aguanta más, ¿para qué entonces aguantar a alguien, aunque sea bueno y afectuoso con nosotros? Incluso la pintura del armario de la cocina aguantará más tiempo que yo. Un joven abeto brota, en algún rincón del bosque. Un rosal lleno de rosas, ¿en qué jardín? Ya las escogieron todas, piensa alma mía en echar raíces en tu tumba y crecer. O algo parecido dice el poema, no estoy yo tan cultivada como para sabérmelo todo de memoria.

Lo resumo todo de nuevo, pero, como siempre, no lo puedo contener y en el último momento lo dejo caer, ¡poing!: la mujer quiere sentirse protegida y sin embargo libre al mismo tiempo. También quiere sentir muchas otras cosas, pero lo siento, no puede ser. Por su carácter, desea recibir órdenes, tales como las que sus padres le daban, lo siento, no puede ser. La situación en estos momentos es así: el hombre exige como contrapartida a sus complacencias los bienes que hay en la casa de ella. La mujer nunca podría olvidar en el futuro la extraordinaria armonía de esta relación, de modo que sería mejor que no hubiese futuro, pues la mujer ya sabe: esa enorme felicidad no la podría yo olvidar nunca. La mujer, desde la perspectiva de los sentimientos, no es engañada, pero desde la perspectiva del asunto, sí. ¿Hay que desangrarse como animal recién degollado, mientras el sol revolotea alrededor de los bienes inmuebles, aún vírgenes? ¿Hay que ajarse como yeso, mientras los deseos que uno tiene van a parar al agua, uno tras otro? Y todavía hace demasiado frío para eso. ¿Acaso hay que subirse a un coche si de todas formas apenas siente el leve peso que uno le supone? ¿Hay que saludar con la mano desde la ventana a alguien que no nos mira porque los ojos de la casa están cerrados y no se percatan de que el cielo se posa pesado sobre ellos? ¿Ven las nubecillas en la copa? No son nubecillas. Son las estrías que ha dejado el lavavajillas a pesar de haber prometido delante de millones de testigos no hacer nunca nada semejante. No es el cielo lo que aparece en esta copa, seamos justos, tampoco nadie nos lo había prometido nunca. Al que miente una vez se le deja de creer, aun cuando diga la verdad, le digo yo a

este adelgazante, que no ha mantenido, sí, ¡él tampoco!, su palabra para conmigo y mi amiga, y ahora soy yo la que toma la palabra y la retengo como a un pariente querido que no tengo. O sea que tengo la palabra, no me he dado cuenta a tiempo y no hago más que decir tonterías. Perdón. Pero para usted seguro que también hay un programa en el que podrá presentar su problemática. Si incluso hay empresas y políticos que mienten abiertamente, no va a ser usted quien se mantenga fiel a la verdad en este talkshow. ¿Cómo? ¿Que usted tiene su propia verdad? Pero seguro que usted no es la única, eso también lo va a entender a lo largo de nuestro programa, que por fin podemos emitir ahora. ¡Téngalo muy en cuenta! También nos hará falta un vestido nuevo y por eso lo compramos en Fürnkranz, en la Kärntnerstraße, una tienda muy distinguida. La mujer normalmente no compraría aquí ya, para el campo no vale la pena. El vestido es de seda estampada con flores de colores y muy caro, pero significaba mucho para mí. Es la coronación, pero no del rey Jacobo, es la coronación de una mujer que por una vez quiere ser reina en vida o por lo menos Blancanieves, a quien le da lo mismo dormir que estar despierta porque no se entera de nada. Así que duérmete, mi niña, pero primero hay que volver a casa, donde está la cama, el tráfico al mediodía no es tan malo, y cuando nos encontramos en la autopista, entonces la cosa ya tira como sea, las medianas le van indicando a uno cómo.

Nadie le tiene afecto a esta mujer, sólo se tiene a sí misma, y tiene que tomarse algo con abundante alcohol, un vino extraordinario, vino Classico no sé qué, eso es sano. Sólo con una copa cada día se alarga la vida. Pero no, ¡eso no era en absoluto necesario! En primer lugar, la mujer se viste elegantemente y, siguiendo los pasos establecidos, se sujeta de nuevo el pelo a la cabeza, así, ahora lápiz de labios, sombra de ojos, rímel. Ir al váter, y luego las braguitas a juego con la camiseta que ya llevamos puesta y que también compramos. Antes de dejar que nos peguen una paliza, nos gastamos un montón de dinero en ropa interior. También las mujeres que son como una pared de roca porque no se puede aterrizar sobre ellas se ablandan como la colada bajo el efecto del todopoderoso silanizador, del que echamos un taponcito en el último enjuague (¡es el único realmente tierno!). Pero si luego nos metemos el tapón en la boca, pareceremos tontos de remate, se lo digo yo a ustedes, entonces se nos saldrá el agua por las orejas. Ajá: ¿así que ahora se observan a sí mismos con los ojos vacíos y lo que ven no les gusta? Bueno, me parece que la determinación de esta mera tentadora de la vida, sí, ésta de aquí, ¡ya ha vuelto ella a quemarse otra vez los dedos!, la determinación ha sido correcta. ¿Dónde está la nota en la que lo hemos dejado todo escrito de puño y letra, dónde está el bote que le robamos con nuestras propias manos del mueble de baño Allibert a nuestra propia amiga, la que tenía un perro epiléptico que ya murió? No hace falta que preguntemos porque ya lo sabíamos durante todo el tiempo. Este medicamento

es un barbitúrico fenílico, y además una sustancia pura con la que el expedidor de medicamentos para animales, la empresa R. de V., sorteó la ley de sustancias estupefacientes de forma muy elegante, por cierto, completamente legal, bueno vale, no del todo, en la mano de un veterinario experimentado este medicamento puede florecer y beneficiar a un animal, en nuestras manos sólo puede generar cenizas, lo cual no es difícil, todos los cigarrillos pueden hacerlo; el hurto no era legal, no, fue un hurto famélico permitido, ¡no vamos a incurrir en un delito después muertos, cuando ya sea completamente innecesario! Un bote de pastillas es llevado a una boca y éstas son tragadas sucesivamente, el alcohol les sigue alegre y tranquilizadamente, no no, no duele, no hay cuidado, e intenta pillar a esas simpáticas cositas redondas que deslizan por la garganta, ¡venga, vamos! ¿Por qué la vida de repente es tan divertida? Siempre hay que parar cuando uno mejor se lo está pasando, dice una niña que aparece por la puerta y se dirige hacia el piano, también a tientos, pero las teclas tendrá que tocarlas, si no, habrá palos, y además esperemos que sean las adecuadas. Si no, habrá palos. Sí señor, lo han oído bien: ¡palos! No es suficiente. Suena su música preferida. Ya que uno quiere marcharse, mejor montárselo de forma agradable y acogedora, ¿no? Los zapatos deberían ser los adecuados porque el camino es largo. Menuda vividora, jamás se nos hubiese ocurrido, de repente se ha convertido en una especie de matasellos que quiere dejar pronto su sello donde sea, y hemos escogido precisamente este instante en el que ya no nos podemos levantar para observar nuestros propios pasos desde cierta distancia. Así que algo queda de nosotros, qué bonito. Bueno, así que extingámonos aquí mismo, donde nos hemos tumbado, en el fondo no importa: él no sólo fue EL hombre, él es EL hombre, él será el hombre toda mi vida, el único hombre a quien quiero de verdad, siempre compararía con él a todos los demás hombres. También recibirá todos mis bienes terrenales, especialmente esta casa y todo lo que hay dentro, no, a mí no, antes puede hacer que me acompañen afuera, el entierro está ya pagado, la tumba está encargada. Recibirá lo que queda, yo al final he conseguido este bonito vestido de seda nuevo, esa coloración rojiza en el pelo y en esta copa, que me costó lo mío, tal vez me tomará a mal este reparto de bienes, en el fondo ya todo le pertenece; mis mejores zapatos de tacón negros, que no obstante he llevado ya un par de veces, y que probablemente resultan familiares al público de conciertos y óperas, entre el que quizás se incluya alguno de ustedes, damas y caballeros, tal vez le suenen del momento en el que ustedes, a quienes hay cosas que resultan penosas, miraban, al igual que yo, perplejos al suelo porque el trompetista había metido la pata al hacer su entrada. Así me gustaría a mí caer al suelo, como una nota mal colocada, pero ya estoy tumbada en la cama y no me puedo levantar ya. De ahí ya no salgo. He ocultado mi teléfono, quién sabe de lo que hubiese sido capaz si no. Tal vez hubiese llamado a los socorristas con una sonrisa socarrona y palabras de disculpa, pero ni siquiera ellos podrán salvarme ahora. Me lesionaría el

cuerpo si perdiese el compás o me saliese de la fila para decir, observen ustedes, aquí estoy yo, ¿acaso voy a tener que tragarme una bombilla encendida para que por fin ustedes me vean? Prefiero tragarme esa cola de contacto, que dentro de treinta años todavía se podría encontrar en la médula ósea si alguien se tomase la molestia de inspeccionar con más detalle precisamente ahí. Pero conmigo nadie quiso ir hasta el fondo del asunto, que por otro lado no es más hondo que una palangana. No hay nadie ahí que pudiera abrirme la boca y sacarme de dentro las piezas venenosas, un procedimiento de reanimación extraordinario pero que a veces se usa. La mujer. No parece un cadáver, sólo alguien que duerme, yo diría que es un cadáver durmiente, si es que eso existiese, incluso muy atractivo tras la muerte, que alisa el cutis, sólo con un sagrado desangramiento podría uno conseguir una puntuación tan alta después de la muerte. Pero entonces uno estaría azul pálido o algo así. Pronto ya no habrá posibilidad de fase de reanimación porque ya no hay vida animada. Bien, llegó la hora. Los ojos ya no pueden permanecer abiertos para que alguien, no especialmente interesado, intente leer en ellos. Ahora comprenderán por qué en el mundo de los cuentos y las leyendas el largo sueño de los personajes se descubre tan a menudo como un estar vivo enrevesado y disimulado, es una cuestión de imagen. Podemos escoger: caer muertos, perder el conocimiento o hacerse el muerto o estar muerto. No se preocupen, esta muchacha entrada en años sólo duerme, sin beso para dar su consentimiento pero con una autorización notarial en el sobre que hay al lado de su almohada. El niño de mamá apostó con orgullo por sus propiedades, y se salió con la suya, la propiedad puede ahora marcharse. Nadie va a quedarse delante de la puerta con el reloj en la mano esperando a que vuelva a casa. Por mí también puede marcharse, ir a parar a otras manos, porque de vez en cuando las propiedades necesitan un cambio. Un escalofrío recorre a la mujer, una última vez la nombraré por su nombre, ¡ay!, ahora se me ha escapado, tal vez no lo he sabido nunca, aquí no aparece en ninguna parte, ¿verdad?, a mí ella tan sólo me encargó escribir esto. Cuidado, el sueño quiere venir ahora, estén tranquilos, todavía tengo la palabra, el sueño golpea en esta puerta, sube decididamente hacia la base del cerebro, entonces trepa por ella para ganarse una predisposición psicológica favorable. Ven, dulce sueño, ¡adelante! Cuando todo calla y uno habla, la hora se llama clase, ¿quién quiere salir voluntario? ¿Nadie? Bueno, entonces hablará la química en mi lugar, ¡por lo que a mí respecta...!, y dice: de depresión respiratoria a paro respiratorio, de debilidad del sistema circulatorio a fracaso circulatorio (baja temperatura y disminución de la actividad renal hasta la anuria, de ahí el nombre de Bárbara Anuria). Dejémoslo así. No hace falta que nos ocupemos más de las ampollas en las zonas de apoyo, un vestido de boda demasiado tardío y algo accidentado, el corazón muerto también revelará los síntomas de «corazón moribundo» en el electrocardiograma. No había dependencia a este medicamento, cosa que hoy en

día también sería algo extraordinario, pues estos medicamentos no están nada de moda. No puede haber razón lo suficientemente concluyente como para recetar esos medicamentos a embarazadas, por favor, si usted es médico no lo haga tampoco. Quién puede obligar a quién hoy en día. Ni siquiera se puede obligar a alguien a llevar falda en lugar de pantalones. Una mujer se rinde a sus propios pies, pero la cama se lo impide, al vestido por su parte sólo se le permite la caída, como exigen las buenas maneras. A esta persona la envían a otro sitio, la dirección ya la lleva puesta, lo mejor de ella se puede palpar aún, son ladrillos, es cristal, hormigón, acero y yeso. Nada más. Qué ridículo que los pájaros tengan que trinar, o que uno se lleve a la boca a otro y que aun así no encuentre la entrada.

Fue un accidente.



ELFRIEDE JELINEK (Mürzzuschlag, Estiria, 20 de octubre de 1946) es una escritora, dramaturga y activista feminista austriaca.

Nace en el seno de una familia judía, de padre de origen checo Friedrich Jelinek y madre vienesa de origen rumano-alemán Olga Ilona. Asistió a un colegio católico de monjas en Viena, donde aprendió a tocar el piano, el órgano, la guitarra, el violín y la viola y más tarde estudió composición en el Conservatorio de Música de Viena, donde se graduó de organista. En 1964 ingresó en la Universidad de Viena para estudiar musicología, historia del arte y teatro, pero no finalizó sus estudios. En 1974 contrajo matrimonio con Gottfried Hüngsborg, dividiéndose la residencia desde entonces entre las ciudades de Viena y Munich (Baviera, Alemania). Ese mismo año se afilió al Partido Comunista de Austria (Kommunistische Partei Österreichs - KPÖ), inscripción que duró hasta 1991. Sus novelas y obras teatrales, consideradas una auténtica provocación por la derecha de su país, y su abierta posición política y postura feminista siempre estuvieron acompañadas por las controversias y las acaloradas críticas a favor y en contra.

Galardonada con el Premio Nobel de Literatura del año 2004.